

HQN™

SHERRYL WOODS

Un momento en la vida

HISTORIAS DE CHESAPEAKE

Recomendado por el editor



SHERRYL WOODS

Un momento en la vida

HISTORIAS DE CHESAPEAKE

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2011 Sherryl Woods. Todos los derechos reservados.
UN MOMENTO EN LA VIDA, N.º 27 - Febrero 2013
Título original: Beach Lane
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-2648-9
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Bienvenidos de nuevo a esta pequeña comunidad de Maryland, Chesapeake Shores, para conocer otra historia rebotante de vida y amor de la mano de Sherryl Woods.

En esta nueva entrega, nuestros protagonistas, Mack Franklin y Susie O'Brien tendrán que enfrentarse a los últimos y devastadores acontecimientos que pondrán a prueba su amor, un amor nacido desde la amistad.

Con el estilo sencillo que caracteriza la prosa de nuestra autora y destacando como siempre la agilidad de los diálogos, que hasta en los momentos más trágicos de la narración muestran un toque de humor, *Un momento en la vida* transmite un mensaje positivo y esperanzador sobre la supervivencia y la capacidad del amor para superar cualquier problema.

Por eso queremos recomendarlo sinceramente a todos nuestros lectores.

Feliz lectura.

Los editores

Capítulo 1

Los hombres de su familia eran la pesadilla de la vida de Susie O'Brien. Estaba rodeada de ellos y todos eran extremadamente cabezotas, empezando por su padre, Jeff, siguiendo por sus tíos, Mick y Thomas, y añadiendo a sus hermanos, Mack y Franklin, que eran los peores. Era raro que pudiera pasar un día entero sin tener que gritar a alguno de ellos.

Y aquel día en concreto parecían estar poniendo su paciencia al límite de todas las formas que uno pudiera imaginar. Antes de que hubiera bebido el primer sorbo de café por la mañana, su tío Mick había entrado furioso en la agencia inmobiliaria que Susie dirigía con su padre en Chesapeake Shores.

–¿Dónde está Jeff, ese...? –al verla fruncir el ceño, Mick había decidido reprimir el insulto que estaba a punto de salir de sus labios–. ¿Dónde está tu padre?

–Mi padre tenía una cita con una cliente –respondió Susie.

Después, eligió con tacto las palabras para hablar del paradero de su padre. Sabía que aquella propiedad en particular era un tema espinoso para Mick.

–Está enseñando una casa de Mill Road. Es la tercera vez que han pedido ir a verla y es muy probable que hoy firmen un contrato.

Mick frunció el ceño mientras repasaba mentalmente las propiedades que tenían en Mill Road. No tardó en caer en la cuenta.

–¿La casa de Brighton? ¿Por fin están dispuestos a deshacerse de ese engendro? ¿Cómo es que han decidido contar con la inmobiliaria? Lo último que sabía era que ni siquiera les dirigían la palabra a los O'Brien.

Susie disimuló una sonrisa. El enfado de su tío se debía a que el señor Brighton se había negado a venderle una propiedad que habría resultado clave durante el proceso de construcción de Chesapeake Shores. Al parecer, su negativa tenía relación con un conflicto surgido entre los Brighton y los O'Brien varias generaciones atrás que ni el dinero ni las mejores dotes de persuasión habían sido capaces de resolver. Por lo que Susie sabía, uno de los tatarabuelos de los Brighton había robado un gallo a los O'Brien, le había retorcido el cuello y lo había asado para la comida del domingo. En su familia no hacía falta nada más para generar una enemistad que podía prolongarse durante generaciones.

–Eso parece –confirmó Susie–. Por lo visto, los herederos del señor Brighton no tienen tantos prejuicios contra los O'Brien como él.

–Viejo cabezota –musitó Mick.

–¿Por qué querías ver a mi padre? –preguntó Susie–. ¿Ha surgido algún problema?

Durante años, los problemas o las celebraciones que organizaba su madre habían sido el único vínculo entre los dos hermanos. Nell O'Brien siempre había insistido en que, aunque estuvieran enfadados, los tres hermanos y sus respectivas familias tenían que celebrar las fiestas bajo el mismo techo. Susie no podía recordar una sola celebración familiar libre de tensiones. Las fábricas de antiácidos debían de estar muy agradecidas a las dinámicas de la familia O'Brien.

Mick y su padre eran capaces de comportarse de forma civilizada durante una hora o dos, que

ya era más de lo que se podía decir de Mick y su tío Thomas, al menos hasta hacía un tiempo. Durante los últimos años, habían llegado a una especie de acuerdo que había permitido llevar algo parecido a la paz a Middle East. Era un tratado que, al igual que otros anteriores, Susie sospechaba no tenía muchas posibilidades de durar. Aun así, el hecho de que Thomas estuviera con Connie Collins parecía haberle suavizado. Y ella también estaba decidida a mantener la tregua.

—Ha vuelto a haber una fuga de agua en la librería de Shanna —le explicó Mick a Susie, refiriéndose al negocio que su nuera tenía en la calle principal—. Y, francamente, también debería echar un vistazo a las cañerías de la galería de Megan. Lo último que necesita es que una fuga de agua acabe con todas esas obras de arte tan valiosas.

Susie le miró con fingida inocencia.

—¿Pero los cuadros no están colgados de las paredes?

Su tío la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, que haría falta una inundación para que se echaran a perder esos cuadros —le dirigió una sonrisa radiante—. Además, cuando le cediste a Megan ese espacio por un dólar al año, ¿no quedasteis en que ella se haría cargo del mantenimiento? Si quieres, puedo echar un vistazo al contrato. Nos quedamos una copia, creo recordar que porque tú insististe en ello.

Mick le dirigió una mirada avinagrada.

—Si tu padre estuviera tan pendiente de los detalles como tú, sería un mejor hombre de negocios.

—No tiene por qué estar pendiente de los detalles —replicó Susie—, para eso ya me tiene a mí. Pero le pediré al fontanero que se pase por la librería. Lo último que necesitamos ahora es otra reclamación al seguro. Y también le diré que se pase por la galería de Megan, siempre y cuando te hagas tú cargo de las cuentas.

Aunque a regañadientes, Mick asintió.

—De acuerdo —la miró atentamente—. ¿Vendrás a casa el día de Acción de Gracias?

—Por supuesto.

Mick continuó estudiándola con la mirada.

—¿Y traerás a Mack?

Susie se quedó completamente paralizada.

—¿Por qué voy a tener que llevar a Mack? Nunca lo he hecho.

—Llevas ya cerca de tres años saliendo con Mack Franklin —respondió Mick—, quizá más. ¿No va siendo hora de que os toméis las cosas en serio o dejéis ya vuestra relación? ¿Qué clase de hombre es capaz de estar dando largas a una mujer durante tanto tiempo? ¿Y qué clase de mujer es capaz de permitirselo? Te mereces algo mejor que eso, Susie. Al fin y al cabo, eres una O'Brien, aunque no seas hija mía. Yo no habría permitido que trataran de ese modo a mis hijas.

—Mack y yo no estamos saliendo —respondió Susie con frialdad—. Solo somos amigos. Además, el cómo me trate o deje de tratarme no es asunto tuyo.

Mick sacudió la cabeza.

—Pues si quieres saber mi opinión, lo único que estás haciendo es perder el tiempo. O le atrapas de una vez, o será mejor que sigas adelante sin él. Ese es mi consejo.

—Un consejo que no te he pedido.

Llevaba ya cerca de dos años teniendo que oír distintas versiones de ese mismo consejo de diferentes miembros de la familia y algún que otro metomentodo. Y estaba comenzando a cansarse,

entre otras cosas, porque era un consejo que no tenía ganas de escuchar.

Desgraciadamente, por muy enamorada que hubiera estado de Mack durante la mayor parte de su vida, también era una mujer realista. Mack era un hombre guapo y atractivo, un deportista retirado acostumbrado a salir con mujeres sexys y sofisticadas. Sabía que no iba a tomarse nunca en serio su relación con una mujer que, en sus mejores días, podía considerarse normalita y que podía llegar a tener un aspecto lamentable cuando el sol cubría de pecas su pálido rostro y su melena pelirroja se negaba a dejarse domeñar. A pesar de su licenciatura y de los viajes a Irlanda que había hecho con su familia, Susie era, básicamente, una mujer de pueblo, y no se consideraba en absoluto el tipo de mujer adecuada para Mack.

Aunque Shanna, que estaba casada con Kevin, el primo de Susie, insistía en que Mack estaba tan enamorado como ella, Susie no terminaba de creérselo. Además, había descubierto que, una vez establecido un patrón de relación basado únicamente en la amistad, era casi imposible cambiarlo. En el caso de Mack y de ella, parecía un patrón esculpido en piedra. Y, aparte de un beso bajo el muérdago que se les había escapado de las manos, su relación era estrictamente platónica. Sin embargo, ese beso le había dado suficientes esperanzas como para continuar con aquella relación.

—A lo mejor le invito yo mismo a venir —sugirió Mick, mirando atentamente a Susie, como si quisiera analizar su reacción—. ¿Qué te parece?

Susie se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras.

Estar cerca de Mack no representaba ningún problema. Estaban juntos muchas veces. El problema era cómo dar un giro romántico a su relación. Ese era el verdadero problema. Atarle a su cama y acostarse con él le parecía una solución extrema, pero estaba tan desesperada que hasta estaba comenzando a considerar esa posibilidad.

Más allá de eso, no tenía la menor idea de cómo cambiar las cosas sin arriesgarse a sufrir una humillación. Se preguntó qué diría su tío si le preguntara qué le parecería que le pidiera directamente a Mack que hiciera el amor con ella. Sonrió al imaginárselo.

Mick la miró con recelo.

—¿Por qué sonríes?

—Me estaba preguntando hasta dónde serías capaz de entrometerte en mi relación con Mack —contestó Susie, mirándole con curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

—Estás muy orgulloso de tener a tus cinco hijas felizmente casadas. ¿Qué crees que podrías hacer para llevarnos a Mack y a mí al altar?

En cuanto vio el brillo de sus ojos, Susie reconsideró su pregunta.

—Por supuesto, no te estoy pidiendo que intervengas —le aclaró precipitadamente—. Solo me lo estaba preguntando.

Mick sacó una silla y se sentó, adoptando una expresión repentinamente seria.

—Muy bien, pensemos en ello. Supongo que todavía tengo algunos trucos que podrían funcionar.

El lado más atrevido de la naturaleza de Susie la traicionó al percibir el entusiasmo de su voz. Pero seguramente, la situación en la que se encontraba su relación era preferible al desastre que su tío podía llegar a provocar.

—No importa, tío Mick. Creo que será mejor que me ocupe yo sola de Mack.

—¿Estás segura? —preguntó Mick. Parecía decepcionado—. Como tú misma has dicho hace un momento, tengo unos buenos antecedentes.

Susie sabía que la mayoría de sus primos habían encontrado el verdadero amor a pesar de las interferencias de su padre, no gracias a ellas.

–Sí, estoy segura.

Mick se encogió de hombros.

–Tú verás, pero si cambias de opinión, cuenta conmigo. Es evidente que tu padre no te está ayudando en nada, pero conmigo, puedes contar para lo que quieras.

Susie tuvo que esforzarse para disimular una sonrisa. Volvía a asomar la cabeza el espíritu competitivo de su tío. Quizá ella no supiera qué le deparaba el futuro con Mack, pero estaba plenamente convencida de que lo último que necesitaba era que su padre y su tío se entrometieran en su relación e intentaran tomar las riendas de su futuro. Lo que tenía que hacer era encontrar la manera de que Mack dejara de considerarla una amiga y comenzara a darse cuenta de que era una mujer deseable.

Cuando Mick salió de la agencia, Susie miró con pesar su propio reflejo en la ventana. Lo primero que tenía que hacer, pensó, era aprender a verse a sí misma de ese modo.

Mack entró en la oficina del director del periódico de Baltimore una semana antes del día de Acción de Gracias, miró el rostro de Don Richmond y se sentó.

–Vas a despedirme –se adelantó antes de que su jefe pudiera pronunciar palabra.

Desde el primer momento había comprendido que ser llamado al despacho del director no presagiaba nada bueno.

–No me gusta tener que hacerlo –respondió Don.

No era una confirmación explícita, pero tampoco una negativa.

Miró a Mack a los ojos, como si estuviera suplicándole que le comprendiera.

–No me queda otro remedio, Mack. Ya sabes cómo es esto. Estamos recortando en todas las secciones. Las ventas de periódicos llevan tiempo bajando y nosotros no somos inmunes a esas pérdidas.

Don miró con el ceño fruncido el ordenador que tenía encima de la mesa.

–La culpa la tienen estos aparatos –gruñó–. Estas malditas máquinas están acabando con todo. Sé que el mundo está cambiando, pero jamás pensé que llegaría a ver el día en el que los periódicos se convirtieran en algo obsoleto.

Mack había anticipado la posibilidad de que le despidieran. Su columna de deportes tenía muchos seguidores y a veces resultaba controvertida. Al director del periódico no siempre le gustaba enfrentarse a las polémicas que surgían después de que Mack se metiera con algún deportista local o con el entrenador de algún equipo que había cometido alguna estupidez. Decía que le arruinaba la digestión tener que enfrentarse a ellos para defender las columnas de Mack.

Y lo peor era que Mack era el periodista mejor pagado de su sección. Al despedirle, podrían contratar a un par de becarios y convertirlos en reporteros. Como se oía últimamente por la redacción, los jóvenes podían compensar la falta de experiencia con entusiasmo.

–Lo siento –se disculpó Don desolado–. Te daremos una indemnización suficientemente generosa como para que puedas pasar algún tiempo buscando otra cosa. Ya sé que alguien tan bueno como tú no las necesita, pero, en cualquier caso, daré unas referencias inmejorables sobre ti a todos los contactos que tengo en el mundo del periodismo.

–Pero el problema es que, vaya a donde vaya, voy a encontrarme con el mismo problema de los recortes –dijo Mack siendo realista.

Había intentado prepararse para aquel momento, pero recibir la noticia había sido un duro golpe. Y de momento, ninguno de los planes que tenía para el futuro le resultaba particularmente emocionante.

Aun así, tal como había dicho Don, tenía tiempo. No iba a quedarse en la indigencia. Sin embargo, sí iba a quedarse sin trabajo. Y aunque era consciente de que no era culpa suya, eso le provocaba cierta sensación de fracaso. Se descubrió preguntándose si era así como se sentía su padre cuando estaba sin empleo. ¿Sería esa la razón por la que los había abandonado antes de que Mack naciera?

—¿Cuándo? —le preguntó a Don—. ¿Quieren esperar a que termine la temporada de fútbol?

—No. Este fin de semana. El editor cree que mantener a la gente en plantilla después de haberle anunciado un despido es malo para la moral de los trabajadores.

O a lo mejor temía que el resto de los trabajadores saliera huyendo. Eso era lo que habían hecho unos cuantos después del último recorte de plantilla.

Mack no sabía si tendría estómago para llegar hasta el fin de semana, y mucho menos para terminar la temporada, por supuesto.

—¿Te parece bien que escriba un par de columnas desde casa? —sugirió—. Puedo mandártelas desde allí.

Don parecía destrozado.

—¿Quieres irte así, sin más? La gente se va a llevar una gran decepción. Deberías quedarte al menos el tiempo suficiente como para que podamos organizarte la fiesta de despedida que te mereces en el Callahan's.

—No, gracias —respondió Mack, estremeciéndose al pensar en ello.

Ser despedido era terrible, fuera cual fuera la razón. No quería tener que enfrentarse además a la humillación delante de sus colegas. Y tampoco quería su compasión.

—De acuerdo, en ese caso, haz lo que más te convenga —respondió Don con obvia reluctancia.

Desgraciadamente, lo que a Mack le convenía era conservar un trabajo en un mundo que amaba y que estaba desapareciendo prácticamente de la noche a la mañana.

Aquella noche, después de comenzar a asimilar realmente la noticia y las implicaciones que tendría a corto plazo, Mack miró taciturno la cajita de terciopelo que tenía encima de la mesita del café.

Por fin había decidido lanzarse y pedirle a Susie O'Brien que se casara con él, aunque ella siempre había dicho que preferiría comer tierra a tener una cita con un deportista promiscuo como él. Mack había llegado a la conclusión de que después de haber estado saliendo durante varios años con ella como amigo, estaba obligado a cortejarla de manera oficial durante algunos meses.

A lo mejor Susie pasaba por alto el hecho de que solo hubieran compartido un beso, un beso memorable y apasionado, durante todo ese tiempo. Mack dudaba que pudiera haberlo olvidado. Desde luego, él no lo había hecho. El calor y la dulzura de aquel beso continuaban ardiendo en su memoria. Nunca había pensado en enamorarse, y mucho menos de una joven tan vulnerable y llena de contradicciones como Susie. Pero había ocurrido. Y le había pillado completamente desprevenido.

Sin embargo, en aquel momento, y con la incertidumbre de su futuro inmediato, no podía proponerle matrimonio. De hecho, no podía pensar siquiera en casarse con nadie hasta que no averiguara a qué pensaba dedicar el resto de su vida. Y en ese instante, después de haberse

tomado un par de whiskys para mitigar el dolor de su despido, ni siquiera quería cruzarse con Susie, que llevaba tiempo diciéndole que se dedicaba a una profesión que estaba en declive. Por supuesto, él nunca la había contradicho, ¿cómo iba a hacerlo?, pero no estaba preparado para soportar un «ya te lo dije».

El teléfono sonó repetidamente a lo largo de la noche, pero lo ignoró. E ignoró también las llamadas que recibió en el móvil al día siguiente. Tanto en el fijo como en el móvil iban acumulándose los mensajes, pero no tenía ningún interés en escucharlos. Él, que siempre había sido un hombre divertido y optimista, estaba terriblemente deprimido. Pero suponía que tenía derecho a hundirse en su tristeza durante unos cuantos días.

Desgraciadamente, sus amigos, Will Lincoln y Jake Collins, eran de otro parecer. Al ver que faltaba al almuerzo que compartían todos los días en Sally's, fueron a aporrear la puerta de su casa. Como los dos tenían llave de su casa, a Mack no le sorprendió verlos entrar a los dos segundos de haber llamado. Los dos se detuvieron en la puerta y fueron desviando la mirada de la botella de whisky prácticamente vacía a la caja de pizza para terminar clavándola en su aspecto desaliñado.

–¿Qué demonios te ha pasado? –preguntó Will–. No contestas el teléfono, no has venido a almorzar, y siento decirte que tienes un aspecto lamentable.

–Sí, estás fatal –añadió Jake, mirándole con expresión especulativa–. ¿Cuándo te afeitaste por última vez? Creo que nunca te había visto así. ¿Has discutido con Susie?

–No, no he discutido con Susie –respondió Mack con cansancio–. Esto no tiene nada que ver con ella.

–Entonces, cuéntanos lo que te pasa –dijo Will.

Tomó asiento y le miró con paciencia.

Mack sabía que, como buen psiquiatra, Will era perfectamente capaz de pasarse el resto de la tarde allí sentado, esperando a que hablara.

–Me he quedado sin trabajo –aclaró por fin–, y no me lo he tomado demasiado bien

Ninguno de sus amigos pareció sorprendido, lo que demostraba que también ellos se lo esperaban.

–¿Y por qué ibas a tomártelo bien? –preguntó Jake–. Nadie se toma bien un despido. Lo siento, tío.

Mack suspiró ante aquella muestra de compasión. Eso era exactamente lo que había estado intentando evitar, pero sabiendo ya que era imposible, le gustaba saber que sus amigos estaban de su lado.

–Me encantaba ese estúpido trabajo –confesó con pesar–. Y se me daba bien.

–Y encontrarás otro todavía mejor –le aseguró Will–. Como tú mismo has dicho, lo hacías bien.

–La prensa escrita está en su lecho de muerte –se lamentó Mack, dando otro sorbo a su whisky–. Si sigo en el negocio, lo único que estaré haciendo será prolongar lo inevitable.

–Esa sí que es una actitud positiva –contestó Jake, en aquella ocasión, sin la más mínima muestra de compasión. Al parecer, siguiendo el ejemplo de Will, también estaba dispuesto a apoyarle–. ¿Puedo acompañarte a tu primera entrevista de trabajo?

–Olvídame, anda –respondió Mack, sonriendo a pesar de su mal humor.

–¿Te queda whisky? –preguntó Will.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque si piensas seguir emborrachándote, no vamos a permitir que lo hagas solo –insistió Will.

Fue a buscar un par de vasos y los llenó.

Jake bebió un sorbo y esbozó una mueca.

–No soporto esta porquería. Sabe a medicina. ¿Tienes cerveza?

–Por supuesto –respondió Mack–. ¿Por qué de pronto tengo la sensación de que debería hacer de anfitrión? Se supone que estoy deprimido.

–¿Y te está sirviendo de algo tu depresión? –preguntó Will.

Mack se encogió de hombros.

–No mucho.

–En ese caso, deja que te animemos –respondió Will–. ¿O prefieres llamar a Susie? Estoy seguro de que estaría encantada de venir a verte si supiera lo que te pasa.

–Me niego –dijo Mack al instante–. No quiero que sepa nada de esto.

Sus amigos se miraron con incredulidad.

–¡Pero eso es una locura! Es imposible mantener en secreto una cosa así, por lo menos en Chesapeake Shores.

–Quiero tener algo nuevo que contarle antes de verla –insistió Mack–. No quiero tenerla compadeciéndome o revoloteando a mi alrededor. Además, Susie llevaba tiempo diciéndome que iba a pasar algo así e intentando organizarme la vida de forma muy poco sutil. No tengo ganas de verla regodeándose por lo que me ha pasado.

–¿Regodeándose? –Will sacudió la cabeza–. ¿De verdad crees que esa sería la respuesta de Susie?

–Probablemente no, pero creo que la preferiría a la compasión.

–¿Se te ha ocurrido pensar que Susie tiene una cabeza preciosa encima de los hombros? Ella podría ayudarte –sugirió Jake–. Estoy seguro de que querría hacerlo.

–No –respondió Mack con vehemencia.

–¿Y cómo piensas evitarla? –preguntó Will, intentando ser razonable–. Prácticamente os pasáis el día juntos. Si revisaras los mensajes que tienes en el teléfono, te darías cuenta de que algunos son de ella. Estoy seguro de que está muy preocupada. Nos ha llamado a Jake y a mí para ver si sabemos lo que te pasa.

–Podéis decirle que estoy bien. Decidle que he tenido que salir del pueblo por algún asunto.

Jake sacudió inmediatamente la cabeza.

–Me temo que no, amigo. Por lo que he oído comentar, Mick quiere invitarte a comer con ellos el día de Acción de Gracias. No sé si me arriesgaría a rechazar una invitación como esa.

–¿Por qué? –Mack sintió pánico al imaginarse en una comida en medio de los O'Brien–. Quiero decir, ¿por qué yo? ¿Y por qué este año? Nunca me han invitado.

–Bree tiene la teoría de que Mick ha decidido que ya va siendo hora de que Susie y tú os dejéis de tonterías y avancéis en vuestra relación –contestó Jake, citando obviamente a su esposa–. Cree que Mick debería esperar a que lo hiciera Jeff, pero ya sabes que a Mick le encanta ganar a su hermano en todo. Desgraciadamente, también sabes cómo es Mick cuando empieza a hacer de casamentero. Sus tácticas son tan delicadas como las de una apisonadora.

Mack gimió.

–¿Y tengo alguna posibilidad de librarme de esto? A lo mejor debo de ir pensando seriamente en abandonar el pueblo.

Will se echó a reír.

–No creo que sea una buena idea. No sé cómo vas a poder librarte, por lo menos sin ofender a Susie. Porque supongo que no quieres ofenderla...

–Si supiera lo que me pasa, lo comprendería –respondió Mack con un deje de desesperación en la voz.

–Pero tú no quieres decírselo –le recordó Jake–. Así que me temo que estás entre la espada y la pared.

Sí, aquello era un callejón sin salida. Si Mick le invitaba de manera oficial a la comida de Acción de Gracias, no podría faltar. Y mientras todo el mundo estuviera agradeciendo todo lo bueno que le había dado la vida, él estaría rezando para que no saliera a la luz la noticia de su despido.

También podía agarrar el toro por los cuernos, llamar a Susie e informarle de lo ocurrido. A lo mejor no andaba detrás de él como si se le hubiera muerto alguien de la familia. Mack suponía que, en cierto modo, la pérdida de un trabajo podía llegar a compararse con la pérdida de alguien importante en la vida de uno, pero no necesitaba ni la compasión ni el consejo de nadie en aquel momento. En realidad, no sabía lo que necesitaba, pero sí que no era eso.

La tercera opción era escapar del pueblo esa misma noche, de modo que no pudieran invitarle a nada, para empezar. Era la opción más atractiva, pero también la más cobarde. Y él podía ser un desempleado o tener una profesión sin futuro, pero no era un cobarde.

De pronto, la mirada de Will aterrizó en la cajita que había en la mesa del café. Se le iluminó el rostro.

–¿Eso es lo que estoy pensando?

Jake siguió la dirección de su mirada.

–¿Una sortija de compromiso? ¿Has comprado una sortija de compromiso? ¿Y es para Susie?

Mack frunció el ceño al oír la pregunta.

–Podrías estar saliendo con otra. La gente tiene secretos que hasta sus mejores amigos desconocen. Oí hablar sobre ello en *Ophra*.

Will y Mack se quedaron mirándole fijamente.

–¿Desde cuándo ves la televisión durante el día? –preguntó Will divertido.

–A veces Bree enciende la televisión en la floristería –respondió Jake a la defensiva–, y cuando tengo que ir a buscar algún encargo, la veo. No es que corra a casa cada tarde para ver la televisión.

Mack sonrió de oreja a oreja.

–Me alegro de saberlo.

–Un momento –intervino Will–, nos estamos alejando de lo verdaderamente importante. ¿Vas a pedirle a Susie que se case contigo?

–Ya no –respondió Mack, hundiéndose de nuevo en su depresión–. ¿Cómo voy a pedirselo? Este sería el peor momento para hacer una cosa así.

–Creo que Susie no estaría de acuerdo contigo –repuso Will–. Lleva mucho tiempo esperando a que despiertes y veas la luz. No creo que el hecho de que hayas perdido tu trabajo le impida aceptar tu propuesta.

–No estaría bien –insistió Mack–. Antes tengo que organizar mi vida –miró a sus amigos con el ceño fruncido–. Y como se os ocurra decirle a alguien una sola palabra de esto, os juro que os arrepentiréis durante toda vuestra vida, ¿está claro?

–Completamente –contestó Jake.

–No diré una sola palabra –le prometió Will.

–Gracias.

–Pero no voy a parar de decirte que creo que estás cometiendo un error –añadió Will–. La vida

es corta. No deberías desperdiciar ni un solo minuto.

–Sí, y eso lo dice un hombre que tardó una eternidad en pedirle a Jess O’Brien una cita y mucho más tiempo todavía en pedirle que se casara con él.

–La situación era completamente diferente –se defendió Will, pero inmediatamente sonrió–. En cualquier caso, sí, perdí demasiado tiempo. Así que no sigas mi ejemplo. Intenta aprender algo de mi experiencia.

–Este no es un buen momento –insistió Mack–. Y no quiero seguir hablando del tema. ¿Qué os parece el mariscal de campo que han contratado los Ravens? Parece bueno, ¿verdad?

Will y Jake intercambiaron una mirada y suspiraron.

–Sí, muy bueno –reconoció Jake.

–Estaba pensando en escribir una columna sobre él la semana que viene... –comenzó a decir Mack, pero enmudeció.

Alargó la mano hacia el whisky. No importaba el tema del que hablaran, en ese mismo instante, su vida entera era un fracaso.

–Creo que deberíais marcharos. Soy una pésima compañía.

Pero sus amigos negaron con la cabeza.

–No importa. Lo soportaremos juntos.

–Jake tiene razón –dijo Will–. Pero si voy a seguir bebiendo, será mejor que vaya pensando en pedir una pizza. Ese repugnante pedazo que queda en la caja está comenzando a parecerme apetecible. Y si no como algo, me quedará dormido aquí en el suelo y Jess se pondrá hecha una furia.

–Lo mismo digo de Bree –se sumó Jake.

Mack reconoció la determinación en sus rostros y suspiró.

–Voy a hacer una llamada.

–Pídela con ración extra de salsa –pidió Jake.

–Y de queso –añadió Will.

Mack se echó a reír.

–Cuando están vuestras mujeres cerca no es eso lo que pedís. Creo recordar que la última vez os limitasteis a pedir pizzas con verduras.

–Sí, esa es la triste verdad –reconoció Jake con pesar–. Por eso te queremos, porque tú no nos juzgas por nuestros hábitos alimenticios.

–¿Quién iba a decir que la pizza sería el vínculo que nos uniría durante toda la vida? –preguntó Mack con ironía.

–La pizza y el hecho de que conozcamos nuestros más oscuros secretos –añadió Will, alzando su vaso–. Por los amigos.

Mack y Jake brindaron con él. A lo mejor había una parte de su vida que no era un fracaso en absoluto, se dijo Mack. Tenía unos amigos inmejorables.

El hecho de que uno de ellos fuera al mismo tiempo la mujer a la que amaba era un beneficio añadido. Y tendría que pensar en ello cuando esos dos se fueran a casa. A lo mejor, hablar con Susie de lo ocurrido no era tan terrible como había anticipado.

Pero, en cualquier caso, un hombre tenía su orgullo.

Capítulo 2

Susie tenía que admitir que estaba un poco asustada por no haber tenido noticias de Mack. Normalmente, la llamaba cada vez que regresaba de Baltimore. La mayor parte de las noches quedaban para cenar juntos. A veces cocinaba ella, pero lo más habitual era que compraran algo de comer en alguno de los establecimientos de la carretera de la playa y después fueran a dar un paseo y se sentaran a cenar y a charlar en la playa. Alguna que otra vez jugaban al scrabble o a las cartas. Y siempre le sorprendía lo competitivo que podía llegar a ser Mack hasta en el juego más estúpido.

Y ella había llegado a contar con aquellas veladas tan tranquilas y relajantes. Por supuesto, ese había sido su error. En realidad, no tenían ninguna clase de compromiso. Lo único que habían hecho era compartir la cena y la conversación noche tras noche durante lo que a ella ya le parecía una eternidad.

Aunque se había sentido una estúpida al hacerlo, se había tragado el orgullo y había ido a la cafetería Sally's para ver si Mack estaba con Will y con Jake. Los tres presumían de compartir la misma mesa en la cafetería desde que Jake y Bree habían cortado años atrás. Will y Mack habían apoyado a su amigo durante el que había sido el período más difícil de su vida. Y habían mantenido la tradición. De hecho, Mack no conducía hasta Baltimore para pasarse por el periódico hasta después del almuerzo.

Como hacía las entrevistas desde casa o en los vestuarios y después enviaba por correo electrónico sus artículos, solo se pasaba por el periódico para que no se olvidaran de su aspecto, o, por lo menos, eso era lo que decía. Teniendo en cuenta que el periódico había plasmado su rostro en vallas publicitarias y hasta en las paradas de los autobuses, parecía muy poco probable que hubiera alguien en la región que no le reconociera, pero Mack decía que era importante presentarse de vez en cuando. Sally pensaba que, en realidad, disfrutaba de la interacción con los colegas y el bullicio de la redacción más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Una vez en Sally's, encontró a Will y a Jake en la mesa de siempre, pero Mack no estaba con ellos. Su ausencia bastó para provocarle una punzada de inquietud. Se sentó con ellos y les miró atentamente.

—¿Por qué parece que los dos tengáis resaca? —preguntó directamente—. Yo pensaba que habíais dejado las juergas en el pasado.

—Ayer salimos hasta tarde —contestó Will con su habitual prudencia.

—¿Con Mack? —preguntó Susie educadamente. Advirtió que Jake y Will hacían un esfuerzo para evitar mirarse—. Muy bien, ¿qué le está pasando a Mack? Sé que lo sabéis. A lo mejor no lo sabíais cuando os llamé para preguntároslo, pero ahora lo sabéis. Os lo veo en la cara. Y que el cielo os ayude si alguna vez decidís apostar fuerte jugando al póquer. No podríais ganar ni un puñado de alubias.

—Susie, cualquier cosa que supiera, en el caso de que la supiera, sería completamente confidencial —respondió Will en tono santurrón.

Susie elevó los ojos al cielo y se volvió hacia Jake.

–¿Y tú? ¿Tú también tienes algún juramento de confidencialidad?

Jake se limitó a levantar las manos.

–No pienso hacer ningún comentario.

Susie les fulminó con la mirada.

–¡Esto es ridículo! Llevo dos días sin poder hablar con él. Esto de desvanecerse sin decir una sola palabra no es propio de Mack. ¿No podéis asegurarme por lo menos que está vivo?

–Claro que está vivo. Y estoy seguro de que pronto te llamará –contestó Jake.

Aunque su tono era de firmeza, su expresión demostraba un inconfundible escepticismo.

–Claro que sí –añadió Will.

Desgraciadamente, también su tono sonaba forzado.

–¿Está saliendo con alguien? –preguntó Susie, expresando en voz alta su más profundo temor.

Will y Jake podían ser amigos de Mack, pero también eran amigos suyos. Y los dos sabían lo que sentía por Mack. A lo mejor resultaba patético pedir que la tranquilizaran, pero necesitaba saber la verdad. Si había llegado la hora de seguir adelante con su vida, prefería oírlo de labios de sus amigos que enterarse por otros.

–Por supuesto que no –contestó Will con total satisfacción–. No dejes que se te desborde la imaginación, Susie. Mack solo necesita un poco de tiempo.

–¿Tiempo para qué? –quiso saber.

Mack no era un hombre particularmente proclive a los periodos de introspección. Todo lo contrario, generalmente contaba cualquier problema, lo superaba y lo dejaba en el pasado. No era un hombre complicado, excepto en todo lo relativo a sus sentimientos hacia ella. Ese era un tema que parecía querer evitar.

–Susie, déjale un poco de tiempo y de espacio –le aconsejó Jake.

–¿Tiempo? ¿Espacio? ¿Quiere distanciarse de mí?

–No –contestó Will–. Esto no tiene nada que ver contigo.

–Claro que tiene que ver, si lo que hace es darme la espalda.

Susie sacudió la cabeza. No tenía sentido seguir hablando con Jake y con Will. Al parecer, habían hecho un voto de silencio y no iban a romperlo por mucho que ella preguntara.

–No importa. Supongo que me lo contará cuando lo considere oportuno. E imagino que es mucho esperar pensar que puede considerarme una amiga que puede ayudarme cuando tiene problemas.

Se levantó.

Will la miró alarmado.

–Susie, por favor, no te formes una idea equivocada. Tú sabes lo que Mack siente por ti.

Susie le miró entonces a los ojos.

–No –contestó con un hilo de voz–. En realidad no sé lo que siente por mí, y ese es precisamente el problema.

Salió de la cafetería antes de que ninguno de ellos pudiera verle las lágrimas. Llorar delante de ellos sería una humillación imposible de soportar.

–Mienten –le contaba después a Shanna. Había ido a la librería en busca de su apoyo moral nada más salir de la cafetería –. Descaradamente.

–No creo que te estén mintiendo –intentó razonar Shanna–. Creo que están haciendo lo que Mack les ha pedido, por equivocado que pueda estar. Tú les has puesto en el disparadero, cariño.

¿Qué se suponía que tenían que hacer? ¿Traicionar a su amigo?

–Yo también soy su amiga.

–Claro que eres su amiga, pero son hombres. Desde que son niños parecen jurarse lealtad. En momentos como este, no tenemos ni una sola oportunidad –puso frente a Susie una taza de café bien cargada de crema y azúcar–. ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

–Que Mack haya decidido sacarme definitivamente de su vida –contestó–. ¿Y si lo que está haciendo es reunir el valor que necesita para decírmelo?

–¿Has notado últimamente algo que pueda indicarte que está cansado de pasar tanto tiempo contigo? Precisamente, lo último que yo sabía era que erais inseparables, algo que, por cierto, genera una gran confusión en todos nosotros.

–La verdad es que no –admitió Susie–. Pero Shanna, reconoce que esto no es normal. Se supone que somos amigos. Es lo único que he podido esperar de él durante todo este tiempo.

Shanna negó con la cabeza.

–Eso es precisamente lo que no es normal. No entiendo que llevéis tanto tiempo diciendo que no sois más que amigos. De hecho, nadie lo entiende. A veces me gustaría encerraros a los dos en una habitación, en un dormitorio preferiblemente, y dejaros allí hasta que averigüéis todo lo que se puede hacer en una cama.

Susie sonrió a su pesar.

–Estoy segura de que Mack tiene suficiente experiencia en camas como para saber qué hacer en una. Siempre he contado con eso –añadió con cierto anhelo.

–¿Y cuántas veces le has dejado claro que, precisamente, por toda la experiencia que tiene, no quieres tener otro tipo de relación con él?

–He sido yo la que se ha metido sola en este lío, ¿verdad? –dijo Susie desolada–. Todo empezó como un mecanismo de defensa, pero Mack se lo tomó al pie de la letra y ahora ninguno de los dos sabe cómo romper la dinámica que hemos establecido.

–Pues es una pena.

–¿Qué puedo hacer?

–Podrías empezar diciéndole lo que realmente quieres –sugirió Shanna–. Tengo entendido que esa es la forma más madura de enfrentarse a este tipo de situaciones.

Susie esbozó una mueca.

–¿Y arriesgarme a sufrir una humillación?

–O conseguir exactamente lo que quieres –la contradujo Shanna.

–Pensaré en ello –contestó Susie al cabo de unos segundos–. Aunque, por supuesto, decirle a Mack lo que quiero cuando ni siquiera me contesta el teléfono va a ser un poco difícil.

–Entonces, ve a buscarle a su apartamento –sugirió Shanna.

–Will y Jake dicen que necesita tiempo para asimilar lo que le pasa.

–Son hombres, ¿qué pueden saber ellos? Por lo menos, continúa llamándole hasta que no pueda soportar oír tu voz en el contestador y termine llamándote o contestando el teléfono. Susie, este no es un momento para la debilidad. Tienes que ir detrás de lo que quieres.

–¿Y si fracaso?

Shanna le dirigió una mirada cargada de compasión.

–¿Estarás peor de lo que estás ahora?

–¿Y si le pierdo para siempre? Por lo menos ahora somos amigos.

–Te lo repito, ¿de verdad puedes llegar a estar peor de lo que estás ahora? Por muchas veces que me lo digas, o que te lo digas a ti misma, es evidente que para ti ya no basta con ser su amiga

–miró a Susie a los ojos–. ¿O en eso también me equivoco?

Susie suspiró.

–No, no te equivocas. Quiero más. Lo quiero todo. Quiero disfrutar de lo mismo que tú disfrutas con Kevin, de lo que Abby, Jess y Bree han encontrado en los hombres con los que comparten sus vidas. He crecido rodeada de ejemplos de lo que tiene que ser una pareja, por lo menos en el caso de mis padres. Y hasta tío Mick y Megan han sabido hacer las cosas bien al final.

–De acuerdo, en ese caso, haz todo lo que haga falta para conseguir lo que nosotras tenemos. Personalmente, creo que no corres ningún riesgo de que Mack te rechace si le dices lo que sientes. De hecho, creo que hasta agradecerá que tomes tú la iniciativa.

–A lo mejor –respondió Susie.

Pero continuaba teniendo sus dudas. Cientos de dudas, en realidad.

En cualquier caso, sabía que las cosas tenían que cambiar. Ya había sufrido suficiente estando durante tanto tiempo en el limbo. Y, desde luego, no iba a dejarse arrastrar por la tristeza.

–Gracias, Shanna –dijo mientras le daba un abrazo a su amiga.

–Mantenme al tanto; ¿de acuerdo? Estoy aquí siempre que me necesites. Toda la familia está de tu parte –sonrió–. Sobre todo el tío Mick. De hecho, si necesitas motivación, lo único que tienes que hacer es recordar que es mucho mejor intentar resolver los problemas por ti misma que dejar que Mick comience a maquinarse para emparejaros.

–Definitivamente, lo tendré en cuenta –dijo Susie.

Tal y como Shanna acababa de decir, aquella podía ser la mejor motivación.

Mack permanecía sentado en medio de la oscuridad escuchando el que debía ser el vigésimo mensaje de Susie durante las últimas cuarenta y ocho horas. Comenzaba a parecer nerviosa. O quizá enfadada. No recordaba haberla oído nunca tan tensa.

–Así que ayúdame, Mack Franklin. Porque como no aparezcas pronto y me cuentes lo que te pasa, voy a llamar a la policía y a todos los medios de comunicación para que te localicen.

Mack esbozó una mueca. Sabía que era perfectamente capaz de hacer una cosa así. Susie podía parecer una mujer tímida y vulnerable, pero tenía una fuerza de acero y un brillo de determinación en la mirada que podía asustar a cualquier hombre. No siempre sacaba a relucir su bravura, pero cuando algo la espoleaba, era impresionante. Mack siempre lo había considerado un rasgo admirable, pero aquella noche, le hizo estremecerse.

Susie todavía estaba hablando cuando Mack descolgó el teléfono.

–No tienes por qué llamar a la policía –le dijo con calma–. Estoy aquí.

Susie suspiró aliviada al otro lado de la línea.

–Vaya, ¡gracias a Dios! –e, inmediatamente, comenzó a gritarle otra vez–. ¿Por qué no has contestado las otras veces que te he llamado? ¡O por lo menos podrías haber contestado a mis llamadas!

–La mayoría de las mujeres sabrían la respuesta a esa pregunta.

–¿Esa es una forma de decirme que me meta en mis asuntos? –le interpelló Susie–. Porque si es eso lo que pretendes decirme, no tiene sentido. Quería saber cómo estabas.

–No, lo que quería decir es que no quiero hablar con nadie. Y siento haberte preocupado. A lo mejor debería haberte avisado antes de encerrarme.

–Sí, deberías haberme avisado –contestó Susie–. ¿Qué te pasa, Mack? Cuéntamelo.

Mack no pudo evitar echarse a reír.

–¿Es que no has oído lo que te acabo de decir?

–Sí, has dicho que no quieres hablar con nadie y un montón de tonterías. Pero yo no soy nadie, Mack. Soy tu amiga, igual que Will y que Jake, y estoy segura de que a ellos sí se lo has contado.

Había un deje de dolor en su voz que a Mack le desgarró el corazón.

–Tú no eres como Will y Jake –contestó.

–Muy bien –respondió Susie con voz tensa–. En ese caso, siento mucho haberte molestado.

Colgó antes de que Mack pudiera decirle que le había interpretado mal. Mack musitó una maldición y le devolvió la llamada. Susie tardó más de diez timbrazos en contestar.

–Ahora soy yo la que no quiere hablar –le advirtió furiosa–. Así sabrás lo que se siente –y colgó otra vez.

Mack volvió a marcar su teléfono.

–¿Quieres hacer el favor de escuchar durante diez segundos? Después, si quieres, puedes colgar.

–Será un placer. Adelante, habla.

–Lo único que pretendía decir es que la relación que tengo contigo es diferente a la que tengo con mis amigos Will y con Mack.

–Un amigo siempre es un amigo.

–Vamos, Susie, sabes que eso no es del todo cierto. No estoy diciendo que los hombres no puedan ser amigos de las mujeres, pero las dinámicas no siempre son las mismas.

–Supongo que estás hablando de sexo. Pero como entre nosotros nunca ha habido sexo, supongo que la relación es idéntica.

–No –insistió Mack.

Le sorprendía que Susie hubiera mencionado el sexo. Era un tema del que jamás hablaban. Pero después de que Susie lo hubiera sacado a la luz, él ya no pudo evitar decir:

–Siempre hemos tenido un gran potencial para el sexo.

Aquel comentario fue recibido por un completo silencio.

–¿Eso es verdad? –preguntó Susi por fin. Se adivinaba en su voz un punto de diversión. Por lo menos ya no parecía ofendida o furiosa. Más bien, podía decirse que estaba intrigada–. ¿Y cuánto potencial crees que tenemos?

–Eso siempre ha dependido de ti –respondió Mack sin poder dominarse.

Sabía que emprender ese camino en un momento en el que su vida profesional era un auténtico torbellino, era una pésima idea. Aunque el comenzar a pensar en acostarse con Susie podía ser una fascinante distracción, no era así como pretendía superar aquel bache. Sería injusto para ella.

Mack comprendió que había cometido un gran error cuando la oyó tomar aire y susurrar:

–¿Lo dices en serio? ¿Depende de mí? No sabía que tenía tanto poder sobre ti. Tendré que empezar a explorar nuevas posibilidades.

–Susie, tú no quieres acostarte conmigo –contestó Mack, como si la mera idea le pareciera ridícula.

–A lo mejor, sí –le espetó Susie muy seria.

Mack estuvo a punto de atragantarse con su propia lengua.

–Pero si ni siquiera estás dispuesta a tener una cita conmigo, y mucho menos una relación seria. ¿Cuántas veces me lo has dicho?

–Posiblemente demasiadas –respondió Susie con candidez.

–¿Qué quieres decir?

–No te hagas el tonto, Mack. Significa que podría haber cambiado de opinión.

–Es precisamente ese «podría» lo que me preocupa. Muchos hombres terminan en la cárcel por culpa de los «podría» y los «quizá».

–Podemos quedar para hablar de ello –sugirió Susie.

–¡Oh, no! –contestó Mack inmediatamente–. Es evidente que esta noche has tenido alguna especie de lapsus mental y has olvidado la clase de hombre que soy. De hecho, estás empezando a parecer incluso atrevida, algo que no es en absoluto propio de ti. Y no quiero aprovecharme de eso.

Susie suspiró pesadamente.

–Sabía que ibas a decir eso. ¿Es que nunca vas a intentar seducirme, Mack? Estoy empezando a acomplejarme. Aparentemente, estás dispuesto a salir con cualquier mujer, siempre y cuando no sea yo.

–Yo ya no estoy saliendo con nadie –repuso Mack indignado–. Por lo menos últimamente.

–¿Desde cuándo es «últimamente»?

La triste verdad era que había perdido el interés en otras mujeres desde el momento en el que había comenzado a quedar con Susie de forma regular. Ella era la mujer que ocupaba constantemente sus pensamientos. Y su corazón. Le había llevado tiempo comprenderlo, pero por fin lo sabía. Aun así, aquel era el peor momento posible para confesarlo.

–Eso ahora no importa –contestó–. Mira, ahora tengo que colgar. Hablaremos la próxima vez que nos veamos.

–¿El día de Acción de Gracias en casa del tío Mick?

Mack vaciló.

–No lo sé, Susie. No creo que sea una buena idea. Además, Mick todavía no me ha dicho nada.

–Lo hará –predijo Susie–. Y tú dirás que sí. Y aunque él no te invite, te estoy invitando yo ahora. Y la respuesta correcta es «sí», «sí, muchas gracias, me encantaría ir».

Para sorpresa de Mack, parecía completamente decidida.

–¿Por qué? –le preguntó.

–Porque no he vuelto a presentarme con un chico en una de esas fiestas familiares desde que a los ocho años llevé a Joe Campbell casi a la fuerza. Era su segunda comida de Acción de Gracias y terminó vomitando. Después de aquella experiencia, nunca me han animado a invitar a nadie.

–Joe Campbell siempre tuvo un estómago muy débil –comentó Mack–. En aquella época tenías un gusto terrible para los novios.

–¿No has oído que tenía ocho años? ¿Qué iba a saber yo de hombres entonces?

–¿Y ahora? –preguntó Mack, repentinamente nervioso.

¿Se habría perdido algo? ¿Estaría Susie interesada en algún otro hombre? No tenía ninguna prueba de ello, pero a lo mejor estaba tan harta como él de aquella vida de celibato. A lo mejor lo del día de Acción de Gracias era como una especie de prueba. ¿Cortaría para siempre con él si le fallaba? ¿Ese era el trasfondo de aquella conversación?

–Al parecer, todavía me muevo en un terreno movidizo en cuanto a hombres se refiere –añadió Susie–. Y eso hace que sea particularmente importante que el próximo hombre con el que me presente en una fiesta familiar sea la clase de hombre fuerte y sólido que mi familia aprobaría. A todos les gustas y estoy segura de que tú no vomitarás antes de que sirvan la tarta de calabaza.

–No, ni siquiera después –le prometió.

Se maldijo a sí mismo por su incapacidad para no ceder. Sabía que aquello podía salir mal por muchas razones. Aun así, se descubrió diciendo:

–De acuerdo, nos veremos allí.

–A lo mejor podías venir a buscarme –le propuso Susie–. Así no podrás salir huyendo.

–Y toda tu familia pensará que es una auténtica cita –aventuró–. ¿Crees que es sensato? Me temo que Mick ya está empezando a pensar en ayudarnos a consolidar nuestra relación.

–Sí, es cierto, algo irritante, pero en absoluto inesperado. Francamente, esto de las «no citas» a mí ya no me basta –confesó Susie, sorprendiéndole–. Creo que ya va siendo hora de empezar a hacer cambios.

Mack volvió a percibir aquel punto atrevido y temerario en su voz. ¿Qué demonios le estaba pasando? Y, que el cielo le ayudara, ¿por qué tenía que ser justo cuando acababan de despedirle?

–Susie, creo que deberíamos repensarnos todo esto. Es posible que no esté aquí el día de Acción de Gracias. Tengo algunas cosas de las que ocuparme.

–¿Y son más importantes que venir a comer con los amigos? –le preguntó Susie–. ¿Son tan importantes que vas a dejarme colgada?

Había un deje de advertencia en su voz que le pilló completamente desprevenido y le hizo confirmar sus sospechas de que, efectivamente, aquella invitación era una especie de prueba.

–Muy bien, ¿qué está pasando aquí, Susie? Llevas toda la noche hablando de cosas que no son propias de ti. Y ahora estás insinuando una advertencia. ¿A qué viene todo esto?

–A lo mejor he decidido que ya ha llegado el momento de que las cosas cambien. A lo mejor estoy harta de todos los rodeos que llevamos dando durante ya demasiado tiempo.

–¿Y has visto la luz precisamente esta semana?

–Sí –contestó con rotundidad–. Esta noche, de hecho. Tendrás que enfrentarte a ello.

Aquel tono era tan poco habitual en Susie que Mack no tenía la menor idea de cómo responder.

–¿Has estado bebiendo? –le preguntó, porque no se le ocurría ninguna otra explicación.

–¿Alguna vez me has visto beber algo más que una copa de vino?

–No, pero siempre hay una primera vez para todo. ¿Has estado hablando con alguien que te ha metido ideas raras en la cabeza?

Imaginó a Will manteniendo con ella una conversación de corazón a corazón e instándola a tomar las riendas de su vida. Sí, sería muy propio de él, puesto que sabía que Mack estaba dando marcha atrás en su intención de proponerle matrimonio.

–¿Has visto a Will? –preguntó.

Sus sospechas habían aumentado al ver que continuaba en silencio.

–Sí, le he visto esta mañana, pero no ha querido decirme nada de ese secreto que guardas tan celosamente, si es eso lo que te preocupa. Jake y él han estado más reservados que un espía. Estoy segura de que podrían dar lecciones a la CIA.

–Me alegro de saberlo –contestó aliviado.

Por supuesto, eso significaba que continuaba sin saber qué le había pasado a Susie aquella noche. A lo mejor debería invitarla a pasar por allí y llegar al fondo de todo aquello.

Pero, teniendo en cuenta su extraña conducta de aquella noche, podía llegar a ser peligroso... para ambos.

–Te llamaré antes del día de Acción de Gracias –le prometió por fin–. Ya haremos planes entonces.

–¿Y hasta entonces, qué? –le exigió Susie–. ¿Piensas continuar escondiéndote?

–Algo así. Pero como te he dicho antes, no te preocupes por mí. Estoy bien.

–Como tú digas. Pero ni se te ocurra dejarme plantada el día de Acción de Gracias. Porque como lo intentes, me presentaré en tu casa y te sacaré a rastras si es necesario. Llevaré a mis hermanos, a Will, a Jake, a quienquiera que haga falta, para arrastrarte hasta casa de tío Mick,

¿entendido?

Mack se echó a reír.

–Comprendido. Aunque tengo que decir que me va a llevar algún tiempo acostumbrarme a esta nueva faceta tuya tan autoritaria.

–Algo me dice que vas a tener muchas oportunidades de hacerlo –respondió Susie, en aquel tono tan inusualmente atrevido.

Colgó el teléfono antes de que Mack pudiera contestar. Ya fuera por culpa del alcohol o por algo que le hubieran echado al agua, definitivamente, Mack nunca la había visto así. Y a pesar de que aquel cambio hubiera hecho su aparición en el peor momento, no podía evitar sentirse fascinado. Hasta entonces, jamás se le había ocurrido pensar que Susie pudiera ser una persona mínimamente retorcida, pero a lo mejor se había equivocado. A lo mejor, lo que había pretendido aquella noche era, precisamente, dejarle intrigado.

Un día antes del día de Acción de Gracias, Laila Riley permanecía sentada en su despacho del banco mirando por la ventana de mal humor. El fin de semana que tenía por delante prometía ser el más deprimente de su vida. En el último momento, sus padres habían decidido hacer un viaje a Londres. Su hermano estaría con Abby y con las gemelas en casa de los O'Brien y ella, como era habitual, no tenía ningún plan.

Alzó la mirada y vio a Jess O'Brien, Jess Lincoln, se corrigió, entrando en su despacho sin que nadie la hubiera anunciado.

–Tal como me lo imaginaba –dijo Jess–. Sabía que estarías aquí sentada y deprimida.

–¿Quién ha dicho que esté deprimida? –replicó Laila, enderezándose en su asiento y procurando parecer más animada–. Tengo cuatro días de vacaciones por delante y todo tipo de planes.

–¿De verdad? ¿Qué piensas hacer?

–Bueno, ya sabes, lo que se suele hacer por estas fechas. Comeré pavo y el viernes y el sábado iré a las rebajas.

–Digamos que, por un momento, me estoy creyendo lo que me dices –propuso Jess–. ¿Con quién piensas comer el pavo? Tus padres se han ido ya a Inglaterra y Abby me ha dicho que no quieres venir a comer con nosotros.

–No podéis sentar a una persona más a esa mesa –repuso Laila–. Además, ya estoy cansada de que me inviten a todo por pena.

Jess la miró indignada.

–¿Desde cuándo te ha hecho sentirte alguien de mi familia como si te invitáramos por compasión? Todo el mundo sabe que te invitamos por tu chispeante personalidad.

Laila sabía lo que estaba intentando hacer su amiga y, una parte de ella, quería aceptar la invitación. Pasar el día de Acción de Gracias sola sería mucho más deprimente que todas las otras fiestas que había tenido que celebrar en solitario desde que se había jurado dejar de salir con nadie tras la última cita que había concertado por Internet y que había terminado convirtiéndola en víctima de un acosador.

–Mira, te agradezco la invitación, pero estaré bien, de verdad –insistió.

–De acuerdo entonces, lo retiro –renunció Jess con sospechosa rapidez–. Pero con una condición.

Laila la miró con recelo.

–¿Qué condición?

–Tienes qué contarme qué planes tienes. Y tienen que ser buenos. Comer pavo congelado y calentado en el microondas no cuenta.

Laila suspiró, sintiéndose vencida.

–¿A qué hora será la comida?

–A las tres en punto –contestó Jess, feliz por su victoria–. Will y yo pasaremos a buscarte a las dos para que puedas ayudar a prepararla. Eso forma parte de la diversión.

–Eso lo dice la mujer que tiene una chef en su posada ocupándose de todas las comidas.

Jess sonrió.

–No quiero que mi marido se muera de hambre. Ni que muera envenenado por mis guisos.

–En ese caso, ¿qué es lo que tu abuela te deja preparar para la comida de Acción de Gracias?

–El año pasado preparé las fuentes del relleno y la salsa y las llevé a la mesa –anunció Jess con orgullo–. Este año serviré el vino que Will ha seleccionado de la bodega de la posada.

Laila se echó a reír.

–Vaya, no sé cómo voy a poder competir con eso, pero teniendo en cuenta el nivel, supongo que no fracasaré. Seguro que hay alguna tarea en la que pueda incluso destacar.

Jess le devolvió la sonrisa, pero se puso repentinamente seria.

–Sabes que todos te queremos y te consideramos parte de la familia, ¿verdad?

A Laila se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Gracias.

–No se te ocurra llorar –le ordenó Jess–. Lo único que tienes que hacer es estar preparada cuando vayamos a buscarte.

–Estaré lista para las dos –prometió Laila.

Quizá el día de Acción de Gracias no fuera a ser tan deprimente como había anticipado. O a lo mejor, y una vez más, volvía a sentirse como el elemento discordante en medio de la desbordante felicidad de las parejas de la familia O'Brien.

Capítulo 3

El día de Acción de Gracias amaneció como uno de esos días perfectos de Chesapeake Shores. El cielo estaba de un azul radiante y el aire limpio y fresco. Las olas se encrespaban a la altura de la bahía, cubriendo su superficie de espuma.

Era, de hecho, un día ideal para jugar al fútbol. Y por esa razón, todos los hombres de la familia se habían reunido en el prado. Antes de salir, habían dicho, como siempre, que era la mejor forma de digerir una copiosa comida. Pero las mujeres de la familia sabían que era la mejor forma de quitarse de en medio. En realidad, en la cocina tampoco cabía nadie más, pero habría sido todo un gesto que, al menos uno de ellos se hubiera ofrecido a ayudar, pensó Susie mientras los observaba desde la puerta de la cocina.

Tenía un trapo de cocina en una mano y una copa de cristal en la otra. Hacía rato que había terminado de secar la copa, pero no era capaz de apartar la mirada de Mack, que estaba completamente entregado al juego. Tampoco podía dejar de pensar en lo bien que encajaba en la familia, como si realmente ya formara parte de ella. Pero le bastaba pensar en ello para sentir una punzada de tristeza y anhelo.

Su abuela se acercó a ella. Nell O'Brien era conocida por su capacidad para ver en el interior de las personas y por su sentido común. También por decir lo que pensaba.

–Es muy guapo, ¿verdad? –preguntó con un brillo travieso en la mirada.

–¿Quién? –preguntó Susie.

Nell la miró con incredulidad.

–No te hagas la tímida conmigo, jovencita. Mack por supuesto. No le has quitado los ojos de encima durante todo el día. Y por lo que he podido observar, él parece tener el mismo problema.

Susie sintió en su interior una chispa de esperanza. Sabía que su abuela no le estaba diciendo eso porque supiera que era lo que quería oír. Seguramente Nell era la persona más indicada para confesarle la verdad.

–¿De verdad lo crees, abuela? –preguntó, incapaz de evitar cierto tono lastimero en su voz.

Su abuela la miró con rudeza.

–¡Vamos, hija! Sabes la respuesta tan bien como yo. He visto a muchos hombres enamorados a lo largo de todos estos años. Mack está tan enamorado como cualquiera de ellos. Y lleva mucho tiempo así –señaló intencionadamente.

–Ojalá pudiera creerte –admitió Susie.

–Pues créetelo –respondió Nell con vehemencia–. Me alegro de que por fin lo hayas traído a casa. Estaba empezando a pensar que ibas a dejarle escapar. Y habría sido una auténtica pena.

–Mack todavía no es nada mío, así que no creo que pueda perderle.

–¡Tonterías! –respondió Nell con aspereza.

–No, no es verdad. Llevamos mucho tiempo siendo amigos –dijo Susie con tristeza–, pero nada más.

–Y tú quieres algo más –dedujo Nell–. ¿Estás segura?

Susie asintió.

–Claro que sí.

–¿Y qué te impide conseguirlo?

–La costumbre –contestó Susie inmediatamente–. Y el miedo. Si lo intento y no sale bien, perdería a mi mejor amigo.

–Si la amistad de Mack es tan importante para ti, estoy segura de que encontrarás la forma de conservarla incluso en el caso de que fracase una relación más íntima –le aseguró Nell confiada–. Y si de algo estoy segura es de que si estás verdaderamente enamorada de ese hombre y no intentas tener con él la relación que realmente quieres, te arrepentirás durante el resto de tu vida. Cuando seas tan vieja como yo, te darás cuenta de que ya es demasiado tarde para intentar enmendar todo lo que no has hecho.

Susie abrazó a su abuela, sintiéndose reforzada por su fortaleza de espíritu.

–Eres muy sabia.

–Eso espero. Después de ochenta y tantos años de vida, algo tengo que haber aprendido.

Susie sonrió.

–¿Ochenta y tantos? ¿Por fin admites que has llegado ya a los ochenta?

–En algún momento iba a empezar a ser demasiado obvio que cualquiera con este rostro tan arrugado no podía tener ni sesenta ni setenta años. De modo que, ¿por qué no confesar la verdad?

–Tú seguirás siendo joven aunque tengas ciento dos años –le auguró Susie.

–Si vivo tanto tiempo, espero no perder la cabeza y poder seguir cuidando el jardín. Si no, ¿qué sentido tendría? –la expresión de Nell se tornó triste–. Y me gustaría volver a Irlanda alguna vez. Pero si no lo hago pronto, me temo que ya será demasiado tarde.

Susie percibió algo en su tono que la preocupó. Era la primera vez que oía a su abuela reconocer que no tenía toda una vida por delante.

–En ese caso, tendrás que ir –afirmó Susie, decidida a encontrar la manera de que lo consiguiera.

En cuanto todos se enteraran de que aquel era el sueño de su abuela, harían todo lo posible por convertirlo en realidad antes de que fuera demasiado tarde.

–Pero tú no tienes por qué preocuparte por los sueños de una anciana –la regañó Nell–. Concéntrate en hacer realidad tus propios sueños.

Le quitó la copa que tenía en la mano.

–Ahora, sal a jugar un poco al fútbol. Tú corres más que la mitad de los hombres de esta familia –le apretó la mano–. ¡Pero no corras tanto como para que el hombre que te interesa no pueda alcanzarte!

Susie siempre había sido una chica muy deportista, pero Mack jamás habría imaginado que fuera capaz de sumarse a un partido de fútbol americano con tal entusiasmo. De hecho, esperaba que se quedara dentro de la casa con las demás mujeres mientras los hombres salían a sudar un rato. Necesitaba poner distancia entre ellos. Verse en medio de una celebración de los O'Brien había sido como una fantasía para él. Le había hecho anhelar cosas que en aquel momento estaban completamente fuera de su alcance.

Sí, de acuerdo, también era algo más que eso. El hecho de que prefiriera que Susie se quedara dentro de casa podía ser el reflejo de una actitud machista, pero también estaba en juego su supervivencia. Estar cerca de Susie durante todo el día había espoleado en su interior las más inesperadas respuestas. La conversación que habían mantenido en relación al sexo parecía haber enraizado en su cerebro y en su libido, y cada vez que la miraba, solo era capaz de ver a una mujer deseable a la que estaba deseando desnudar.

Allí la tenía en aquel momento, vestida con unos vaqueros ajustados que alguien le había prestado y con una sudadera hecha de un material tan suave que parecía estar pidiendo una caricia, y de un color rojo que debería haber quedado ridículo con su pelo, pero que la hacía parecer atrevida e insoportablemente provocativa.

En ese momento estaba a la izquierda de uno de sus hermanos, un antiguo compañero de equipo de Mack, con los brazos en jarras, un brillo travieso en la mirada y una expresión desafiante que le estaban sugiriendo a Mack ideas que no tenían nada que ver con el fútbol. Casi se arrepentía de estar jugando en el equipo contrario. Si estuvieran en el mismo equipo, podría colocarse tras ella y disfrutar de la deliciosa vista de su espalda.

Trace le dio un codazo en las costillas.

—¡Eh, presta atención! Ya sabes que Susie no va a ponértelo fácil aunque sea una mujer, ¿de acuerdo? Si le pasan el balón, intenta quitárselo. Seguro que se lo pasan porque creen que no vas a ser duro con ella. Pero no les dejes salirse con la suya —le ordenó.

Mack le miró con el ceño fruncido.

—Yo creía que este era un partido amistoso.

—Y lo era hasta que Susie se ha unido a su equipo. Ahora querrán ganar. Y nosotros también —le miró a los ojos—. ¿Quieres que ponga a Will en tu puesto?

—Will no ha vuelto a hacer un placaje desde que estaba en la universidad —se burló Mack—. ¿Estás de broma?

—¡Eh! —protestó Will—. Este deporte no se basa solamente en la fuerza bruta. También se requiere cierta cintura.

—Sí, eso díselo a los de la Liga Nacional de Fútbol Americano —replicó Mack—. Seguro que el presidente estará interesado en tu punto de vista.

Jake se acercó al grupo.

—¿Vamos a jugar o no? No podemos permitir que nos afecte la presencia de una mujer. Susie lleva años jugando estos partidos. Seguro que puede cuidar de sí misma.

Se interrumpió y se volvió hacia Trace.

—¿Y tu hermana? A lo mejor Laila también puede jugar. Es alta y de esa forma estaríamos en igualdad de condiciones. Matthew, Luke y Kevin lo pasarían fatal si tuviéramos a una mujer jugando en nuestro equipo.

Trace frunció el ceño.

—No voy a permitir que mi hermana termine siendo aporreada por ese equipo. Laila nunca fue tan poco femenina como lo era Susie.

—¡Eh, que solo era una idea! —se defendió Jake—. No tienes que ponerte tan gallito con nosotros —se volvió hacia Mack—. Muy bien, en cualquier caso, no puedes dejar que Susie te adelante. Esa mujer corre como el viento. ¿Te acuerdas de cuando estábamos en el instituto? Ganaba todas las competiciones de atletismo de la región.

Mack les miró a todos con el ceño fruncido.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Quién formó parte del equipo de honor durante todos los años de instituto? No hay ninguna mujer que pueda ganarme.

—¿Ni siquiera Susie? —preguntó Trace, dubitativo.

Mack apretó los dientes.

—No, ni siquiera Susie.

—En ese caso, de acuerdo —dijo Trace mientras los jugadores se colocaban en posición.

—Ya era hora —bromeó Matthew, el hermano de Susie—. Estaba empezando a pensar que tenía

tiempo para ir a buscar un pedazo de tarta.

Reiniciaron el juego. Se lanzó la pelota y fue a parar a manos de Susie que, con un ágil movimiento, consiguió esquivar un placaje de Jake. Mack salió corriendo tras ella, la agarró por los pies y le hizo caer al suelo y chocar contra la pared de su pecho. Sobresaltada, Susie le miró a los ojos.

–¡Me has hecho un placaje! –exclamó Susie y bufó indignada.

–Solo estoy siguiendo órdenes. ¿Estás bien?

Susie se levantó.

–Claro que estoy bien, pero estamos jugando a fútbol toque, idiota, no se pueden hacer placajes. Mack la miró fijamente.

–Me han dicho que las reglas han cambiado.

–¿Eso es cierto? –preguntó Susie, acercándose todavía más a él.

–Te lo juro por Dios.

Susie miró al resto de jugadores y asintió.

–De acuerdo. En ese caso, no volverás a pillarme desprevenida, Mack Franklin. Te lo aseguro.

Retrocedió por el prado para reunirse de nuevo con su equipo. Mack tenía la impresión de que acababa de despertar su genio con consecuencias imprevisibles.

Afortunadamente, la última jugada había permitido que fuera su equipo el que tuviera la posesión del balón. Sacó desde el centro del campo y empezó a correr, hasta que cerca de cincuenta kilos de furia le agarraron por las rodillas. En aquella ocasión, fue él el que cayó al suelo. Susie rodó con él y se levantó antes de que Mack hubiera podido recuperar la respiración.

–Muy bien. Ahora estamos en paz –le dijo–. Me siento mucho mejor. ¿Y tú?

Mack la miró con incredulidad.

–Estás un poco loca. Lo sabes, ¿verdad?

Susie sonrió.

–Me he pasado la vida jugando con los chicos. No me minusvalores, Mack. Soy capaz de hacer movimientos que ni siquiera eres capaz de imaginar –presumió y sonrió a continuación–. Tanto fuera como dentro del campo.

Mack sintió entonces un intenso calor en el vientre. Todos los movimientos que conjuró su mente tenían lugar en el dormitorio, y no en medio de un prado, rodeados por la familia de Susie. Alargó el brazo, la agarró de la mano, la estrechó en sus brazos y le susurró al oído.

–No me tientes, Susie, porque te estás buscando problemas.

La diversión iluminaba la mirada de Susie cuando se volvió hacia él.

–No me asustas. Todo es palabrería. Tengo años de experiencia para demostrarlo.

–¿Perdón? ¿Puedes repetir lo que acabas de decir?

–Todo palabrería –volvió a provocarle.

Fue Matthew el que se acercó a los dos, miró a su hermana con extrañeza y puso fin a la discusión.

–¡Eh, os recuerdo que estábamos jugando al fútbol!

Susie parpadeó y desvió la mirada, tenía las mejillas sonrojadas. Mack la soltó y regresó junto a su equipo sin estar seguro de si estaba desconcertado o enfadado por aquellas provocaciones.

Will y Jake estaban sonriendo.

–Estas tradiciones de los O'Brien se están poniendo interesantes –comentó Jake–. Pero deberías tener en cuenta que Jeff y Mick están ahora mismo mirándonos desde el porche y no estoy seguro de que les haga mucha gracia la idea de que decidas seducir a Susie delante de toda la

familia. Sé que a Mick, especialmente, le gusta hablar mucho, pero en el fondo, los dos están bastante chapados a la antigua.

–Jamás se me ha pasado por la cabeza la posibilidad de seducir a Susie –replicó Mack con sombría determinación.

Pero, por supuesto, sí la posibilidad de hacerle tragarse sus palabras.

Jake elevó los ojos al cielo.

–Sí, igual que yo no echaba de menos a Bree durante todos los años que estuvo escribiendo obras de teatro en Chicago.

Mack se limitó a mirarle fijamente.

En el otro extremo del campo, Luke, el hermano de Susie, estaba discutiendo acaloradamente con Matthew.

–Tienes que dejar de pasarle la pelota –le advirtió a Matthew–. No puedes tratar a Susie como si fuera nuestra arma secreta.

Susie caminó con paso firme hacia sus hermanos.

–Si juego es para ganar –declaró con fiereza–. Dame la pelota.

Mack tuvo que disimular una sonrisa ante aquella riña familiar. Estaba deseando ver cómo acababa. Él apostaba por Susie. Estaba decidida a adelantarle con la pelota y marcar un gol. Siempre había disfrutado de la determinación y la fuerza de espíritu de su amiga. Por lo menos hasta ese día, en el que parecía decidida a utilizarla para volverle loco.

Durante las siguientes dos jugadas, después de que recuperaran el balón, Matthew intentó cruzar el campo pasando por delante de Kevin, pero Connor interrumpió en las dos ocasiones la jugada. En la siguiente jugada, Susie se hizo con la pelota e intentó esprintar por el ángulo ciego de Mack. Pero este la agarró de la cintura del pantalón y terminó en el suelo con ella.

–Eres insoportable –gruñó Susie.

Sin embargo, en aquella ocasión no se apartó tan rápidamente de él. De hecho, le miró a los ojos y pareció quedarse de pronto sin respiración. Y Mack no creía que pudiera culparse de ello solamente a la caída. Alargó la mano para quitarle una mancha de tierra de la cara. Y, para su más absoluto asombro, descubrió que le temblaban los dedos al entrar en contacto con su piel.

También a él le falló entonces la respiración.

–Susie –musitó suavemente.

Susie tampoco era capaz de desviar la mirada.

–¿Umm? –preguntó Susie con un vago susurro.

–Deberíamos acabar el partido antes de que terminen haciéndote daño.

Susie parpadeó un instante y le dio un puñetazo en las costillas.

–¿A mí? ¿Y qué me dices de ti? ¿O de Will, y todos los demás?

Mack permaneció donde estaba, sin apartar en ningún momento la mirada de su rostro.

–Tú eres la única que me preocupa.

–Solo porque soy una mujer –repuso Susie, como si eso fuera una maldición.

–Solo porque eres una mujer a la que aprecio –respondió.

Vaciló un instante. Estaba a solo unos centímetros de su boca. Podía besarla en ese mismo instante. Quería hacerlo. Y le bastaba mirarla a los ojos para comprender que también ella estaba deseando que lo hiciera.

–¿Mack? –preguntó Susie con cierta inseguridad–. ¿Qué está pasando aquí?

–Ojalá lo supiera –contestó frustrado.

Antes de llegar a hacer algo de lo que los dos pudieran arrepentirse, se levantó y le tendió la

mano.

–Vamos a dar un paseo.

–¿Ahora? –Susie le miró con expresión de incredulidad–. No pretenderás ir a dar un paseo en medio del partido, ¿verdad?

–Sí.

Susie miró a su alrededor, vio las miradas especulativas de todos los hombres de la familia y asintió.

–De acuerdo.

Agradeciendo que no discutiera, Mack le tiró el balón a Trace.

–Nos vamos. Queremos dar un paseo por la playa.

–¿En medio del partido? –preguntó Matthew, clavando la mirada en su hermana como si acabara de traicionarle.

–Me parece un momento tan bueno como cualquier otro –contestó ella.

Matthew se volvió hacia su hermano.

–¿Tienes la menor idea de lo que le pasa?

Luke se echó a reír.

–¡Claro que sí! Y si quieres saber mi opinión, ya era hora de que le pasara.

Durante todo el camino por la extensa pradera del tío Mick y mientras bajaban las escaleras que conducían a la playa, Susie continuó aferrada a la mano de Mack. De vez en cuando, le miraba de reojo, sorprendida por su expresión sombría.

–¿Hay algo de lo que quieras hablar? –le preguntó al cabo de un rato, cuando el silencio comenzaba a prolongarse de forma excesiva.

–En realidad, no.

La suavidad de la arena hacía que resultara más difícil caminar, pero él devoraba la distancia como si tuviera algún destino en mente.

–¿Vamos a algún lugar en concreto? –preguntó Susie.

Se alegraba de tener las piernas largas y de su afición al atletismo. No tenía ningún problema para seguirle el paso, aunque habría preferido que aquel fuera un paseo romántico y tranquilo.

–No.

–¿Y tenemos un límite de tiempo?

Mack la miró con el ceño fruncido.

–Claro que no.

–En ese caso, ¿podríamos ir más despacio? Sé que corría mucho cuando estaba en el instituto, pero hace años que he dejado de competir.

Mack le dirigió una mirada fugaz.

–Lo siento –se disculpó, y aminoró el ritmo de sus pasos.

–Mack, si no te importa que te lo diga, no parece que te apetezca mucho dar este paseo. ¿Por qué lo has sugerido entonces?

–Porque tampoco me gustaba lo que estaba pasando allí.

Susie le miró confundida.

–¿Te refieres a los placajes?

Mack sacudió la cabeza.

–No, sabía que eso no iba a hacerte ningún daño.

–Entonces, ¿a qué?

Mack suspiró pesadamente y la miró a los ojos.

–He estado a punto de besarte.

Susie parpadeó, no entendía la estupefacción que reflejaba su voz.

–¿Y por qué te parece tan terrible? ¿Crees que se habría acabado el mundo o algo parecido?

–No puedo empezar a besarte sencillamente porque me apetezca –repuso enfadado–. No después de todo este tiempo.

–A lo mejor deberías dejar que fuera yo la que tomara esa decisión. A lo mejor yo también quiero besarte. Y a lo mejor creo que hemos esperado demasiado tiempo para empezar a besarnos.

–De ninguna manera –contestó Mack con firmeza–, ahora no.

–¿Por qué no?

–Porque no es un buen momento.

–¿Porque teníamos demasiado público?

–Qué tontería, ¿qué te hace pensar que alguna vez me haya importado lo que puedan pensar los demás?

–De acuerdo, entonces, si no ha sido por miedo a que Will, Jake, mis hermanos y el resto de la familia pudieran hacerte pasar un mal rato, ¿qué te ha pasado?

–Ya te he dicho que no era un buen momento –prácticamente gruñó–. Y ahora, prefiero dejar el tema.

–¡No! –respondió Susie con fiereza.

Si él por fin había querido, aunque solo hubiera sido por un instante, cambiar su relación y, gracias a Dios, también ella estaba dispuesta a ello, ¿por qué no hacerlo? Ambos eran adultos en plenas facultades, por el amor de Dios.

–Yo soy la mitad de esta ecuación y supongo que también tengo algo que decir al respecto.

–Ahora no –insistió sombrío.

–¿Te preocupan mi padre y mi tío? Porque te aseguro que es preferible no tener que sentir la presión de esos dos cuando se empeñan en algo.

–No, no es eso –contestó Mack.

–En ese caso, ilústreme, porque estoy completamente confundida.

–Lo único que tienes que hacer es creermelo cuando te digo que este no es un buen momento para comenzar a pensar en una relación que vaya más allá de lo que ya tenemos.

–Lo siento –Susie se detuvo y le miró directamente a los ojos–, pero yo creo que hace tiempo que ha pasado el momento y si me he perdido algo, creo que deberías informarme.

–No –replicó Mack–. En cuanto consiga solucionarlo todo, hablaremos. Hasta entonces, tendrás que darme tiempo, Susie. Lo digo en serio. En este momento, las cosas no pueden ser de otra manera.

Susie frunció el ceño al recibir aquella orden. Era evidente que Mack ya había tomado una decisión y esperaba que se supeditara a ella sin oponer resistencia. Pues bien, aquella vez no iba a salirse con la suya.

–¿Necesitas tiempo y espacio? –preguntó con calor–. Pues ya lo tienes. Pero no cuentes con que vaya a estar esperándote cuando lo hayas arreglado todo a tu completa satisfacción. No es así como mejoran las cosas, Mack, tanto si somos amigos como si no. Tanto si somos algo más como si no. Se llame como se llame lo que tenemos, los dos tenemos algo que decir al respecto. De otro modo, no sé cómo pueden funcionar las cosas.

Mack la miró con una terrible tristeza.

–Susie, por favor, no creo que este sea el momento de lanzar un ultimátum.

–¿Por qué no? ¿No es eso exactamente lo que acabas de hacer tú? Dame tiempo, Susie, o si no... Eso también lo deja todo muy claro, ¿verdad?

–Sí, claro que sí. Y si no eres capaz de aceptar que sé lo que nos conviene, no tendré más remedio que marcharme.

Susie se limitó a asentir mientras luchaba contra las lágrimas.

–Tú decides –le dijo con voz queda.

Pero, a pesar de lo que acababa de decir Mack, fue ella la que dio media vuelta y se marchó. Por lo menos fue capaz de conservar la dignidad y no permitió que la viera llorar.

Una vez de vuelta en la casa familiar, Susie consiguió aparcar sin que nadie la viera. Afortunadamente, había sido ella la que había llevado el coche y tenía las llaves en el bolsillo. Mack tendría que volver a casa por sus propios medios. Y se merecería que ningún miembro de su familia se ofreciera a llevarle.

Estaba a punto de poner el coche en marcha cuando Shanna golpeó la ventanilla con expresión preocupada.

–¿Por qué te vas sin despedirte de nadie? ¿Te has peleado con Mack? Todo el mundo estaba especulando sobre lo que iba a pasar con vosotros desde que os habéis ido. Además, Laila y Matthew han terminado peleándose y ella se ha marchado furiosa. Realmente, ha sido un día muy interesante.

Momentáneamente distraída por la noticia, Susie preguntó:

–¿Laila y Matthew han discutido? ¿Por qué?

–No tengo la menor idea –admitió Shanna–. Pero su marcha ha causado un auténtico revuelo. Y ahora tú estás haciendo lo mismo. La curiosidad está en su punto álgido.

–En ese caso, entenderás que no quiera entrar –comentó Susie con ironía–. Ahora mismo no estoy de humor para hablar con nadie.

Shanna estudió su rostro, vio las manchas de humedad dejadas por las lágrimas y suspiró.

–Así que vosotros también os habéis peleado –dijo con pesar–. Lo siento mucho.

–En realidad no –contestó Susie con cansancio–. Mack no discute. Toma decisiones y espera que yo las acate sin que me explique absolutamente nada. Estoy harta. Si de repente tiene un montón de secretos que no quiere compartir conmigo, está en su derecho. Pero supongo que eso me hace sentirme completamente ajena a su vida y completamente irrelevante para él.

–¡Oh, cariño! Estoy segura de que no era esa su intención. Mack es la clase de hombre que prefiere no apoyarse en nadie. ¿No ha sido así durante todos estos años?

Sí, era cierto, Susie tenía que admitirlo. La familia de Mack era el extremo opuesto a los O'Brien. Ni siquiera sabía quién era su padre y desde muy corta edad, había sido más maduro que su irresponsable madre. Al haber sido su confidente durante los difíciles años de la adolescencia, Susie sabía mejor que nadie lo difícil que había sido para él mantener una fachada de aparente alegría cuando su vida familiar era un desastre.

Jamás habría podido ir a la universidad si no hubiera sido gracias a una beca ganada por su facilidad para los deportes. Aceptaba cualquier tipo de trabajo que le permitiera ganar algún dinero extra y había comenzado a trabajar gratuitamente en un periódico de Baltimore solo para ponerse a prueba. Su entrega al trabajo, su conocimiento sobre el mundo deportivo y su facilidad para escribir le habían hecho merecedor de una columna en el periódico.

–Tienes razón –admitió casi a su pesar–. Sé que a Mack no le gusta apoyarse en nadie, ni

siquiera en Will o en Jake. Pero supongo que me habría gustado que conmigo fuera diferente. Que confiara en mí lo suficiente como para dejarme ayudarlo. Antes lo hacía.

–A lo mejor eso era antes de que te convirtieras en parte del problema –sugirió Shanna con delicadeza–. Además, ¿qué has hecho cuando ha confiado en ti lo suficiente como para decirte que necesita tiempo? En vez de aceptarlo y darle tiempo, te has puesto hecha una furia y has salido corriendo.

–No me he puesto hecha una furia –respondió Susie.

No le gustaba verse así.

–¿Ah, no?

Suspiró.

–Vale, a lo mejor me he enfadado un poco –miró a Shanna con expresión suplicante–. No estarás insinuando que tengo que ir a su casa y pedirle perdón, ¿verdad? Porque creo que en este momento no sería capaz.

Shanna se echó a reír.

–¡Dios mío, no! Eso sería pedir demasiado. Solo estoy diciendo que cuando Mack vaya a buscarte, y lo hará, intentes mantener la mente abierta. Que debes estar dispuesta a escucharle cuando se decida a hablar.

–Yo siempre le he escuchado –miró a su amiga con curiosidad–. Supongo que tú no sabes lo que le pasa, ¿verdad? ¿Kevin te ha contado algo?

–No me ha dicho una sola palabra, pero él es el último en enterarse de todo. Está completamente volcado en su trabajo en la fundación y en sus intentos de proteger la bahía. Ni siquiera está al tanto de lo que nos pasa a mí y a los niños, y mucho menos al resto de la familia o del pueblo. Confía en mí, cuando consigo llamar su atención, en lo último en lo que estoy pensando es en los rumores que corren por el pueblo. Estamos intentando tener un hijo.

Susie por fin encontró un motivo para sonreír.

–¿De verdad?

Shanna asintió, aunque no parecía particularmente contenta.

–Desgraciadamente, para ello hace falta que las dos personas estén en la misma habitación y, preferiblemente, en la misma cama y despiertos. Y te aseguro que no es tan fácil como parece.

–Seguro que termináis consiguiéndolo –le aseguró Susie–. Ahora mismo ya sois unos padres maravillosos para Henry y para Davy. Cualquier niño que tengáis juntos será una auténtica bendición.

–Gracias. En cuanto a tu problema con Mack, procura tener paciencia, Susie. Sé que al final las cosas se arreglarán, de la misma forma que Kevin y yo terminaremos encontrando el camino para tener un hijo. Son cosas que nos marca el destino.

–La paciencia no es mi fuerte, pero supongo que no me pasará nada por intentarlo –respondió Susie.

–Por Mack, merece la pena, ¿no te parece?

–Llevo años esperando, así que supongo que sí –respondió.

Pero después de un día tras frustrante como aquel, le resultaba muy, muy difícil recordar por qué.

Capítulo 4

Jeff O'Brien se sentía como si hubiera vivido durante toda su vida a la sombra de su hermano. Mick era como una fuerza de la naturaleza, la clase de hombre que confiaba plenamente en sí mismo, un arquitecto de mucho talento con una sorprendente mirada. Aunque Jeff había trabajado con él en el desarrollo de Chesapeake Shores, él se ocupaba únicamente de supervisar los detalles de construcción y de ultimar las ventas. El pueblo había sido construido de acuerdo con las especificaciones de Mick y modificado con las ideas de Thomas para que tuviera el menor impacto ecológico posible en la bahía.

Los tres hermanos O'Brien se habían enfrentado en numerosas ocasiones. Mick ganaba la mayor parte de las discusiones con una asertividad que no podían combatir ni la ley ni la razón. La única vez que había sido derrotado había sido cuando Thomas había utilizado instrumentos legales para asegurarse de que Mick se ajustara a una interpretación estricta de las leyes de protección del entorno.

Mick nunca había llegado a perdonarle, y tampoco a Jeff, que se había puesto de su parte. Había etiquetado a Thomas de traidor y había acusado a Jeff de falta de firmeza. Jeff ni siquiera se había molestado en protestar y aquello había enfurecido incluso más a Mick.

Las cosas se habían suavizado bastante entre ellos desde que habían decidido dejar de trabajar juntos. Su madre había procurado que los deberes familiares les obligaran a pasar juntos los domingos y las fiestas y, con el tiempo, habían llegado a manejar esas reuniones con un poco de mano izquierda y buena voluntad.

Aun así, Jeff no podía negar que le había molestado enterarse de que Mick amenazaba con interferir en la relación de Susie con Mack Franklin. Al parecer, como ya tenía felizmente casados a todos sus hijos, había decidido ocuparse de los suyos.

Personalmente, Jeff nunca había entendido la necesidad de entrometerse en la vida de nadie. Jo y él habían educado a Susie con sentido común y transmitiéndole valores positivos. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando entre Mack y ella, confiaba en que terminara consiguiendo lo que realmente quería. Susie nunca había sido una mujer tímida y delicada. Al contrario, era tan cabezota y decidida como cualquiera de la familia.

Por lo menos, así lo pensaba hasta que la había visto con Mack el día de Acción de Gracias. Había reconocido las chispas que saltaban entre ellos durante el partido de fútbol y después había visto a su hija regresar del paseo que había dado con Mack con las mejillas húmedas por las lágrimas. Por primera vez en su vida había deseado estrangular a un hombre por haber hecho llorar a su hija. Esa misma noche, le había hablado a Jo sobre ello.

–Tiene la cabeza bien amueblada –había insistido Jo–. Y está enamorada de Mack desde que puedo recordar. Lo único que podemos hacer es estar a su lado si las cosas no salen como ella quiere.

–Sí, supongo que tienes razón –había contestado Jeff–. ¿Estás segura de que no puedo intentar hacerle entrar en razón?

Jo se echó a reír.

–Claro que podrías, pero en ese caso, serías igual que Mick. ¿Es eso lo que quieres?

Aquella sugerencia había bastado para mantenerle alejado de Mack. De momento.

Miró la lista que Susie le había entregado con las tareas para el sábado por la mañana. Ponerla al mando de la inmobiliaria había sido una de las cosas más inteligentes que había hecho en su vida. Susie era capaz de organizar un ejército sin batir una pestaña. Jeff la imaginaba perfectamente en una casa llena de niños, organizando el caos con gran facilidad. Una parte de él anhelaba que llegara ese momento. Ver a su hermano mayor rodeado de nietos le provocaba cierta envidia.

–¿Vas a ir a ver a Shanna, papá? –le preguntó Susie–. Le dije que estarías allí a primera hora para revisar las cañerías. Dwight trabaja bien, pero no quiero arriesgarme a que pase algo por alto.

–Sí, voy hacia allí –le aseguró Jeff. Se interrumpió un instante y reparó entonces en la palidez de su hija–. ¿Estás bien?

Susie pareció sorprendida por la pregunta.

–Claro que sí, ¿por qué no voy a estarlo?

–No tienes buen aspecto, y el día de Acción de Gracias te fuiste de repente y sin despedirte de nadie.

–Yo... no me encontraba bien –contestó, pero añadió precipitadamente–: Ahora sí, ahora estoy perfectamente.

–¿Te sentaría mal algo que comiste? Pero no sé de nadie al que le haya sentado mal la comida.

–A lo mejor nadie terminó en el suelo tantas veces como yo –le recordó Susie con una débil sonrisa.

Jeff comprendió que aquel era el momento perfecto para abordar el tema.

–Ahora que lo mencionas... –comenzó a decir.

–Papá, déjalo –le advirtió Susie con gesto hostil.

–¿Estás segura? Si quieres hablar sobre ello, siempre puedes contar conmigo y con tu madre. Lo sabes, ¿verdad?

Susie consiguió esbozar una tranquilizadora sonrisa que su padre no terminó de creerse.

–Claro que lo sé –le aseguró–. Y ahora, a trabajar. Te va a llevar todo el día hacer todas las cosas que te he apuntado en la lista y Mitzi Gaylord va a venir a las cinco para firmar el contrato de venta de la casa de los Brighton.

–Ahora mismo salgo –contestó, pero continuaba sin querer dejar sola a su hija.

Unos minutos después, estaba en la papelería cuando oyó que alguien comentaba que la columna de Mack no estaba saliendo en el periódico. Comprendió entonces que él mismo lo había notado durante el desayuno, pero no había visto motivo de alarma.

–Por lo visto, le han despedido –estaba diciendo una mujer–. Por eso lleva varios días escondido. ¿Y quién puede culparle? Se había forjado toda su identidad alrededor de ese trabajo. Creo que estaba convencido de que le daba respetabilidad, aunque, en lo que a mí concierne, no la necesita. Aun así, después de todo lo que ha tenido que pasar en esta vida, esto ha tenido que ser un duro golpe.

–¿Lo han despedido? ¿Estás segura? –preguntó una segunda mujer–. Pero si el periódico no ha dejado de darle publicidad durante todo este tiempo. ¿Has estado en Baltimore? Dondequiera que mires te encuentras su fotografía. ¡Está hasta en las paradas de los autobuses! Es un periodista estrella.

Jeff salió de la trastienda y miró a su alrededor para identificar a las mujeres que estaban

hablando. Una de ellas era Ethel, propietaria de una tienda especializada en recuerdos para los turistas y experta en los cotilleos del pueblo. Miró a Shanna y le hizo un gesto para que se retirara con él a la trastienda.

–¿Has oído lo que estaban diciendo? –le preguntó.

Shanna asintió.

–Sí, pero no sé si es verdad. Lo único que sé es que Mack ha estado muy alterado últimamente y no quería contarle a Susie por qué. Por eso discutieron el día de Acción de Gracias.

Jeff asintió mientras asimilaba aquella información.

–Por favor, no le digas que te lo he contado –le suplicó Shanna–. Estoy segura de que no quiere preocuparte.

–Sí, Susie nunca quiere preocupar a nadie –respondió Jeff–. En cualquier caso, gracias, Shanna.

Terminó de revisar las cañerías y de asegurarse de que la reparación se había hecho correctamente. Estaba a punto de salir cuando vio a Will echando un vistazo a la sección de ensayos. Jeff decidió abordarle. Si alguien sabía lo que estaba pasando, tenía que ser Will.

–¿Tienes un minuto? –le preguntó.

–Claro, ¿qué ocurre?

–Vamos fuera –le ordenó Jeff.

No quería que Ethel les oyera y pudiera contárselo después a sus clientes.

Se dirigieron a uno de los bancos que había frente a la bahía y se sentaron.

–¿Han despedido a Mack del trabajo? Es el tema de conversación del pueblo esta mañana.

La expresión de incomodidad de Will fue toda la respuesta que necesitaba.

Jeff suspiró.

–¿Entonces es cierto?

Will asintió.

–Fue la semana anterior al día de Acción de Gracias. Está destrozado.

–Me lo imagino –respondió Jeff, compadeciéndole.

Al igual que todo el mundo en el pueblo, sabía lo mucho que aquel trabajo significaba para Mack. Había sido su sueño y, como Ethel había comentado, le había proporcionado el respeto que siempre había ansiado. Y de todas las personas a las que Jeff conocía, no había nadie que se mereciera más que Mack encontrar la felicidad.

–¿Se lo ha dicho a Susie? No nos ha comentado nada.

Will frunció el ceño.

–Creo que ella no lo sabe. Pero no le digas nada, Jeff. Debería ser Mack el que le diera la noticia.

–No sé. Creo que tiene derecho a saberlo antes de que todo el pueblo esté hablando de ello. Por lo que acabo de oír en la librería, la noticia no tardará mucho en llegarle. Ethel tiene una capacidad de difusión que muchos programas de televisión envidarían.

–Sí, en eso estoy de acuerdo contigo. Intentaré convencer a Mack para que se lo cuente hoy mismo, pero la verdad es que no quiere hablar del tema con nadie. Jake y yo nos enteramos después de ir a su apartamento y enfrentarnos abiertamente a él.

–Dile que si no se lo cuenta hoy, se lo diré yo mismo mañana.

Will asintió.

–Me parece bien. Haré lo que pueda, pero ahora mismo, Mack no atiende a razones.

–Aunque lo siento mucho por Mack, no es él el que más me preocupa –contestó Jeff sombrío.

Y, le costara lo que le costara, iba asegurarse de que Susie no terminara sufriendo por culpa de

que Mack no tuviera las agallas que se necesitaban para contarle lo que le estaba pasando. Quedarse sin trabajo no era ninguna vergüenza. Lo que no estaba bien era no querer compartir lo ocurrido con una persona a la que supuestamente se apreciaba.

Susie vivía en un pequeño apartamento situado encima de las tiendas de la calle principal desde que se había graduado en la universidad y había comenzado a trabajar para su padre. Era lo mejor para su trabajo, tenía la vivienda encima de la oficina y estaba en el corazón de Chesapeake Shores, en una zona muy animada durante el verano y tranquila durante el resto del año.

Aunque no era un apartamento muy grande, tenía cocina americana, un cuarto de estar con una zona de comedor, un dormitorio y un baño, era más que suficiente para ella. O, por lo menos, eso pensaba hasta que el domingo posterior al día de Acción de Gracias se presentaron allí sus padres y sus hermanos.

En realidad, no los esperaba. Habían aparecido sin previa invitación, armados de café y cruasanes de Sally's. Susie todavía estaba intentando averiguar a qué se había debido tanto alboroto.

—¡Tranquilos, tranquilos! —terminó gritando, esperando ser oída por encima de aquella conmoción—. Ni siquiera puedo pensar, y mucho menos entender una sola palabra de lo que estáis diciendo.

Afortunadamente, cerraron inmediatamente la boca y miraron a su madre.

Josephine O'Brien, que había sido atleta en el instituto y en la universidad y trabajaba como profesora de educación física, había sido la persona que había animado a Susie a apreciar el deporte. Cuando estaba en el equipo de atletismo, era también su entrenadora. Josephine había sido una madre perfecta para dos hijos enérgicos y deportistas, y una madre incluso mejor para su única hija. Cuando ella tenía algo que decir, todos la escuchaban.

—Estamos preocupados por tu relación con Mack Franklin —empezó a decir su madre—. Sobre todo ahora.

Susie la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué especialmente ahora?

En vez de contestar directamente, Matthew dijo:

—Todos le apreciamos, pero tiene un historial pésimo con las mujeres, Susie. Y tú lo sabes.

—Sí. Siempre hemos pensado que esa era la razón por la que te negabas a salir con él —intervino Luke—. Y todos pensábamos que era una decisión inteligente.

—Muy bien —dijo Susie lentamente—. Todo esto ya lo sabemos. Mack y yo somos amigos desde hace mucho tiempo y nunca os ha parecido mal. Y continuó sin comprender a qué se refería mamá cuando ha dicho que este es un mal momento para que nuestra relación cambie —les dirigió una mirada desafiante—. Y con esto no estoy diciendo que tenga que cambiar...

Sus hermanos intercambiaron una mirada, como si estuvieran intentando decidir quién debería responder a esa pregunta.

Al final, lo hizo Matthew.

—El día de Acción de Gracias dejaste que te tirara más de una vez —dijo, como si fuera un crimen.

Susie le miró con el ceño fruncido.

—No lo hice a propósito.

—Pero ni siquiera intentaste apartarte —la contradujo Luke—. Hasta ahora nadie había conseguido

hacerte un placaje. ¿Qué pasa? ¿Querías revolcarte en el suelo con él? Porque era eso lo que parecía.

El genio de Susie comenzó a despertar.

–¿Estás enfadado porque no me aparté de Mack o porque no conseguiste un tanto? ¿Desde cuándo tengo yo la responsabilidad de ganar un estúpido partido de fútbol?

–Bueno, todos contábamos contigo –admitió Matthew–. A ninguno nos gusta perder.

Luke la miró con el ceño fruncido.

–Ahora esa no es la cuestión. Susie, parecía que querías besarle delante de todo el mundo.

–Y si no me hubiera acercado a ayudarte, creo que habrías terminado haciéndolo –añadió Matthew–. ¿Es que te has vuelto loca? Esto ha ido demasiado lejos. O está a punto de ir demasiado lejos. Por eso hemos venido a verte, para evitar que hagas algo de lo que puedas arrepentirte.

–¿Creéis que me arrepentiría de besar a Mack? –preguntó con voz de hielo–. ¿O lo que os preocupa es que pueda acostarme con él? ¿O quizá que me enamore de él? Pues bien, siento decirlo que ya es demasiado tarde.

Evitó mirar a sus padres mientras lo decía. No quería ver en sus rostros el impacto provocado por sus palabras, pero tenía que poner fin a esa tontería.

Matthew la miró alarmado.

–¿Ya te has acostado con él? Le mataré. Te juro que le mataré. ¡No tiene ningún derecho a aprovecharse de ti! Todos se lo hemos advertido.

Susie se quedó helada.

–¿Perdón? ¿Quién le ha advertido a Mack que procure mantenerse alejado de mí?

–Todos –contestó Matthew–. Bueno, por lo menos Luke y yo. Y creo que Kevin y Connor también le dijeron algo alguna vez.

Susie no podía creerse lo que estaba oyendo.

–¿Cómo os atrevéis a meteros de esa forma en mi vida? Si Mack y yo decidimos acostarnos, es cosa nuestra.

–Entonces, ¿todavía no te has acostado con él? –preguntó Matthew. Parecía aliviado.

Susie gimió ante su insistencia.

–No, todavía no me he acostado con él, aunque lo haría si tuviera oportunidad.

–¿Entonces qué? –preguntó Luke con recelo–. Antes has dicho que ya era demasiado tarde. ¿Lo has dicho porque le has besado? Supongo que eso no tiene ninguna importancia. La gente se besa constantemente sin que eso signifique nada.

–El problema no es que me bese o no me bese. El problema es que os estáis entrometiendo en mi vida. ¿Ninguno de vosotros se ha dado cuenta de que me estoy acercando ya a los treinta? En la mayor parte del mundo, a esa edad se me considera capaz de tomar mis propias decisiones.

Se volvió hacia su madre, que la miró compasiva.

–Lo que pasa es que estamos preocupados por ti, cariño. Ninguno de nosotros quiere que sufras –dijo Jo O’Brian con delicadeza.

Susie no se tragaba aquella repentina preocupación de sus padres y sus hermanos.

–Oh, vamos, esto es un asunto entre Mack y yo. Y lleva siéndolo durante mucho tiempo. Si estabais tan preocupados, ¿por qué no lo habéis dicho antes? –preguntó, e hizo un gesto, quitando ella misma importancia a la pregunta–. Qué más da. Soy una mujer adulta. Tengo derecho a elegir mis citas.

Miró a su padre, buscando su apoyo. A diferencia de su tío Mick, su padre nunca se había

entrometido en los asuntos de sus hijos. Al trabajar juntos, Susie y su padre habían llegado a estar particularmente unidos. Jeff confiaba en ella. Susie lo sabía.

–Papá, estás muy callado. ¿Tienes alguna opinión al respecto? Porque si es así, me gustaría oírla.

Su padre la miró con evidente incomodidad.

–Tú sabes siempre lo que tienes que hacer –comenzó a decir. Y añadió, después de que su esposa le diera un codazo–. Dicho esto, a lo mejor este no es el mejor momento para intentar acercarse a Mack. Las circunstancias han cambiado.

Susie le miró con los ojos entrecerrados al verle escoger con tanto cuidado sus palabras. Aquel comentario sugería que sabía más de lo que le estaba diciendo. A lo mejor estaba incluso al tanto del motivo por el que Mack quería mantenerse alejado de ella.

–¿Por qué? –preguntó, sosteniéndole la mirada–. ¿Qué circunstancias han cambiado? ¿Se ha marchado para casarse con otra?

Aunque se lo estaba preguntando a su padre, fue su madre la que respondió:

–Se ha quedado sin trabajo.

–¿De verdad? –preguntó Susie sin poder evitarlo.

–Ahí lo tienes –intervino Matthew triunfante–. No te lo ha dicho, ¿verdad? ¿Qué clase de hombre le oculta esa información a una persona a la que aprecia? Creo que es una noticia bastante importante, ¿no? La clase de noticia que uno comparte con sus amigos.

Susie no podía negarlo. Eso explicaba muchas cosas, de hecho, especialmente, el pésimo humor en el que estaba unos días atrás y sus comentarios sobre que era el peor momento para dar un giro a su relación.

No estaba segura de lo que sentía, si enfado por el hecho de que Mack hubiera mantenido una información como aquella en secreto o tristeza al saber que había perdido algo que tanto le importaba. Lo que sí sabía era que no era allí donde necesitaba estar. Se levantó, agarró el abrigo y el bolso y se volvió hacia su familia.

–Lo siento, ahora tengo que irme.

–¿Te vas? –preguntó Luke, mirándola con incredulidad–. Pero si todavía no has decidido nada.

–Créeme, he oído todo lo que tenía que oír. Cerrad con llave al salir –le dio un beso a su madre en la mejilla y otro a su padre–. Os quiero.

Aunque ambos parecían preocupados, no intentaron detenerla.

Durante todo el trayecto hasta casa de Mack, Susie estuvo pensando en la forma en la que había recibido la noticia. Se debatía entre las ganas que le entraban de matar a Mack por haberle mantenido al margen y la necesidad de abrazarle para aliviar el dolor que debía estar sintiendo. Pero fuera como fuera, debería habérselo dicho. En eso, su familia tenía razón.

Por supuesto, comprendía perfectamente el motivo por el que no lo había hecho: el orgullo. Mack era un hombre muy orgulloso. Pero la amistad debería haber triunfado sobre el orgullo. Ella le habría ayudado, le habría escuchado, habría hecho lo que él quisiera.

A medio camino de su casa, comprendió que, sencillamente, Mack no confiaba suficientemente en ella. A lo mejor ni siquiera pensaba que tenía derecho a saberlo. También era posible que le avergonzara decírselo, sobre todo después de las conversaciones que habían mantenido sobre la agonía de los periódicos. A lo mejor tenía miedo de que alardeara de haber tenido razón, en vez de ofrecerle un hombro en el que apoyarse.

O a lo mejor Matthew tenía razón por una vez en su insensata vida. A lo mejor Mack no la consideraba una verdadera amiga. Por lo menos, no lo suficiente como para contar con ella en un

momento de crisis.

Acercó el coche a la cuneta mientras consideraba aquella posibilidad y golpeó frustrada el volante.

Una amiga no se preocuparía por cuáles habían sido las razones del silencio de Mack. Lo que haría sería acercarse a su casa y ofrecerle su apoyo incondicional. Pero como mujer que no sabía qué espacio ocupaba en la vida de Mack, vaciló.

Al final, abrumada por demasiadas preguntas para las que no tenía respuesta, dio media vuelta y regresó a casa, alegrándose de que su familia se hubiera ido. Por fin tendría la intimidad que necesitaba para intentar decidir qué debía hacer a continuación... o si debía aceptar el hecho de que, en realidad, no podía hacer nada en absoluto.

–Supongo que ya sabes que ha corrido la noticia de que te han despedido –le dijo Will a Mack mientras almorzaban juntos el lunes siguiente–. ¿Todavía no le has dicho nada a Susie?

Mack esbozó una mueca.

–No. ¿Pero cómo es posible que haya corrido tan rápido la noticia? No he puesto ningún anuncio.

Will se le quedó mirando fijamente.

–No lo entiendes, ¿verdad? Siempre hemos pensado que tenías un ego muy sólido, pero tengo la sensación de que no tienes la menor idea de hasta qué punto se comentan tus columnas, sobre todo en este pueblo. Todo el mundo ha estado siempre muy orgulloso de ti, sobre todo los que sabemos lo mucho que te ha costado llegar hasta aquí.

–Estás exagerando –repuso Mack.

Will negó con la cabeza.

–No, no estoy exagerando, ¿verdad que no, Jake?

–Claro que no –se mostró de acuerdo Jake–. Y por eso la gente se ha fijado en que no has escrito nada sobre la actuación de los Ravens en el partido del sábado. Saben que ha escrito la columna otro periodista. Y que también fue otro el periodista que escribió la columna de ayer. La gente ha sacado sus propias conclusiones. Cuando he llegado esta mañana a la cafetería, todo el mundo estaba especulando.

–No me gusta tener que decírtelo, pero la cosa es todavía peor –añadió Will con gravedad–. El sábado por la tarde me pasé por la librería para recoger un libro y me encontré con el padre de Susie, que había ido a supervisar la reparación de las cañerías, creo. El caso es que me llevó a un rincón y me preguntó abiertamente que si sabía lo que te pasaba. Me dijo que había oído decir que te habías quedado sin trabajo. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Mentirle?

Mack suspiró.

–No, pero podrías habérmelo dicho el domingo.

–¿Y crees que no lo intenté? Te llamé a casa y al móvil. Pero no solo no contestaste, sino que ni siquiera pude dejarte un mensaje porque tenías llenos los contestadores.

–Deberías haber venido a buscarme –replicó Mack. Sabía que, en realidad, Will no era el culpable, pero tenía que culpar a alguien–. A lo mejor ya va siendo hora de que se lo cuente a Susie. Estoy seguro de que su padre se lo habrá dicho.

–Desde luego –le confirmó Will–. Me dijo que pretendía decírselo si no se lo decías tú. E insistió bastante en ello.

–Llámalas ahora –le aconsejó Jake–. Mejor todavía, pásate por la agencia. Probablemente estará

allí. Una cosa como esta deberías decírsela cara a cara.

–No sé si voy a ser capaz de soportar su compasión, o de aguantar que comience a decirme «ya te lo dije» –contestó Mack.

En realidad, no estaba seguro de que fuera eso lo que más le preocupaba. Tenía miedo de que hubiera perdido su fe en él, de que quisiera alejarse de su lado antes de que hubieran podido darse una oportunidad de estar juntos.

–¿Y por qué iba a decirte eso? –preguntó Will–. Susie está loca por ti.

–Ya os conté que había estado aconsejándome que cambiara de trabajo –les recordó Mack–. Supongo que estaba al tanto del recorte de presupuesto de los periódicos.

–En serio, Mack, no creo que vaya a echártelo en cara –dijo Will–. Susie no es así.

Mack pensó en lo que había estado hablando con Susie y en cómo se había salido por la tangente cuando habían comenzado a hablar de sexo la semana anterior. Pensó también en la mirada de Susie cuando la había tirado al suelo y en cómo había necesitado de hasta la última gota de su fuerza de voluntad para evitar besarla.

Y pensó en cómo habían discutido en la playa cuando Susie había comprendido que le estaba ocultando algo. Una vez había averiguado lo que era, seguramente estaría más enfadada todavía. Y lo entendía. Él se habría sentido furioso y herido si Susie le hubiera ocultado una noticia tan importante como aquella.

–La verdad es que últimamente ni siquiera estoy seguro de la clase de mujer que es –dijo con tristeza–. Tengo la sensación de que está cambiando.

–Pero jamás ha sido una mujer mezquina –la defendió Jake–, y todos lo sabemos. Habla con ella, Mack, antes de que esto se convierta en una brecha entre vosotros. Si se os termina yendo de las manos, sufriréis los dos. Intenta solucionarlo cuanto antes, ese es mi consejo –se volvió avergonzado hacia Will–. Y no es que yo sea un experto...

–Yo no podría haberlo dicho mejor –le apoyó Will–. Vamos, Mack, tienes que arreglarlo.

Mack suspiró cuando salieron a la calle. Estaban a solo unos metros de la agencia inmobiliaria de Susie. Sus amigos se quedaron esperando en sus respectivos vehículos para ver si seguía su consejo o al final se acobardaba.

Como ya había sufrido suficientes humillaciones últimamente, tomó aire intentando reunir fuerzas y se dirigió a la agencia, deseando tener al menos una pista de lo que le esperaba o de lo que podía decirle. Susie podía ser una mujer alegre y comprensiva la mayor parte de las veces, pero enfrentarse a ella en aquel momento le resultaba tan intimidante como enfrentarse a un león.

Algo le decía que lo que iba a suceder durante los minutos siguientes podría determinar su futuro... y decidir si Susie iba a formar o no parte de él.

Capítulo 5

Al oír que la puerta se abría, Susie alzó la mirada del contrato que había estado leyendo durante las últimas dos horas sin ser capaz de asimilar una sola palabra. Una sonrisa refleja curvó sus labios, hasta que reconoció a Mack.

–Ah, eres tú –dijo en tono apagado.

Para su fastidio, sintió que se le aceleraba el pulso. Al parecer, a la química le costaba digerir la realidad. Afortunadamente, Mack no era consciente de los sentimientos contradictorios que ardían dentro de ella.

Mack esbozó una mueca.

–Supongo que has oído la noticia.

–Sí, me la ha dado mi familia –le confirmó en tono acusador–. ¿Por qué has permitido que tenga que ser mi familia la que me dé una noticia como esa, Mack? ¿Cómo has podido hacerme una cosa así? Tenías que haberte imaginado lo humillante que sería para mí.

–Lo siento –contestó, y parecía sinceramente contrito–. De verdad. La verdad es que no tenía valor para decírtelo. Yo también he tenido que enfrentarme a una buena dosis de humillación desde que me despidieron.

En cierto modo, Susie comprendía su reticencia, el duro golpe que aquel despido había representado para su orgullo, pero no podía pasarlo por alto. La comunicación era lo único que había mantenido su relación hasta entonces. Si la perdían, tenía miedo de que estuvieran condenados a quedarse sin futuro.

–Mack, siempre hemos dicho que somos amigos, pero ahora tengo la sensación de que no es así. Si ni siquiera has sido capaz de decirme que te habías quedado sin trabajo, ¿qué clase de amistad tenemos? ¿Es solo una amistad superficial? ¿Solo somos amigos para pasarlo bien? ¿Soy solo una mujer a la que llamas cuando estás aburrido?

Mack parecía estar suplicando comprensión con la mirada.

–Susie, esto no tiene nada que ver con nosotros, con lo que somos el uno para el otro. He sido yo el que ha perdido un trabajo que lo significaba todo para mí. No intentes convertirlo en otra cosa. Ahora mismo no estoy en condiciones de librar esa batalla.

–Lo siento, pero no puedo dejar de hacerlo. Creo que esto que ha pasado tiene mucha importancia para nosotros a muchos niveles. ¿Es que no te das cuenta?

Mack se sentó en una silla que había al lado del escritorio de Susie. Aunque, evidentemente, no tenía ganas de mantener aquella conversación, se sentó, aparentemente dispuesto a hablar de lo que deberían haber hablado días atrás.

–Muy bien, escúchame ahora –le dijo, intentando convencerla–, me despidieron hace solo una semana. He estado intentando asimilar la noticia y pensar en lo que puede significar de cara a mi futuro.

–De ahí tu depresión.

–Exactamente –la miró con calor–. Quería tener un plan antes de decírtelo. Necesitaba sentir que tenía la situación bajo control.

–Mack, te adoro, pero no eres una persona que piense tan rápido –cuando Mack estaba a punto de protestar por lo ofensivo de aquel comentario, añadió–: Lo que te estoy diciendo es que te gusta analizarlo todo, considerar las situaciones desde diferentes ángulos. En muchos aspectos, es una cualidad, pero a veces eso no te permite tomar decisiones a la velocidad conveniente. Deberías haber sabido que comenzarían a correr rumores por el pueblo.

No pudo evitar que el dolor se reflejara en su voz cuando repitió:

–Debería haberme enterado de esto por ti, no por mi familia, que se enteró de la noticia en la calle.

–Sí, tienes razón –se disculpó Mack–. Sabía que era un riesgo. Pero no quería ver esa mirada en tus ojos, la mirada que tienes ahora.

Susie no podía imaginar a qué se refería.

–¿Qué mirada?

–Me estás compadeciendo. Y no quiero que ninguna mujer me compadezca.

Susie elevó los ojos al cielo. Aquel era un comentario muy propio de un hombre.

–Siento mucho lo que te ha pasado, pero no porque piense que eres ninguna clase de fracasado, si es eso lo que pretendes decir.

Mack se encogió de hombros.

–Más o menos.

–Bueno, pues aquí llegan las noticias de última hora: lo siento por ti porque sabía lo mucho que significaba para ti ese trabajo. Vives y sueñas con los deportes. Esa columna encajaba perfectamente con todo lo que eres. Y te daba una proyección pública. Sé lo mucho que habrás sufrido al perderla.

Mack parecía vagamente aliviado por sus palabras.

–Es exactamente como lo estás diciendo.

–No debería sorprenderte que lo comprenda. Llevo años aprendiendo a conocerte.

Mack la miró entonces a los ojos.

–Siento mucho que hayas tenido que enterarte de esto a través de tu familia.

Susie le miró divertida.

–¿Quieres saber de verdad cómo me enteré? Bueno, ya sabes que fue por mi familia, pero me refiero a las circunstancias.

–¿Te lo dijo tu padre? –aventuró.

–Y mi madre y mis hermanos. Vinieron todos juntos a advertirme de que en este momento no debería salir contigo.

Por primera vez, Mack pareció realmente sobrecogido por la culpa.

–¡Dios mío, Susie, lo siento!

–Me llevaron a pensar que si habías sido capaz de guardar un secreto tan grande, era porque no te importaba mucho.

–Sabes que eso no es cierto –replicó Mack con énfasis–. Lo sabes, ¿verdad?

–Pues la verdad es que no, no lo sé. Y para que su intervención fuera todavía más divertida, Matthew también mencionó que Luke y él te habían advertido que te mantuvieras lejos de mí. ¿Por qué demonios no me lo habías contado nunca? Me quedé horrorizada.

–Confía en mí, no fue para tanto. Solo estaban intentando protegerte.

–Entonces, ¿eso no ha tenido nada que ver en el hecho de que tú y yo... bueno? –no era capaz de expresarlo con palabras–. ¿De que no hayamos hecho nada?

Mack parpadeó, aparentemente confundido, y después se echó a reír.

–¡No! –contestó rápidamente–. Claro que no. Simplemente, hemos establecido este tipo de relación. Supongo que los dos sabíamos cuáles eran las reglas. El cielo sabe que las dejaste suficientemente claras. Desde el primer momento me hiciste comprender que teníamos una relación completamente platónica.

Susie suspiró.

–Olvídate de esas reglas estúpidas, Mack –le espetó con impaciencia–. Estoy harta de ellas.

Un poco sorprendido por su vehemencia, Mack se levantó, comenzó a caminar y se detuvo para mirarla a los ojos.

–Ya hablamos de esto el día de Acción de Gracias, Susie. Este no es el momento de...

–¿Quién lo dice? –le desafió.

–Lo digo yo –contestó–. Y toda tu familia, por cierto. ¿No oíste lo que te dijeron?

–Ellos no tienen nada que decir.

–Sencillamente, creo que es lo mejor –insistió Mack con cabezonería.

Susie sabía que era preferible no presionarle en ese momento por mucho que estuviera deseando hacerlo. Tal como le había dicho antes, tenía la sensación de que estaban llegando a un momento crucial en su relación, pero estando la carrera profesional de Mack en un punto tan delicado, él no parecía estar dispuesto a tomar otra decisión que pudiera suponer un nuevo giro en su vida. Y eso tenía que respetarlo.

–De acuerdo, en ese caso, veremos qué piensas hacer a continuación –propuso animada, dejando pasar todo lo demás. Pero volverían a retomar el tema, se prometió.

Mack se detuvo y se quedó mirándola fijamente.

–Lo dices como si eso fuera algo que pudiéramos hacer de un día para otro –respondió ligeramente malhumorado–. Pero no va a ser tan fácil. Ahora mismo estoy pensando que debería empezar a tantear el terreno, ver qué hay por ahí fuera y después irme a cualquier lugar en el que pueda encontrar trabajo.

Susie ni siquiera intentó disimular la estupefacción causada por su respuesta.

–¿Te irías de Chesapeake Shores? –preguntó desconcertada.

Mack asintió, aunque parecía casi tan triste como ella.

–Es posible que no me quede más remedio.

–No –replicó Susie.

Estaba decidida a impedir que su relación terminara antes incluso de haber empezado. Y si Mack se marchaba en aquel momento, seguramente su relación terminaría para siempre. La distancia, sobre todo en una relación que no estaba muy clara, podía arruinar cualquier posibilidad de futuro en común que tuvieran.

–Eso no va a ocurrir –añadió con más énfasis–. Tú quieres a este lugar tanto como yo. Por supuesto, soy consciente de que la experiencia que tuviste durante la infancia fue muy distinta de la mía, pero este sigue siendo tu hogar, Mack.

–Susie, no es tan sencillo –replicó Mack–. En el mundo del periodismo, las oportunidades de trabajo no crecen en los árboles, sobre todo en esta época. ¿No llevabas meses advirtiéndomelo? He sido un idiota. Pensaba que mi columna estaba teniendo tanto éxito que era inmune a los recortes. Pero ha sido todo lo contrario, mi columna me ha convertido en el blanco perfecto. Incluso en el caso de que consiga encontrar otro trabajo, probablemente no ganaré lo que estaba ganando en Baltimore.

–En ese caso, crea tu propio trabajo –le propuso.

Mack parpadeó confundido ante aquella sugerencia.

–¿Perdón?

–Ya me has oído. He dicho que crees tu propio trabajo.

–¿Tienes algo específico en mente? –le preguntó con curiosidad.

Esa era exactamente la razón por la que debería haber hablado con ella desde el primer momento, pensó Susie. Mack se dedicaba a elaborar listas sobre los pros y los contras de cualquier decisión. Ella era más rápida y mucho más creativa, especialmente, al parecer, cuando se trataba de retener a alguien para que no desapareciera de su vida.

Se levantó y dijo:

–Podrías comenzar a escribir un blog sobre deportes. Esa es la última tendencia, ¿no? Todo se publica en Internet. Tú tienes experiencia y mucha fama. Tendrías muchos seguidores.

Aunque parecía intrigado, Mack negó con la cabeza.

–No entiendo cómo podría ganar dinero.

–Tendrías una base de suscriptores, gratuitos o de pago –continuó Susie. Aunque aquel no era su sector laboral, como Mack era periodista, últimamente le había prestado atención–. La cuestión sería llegar a ser conocido. Tú ya lo eres, podrías conseguir anunciantes. Quién sabe, a lo mejor incluso podrías vincularte a algún periódico. No sé, pero me parece que podría funcionar. El futuro está en Internet, ¿no es cierto?

–Sí, eso es lo que me dijo mi jefe antes de darme la patada –respondió Mack secamente–. ¿Alguna idea más?

Susie adoptó una expresión pensativa.

–Bueno, poniéndome en el lugar de alguien a quien le encantaría poder mostrar su lista de viviendas ante un público amplio y seleccionado, ¿qué te parecería comenzar a publicar una revista semanal? O un periódico. Ya sé que parece contradictorio, teniendo en cuenta que la prensa escrita tiene poco futuro, pero creo que la prensa local continúa teniendo demanda, aunque solo sea como soporte publicitario.

–Soy un periodista deportivo, no un publicista –replicó Mack–. Ni siquiera un editor. No he vuelto a preocuparme de sacar un periódico desde que estuve en la universidad.

–¿Y ya has olvidado todo lo que aprendiste entonces?

–No, pero...

Susie frunció el ceño ante su actitud negativa.

–Son solo ideas, Mack. No las descartes de entrada, ni inventes excusas para decir que no funcionarán. Piensa en la independencia que te daría escribir tu propio blog. O imagínate lo emocionante que sería comenzar algo desde cero, algo que es necesario en esta comunidad. Podrías publicar la clase de periódico que siempre has querido.

Mack continuaba pareciendo escéptico.

–No sé... –musitó.

–Piensa en ello –le ordenó Susie–. De momento, esto es lo que puedo ofrecerte. Ahora tengo una cita. Vuelve a casa y haz eso que tan bien se te da: considera las ventajas y los inconvenientes. No estoy diciendo que estas sean las únicas ideas posibles, pero tendrás que admitir que son opciones interesantes. Y cualquiera de ellas es mejor que hacer las maletas y marcharte de casa.

–Eso es cierto –admitió–. Sabía que había alguna razón por la que tenía que venir a verte.

Susie le miró muy seria.

–Has venido aquí para disculparte por no haberme dicho nada –le corrigió–. Y ahora que has visto que te puedo servir de ayuda, a lo mejor no te lo piensas tanto la próxima vez.

Mack sonrió de oreja a oreja.

–En el caso de que siga tus consejos y me enfrente a alguno de esos desafíos, seré mi propio jefe, así que no habrá próxima vez.

–Mack, siempre llegará un momento en el que tendrás que decidir si confías en mí o prefieres mantenerme al margen –respondió–. Si lo que nos ha pasado es la muestra de un patrón de conducta, tengo que dejarte claro que no voy a soportarlo.

Se alegró de ver que su comentario le había afectado.

Se puso de puntillas, le plantó un beso en la mejilla y se dirigió hacia la puerta.

–Cierra cuando te vayas –le gritó, volviendo la cabeza, y no se molestó en esperarle.

Mack tenía muchas cosas en las que pensar y los dos sabían que lo haría mejor sin ella.

Al día siguiente le vería, o al otro. Y probablemente, seguiría viéndole días después.

Mack estaba demasiado inquieto como para quedarse sentado en casa. Durante los años anteriores, se había acostumbrado a pasar las tardes con Susie. Una vez confesado su secreto y habiendo comprendido ella la situación, no había ninguna razón para no retomar esa costumbre.

Aunque sí, había una razón. Evidentemente, las cosas estaban cambiando entre ellos y continuaba siendo un momento pésimo para imprimir un cambio a su relación. Aun así, no fue capaz de evitar acercarse hasta su casa a la hora de cenar. Necesitaba una inyección de su eterno optimismo.

Cuando Susie le abrió la puerta, Mack hundió las manos en los bolsillos y le preguntó con naturalidad:

–¿Ya has cenado?

A Susie se le iluminó la cara.

–Ya conoces mi nevera, ¿a ti qué te parece?

Mack sintió un inmenso alivio dentro de él. Al parecer, no había ninguna tensión entre ellos. Gracias a Dios.

–¿Comida italiana? ¿China? ¿Francesa?

–¿Pizza? –preguntó Susie esperanzada.

Mack sacudió la cabeza.

–Entre tú, Will y Jake, últimamente no como otra cosa.

–¿Eso es una queja?

–En realidad, no, pero me gustaría llevarte a un lugar más elegante. ¿Qué tal si vamos al Brady's?

Susie sacudió inmediatamente la cabeza.

–De ningún modo.

Mack la miró con los ojos entrecerrados.

–No tienes por qué preocuparte por el precio, Susie. Todavía no estoy en la ruina

–No es eso –insistió–. Nunca vamos al Brady's, salvo de vez en cuando al bar. Es uno de esos restaurantes que la gente reserva para ocasiones especiales.

–A lo mejor esta noche también es especial –respondió Mack.

De pronto, estaba completamente decidido a ir al Brady's, aunque por motivos que tenían más que ver con el orgullo que con las ganas de disfrutar de un excelente pastel de cangrejo.

–¿Qué vamos a celebrar? –preguntó Susie con recelo–. Todavía no has encontrado un puesto de trabajo en Alaska, o en el otro extremo del mundo, ¿verdad? ¿O pretendes atiborrarme de vino y carne de cangrejo y soltar después la noticia?

–¡Qué va! He pensado que podríamos celebrar haber pasado lo que hemos pasado.
–Si comenzamos a celebrar todas las discusiones que superamos, terminarás arruinándote.
–Es un riesgo que estoy encantado de correr. Y ahora, ¿quieres seguir discutiendo conmigo sobre si vas a acompañarme o no al mejor restaurante del pueblo?
Susie le sostuvo la mirada y asintió por fin.
–No, si eso significa tanto para ti.
–Gracias –contestó Mack con solemnidad–. Esto ha sido más fácil de lo que me esperaba.
–¿Estás insinuando que soy una persona difícil? –le preguntó, de nuevo irritada.
Mack sonrió de oreja a oreja.
–Sí –contestó sin vacilar–. Pero eso hace que las cosas sean mucho más interesantes. Siempre me han gustado los desafíos.
–Creía que ya tenías suficientes desafíos por delante sin necesidad de convertirme deliberadamente en uno más.
–Yo no soy responsable de que seas un desafío. Lo eres tú.
–Me sorprende que quieras cenar conmigo después de todo lo que ha pasado –repuso Susie, provocándole.
Mack se echó a reír.
–Vamos, Susie. Salgamos antes de que sufras una indigestión sin haber probado bocado.
Susie frunció el ceño, pero se fue con él.
–No sé por qué me tomo tantas molestias –musitó mientras bajaban al callejón en el que Mack había dejado el coche.
–Porque soy un hombre sexy y atractivo –sugirió.
–No, esas son las razones por las que debería evitarte a toda costa –le contradijo.
–En ese caso, debe de ser porque te hago reír.
Susie sonrió.
–Seguro que es por eso.
Mientras ponían el coche en marcha, Mack se volvió hacia ella.
–¿Quieres saber por qué yo te contemplo tanto?
A Susie pareció ponerla nerviosa aquella pregunta.
–No estoy completamente segura.
–Pues vas a tener que oírlo –respondió Mack, poniéndose repentinamente serio–. Porque me haces poner los pies en la tierra, me fascinas y me haces sentirme como una persona completa, como alguien a quien merece la pena querer.
Cuando se miraron a los ojos, Mack vio que los de Susie estaban llenos de lágrimas.
–¡Oh, Mack, por supuesto que merece la pena quererte! –le dijo suavemente–. Y estás rodeado de amigos que lo demuestran, no solo yo. Tienes que intentar olvidar el pasado. Tu padre, quienquiera que fuera, era un canalla y tu madre lo hizo lo mejor que pudo. Tú vales cien veces más que ellos. ¿Cuándo vas a empezar a creértelo?
–A veces lo creo –respondió Mack, y añadió–, sobre todo cuando estoy contigo.
Y esa era la razón por la que, a pesar del desastre de su trabajo, no podía permitirse perderla. Implicara eso lo que implicara.

Aquel momento tan especial vivido en el coche, durante el que Mack fue capaz de admitir cómo le hacía sentirse, sostendría a Susie durante la semana siguiente. Tenía la sensación de que Mack

había revelado más de lo que pretendía. Mucho más. Pero, como siempre, soltó rápidamente una broma para cambiar el registro de la conversación. Durante el resto de la velada, mantuvo el tono ligero de la conversación. Y cada vez que Susie intentaba centrarse en algo más serio o remotamente personal, le dirigía una mirada de advertencia. Susie le había seguido la corriente, consciente de que más que su consuelo o sus consejos, lo que Mack necesitaba era reírse.

Curiosamente, Susie había concluido aquella velada sintiéndose más esperanzada que en mucho tiempo. Ni siquiera le afectaba la ausencia de Mack durante los días anteriores. A partir de entonces, Mack había seguido llamándole regularmente por teléfono, aunque las conversaciones eran cortas y apenas le informaba de a qué se dedicaba o de qué manera estaba planificando el futuro. Susie se decía a sí misma que tenía que aceptar su necesidad de superar aquella crisis en soledad. Le estaba costando pero, en general, lo estaba consiguiendo.

Aunque resultara extraño, la verdad era que la estaba ayudando el no encontrarse del todo bien. De hecho, ese mismo día había vuelto a casa con un dolor de tripa terrible. Se había metido en la cama con una botella de agua caliente y había pasado la mayor parte del día durmiendo. Siempre había tenido unas reglas muy dolorosas, así que sabía cuál era el mejor tratamiento.

Cuando al día siguiente se despertó y notó que el dolor había empeorado, se asustó un poco. En aquella ocasión, algo estaba siendo diferente, pero a lo mejor solo era la consecuencia del nerviosismo de los días anteriores. Por lo menos eso fue lo que se dijo a sí misma mientras llamaba a su padre y le decía que iba a tomarse el día libre porque no se encontraba bien.

Una hora después, alguien llamaba enérgicamente a su puerta. A los pocos segundos, giraron la llave en la cerradura e, inmediatamente, entró su madre.

Susie se sentó inmediatamente en la cama.

–¡Mamá! ¿Qué estás haciendo aquí? Se supone que tendrías que estar dando clase.

–Me ha llamado tu padre. ¿Qué te pasa?

–Tengo dolor de ovarios. No es nada grave. Desde luego, nada por lo que tengas que venir.

–¿Has ido últimamente al médico? –preguntó Joe preocupada.

–No me ha hecho falta. Me hicieron la revisión anual hace unos meses y todo estaba perfectamente.

–¿Los dolores están siendo más frecuentes esta vez?

–La verdad es que esta vez está siendo un poco peor, pero siempre ha sido así. Recuerda que muchas veces no podía ir al colegio.

–Yo pensaba que eso lo habías superado.

–Cuando comencé a tomar la píldora, la verdad es que estuve un poco mejor –admitió.

–¿Todavía estás tomándola? –preguntó Jo abiertamente.

Susie se sonrojó.

–No he tenido ningún motivo para tomármela, así que preferí hacer un descanso.

–Pues si te sirve de ayuda, a lo mejor deberías tomarla. Llamaremos al médico para que te haga una revisión.

Susie se encontraba demasiado mal como para discutir.

–De acuerdo, llamaré al médico y pediré una cita.

–Tardará semanas en atenderte, a no ser que le digas que es una urgencia. ¿Dónde tienes la agenda? ¿Tienes el número apuntado? Llamaré ahora mismo.

–Mamá, no es ninguna urgencia. Seguro que mañana estaré perfectamente.

–Me quedaré más tranquila si eso mismo me lo dice un médico.

Susie miró a su madre con curiosidad.

–¿Por qué estás tan preocupada?

Jo se sentó en el borde de la cama. Estaba muy pálida.

–La verdad es que nunca he sentido la necesidad de hablarte de esto, pero creo que ya va siendo hora de que lo haga.

Susie miró a su madre preocupada. Parecía sombría.

–¿Hablarme de qué?

–Después de tener a Luke, tuvieron que hacerme una histerectomía. Durante años, tuve unos síntomas muy parecidos a los tuyos. Cuando nació Matthew, el médico ya sugirió que me la hiciera, pero me negué. Tu padre y yo queríamos tener más hijos y los síntomas no eran tan terribles. Investigué sobre lo que tenía, una hiperplasia, un crecimiento inusual de las células del útero, y me convencí a mí misma de que podía esperar. Pero cuando nació Luke, la cosa fue mucho peor. No podían detener la hemorragia, descubrieron que las células anormales habían crecido y ya no tuvieron otra opción.

Susie se quedó mirando fijamente a su madre.

–¿Tuviste un cáncer?

–Supongo que podría decirse que un precáncer. Esas células anómalas se extendieron más allá del útero, pero cuando me quitaron los ovarios y desaparecieron, el pronóstico fue bueno. Ni siquiera tuvieron que radiarme ni darme quimioterapia. Tú eras demasiado pequeña como para saber lo que estaba ocurriendo. Desde entonces, nunca he tenido necesidad de hablar sobre ello, pero no me gusta lo que te está pasando. ¿Llamarás al médico por mí?

Susie asintió inmediatamente.

–Por supuesto, pero te estás preocupando por nada. Te lo prometo.

Su madre le apretó la mano con cariño.

–Cuento con ello.

Jo llamó al médico, esperó mientras Susie se vestía e insistió en llevarla a la consulta.

Una vez a solas en la sala de exploración, Susie permanecía sentada sobre la fría camilla, diciéndose que solo estaba allí para poner freno a los miedos de su madre. No había ningún motivo para el pánico. Llevaba años sufriendo los mismos síntomas y no habían significado nada. Eran más una molestia que ninguna otra cosa.

El doctor Kinneer entró en la consulta y le sonrió con cariño.

–En estas circunstancias, me alegro de que hayas venido.

Susie consiguió devolverle la sonrisa.

–Hasta ahora no he sabido que había una historia familiar de la que debía preocuparme.

–Me alegro de que tu madre por fin te haya puesto al tanto. Es mejor prevenir que curar –le dijo–. Ahora, será mejor que te examinemos rápidamente para ver lo que nos encontramos.

Las exploraciones ginecológicas no estaban en la lista de las cosas preferidas de Susie, pero aquella fue más molesta que la mayoría. En un determinado momento estuvo a punto de gritar de dolor.

El doctor Kinneer la miró a los ojos.

–¿Te duele?

Susie asintió.

El médico le palmeó la rodilla.

–En ese caso, esto es todo por ahora, pero quiero hacerte otra prueba.

Susie le miró asustada.

–¿Ha encontrado algo?

–A lo mejor, pero no puedo decirlo con seguridad si no te hago otra prueba. En cualquier caso, no tienes por qué preocuparte todavía. Y la ecografía nos dará los resultados definitivos.

Una ecografía no era tan terrible, pensó Susie.

–¿Y después?

–A lo mejor hay que hacerte una biopsia.

Susie tragó saliva e hizo un esfuerzo para que las palabras traspasaran el nudo que tenía en la garganta.

–¿Qué? –preguntó al cabo de unos segundos–. ¿Qué cree que tengo?

–Es posible que tengas problemas en un ovario. Es más que probable que no sea nada más que un quiste, pero no me gusta jugar con este tipo de cosas. Queremos la respuesta lo antes posible.

Susie comprendió inmediatamente lo que no le estaba diciendo.

–¿Podría ser un cáncer de ovarios? –preguntó estupefacta.

–No adelantemos acontecimientos, ¿de acuerdo? –la tranquilizó–. Te pediré una ecografía para mañana o pasado mañana. Mi recepcionista te pondrá una cita y te llamará.

Lo único que sabía Susie del cáncer de ovarios era que cuando se detectaba demasiado tarde, podía ser mortal. Esa misma mañana pensaba que solo estaba teniendo una regla particularmente dolorosa y, de pronto, se estaba enfrentando a la posibilidad de padecer una enfermedad mortal. No era capaz de asimilarlo.

El doctor Kinneer volvió a dirigirle una mirada tranquilizadora.

–Cada cosa a su tiempo, jovencita. Si tienes cualquier pregunta que hacerme, llámame. Encontraremos las respuestas y, sea cual sea la situación, nos enfrentaremos a ella.

Susie asintió. Después de que el médico saliera de la sala de exploración, continuó sentada donde estaba.

A los pocos minutos, entraba su madre.

Susie la miró a los ojos.

–¿Te lo ha dicho?

Su madre asintió.

–Me ha dicho que no hay ningún motivo de alarma. Así que no vas a asustarte, ¿verdad? Ninguna de nosotras va a asustarse.

Susie asintió. Después, le dirigió a su madre una mirada lastimera.

–¿No te importa que esté terriblemente asustada?

Su madre la envolvió en un abrazo.

–Podemos estar asustadas las dos, pero vamos a pensar en positivo. Susie, en serio, no quiero nada de pensamientos negativos. Muchas personas superan el cáncer de ovarios, y ni siquiera estamos seguras de que lo tengas. A lo mejor no es nada más que un quiste, ¿de acuerdo?

Susie parpadeó para apartar las lágrimas.

–De acuerdo –vaciló un instante–. Mamá, de momento, prefiero que mantengamos esto entre nosotras, ¿de acuerdo? Creo que no podría soportar tener a papá y a todo el mundo revoloteando a mi alrededor.

–Si es eso lo que quieres... –se mostró de acuerdo su madre–. Pero me gustaría que consideraras la posibilidad de decírselo a tu abuela.

–¿Por qué a la abuela? Solo serviría para preocuparla.

–Pero ella es la única que tiene línea directa con Dios –contestó Jo con una sonrisa–. Y creo que ahora mismo lo que más necesitas son sus oraciones.

Susie le devolvió la sonrisa. Toda la familia contaba con Nell O'Brien para que les salvara. El

resto podían ser creyentes e incluso alguno ir a la iglesia, pero la fe de su abuela era inquebrantable en cualquier crisis.

–Ya veremos lo que pasa con la ecografía –dijo Susie–. Si surge algún problema, lo contaremos entonces.

Su madre la miró a los ojos.

–¿Y Mack?

–¿Qué pasa con Mack?

–Creo que deberías contárselo.

Susie negó con la cabeza.

–No tenemos ese tipo de relación.

–¿Te acuerdas de cómo te enfadaste porque no te contó que había perdido el trabajo? ¿Cómo crees que se sentirá él cuando se entere?

–No puedo decírselo –se limitó a decir Susie–. Por lo menos hasta que sepa algo más.

Porque si tenían que operarla y eso implicaba que no podían tener hijos, todo cambiaría entre ellos. Y, por supuesto, si no era una de esas personas que conseguían vencer a la enfermedad, no tendrían ningún futuro.

Capítulo 6

A Mack no le gustaban ni la palidez ni las ojeras de Susie. Desde hacía varios días, era evidente que estaba preocupada por algo, y se temía muy mucho que fuera por él. No quería ser el responsable de que estuviera pasándolo mal.

–Muy bien, tenemos que salir de aquí –le dijo después de estudiarla atentamente cuando se pasó por la agencia a la hora del almuerzo.

Susie tenía peor aspecto incluso que el día anterior.

Antes de que pudiera protestar, entró en el despacho de Jeff y anunció:

–Voy a llevarme a Susie a pasar la tarde fuera. Puedes prescindir de ella durante unas horas, ¿verdad?

Jeff le miró con el ceño fruncido.

–Por supuesto, pero no la he oído decir que quiera ir a ninguna parte contigo.

–No le estoy dando otra opción –respondió Mack–. Necesita tomar el sol y un buen paseo por la playa. ¿No has notado que no tiene buen color? –bajó la voz–. ¿Tienes idea de lo que le pasa?

Jeff negó con la cabeza y desvió la mirada hacia su hija.

–Ni idea. Se tomó un par de días libres porque se encontraba mal, algo muy raro en ella, pero me ha prometido que está bien y Jo la apoya. Estoy completamente perdido.

Mack miró también hacia Susie.

–No pretendo ofenderte, Jeff, pero creo que las dos te están mintiendo y me gustaría saber por qué. Estoy preocupado. Estoy seguro de que algo no va bien.

Jeff asintió.

–Estoy de acuerdo contigo. Y si fueras capaz de llegar al fondo de este asunto, te lo agradecería. Susie está extraña, eso te lo puedo asegurar, pero yo pensaba que tenía que ver contigo.

–Y a lo mejor es así –admitió Mack–. Si es ese el caso, intentaré arreglarlo. Te lo prometo.

Justo en ese momento, Susie se acercó a Mack con las mejillas sonrojadas.

–Os agradecería que dejarais de hablar de mí a mis espaldas como si yo no estuviera –miró a Mack con el ceño fruncido–. No me gusta que decidas por mí. Tengo trabajo, Mack, no pienso ir a ninguna parte.

–El trabajo puede esperar –la contradujo Mack, mirándola a los ojos con la misma determinación. Susie pareció vacilar, así que insistió–. Si no lo quieres hacer por ti, hazlo por mí. Necesito contar con otro punto de vista. Te dejaré mandarme y decirme todo lo que tengo que hacer. Incluso te animo a que lo hagas.

Susie curvó los labios en una sonrisa, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos.

–Bueno, cuando a una le hacen una oferta tan atractiva, ¿cómo va a resistirse? Pero solo estaremos fuera un par de horas, ¿de acuerdo?

–Ya veremos –respondió Mack sin comprometerse.

A Mack normalmente le gustaba pasear por el pueblo, pero aquel día había llevado su descapotable. En cuanto estuvieron sentados, puso la calefacción y retiró la capota. Susie se le

quedó mirando de hito en hito.

–¿Te has vuelto loco? ¡Estamos casi en diciembre!

–Pero conducir sintiendo el viento en el rostro es la mejor manera que conozco de despejar la cabeza. Creo que favorece la absorción de oxígeno o algo parecido.

Susie le miró con un más que justificado escepticismo.

–Estoy deseando ver la demostración científica de esa afirmación. Hasta entonces, creo que deberías poner la capota. Odiaría refrescar todas mis neuronas y terminar muriendo de neumonía.

Mack la miró desilusionado.

–¿Estás segura?

–Estoy segura.

–En ese caso, de acuerdo –contestó. Puso la capota de nuevo y comenzó a conducir hacia Annapolis–. A lo mejor podemos convencer a Kevin y a tu tío Thomas de que nos inviten a comer. He descubierto que una de las ventajas de quedarme sin trabajo es que todo el mundo está deseando invitarme.

Susie sacudió la cabeza.

–Has pasado de tener demasiado orgullo a perder toda la vergüenza. ¿Cómo ha sido eso?

Mack le guiñó el ojo.

–Siempre he sido un poco sinvergüenza, ¿no lo habías notado?

–Yo pensaba que solo en lo que se refería a tu historial con las mujeres.

Mack se encogió de hombros.

–Pues aparentemente, no.

–Estás de un humor muy extraño, Mack –señaló Susie–, ¿qué te ha pasado?

Mack la miró a los ojos.

–Creo que yo podría preguntarte lo mismo. Llevas dos días muy rara. Es evidente que hay algo que te preocupa. ¿Soy yo?

–He ahí esa modestia que todos conocemos y valoramos –comentó Susie con sarcasmo–. No eres lo único que hay en el mundo, Mack.

–Entonces, ¿qué te pasa?

Susie desvió la mirada.

–Nada que te concierna.

Algo pareció detenerse en el interior de Mack.

–¿Qué se supone que significa eso? Si tienes algo en la cabeza que te hace parecer un espectro, claro que me concierna.

–Gracias por el piropo –respondió Susie con acritud–. Me sorprende que te apetezca estar conmigo si tengo un aspecto tan terrible.

Mack contó hasta diez. Conocía los mecanismos de defensa de Susie mejor que ella. Cuando se acercaba demasiado a la verdad, respondía a las bromas con ataques.

–No intentes responsabilizarme de tu estado de ánimo, Susie. Sé que esto no tiene nada que ver conmigo. ¿Qué te ocurre? Porque es evidente que te pasa algo. Hasta tu padre me ha reconocido que algo no anda bien. Si no soy yo el responsable, ¿qué es?

–Absolutamente nada –respondió Susie apretando la mandíbula con un gesto de obstinación–. Déjalo ya, Mack.

Mack podría haberla ignorado y haber continuado presionando, pero su mirada suplicante le aconsejó dejarla tranquila de momento. A diferencia de él, Susie no era una mujer a la que le gustara guardar secretos. Antes o después, le contaría la verdad.

–¿Mack? –le preguntó al cabo de un rato.

–¿Sí?

–¿De verdad quieres comer con Kevin y con Thomas?

–Solo era una idea. ¿Por qué? ¿Preferirías que no fuéramos a comer con ellos?

Susie asintió.

–Para serte sincera, la verdad es que no tengo hambre. Podríamos ir a dar un paseo por la playa, como has dicho antes.

Mack ni siquiera vaciló.

–Si es eso lo que quieres.

Giró de nuevo hacia Chesapeake Shores y condujo hacia el sur del pueblo, a una zona virgen situada a lo largo de la playa. Desde allí fue a Beach Lane, una carretera estrecha que era poco más que una pista entre los bosques. Al final, se distinguía la línea del mar.

Al igual que Moonlight Cove, situada en el otro extremo del pueblo, era un lugar aislado que casi siempre estaba desierto. Y la ventaja que tenía sobre Moonlight Cove era que se podía llegar hasta allí en coche.

El ya débil sol del otoño se filtraba por las hojas de los robles, los sauces y los pinos. Las hojas caídas crujían bajo sus pies mientras caminaban hacia la playa.

–Siempre he pensado que me gustaría comprar este terreno algún día y construir una casa – comentó Mack–. No una de esas casas enormes que le gusta construir a Mick, sino algo pequeño y acogedor, un hogar suficientemente grande como para acoger a una familia. Con suelos de madera y quizá una chimenea con la cocina a un lado y el cuarto de estar al otro.

–Suenan muy bien –respondió Susie con un extraño tono de nostalgia.

Mack le tendió la mano para ayudarla a cruzar unas piedras que bloqueaban el camino.

–Es un lugar muy tranquilo, ¿verdad? –dijo Susie en un tono casi reverencial–. Es como si nadie más lo conociera.

–Seguro que alguien tiene que conocerlo. Se llega hasta aquí en coche.

–Sí, mi padre lo conoce –le reveló–. De hecho, este terreno es suyo.

Mack ni siquiera intentó disimular su sorpresa.

–¿De verdad?

Susie asintió.

–Lo compró cuando se enfadó con Mick. Creo que tenía idea de construir aquí su propia urbanización, pero en el fondo nunca puso mucho empeño. Decidió conservar la propiedad para sus hijos, por si acaso algún día queríamos construir en esta zona. Sabía que estos terrenos valdrían una fortuna en el futuro.

–Nunca me lo habías contado –protestó Mack.

No estaba seguro de si sentirse desilusionado o encantado con la noticia. Por una parte, eso significaba que nunca podría comprar el terreno, pero, por otra, que pertenecía a alguien que lo trataría con respeto.

–No sabía que te gustara –replicó Susie–. Es curioso, ¿verdad? A lo mejor intercedo por ti para que mi padre te deje comprar mi parcela algún día.

Su voz tenía un tono que Mack no supo interpretar. ¿De arrepentimiento? ¿De tristeza? No era suficientemente intuitivo como para averiguarlo.

–¿Por qué demonios vas a dejar que la venda?

–Porque tú la quieres –respondió con sencillez.

Mack negó con la cabeza.

–Por supuesto que no. Jamás permitiría que hicieras algo así. Es tu legado, Susie. En este lugar podrías construir la casa de tus sueños.

La mirada de Susie tenía una expresión ausente y Mack volvió a pensar que se estaba perdiendo algo.

–Susie, ¿estás bien? –volvió a preguntar.

Tenía la esperanza de que se abriera y le confesara lo que la preocupaba.

–Ya te lo he dicho –respondió Susie a la defensiva.

Mack le dirigió una mirada penetrante.

–Y tú no me mentirías, ¿verdad?

–Nunca te he mentado.

«Hasta ahora». Mack oyó aquellas palabras como si las hubiera pronunciado en voz alta. Pero al mirarla, no fue capaz de presionarla para obtener una respuesta. Susie le parecía de pronto muy frágil, había dejado de ser la mujer vibrante y retadora que le desafiaba constantemente. Y tuvo el presentimiento de que si respondía, no iba a gustarle nada lo que tenía que decirle.

Susie odiaba mentir a Mack, sobre todo después de cómo había reaccionado ella a sus recientes evasivas. Pero no podía contarle lo que le estaba pasando. Por lo menos hasta que supiera algo más. Faltaban solo unos días para que le hicieran la ecografía. Después, todo estaría más claro.

Había estado a punto de derrumbarse cuando le había dicho que su sueño era llegar a ser propietario de los terrenos de Beach Lane. Durante años, cada vez que su padre le había dicho que una parte de aquel terreno sería para ella, se había imaginado construyendo allí la casa en la que viviría junto a Mack y sus hijos. Sería una casa llena de niños. No había nada que deseara más en el mundo.

Siempre había pensado que sería Mack el que impediría que su sueño pudiera hacerse realidad. Y de pronto, podía ser ella. Incluso en el caso de que viviera, era posible que no pudiera tener hijos. ¿Qué pensaría Mack en ese caso? Nunca habían hablado de ello. De hecho, el tema de la paternidad era bastante delicado por culpa del pasado de Mack. Por irónico que pareciera, Susie sabía que, precisamente gracias a su pasado, Mack sería el mejor de los padres, porque sabía mejor que nadie lo que no tenía que hacer. Sería un padre digno de toda confianza, como lo había sido el suyo.

Pensar en lo que podría llegar o no llegar a suceder en el futuro le resultaba deprimente. Como continuara encerrada en casa, terminaría volviéndose loca. Le habría gustado tener una relación más estrecha con sus primas, pero el enfrentamiento entre sus respectivos padres le hacía sentirse como una traidora si pasaba demasiado tiempo con Abby, Bree o Jess. Sobre todo con Jess, que era la más cercana en edad. Jess siempre había sido muy competitiva con ella, seguramente porque tenía un trastorno de déficit de atención que hacía que le resultara difícil el aprendizaje mientras que ella había tenido siempre mucha facilidad para los estudios. En cualquier caso, la dinámica familiar había dificultado la relación entre ellas.

Sin embargo, tenía una relación muy íntima con Shanna, la mujer de Kevin, que no tenía nada que ver con el pasado de los O'Brien. Sabía que si le contaba lo que le ocurría, Shanna lo mantendría en secreto y, si se lo pedía, podía ofrecerle consejo.

Aunque a esa hora la librería estaba cerrada, era normal que Shanna se quedara hasta tarde

cuadrando los recibos antes de volver a casa. De modo que bajó las escaleras de su casa, dobló la esquina y llamó a la puerta de la librería.

Shanna salió de la trastienda, vio a Susie y encendió las luces inmediatamente.

–¡Eh! ¿Qué te trae por aquí tan tarde? –preguntó mientras se apartaba para dejarle pasar. Casi inmediatamente frunció el ceño–. No tienes muy buen aspecto.

–Sí, parece que en eso todo el mundo está de acuerdo –contestó Susie, forzándose a imprimir un tono animado a su voz–. No hay nada como oírsele decir a varias personas para subirle el ego a una mujer.

–¿Una de esas personas ha sido Mack?

Susie la miró con cansancio.

–Sí.

–Yo pensaba que era un hombre conocido por su encanto –musitó Shanna.

–Al parecer lo ha gastado todo con otras mujeres.

–Bueno, en pocas palabras, estás desanimada y necesitas una conversación que te levante la moral –concluyó Shanna–. ¿Quieres venir a cenar a mi casa? Te aseguro que un par de horas bajo el mismo techo que Davy y Henry harán que te sientas feliz de poder volver al silencio y la tranquilidad de tu apartamento.

–Henry y Davy no tienen nada de malo –replicó Susie, defendiéndolos–. Simplemente tienen mucha energía, algo normal en cualquier niño.

–¡No estoy tan segura! –Shanna sonrió–. ¡Y pensar que Henry era un niño tímido y estudioso cuando me convertí en su madrastra! Ahora que mi ex nos ha dejado adoptarlo, se ha convertido en un niño casi salvaje. Sería maravilloso, si no resultara agotador.

–Kevin y tú sois los responsables de esa transformación –dijo Susie–. Supongo que al tener un padre alcohólico, el pobre niño iba con pies de plomo por miedo a hacer algo que pudiera enfadarle.

–Es cierto. Por supuesto, Davy llegó a mi vida sin ninguna carga de ese tipo. Su madre murió cuando él era solo un bebé y Kevin siempre ha sido muy buen padre. Además, ha crecido rodeado de todos los O'Brien. Solo es un niño travieso, exactamente como se supone que tiene que ser. Lo más gracioso es que yo pensaba que Henry le ayudaría a tranquilizarse, pero ha sido todo lo contrario.

Miró a Susie con atención.

–Entonces, ¿te apetece cenar con nosotros? Si Kevin consigue dar de cenar a los niños y acostarlos para cuando lleguemos a casa, podría ser una cena muy agradable.

Susie la miró divertida.

–¿Por eso te quedas aquí hasta tan tarde? ¿Para que tu marido se encargue de los niños por la noche?

Shanna se echó a reír.

–¡Me declaro culpable! Para mí, el mejor momento del día es el de contarles el cuento antes de dormir. Todo lo demás, terminar empapada hasta los huesos durante el baño, pelearme con ellos para que se acuesten... no tanto.

–No me importaría contarles el cuento de antes de dormir esta noche –confesó Susie–. ¿Te parece bien?

–Trato hecho. Tú te encargas del cuento y yo prepararé algo espectacular para cenar –la miró con los ojos entrecerrados–. ¿O prefieres quedarte aquí y que hablemos? ¿Te preocupa algo? ¿Prefieres una conversación tranquila en vez de algo que te distraiga?

–No, lo que me pasa no es nada que una buena distracción no pueda curar –insistió Susie–. Siempre y cuando estés segura de que no os voy a molestar.

–Los amigos nunca molestan –le aseguró Shanna, y le dio un abrazo.

–¿Y eso por qué? –preguntó Susie.

–Creo que lo necesitas. He aprendido a reconocer los síntomas.

–Gracias –contestó Susie con una sonrisa–. Realmente, lo necesitaba.

Incluso sin necesidad de haber dicho una sola palabra sobre sus problemas, la carga que llevaba sobre los hombros le pareció ligeramente más liviana.

Davy estaba gritando desnudo en el vestíbulo cuando Susie y Shanna llegaron a casa de Shanna.

–Vuelve a subir inmediatamente las escaleras –le ordenó Shanna, intentando sin éxito disimular la risa. Se volvió hacia Susie–. Ya te he dicho que a lo mejor había un poco de alboroto.

–Me estoy secando –gritó Davy mientras volvía a pasar corriendo delante de ellas.

Shanna cerró los ojos.

–Que el cielo me ayude –musitó, y gritó mirando hacia arriba–. ¡Kevin, tu hijo está aquí abajo, paseándose desnudo delante de mi invitada!

Kevin se asomó por la barandilla.

–Es Susie, no es una invitada. Estoy seguro de que no es la primera vez que ve a unos niños desnudos –aun así, miró a Davy con firmeza–. ¡Sube inmediatamente!

Davy corrió inmediatamente escaleras arriba. Susie y Shanna no pudieron reprimir una sonrisa.

–¿Estás segura de que quieres contarles un cuento esta noche? –preguntó Susie–. Si yo fuera tú, habría salido corriendo.

–No, todavía estoy dispuesta –contestó Susie, y siguió a Shanna al piso de arriba.

Aunque en la casa había habitaciones de sobra, Henry estaba tan ilusionado ante la idea de tener un hermano pequeño y Davy adoraba de tal manera a su hermano mayor que, de momento al menos, preferían compartir un dormitorio.

–Muy bien, pareja –anunció Shanna después de besarlos–, he reclutado a un nuevo talento para que os cuente esta noche el cuento.

Davy, enfundado ya en un pijama de Bob Esponja, se lanzó a su cama.

–¡Viva! Yo ya he elegido el cuento. Es de camiones.

Henry gimió.

–¡Todas las noches eliges el mismo cuento! Yo quiero que me lean el siguiente capítulo de Percy Jakeson.

Davy se encogió de hombros.

–Muy bien –dijo bien dispuesto–. Pero mañana leeremos el de camiones.

–Vale –respondió Henry gruñendo.

Susie se sentó entre las dos camas y aceptó el cuento que Henry le tendió.

–Muy bien, pero antes tendréis que contarme lo que ha pasado hasta ahora.

Sus voces se solapaban mientras intentaban ponerle al día.

–Es un libro muy bueno –concluyó Henry.

Shanna sonrió.

–Solo tienes que leerles un capítulo –le advirtió a Susie–. No dejes que te convenzan de que sigas.

–Por supuesto que no –respondió Susie con vehemencia.

Después, le guiñó el ojo a Henry, que se echó a reír.

Shanna sacudió ligeramente la cabeza y salió del dormitorio.

–La cena estará preparada dentro de media hora –anunció.

Susie miró a los dos niños.

–Supongo que tendré que leer rápido.

Comenzó el libro en la página indicada, menos concentrada en la historia que en observar a los niños mientras la escuchaban. Davy no tardó en abrazarse a la almohada y quedarse dormido, pero Henry estaba al borde de la cama, absorbiendo cada palabra. Cuando Susie llegó al final del capítulo, suspiró.

–¿De verdad tenemos que parar? –dijo con tristeza.

–Sí, de verdad –respondió Susie.

Le dio un abrazo, le arrojó en la cama y le dio un beso en la mejilla.

–Ahora tienes que dormir para que mañana vayas al colegio y aprendas muchas, muchas cosas.

Henry la miró muy serio.

–Ya sé muchas cosas.

–Confía en mí, Henry, hay todo un universo de cosas que todavía desconoces. Yo llevo por aquí mucho más tiempo que tú y todavía no lo sé todo.

–Ya. Gracias por leernos el cuento.

–Ha sido muy divertido. Me habría gustado que mi madre tuviera una librería cuando era pequeña. Tenéis mucha suerte.

–Muchísima –respondió Henry con los ojos medio cerrados.

Susie salió de puntillas del dormitorio y se apoyó contra la pared, haciendo un enorme esfuerzo para no llorar. Ella quería disfrutar de noches como aquella, quería acostar a sus hijos en la cama y reunirse después con su marido, con Mack.

Pero, ¿y si no tenía la oportunidad de convertir sus deseos en realidad?

–¡Susie, la cena! –exclamó Shanna, arrancándola de aquel momento de pánico y autocompasión.

–¡Ya voy! –respondió.

Se secó las lágrimas de las mejillas y sonrió.

–Dios mío, por favor –rezó mientras bajaba–, no me arrebatas esto... Por favor.

Por un momento, se arrepintió de no haberle contado a su abuela lo que le estaba pasando. Su abuela sabría qué palabras utilizar exactamente para que Dios la escuchara.

Y también le habría recordado que Dios siempre sabía lo que uno guardaba en el corazón.

Unos días después de su inquietante conversación con Susie, Mack estuvo informándose de los detalles de otra investigación sobre el uso de esteroides entre los jugadores de béisbol de alto nivel, uno de los cuales había sido especialmente crítico con jugadores que habían dado positivo en los análisis de dopaje en el pasado. Aquella hipocresía le irritaba, al igual que la caída de las grandes figuras del deporte. Estaba deseando abordar aquel tema, pero sin su columna, ¿dónde se suponía que iba a encontrar audiencia?

Recordó entonces la sugerencia de Susie de hacer un blog, se metió en Internet, se suscribió a una cuenta y escribió la clase de columna que en otro tiempo podría haber provocado controversia en el periódico.

No tenía la menor idea de qué podía esperar. Lo único que sabía era que sus palabras habían quedado colgadas en el ciberespacio sin que nadie las hubiera leído. Cuando se conectó al blog al

día siguiente, descubrió que tenía media docena de comentarios, la mayor parte de ellos de personas que a veces le enviaban correos electrónicos al periódico de Baltimore. *Nos alegramos de que no hayan silenciado para siempre tu voz. ¡Bienvenido!*, escribía uno de ellos.

Un par de días después recibió una llamada de una emisora de radio dedicada a los deportes para invitarle a participar en un debate sobre el tema. No podrían pagarle, pero sería una manera de exponer su punto de vista y, pensó asombrado, de dar a conocer aquel blog que había iniciado sin tener muchas esperanzas de que pudiera llamar la atención de nadie.

Para cuando terminó la semana, el blog estaba sorprendentemente activo. Todavía no podía competir con el periódico para el que antes trabajaba, y, comprendió, probablemente nunca lo haría. Pero por lo menos había encontrado una manera de dar a conocer sus puntos de vista.

—¡El hombre ha vuelto! —le dijo Jake, dándole una palmada en la espalda cuando se encontraron a la hora del almuerzo—. Tu blog ha sido hoy uno de los más visitados.

Mack le miró sorprendido.

—¿Lo has visto?

—Claro —respondió Jake—. Me enteré de su existencia a través de un tipo que conocí en el trabajo hace un par de días. Lo que quiero saber es por qué no nos has hablado ni a Will ni a mí sobre él.

—No era gran cosa —le aclaró Mack—. Lo empecé para tener algo con lo que entretenerme hasta que decidiera qué pensaba hacer a continuación. Mientras tanto, he estado estudiando algunas propuestas de periódicos que podrían estar interesados en contratarme.

—¿Dónde? —preguntó Will, mirándole preocupado.

—Ahora mismo, las ofertas más prometedoras son de California y de Colorado —admitió.

—Demasiado lejos —contestó Will sucinto—. ¿No podrías convertir ese blog en algo más importante?

—No sé si me interesa —admitió Mack—. Tengo la sensación de estar haciendo lo mismo de antes, pero con menos público.

—Yo pensaba que te encantaba tu trabajo —dijo Will, mirándole confundido—. ¿No era por eso por lo que te entregaste a la tristeza y al alcohol?

—Sí —afirmó Mack y entonces admitió—: Pero cuando Susie y yo estuvimos hablando de todo esto se me metió otra idea en la cabeza y ahora no soy capaz de sacudírmela. Podría ser todo un desafío. Algo nuevo y emocionante.

—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó Jake.

—Una publicación semanal para Chesapeake Shores —contestó Mack, mirando alternativamente a sus amigos e intentando analizar su reacción—. Es una locura, ¿verdad? Sobre todo en estos tiempos.

—¿Cuándo te ha importado que algo sea una locura? —repuso Will—. Siempre te ha gustado hacer cosas que los demás consideraban imposibles. Si estás ilusionado, continúa profundizando en los detalles, haz un proyecto y decide si es económicamente viable.

—A mí me encantaría tener una publicación en la que pudiera hacer propaganda del vivero a un precio económico y destinada a un público muy determinado —dijo Jake.

Mack le miró con atención.

—¿Regularmente? Estoy dispuesto a firmar ahora mismo.

—¿Qué consideras un precio económico?

Jake dijo algunas cifras que Mack apuntó en una servilleta. No era mucho para iniciar un negocio, pero por lo menos era un punto de partida. Comenzó a tomar notas, ajeno a todo lo que

había a su alrededor.

Cuando al cabo de un rato alzó la mirada, sus amigos habían desaparecido y era Susie la que estaba sentada enfrente de él.

–¿De dónde has salido? –le preguntó Mack, parpadeando sorprendido.

–Llevo aquí un buen rato.

–¿Y por qué no has dicho nada?

–Me gusta verte tan concentrado en algo.

Alargó la mano hacia el montón de servilletas que había acumulado encima de la mesa antes de que Sally le hubiera proporcionado una libreta tras mirarle con el ceño fruncido por haber malgastado tanto papel.

A Mack le entraron ganas de esconderlo todo, pero recordó que le había jurado a Susie que dejaría de ocultarle ese tipo de cosas. Clavó la mirada en su rostro y adivinó el instante preciso en el que Susie comprendió sobre qué eran esas notas.

Susie alzó la mirada. Una sonrisa iluminaba su rostro.

–¿Es en serio?

–Creo que sí. ¿Qué te parece?

–Que aquí te has planteado un montón de preguntas. ¿Y si no te gustan las respuestas?

Mack se encogió de hombros.

–En ese caso, tendré que aparcarlo, supongo.

Pero cuando vio el brillo de esperanza que iluminaba los ojos de Susie, comprendió que tendría que encontrar la manera de sacar aquella publicación. No solo porque le proporcionaba un desafío al que podría hincar el diente, sino también porque sería un primer paso hacia el futuro seguro y estable que quería disfrutar con Susie. De momento, esos periódicos de California y Colorado quedaban descartados.

Capítulo 7

Susie no estaba segura de cuánto tiempo sería capaz de esperar a que le hicieran la ecografía. Había sido pospuesta en dos ocasiones, irónicamente, una por ella.

Había surgido un problema en el trabajo y no había querido decirle a su padre que no podía asistir a una reunión que había programado. Por lo menos eso era lo que se había dicho a sí misma mientras llamaba al médico. Su madre se había enfadado.

–Sabes lo importante que es esa cita –la había regañado Jo–. ¿Por qué la has retrasado?

–Papá quería que estuviera en esa reunión y no se me ha ocurrido ninguna forma de evitarla sin decirle la verdad. Y todavía no estoy preparada.

Su madre la había mirado como si no la creyera.

–Creo que lo que pasa es que tienes miedo de lo que puedan encontrar.

–Claro que tengo miedo –había respondido Susie–, ¿tú no?

–Es preferible saber a no saber –había dicho Jo, sin responder.

O a lo mejor esa era su respuesta.

Su madre la miró con compasión.

–En cuanto tengas la respuesta, sabrás cómo enfrentarte a ella.

–Creo que todavía no estoy preparada –dijo Susie con obstinación, y después admitió–: Eso lo hará más real. Tendré que enfrentarme a la posibilidad de una operación, de someterme a la quimioterapia, a la radio y quién sabe a cuántas cosas más. Es posible que tenga que aceptar que nunca voy a poder tener hijos. No sé si voy a ser capaz de soportarlo todo.

Jo le apartó un mechón de la melena de la cara.

–Eres una mujer fuerte, Susie. Te enfrentarás con valor a todo lo que tengas que enfrentarte. Además ¿quién sabe? Es posible que los resultados sean buenos y después ya no tengas que preocuparte por nada.

–Las dos sabemos que no va a ser así –le espetó Susie directamente, negándose a hacerse falsas esperanzas.

–¡Yo no sé nada! –replicó Joe con fiereza–. Y tú tampoco. ¿Qué ha sido de tu promesa de mantener una actitud positiva?

–He estado poniéndome al día sobre las últimas investigaciones al respecto –respondió Susie–. Y creo que bastan para aterrorizar a cualquiera.

–Cariño, no hay nada malo en estar informada, pero no tienes por qué ponerte necesariamente en los peores escenarios.

–Sin embargo, podría verme en ellos –contestó Susie.

No se atrevía a concebir la más mínima esperanza por miedo a la posterior desilusión.

–Ya basta –le ordenó Jo–. ¿Cuándo tienes la próxima cita?

Susie se lo dijo.

–Voy a acompañarte. Así no podrás volver a retractarte. Si hace falta, soy capaz de pedir refuerzos a la familia y arrastrarte hasta allí.

Susie sabía que era cierto. Sin embargo, fue el médico el que la llamó para cambiar la cita.

Pero por fin había llegado el momento. Ya no había ni escapatorias ni excusas. Su madre iba hacia allí y Susie no tenía ninguna posibilidad de cancelar la cita. Conocía suficientemente bien a su madre como para saber que sería capaz de reclutar a su padre y a sus hermanos. Quizá incluso hasta a Mack.

Afortunadamente, Mack había estado tan absorto en sus propios planes que no había vuelto a hacer ningún comentario sobre el extraño humor en el que se encontraba o sobre su falta de energía. Desde luego, Susie no quería que se enterara de lo que le ocurría a través de su madre. Y la única forma de que eso ocurriera era ir a la consulta del médico y dejar que le hicieran la prueba.

La ecografía no fue en absoluto incómoda. Ni siquiera tardó mucho tiempo. Intentó adivinar la respuesta por el rostro de la técnica, pero era más que evidente que aquella mujer había aprendido a mantener una expresión neutral.

—¿No puedes decirme lo que has encontrado? —le preguntó Susie cuando terminó de hacerle la ecografía.

—El médico te dará los resultados —contestó Paula Marcus—. Probablemente mañana mismo tendrá el informe. Puedes llamarle entonces.

—¿Ni siquiera me vas a dar una pista?

La técnica de ultrasonidos la miró compasiva.

—Lo siento, lo de dar pistas no forma parte de mi trabajo —dijo sonriente. Pero se puso inmediatamente seria—. Sé lo difícil que resulta la espera. Intentaré hacer llegar el informe cuanto antes para que el médico pueda hablar contigo esta misma tarde.

Susie suspiró, consciente de que era lo mejor que podía esperar.

—Gracias.

Se reencontró con su madre en la sala de espera y le sonrió.

—Ya está.

Jo estudió su rostro.

—¿Sabes lo que han encontrado?

—No me han dicho nada —respondió Susie sombría—. La técnica ha dicho que intentará enviarle hoy mismo el informe al doctor Kinneer.

—En ese caso, vayamos a comer a algún lugar en el que no hayamos estado antes —sugirió Jo—. ¿Te apetece que vayamos a Baltimore y probemos algo en el Inner Harbor? Siempre es divertido.

Susie negó con la cabeza.

—Gracias por intentarlo, mamá, pero no tengo hambre.

Jo la miró con los ojos entrecerrados.

—Algo me dice que no has vuelto a tener hambre desde que fuiste al médico. Estás sufriendo una pérdida de peso que no puedes permitirte. Si no quieres que nadie se imagine lo que te pasa, será mejor que comas. Así que, ¿vamos a Baltimore o prefieres comer en alguna otra parte?

—Podemos ir al Sally's.

—¿Quieres encontrarte con Mack? —preguntó su madre.

Parecía sorprendida.

Curiosamente, así era.

—Él no se meterá conmigo si dejo algo en el plato.

Jo sonrió.

—Afortunadamente, yo estaré allí para hacerlo.

—¿Vas a quedarte aunque esté Mack?

–Cariño, pienso estar pegada a ti a menos que esté convencida de que te dejo en buenas manos.
–Pues qué asco –contestó Susie, y se echó a reír–. ¡Acabo de hablar como una niña de cinco años! –agarró a su madre del brazo–. Vamos. Prometo portarme bien y comerme hasta la última cucharada de sopa.
–¿Y un sándwich de queso derretido? –intentó animarla Jo.
Susie elevó los al cielo.
–A lo mejor.
–¿Y un helado con caramelo?
–Ahora mismo estás empezando a presionar demasiado.
Jo se echó a reír.
–Eso son prerrogativas de madre, incluso mi deber.
Susie se detuvo y miró a su madre. Advirtió entonces la preocupación en sus ojos.
–Gracias por acompañarme, y por presionarme para que coma, y por ser mi madre.
–De nada, cariño. Estoy haciendo lo que tengo que hacer.

Mack acababa de terminar de comer con Will y con Jake cuando entró Susie en Sally's con su madre. Aquella aparición no le habría sorprendido si no hubiera sido porque estaban en pleno horario escolar. Si Jo se había tomado el día libre, era porque había pasado algo. Y sus entrañas le decían que ese algo tenía que ver con lo que quisiera que le estuviera pasando a Susie últimamente. Había desconectado las alarmas, pero en aquel momento volvieron a activarse.

–¿Os parece que Susie tiene buen aspecto? –les preguntó a Will y a Jake.

Era una pregunta ridícula, puesto que, por lo menos Jake, era uno de los hombres menos observadores que conocía. Sin embargo, era posible que Will notara algo.

Will volvió la cabeza hacia ella.

–Está un poco pálida, pero estamos a primeros de diciembre. Todo el mundo está pálido a estas alturas del año.

–Y Jess no te ha comentado nada... –presionó Mack.

Will negó con la cabeza.

–Ya sabes cómo es la relación entre ellas. Jess siempre tiene la sensación de que Susie lo hace todo mejor que ella. Aunque sean primas, no se llevan muy bien.

Mack se volvió hacia Jake.

–¿Y tú notas algo?

Jake se encogió de hombros.

–A mí me parece que está igual que siempre. Y, antes de que me lo preguntes, Bree no ha comentado nada de Susie últimamente. Entre la floristería, el bebé y la obra de teatro que está preparando para Navidad, apenas tiene tiempo de decirme «hola» antes de acostarse.

Mack suspiró.

–Me estás sirviendo de mucha ayuda –estudió a Susie con atención–. Will tiene razón, está pálida y parece que ha perdido peso.

–¿Le has preguntado que si está bien? –quiso saber Will.

–Por supuesto –contestó Mack–. Ella jura que está estupendamente, pero no me lo creo. Y ahora aparece aquí con su madre en un día de labor. ¿Por qué Jo no está en el colegio?

Jake comprendió entonces que su amigo estaba realmente asustado.

–Estás muy preocupado, ¿verdad?

Mack asintió.

–En cualquier caso, no somos nosotros los que podemos darte una respuesta –se lamentó Will–. Ve a reunirte con ellas. A lo mejor consigues averiguar algo. Pero si pasa algo, háznoslo saber. Si Susie necesita cualquier cosa, quiero saberlo.

–Claro –contestó Mack con aire distraído mientras se levantaba.

Se dirigió hacia la mesa de Susie. Jo le miró a los ojos. Lo que reflejaban los suyos era inconfundible: estaba terriblemente preocupada. Aquello alarmó a Mack más que ninguna otra cosa. Por lo que él sabía, Jo O’Brien era una mujer imperturbable.

–¡Eh, señoras! –las saludó mientras se sentaba al lado de Susie–. ¿Os habéis tomado el día libre o algo parecido?

–Solo hemos venido a almorzar –contestó Susie forzando una sonrisa–, ¿verdad, mamá?

–Verdad –contestó Jo, y se levantó de pronto–. Pero ya que Mack está aquí para hacerte compañía, creo que será mejor que me vaya.

–No quiero echarte –le aseguró Mack.

Pero la verdad era que se alegraba de que se marchara. Sabía que tendría más posibilidades de obtener respuestas si no estaba la madre de Susie de por medio.

–¡Oh, no me estás echando! –insistió Jo–. Debería volver a clase cuanto antes. He dejado a una sustituta con mis alumnos. Seguramente a estas alturas la tienen aterrorizada.

Susie le dirigió a su madre una mirada suplicante.

–¿Mamá?

Jo le dio un beso en la mejilla.

–Te dejo en buenas manos.

Antes de marcharse, se inclinó y le susurró a Mack al oído:

–Asegúrate de que coma algo.

–Lo haré –le prometió Mack.

En cuanto Jo se marchó, miró a Susie con curiosidad.

–¿Qué le pasa a tu madre?

–Nada –respondió Susie demasiado rápido como para que la creyera–. Solo está un poco distraída.

–¿Por qué?

–Tiene demasiadas cosas en la cabeza.

–¿Como cuáles? –la presionó Mack.

Susie le dirigió una mirada de advertencia.

–Déjalo, Mack. Solo venía a comer algo antes de ir al trabajo. De hecho, creo que pediré una sopa y me la llevaré.

Mack negó con la cabeza.

–Creo que no.

Susie le miró con el ceño fruncido, pero como Mack le tenía bloqueada la salida, no podía hacer nada más que quejarse.

–¿Quién te ha convertido en mi perro guardián?

–Tu madre. Además, yo me tomo muy en serio mis promesas. Siempre.

–¿Y qué pasa con tu lealtad hacia mí? –preguntó Susie, cada vez más contrariada.

–En este momento, algo me dice que cumplir la promesa que le he hecho a tu madre es la mejor manera de serte leal. ¿Por qué está tan preocupada tu madre? ¿Estás enferma?

–No, ¿tengo aspecto de enferma?

Si alguna vez había estado en un campo minado, fue en aquel momento. Mack podía elegir entre ser caballeroso o decir la verdad.

–Estás pálida, has adelgazado y, no, no tienes buen aspecto. No es la primera vez que lo menciono, así que no frunzas el ceño como si te hubiera ofendido. Estoy preocupado.

–Pues no tienes por qué estarlo –replicó Susie. Le dirigió una sonrisa radiante que, evidentemente, era forzada–. Ahora cuéntame qué planes tienes para el periódico. Quiero saberlo todo. Llevas días desaparecido, así que estoy segura de que ya has concretado algo.

Mack consideró la posibilidad de hacerle notar que estaba cambiando deliberadamente de tema, pero se conformó con asegurarse de que Susie pidiera una sopa y un sándwich.

–No puedo comer tanto –protestó Susie–. Con la sopa ya tengo suficiente.

–Eh, y todavía no he mencionado la tarta de manzana que te vas a comer de postre.

–Olvidalo. De ningún modo.

–Ya veremos. Ese es el precio por cambiar de tema.

Susie sonrió con cansancio.

–Un pequeño precio a pagar, en ese caso. Ahora, cuéntamelo todo.

Mack le informó de todo lo que había conseguido averiguar después de haber hablado con media docena de editores de publicaciones locales de Maryland y de las zonas más próximas de Virginia.

–Es un negocio difícil, en eso todo el mundo está de acuerdo.

–No parece muy emocionado –comentó Susie mientras probaba una cucharada de la humeante sopa de cangrejo que Sally le había llevado junto a un sándwich de queso–. ¿Y qué aspecto tienen las cifras?

–Para serte sincero, aterrador. No tengo la menor idea de si podré reunir esa cantidad de dinero. Los gastos de contratación de personal son altísimos y hay que tener en cuenta también los costes de imprenta. No sé, Susie. Todo esto es mucho más de lo que puedo permitirme. Hasta mi última gota de sentido común me grita que me olvide de la idea.

Susie sonrió.

–Pero no piensas olvidarte, ¿verdad? Admítelo, Mack, no habías vuelto a estar tan contento desde que dejaste el trabajo. Te estás muriendo de ganas de aceptar este desafío.

–Es cierto –confesó–. Ayer por la noche comencé a esbozar un proyecto, analizando los costes y los ingresos potenciales. No sé si algún banco se arriesgará con esto. Yo tengo algo de dinero, he sido muy austero y cuento también con el dinero de la indemnización, pero eso es solo la punta del iceberg.

–Habla con Laila –sugirió Susie–. Su padre tiene un criterio muy conservador a la hora de conceder un préstamo. Ni siquiera quería concederle un crédito a Megan para abrir la galería si no contaba con el apoyo de Mick, pero ella se negó. Sin embargo, Laila es diferente. Ella comprenderá lo importante de esta inversión, no solo para ti, sino también para Chesapeake Shores. Este pueblo necesita una publicación. Ella tiene suficiente visión como para darse cuenta.

–A lo mejor deberías de ser tú la que le vendiera la idea –sugirió Mack–. Pareces saber exactamente lo que tienes que decir. ¿Quieres formar parte del negocio? No necesito tu dinero, solo tu entusiasmo.

–¡Eh! Llevas años convenciendo a las mujeres de que hagan lo que tú quieres. Lo único que tienes que hacer es pensar en Laila como si fuera una de tus conquistas.

Mack la miró con el ceño fruncido por lo grosero de aquel comentario.

–Aquí me juego algo completamente diferente –señaló–. Yo quería acostarme con esas mujeres,

no pedirles una cantidad enorme de dinero.

–Ir detrás del sexo o detrás del dinero no es tan distinto –insistió Susie–. Si no, pregúntaselo a cualquiera de esos tipos que consiguieron convencer a pequeños inversores para que les entregaran los ahorros de toda una vida cómo lo consiguieron. El encanto forma parte de la estrategia.

–Más unas cuantas cifras prometedoras sobre el papel –replicó Mack–. Los presupuestos que he manejado son realistas, y no siempre prometedores. Con esto no voy a hacerme rico.

–¿Qué buscas principalmente? ¿Dinero o satisfacción?

–Un poco de las dos cosas –contestó con sinceridad.

–¿Y tus presupuestos no pueden proporcionártelas?

–Creo que no. No sé si el banco me concederá un crédito.

–Y no lo sabrás hasta que no hables con Laila –le miró a los ojos con fervor–. Hazlo, Mack. La vida es demasiado corta como para no correr riesgos. Si de verdad es algo que desees, haz todo lo que esté en tu mano para conseguirlo.

Mack la miró atentamente.

–¿Por qué tengo la sensación de que no estás hablando solamente de fundar un periódico?

–Porque me conoces demasiado bien –respondió–. Pero este no es el momento, Mack. Ahora estamos hablando de ti y de lo que es mejor para tu futuro.

–Tardaré algún tiempo en tenerlo todo preparado, pero por lo menos, iré a ver a Laila antes de tirar la toalla. Te lo prometo.

–Me conformo con eso –le miró a los ojos–. ¿Sabes? Creo que al final voy a poder también con la tarta de manzana.

Mack la observó mientras daba cuenta de un pedazo de tarta de manzana coronado con una bola de helado de vainilla. Sacudió la cabeza.

–Y yo que pensaba que me darías por lo menos un par de mordiscos.

–Pídete otra –le recomendó Susie–. Esta es todo mía.

Mack se sintió extrañamente aliviado ante aquel repentino ataque de apetito. Y su alivio era el mejor indicativo de lo preocupado que estaba por ella.

Aunque también había sido un poco estresante, pasar la tarde con Mack había sido justo la distracción que Susie necesitaba. Casi había conseguido olvidarse de los resultados de la ecografía. Sin embargo, al pasar por la oficina, se encontró con un mensaje en la mesa. Su padre le había dejado escrita una nota en la que le decía que llamara a la consulta del doctor Kinneer.

Mientras la leía, podía sentir la mirada de su padre sobre ella.

–¿A qué viene eso, Susie? –le preguntó frunciendo el ceño con preocupación–. ¿Por qué te ha llamado el médico?

–Por nada que tenga que preocuparte, papá. Solo tienen que darme una cita.

Jeff salió de su despacho, cruzó hasta su mesa y se sentó a su lado.

–Llevo muchos años casado con tu madre. Cuando tienen que darle una cita, lo hacen por correo electrónico.

–Y probablemente para ella sea lo mejor –sugirió Susie–. Para mí no. Yo prefiero que me llamen por teléfono.

–Me estás mintiendo –la acusó su padre abiertamente–. Y es preferible que no lo intentes. He crecido jugando al póquer con tus tíos y hace años que aprendí a reconocer un farol.

Susie se negaba a mirarle a los ojos, y sentía los suyos llenos de lágrimas.

–No puedo hablar sobre ello papá, ahora no.

Su padre se levantó y a los pocos segundos, Susie estaba abrazada a él, apoyando la cabeza en su hombro. Dejó que escaparan los sollozos y le empapó de lágrimas la camisa mientras él intentaba consolarla.

–Puedo dejarte llorar todo lo que quieras cariño, pero no podré ayudarte hasta que no sepa lo que te pasa –le dijo–. ¿Quieres que llame a tu madre? ¿Esto tiene que ver con el hecho de que os hayáis visto tanto últimamente?

–No llames a mamá, estoy bien –contestó Susie, pero se aferró a su mano–. ¿Te importa quedarte aquí conmigo mientras llamo? Después hablaremos, ¿de acuerdo?

Su padre asintió.

–Como tú quieras.

La mano le temblaba mientras marcaba el número.

–¿Podría hablar con el doctor Kinneer? Creo que ya tiene los resultados de la prueba que me han hecho esta mañana.

–Ahora mismo está con un paciente, pero sé que quiere hablar con usted –contestó la enfermera–. Enseguida le aviso. Pero siéntese, ¿de acuerdo?

Susie asintió, y entonces se dio cuenta de que la enfermera no podía verla.

–Claro –consiguió musitar.

Mientras esperaba, evitaba mirar a su padre. Sabía que debía de estar histérico. Probablemente le había dado un susto de muerte.

A los pocos segundos, se puso el médico al teléfono.

–Tal y como sospechaba, Susie, hay una masa de alguna clase. Podría ser solamente un quiste. Podríamos hacerte una resonancia magnética que nos diera más datos, pero yo prefiero hacerte directamente una biopsia. El resultado es definitivo y, probablemente, tendríamos que hacerla de todas formas.

–Entiendo –contestó Susie.

Oía las palabras, sabía lo que significaban, pero, de alguna manera, no era capaz de procesar todas las implicaciones que tenían.

–Está bastante seguro de que es cáncer, ¿verdad? Por eso quiere adelantar tiempo.

–Yo no he dicho eso –contestó el médico en un tono deliberadamente tranquilizador–. Solo estoy intentando evitarnos un paso intermedio que solo serviría para mantenerte preocupada. Podemos fijar la biopsia para la semana que viene y si tuviéramos que pedir una resonancia magnética, tardaríamos bastante más. Y, como ya he dicho, al final probablemente terminarían haciéndote una biopsia. ¿Quieres venir para que hablemos tranquilamente de esto? Si quieres, le pediré a Jane que te cite esta misma tarde.

–No, está bien –contestó Susie desanimada–. Haré la biopsia. Lo que dice tiene sentido. De esa forma, tendré antes la respuesta –tomó aire–. ¿Qué puede pasar después? Si la biopsia da un resultado positivo, ¿me operarían en ese momento?

–Probablemente, no. Normalmente eso lo hacemos con el cáncer de mama, pero en este caso, preferimos plantearnos las diferentes opciones, y, dependiendo de lo que encontremos, fijamos la fecha de la operación. Además, en este tipo de operaciones interviene también un oncólogo. Hay uno que normalmente recomiendo, si a los pacientes les parece bien. Me pondré de acuerdo con él para fijar la fecha.

–Estupendo –contestó Susie.

Estaba completamente entumecida. Lo único que sentía era a su padre estrechándole la mano para tranquilizarla. Estaba tenso mientras escuchaba. Susie sabía que debía de estar destrozado por lo que estaba oyendo.

–Jane te llamará cuando tengamos una fecha para la biopsia. Susie, sé que te parecerá imposible, pero intenta no preocuparte –le dijo el médico, haciendo todo lo posible para tranquilizarla–. Intenta enfrentarte a esto paso a paso.

–Estoy haciendo todo lo que puedo –contestó.

Y era cierto. Pero en aquel momento, «todo lo que puedo» no era suficiente. Tenía la sensación de que iba a explotarle la cabeza y el pulso le corría a toda velocidad.

Cuando colgó, no se sentía capaz de mirar a su padre a los ojos.

–¿Susie, a qué viene todo esto? ¿Por qué te tienen que hacer una biopsia? –preguntó Jeff, elevando la voz–. ¿Tienes cáncer de mama?

Susie negó con la cabeza.

–Peor todavía. Es posible que tenga un cáncer de ovarios –contestó con voz atragantada–. Es posible que no pueda tener hijos, papá.

En ese instante, se dio cuenta de que el no poder tener hijos no era lo peor que le podía ocurrir.

–Yo... –parpadeó para apartar las lágrimas– podría morir.

Su padre la miró impactado, pero no la soltó.

–Eso no va a ocurrir, ¿me has oído? Es imposible. Haremos todo lo que haga falta para que recibas el mejor tratamiento, claro que sí. En el hospital Johns Hopkins de Baltimore hay muy buenos especialistas. Llama al doctor Kinneer y dile que es ahí donde te van a hacer la biopsia. Insisto en que te atiendan los mejores médicos.

Susie casi sonrió ante la vehemencia de sus palabras.

–¿Sabes que estás hablando igual que el tío Mick? Hablas como si pudieras ordenar al mundo entero que se sometiera a tu voluntad. De momento, estoy contenta con el doctor Kinneer y estoy dispuesta a arriesgarme a aceptar el oncólogo que quiera recomendarme, papá. Prefiero estar con un médico al que conozco.

–Como tú digas, Susie –contestó Jeff con evidente reluctancia. Inmediatamente susurró–: Me gustaría que tu madre y tú me lo hubierais dicho antes.

–¿Y para qué habría servido? ¿Para que te preocuparas tanto como nosotras?

–Exactamente –frunció el ceño–. ¿Mack lo sabe?

–Los únicos que lo sabéis sois mamá y tú y quiero que sigan así las cosas –añadió con firmeza–. Ya sabes cómo es nuestra familia. Tendría a todos encima de mí y ahora mismo no creo que pudiera soportarlo.

–De acuerdo. Entiendo que no quieras contárselo a la familia, pero creo que tendrías que decírselo a Mack.

–No –repitió Susie.

–Vamos, Susie, seguro que él querría saberlo –intentó convencerla.

–Papá, ya sabes cómo es Mack. Es un hombre que se toma todo a la ligera.

–Mack te quiere –respondió Jeff con firmeza–, cualquiera puede darse cuenta de eso. Cuando se entere de lo que te pasa, se pondrá furioso. Estoy seguro de que le gustaría estar a tu lado.

–Pues yo no estoy tan segura –contestó Susie.

Le habría gustado poder creer en el amor de Mack con el mismo fervor de su padre.

–No quiero ponerle a prueba –continuó diciendo–, especialmente ahora que tiene tantas cosas en la cabeza. En cuanto sepa qué va a pasar con todo esto, se lo contaré. Todavía es demasiado

pronto.

Jeff pareció decepcionado con su respuesta.

–Creo que estás cometiendo un error, no solo por Mack, sino también por ti. Necesitas tenerlo junto a ti. Probablemente le necesitas más que a tu madre y a mí.

Susie le miró con el ceño fruncido.

–¿Qué quieres decir?

–Enfrentémonos a ello, cariño. Ese hombre puede darte un motivo por el que luchar. Puede darte una razón para vivir por sombrío que parezca el futuro.

Susie negó con la cabeza.

–No, no quiero poner tanta presión sobre él. Y tampoco quiero que esté conmigo por compasión, ni que se convierta en una especie de animadora.

–No estoy sugiriendo que te cases con él. Lo único que te estoy pidiendo es que le permitas estar a tu lado en un momento en el que sé que él querría apoyarte. Si le dejas fuera de todo esto, es posible que nunca te perdona.

Hubo algo en su tono de voz que la hizo vacilar.

–¿Por qué crees eso?

–Porque tu madre estuvo a punto de no contarme lo que le pasaba después del nacimiento de Matthew. Cuando por fin me puso al tanto de lo que había ocurrido en el parto de Luke, bueno, me desgarraba por dentro pensar que había tenido que sufrir tanto en soledad y que había tomado decisiones sobre nuestro futuro sin contar conmigo.

–¿Y qué hiciste?

–Me avergüenza decir que la dejé –admitió–. Fueron solo un par de días, pero tenía que asimilar el hecho de que tu madre hubiera sido capaz de ocultarme algo tan importante. Al final, comprendí que, en parte, lo había hecho para protegerme, pero en aquel momento era lo de menos. Tardé algún tiempo en volver a confiar en nuestra relación. Lo único que pretendo decirte es que Mack podría sentir lo mismo que yo.

La miró a los ojos y esbozó una temblorosa sonrisa.

–Solo te pido que pienses en lo que te estoy diciendo, ¿de acuerdo? Piensa en cómo te sentiste cuando no te contó que había perdido el trabajo. No esperes demasiado tiempo para informar a Mack, ¿de acuerdo?

–Pensaré en ello –susurró Susie temblorosa–. Te lo prometo.

Pero aunque los razonamientos esgrimidos por su padre le parecían muy válidos, le daba casi tanto miedo hablar con Mack como enfrentarse a los resultados de la biopsia.

¿Y si ella tenía razón? ¿Y si Mack no era capaz de manejar una situación tan difícil como a la que ella tenía que enfrentarse? Ella tenía una mejor opinión sobre él, y sabía que le conocía mejor de lo que Mack se conocía a sí mismo, pero en un momento tan crucial de su vida, no quería correr el riesgo de equivocarse.

Capítulo 8

El blog de Mack llevaba ya un par de semanas funcionando cuando le llamó su antiguo jefe.

–¿Eh, Mack, he visto tu blog! Me alegro de ver que todavía estás escribiendo –dijo Don Richmond–. Me habló de él uno de los chicos de la sección de deportes. Y a juzgar por cómo fluyen los comentarios, parece que no has perdido la capacidad de azuzar la polémica.

–Solo estoy intentando mantenerme al tanto de cómo van las cosas en el mundo del deporte –contestó Mack.

–¿Y estás ganando dinero con eso o todavía estás buscando trabajo?

–He estado tanteando el terreno y me han llamado de un par de periódicos, pero entre tanto estoy ocupado con otras cosas.

–¿Como cuáles?

Mack todavía no estaba preparado para compartir la idea de editar un periódico, más allá de su más cercano círculo de amigos.

–Ya te lo contaré si funciona.

–¿Eso significa que todavía estás abierto a otras sugerencias? –le sondeó Don.

Mack sabía que sería una tontería no estar abierto a cualquier otra posibilidad.

–¿Por qué? ¿Me estás ofreciendo un puesto de trabajo?

–No es exactamente un puesto de trabajo, sino trabajar como autónomo.

–Sí, podría estar dispuesto –contestó Mack, pensando en los ingresos que podía proporcionarle mientras esperaba a ver si podía sacar adelante el periódico–. ¿En qué consiste?

–El otro día recibí una llamada de un editor –le explicó Don–. Están buscando a alguien que haga de negro para una estrella deportiva que va a publicar un libro. Quieren a alguien que conozca el mundo de los deportes y que sea capaz de tejer una buena historia. Es un libro para alguien importante, pero no han querido decirme el nombre. Pagarán un adelanto considerable. Creo que serías perfecto para este trabajo, ¿te interesa? Si es así, les pasaré tu nombre. No quería hacerlo sin haber hablado antes contigo.

–Lo haría de forma anónima, y, básicamente, se trataría de transcribir lo que ese personaje me dijera.

–Sí, eso es lo que tengo entendido.

Mack vaciló. Recordaba que un amigo suyo había pasado meses dedicado a un trabajo de ese tipo y al final había tenido que abandonar porque el deportista en cuestión se había arrepentido en el último momento.

–¿Y si la persona no está siendo sincera y yo lo sé? ¿O si escribo un libro que no le gusta?

–Todas esas cosas tendrás que hablarlas con el editor –contestó Don–. Supongo que te merecería la pena hablar con él. Podrías volar a Nueva York la semana que viene, sentarte con el editor y reunirte después con el deportista para ver si podéis llegar a un acuerdo.

–¿Tienes idea de la cantidad de dinero de la que estamos hablando?

Don mencionó una cifra que podría inflar considerablemente su cuenta bancaria y le permitiría continuar en Chesapeake Shores mientras escribía. En el caso de que fuera posible...

–¿Podría seguir en Chesapeake Shores?

–Probablemente tendrás que pasar algún tiempo con el tipo en cuestión y no es de la zona, pero supongo que podrías escribir donde quisieras.

–¿Qué plazo tendría?

–Creo que poco tiempo. Esa es la razón por la que están buscando un periodista capaz de trabajar bajo presión.

La idea era interesante y suficientemente lucrativa como para que Mack supiera que no podía descartarla de entrada.

–Claro, dile al editor que me interesa.

Eso no significaba que fuera a renunciar al proyecto del periódico, sobre todo, teniendo en cuenta los plazos con los que estaba trabajando. De esa forma tendría algo que hacer hasta que el proyecto saliera adelante, en el caso de que lo consiguiera. Se dijo que era mejor diversificarse, puesto que todavía estaba muy lejos de tener la seguridad de que pudiera conseguir financiamiento para el periódico.

Pero horas después, mientras hacía los preparativos para volar a Nueva York, no podía evitar preguntarse si Susie vería aquella posibilidad como él la veía, como un medio para conseguir un fin, más que como el primer paso para comenzar una nueva vida.

Aquella noche, mientras Susie ayudaba a Mack a decorar el arbolito de Navidad que había comprado para su apartamento, este le explicó que estaba a punto de ir a Nueva York.

–Ya veo –dijo Susie al final, con el corazón hundido–. Parece una gran oportunidad.

Mack la miró con el ceño fruncido.

–Pues no pareces muy contenta con la noticia. No me iré de aquí, Susie. De hecho, esto podría permitirme quedarme aquí y dar un giro completamente diferente a mi carrera.

Susie se encogió de hombros.

–Supongo que me he dejado llevar por la emoción del periódico –contestó.

Entre otras cosas, porque de esa forma estaba segura de que le tendría cerca.

–¿De verdad es eso, o te preocupa que si tengo que viajar por el libro termine encontrando un lugar que me guste más que Chesapeake Shores? –preguntó Mack con agudeza.

–Sí, a lo mejor es eso –admitió–. ¿De verdad quieres escribir ese libro, Mack? Porque si la respuesta es sí, entonces eso es lo único que importa.

–Sinceramente, solo lo veo como una manera de conseguir dinero hasta que pueda sacar el periódico. Tampoco estaría nada mal que me abriera la puerta a otras editoriales, pero ahora mismo no es en eso en lo que estoy pensando. De momento, es algo excepcional.

–El periódico jamás saldrá adelante si no te entregas al cien por cien –arguyó Susie–. Si Laila se da cuenta de que estás demasiado disperso, no te concederá el crédito.

–Probablemente tengas razón –admitió Mack–. De momento, solo voy a pasar un par de días en Nueva York. Para cuando vuelva tendré más información y podré tomar una decisión.

Susie no quería que imaginara que había otras razones por las que prefería que se quedara en Chesapeake Shores en aquel momento. Forzó una sonrisa.

–De acuerdo, solo serán un par de días. ¿Cuándo te irás?

–Pasado mañana –contestó.

Susie tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no revelar su consternación.

–Estupendo –se obligó a seguir sonriendo–. En ese caso, para finales de semana ya sabrás algo.

–Sí, es más que probable –estudió su rostro con atención–. Susie, ¿te pasa algo? Dices que estás de acuerdo, pero es evidente que esto no te hace ninguna gracia. ¿Es por el libro? ¿Por el viaje? ¿Me voy a ir en un mal momento?

–No seas tonto –contestó, fingiendo una sonrisa.

Esperaba que Mack no se diera cuenta de lo que sentía. Llevaba suficientes años engañándole, impidiéndole ver dentro de ella. Probablemente, Mack le había hecho daño sin darse cuenta de mil maneras y jamás lo había advertido. Y Susie pretendía que continuara siendo así.

Alzó la mirada de la guirnalda de luces que estaba agarrando con tanta fuerza que le había dejado marca en la mano.

–Estoy deseando saber cómo va todo y enterarme de quién es ese deportista. ¿Tienes alguna idea?

–Qué va –confesó–. No me han dado una sola pista.

–¿Ni siquiera sabes a qué deporte se dedica?

–No, ni siquiera eso.

Susie sonrió, y en aquella ocasión, su sonrisa fue sincera.

–¿Y si al final resulta ser una jugadora desconocida de lacrosse? –bromeó–. ¿Estás al tanto de los detalles sobre el mundo del lacrosse? ¿O una nadadora? A lo mejor terminas todo el día metido en la piscina y arrugado como una pasa.

Mack soltó una carcajada.

–Teniendo en cuenta el adelanto que ofrecen, no creo que sea ningún desconocido. Y, en realidad, en esta ocasión voy a hacer más de escritor que de periodista. Creo que mi trabajo consistirá en escribir la biografía de esa persona, no en investigar sus más oscuros y profundos secretos.

–¿Y crees que será divertido?

La sonrisa de Mack desapareció.

–Para serte sincero, no mucho.

–En ese caso, ¿por qué considerar siquiera la posibilidad de aceptarlo? –preguntó Susie sin poder evitar cuestionar una vez más su decisión.

–Es una posibilidad de ganar dinero, Susie. En este momento no puedo permitirme el lujo de rechazar ninguna oferta. Y, quién sabe, como te he dicho antes, a lo mejor me abre la puerta de otras editoriales y puedo seguir escribiendo libros.

–Nunca me habías dicho que querías escribir un libro.

–Francamente, nunca había pensado en ello, pero ahora creo que es un buen momento para considerar todas mis posibilidades antes de tomar una decisión sobre mi futuro.

–Supongo que sí.

Mack la miró con curiosidad.

–Vuelvo a tener la impresión de que no estás de acuerdo con nada de esto.

–Son imaginaciones tuyas –respondió Susie. Se levantó y le dio un beso en la mejilla–. Mira, será mejor que dejemos el árbol de momento. En cualquier caso, ahora tengo que marcharme. Mañana a primera hora de la mañana tengo una cita y tú tendrás que preparar el viaje. Nos veremos cuando vuelvas.

Creía haber inyectado un tono suficientemente animado a su voz, pero Mack la agarró del brazo, la obligó a quedarse donde estaba y la miró con el ceño fruncido. Se levantó entonces, inclinó la cabeza y la miró a los ojos.

–¿Qué te parece si nos vemos mañana antes de que me vaya?

–Estoy ocupada –respondió Susie–. Es posible que no tenga tiempo.

Mack profundizó el ceño, demostrándole a Susie lo mal que estaba manejando la situación. En vez de despejarlas, parecía estar agitando sus sospechas.

–¿Ocupada haciendo qué? –le preguntó Mack con escepticismo.

–Tengo citas durante todo el día –contestó.

Y, hasta cierto punto, era verdad. Tenían que hacerle las pruebas previas a la operación y después tendrían que practicarle la biopsia.

–¿Y si cenamos mañana juntos?

–Lo siento, no puedo –contestó–. Ya nos veremos cuando vuelvas, ¿de acuerdo?

Mack asintió lentamente.

–Claro, si te parece bien...

–Que tengas un buen viaje –le deseó Susie aliviada porque por fin había dejado de presionarla–. Si tienes oportunidad, llámame desde Nueva York. Si no, nos veremos el viernes.

–De acuerdo, te llamaré.

Aunque su expresión continuaba mostrando cierta perplejidad, en aquella ocasión la permitió marcharse. En cuanto cerró la puerta tras ella, Susie soltó la respiración que tenía la sensación de haber estado conteniendo desde el momento en el que habían comenzado a hablar de aquel libro.

Y entonces, lloró.

No había nada que deseara más que poder tener a Mack a su lado el día que le hicieran la biopsia, ¿pero cómo podía culparle por no acompañarla cuando no había tenido el valor de decírselo? Mack podía haber retrasado el viaje a Nueva York. Aquella reunión podía haber esperado unos cuantos días. Estaba segura, pero no había sido capaz de pedírselo, a pesar de que continuaba oyendo las palabras de su padre diciéndole que estaba cometiendo un error.

«Vamos, Susie», se regañó a sí misma. Había manejado en soledad la mayor parte de las crisis de su vida, eso sí, contando siempre con el respaldo de sus padres. En aquella ocasión no sería diferente. Su madre estaría a su lado. Contaría con su padre, con su abuela y con sus hermanos, en el caso de que decidiera contárselo. En aquel momento, pensaba que no lo haría. Eso aumentaría las posibilidades de que Mack se enterara y no quería estropearle el viaje. Aunque ella no le hiciera ninguna gracia, tenía que reconocer que era una gran oportunidad. Mack necesitaba concentrarse en algo, y, sobre todo, no quería que se preocupara ni de su biopsia ni de los potencialmente devastadores resultados.

Ya tendría tiempo de informarle cuando regresara. A lo mejor para entonces ya tenía resultados y no solo conjeturas y especulaciones. Quizá incluso podía darle una buena noticia.

Por un momento, se dejó llevar por aquella posibilidad, por la posibilidad de que las noticias fueran buenas y pudiera dejar sus temores tras ella. Y, tanto si Mack aceptaba el encargo del libro como si decidía seguir adelante con el periódico, ambos podrían contemplar un futuro luminoso.

De una cosa sí estaba segura. Si las noticias eran buenas, no pensaba perder ni un minuto más en lo que a Mack concernía. Ya habían perdido demasiado tiempo. Iba a luchar por lo que quería. Si lo echaba todo a perder, que así fuera. Por lo menos habría perdido luchando, en vez de continuar esperando a que ocurriera un imposible.

Cuando Mack regresó de Nueva York, bullía de emoción con el libro. Todo había salido perfectamente. Conocía al jugador de fútbol, un deportista cuya larga carrera había entrado en crisis por culpa de un accidente producido bajo los efectos del alcohol que había terminado con la

muerte de un peatón. La familia de la víctima había recibido una enorme suma de dinero y había retirado los cargos. El futbolista había tenido que abandonar la liga, lo que significaba que, en vez de abandonar el mundo del deporte envuelto en una nube de gloria, iba a tener que hacerlo por la puerta de atrás.

Tenía la esperanza de que aquel libro le sirviera para limpiar su imagen y le permitiera seguir adelante con todas las obras benéficas que su esposa y él esperaban llevar a cabo con su fundación.

–No podremos ignorar la polémica –le había dicho Mack a Brock Huck–. Si lo hacemos, la gente pensará que este libro solo es una cortina de humo y no cumplirá su objetivo.

–Probablemente tenga razón –había contestado el agente de Brock–. Hay que afrontar abiertamente lo ocurrido.

La representante de Brock, que estaba sentada a su lado, había elevado los ojos al cielo.

–Ahora sí que vamos a entendernos. He estado diciéndole desde el primer momento que debía enfrentarse abiertamente con los medios de comunicación.

El agente no parecía ni remotamente afectado por aquella observación.

–Ahora, lo verdaderamente importante es vender libros.

Mary Long le miró con el ceño fruncido.

–Pero yo también tengo que hacer mi trabajo –respondió la agente.

–¡Dejad de pelearos! –les espetó la esposa de Brock–. Vamos a intentar hacer las cosas bien, aunque solo sea por esta vez –Kelly Hunt se volvió hacia su marido–. Ya va siendo hora de que salga la verdad a la luz.

Mack estudió a aquel deportista retirado antes de tiempo.

–¿Cuál es la verdad?

Brock vaciló un instante. Parecía destrozado.

–No quiero salvarme echándole la culpa a otro.

–¿Qué clase de amigo sería capaz de permitir que otro cargara con sus culpas? –preguntó Kelly, se volvió entonces hacia Mack y expuso abiertamente–: Aquella noche el que conducía era Coop Mitchell. Esa es la verdad.

Mack se la quedó mirando de hito en hito.

–Eso no aparece en ninguno de los informes policiales. Los leí el día del incidente. Ni siquiera aparecía mencionado su nombre.

–Porque es la joven esperanza del equipo. Brock le aconsejó que se quitara de en medio. Para cuando apareció la policía, ya llevaba tiempo lejos de allí. A esa hora de la mañana no había testigos. Fue Brock el que se quedó para hablar con la policía.

–¿Y quién pagó la indemnización de la familia? –preguntó Mack.

–Fue el equipo –admitió Brock–. Ellos sabían la verdad, Coop se lo contó todo. Quería asumir su responsabilidad, pero le dijeron que conseguirían encontrar la manera de que me librara de cualquier cargo –se encogió de hombros–. Y lo hicieron. La historia debería terminar allí. No necesito ninguna otra clase de redención.

–Sí, si quieres que alguien contribuya a tu fundación –replicó Mary–. Kelly y tú estáis haciendo muchas cosas admirables, Brock. Esa fundación no es solo vuestro legado. Está proporcionando esperanza a muchos niños y a sus familiares.

–En el libro tiene que aparecer la verdad –añadió Mack con energía–. Si no estamos de acuerdo en eso, renuncio.

La sala de reuniones quedó en completo silencio mientras Brock pensaba en todo lo que

acababan de decir.

–De acuerdo, pero no será el tema principal del libro, y tampoco quiero que se trate de forma sensacionalista, ¿está claro?

Mack asintió.

–Por mí estoy de acuerdo.

El editor que les había reunido miró a su alrededor.

–En ese caso, ¿hemos llegado a un acuerdo?

Mack alargó la mano para estrechar la del jugador.

–Sí, hemos llegado a un acuerdo. ¿Cuándo podríamos volver a reunirnos?

Mientras los demás salían, Mack y Brock estuvieron intentando acordar un horario que pudiera permitirle a Mack entregar el libro en el plazo acordado. Prometía ser un proyecto que iba a requerir de todo su tiempo durante unas cuantas semanas, pero el desafío era más emocionante de lo que esperaba.

Dejó la reunión ansioso por regresar a Chesapeake Shores y contarle a Susie lo ocurrido. A lo mejor, incluso podían salir a celebrarlo esa misma noche. Hasta podría entregar la sortija de compromiso que tenía escondida en la parte de atrás del cajón. Por fin tenía la sensación de que estaba cambiando su suerte.

Sin embargo, una vez de vuelta en el pueblo, no consiguió localizar a Susie. No contestaba ni el teléfono fijo ni el móvil. Tampoco estaba en la agencia. Y ni siquiera estaba allí Jeff para darle alguna explicación.

Frustrado, se presentó en la librería. Shanna le miró sobresaltada y pareció ligeramente nerviosa al verle.

–¿Qué te trae por aquí? –preguntó en un tono poco amable.

De hecho, sonaba como si estuviera deseando que se marchara.

–Estoy buscando a Susie. ¿Tienes idea de dónde podría encontrarla?

–¿Has intentado llamarla al móvil?

Mack asintió.

–En ese caso, me temo que no puedo ayudarte –contestó Shanna, evitando su mirada.

Durante los años que había trabajado como periodista, Mack había ido afinando su habilidad para interpretar el lenguaje corporal. Shanna, una mujer honesta, estaba mintiendo.

–Tengo la impresión de que sabes más de lo que estás diciendo –repuso, inclinándose contra el mostrador y mirándola directamente a los ojos–. ¿Qué está pasando aquí, Shanna?

–No sé de qué estás hablando –respondió ella, claramente nerviosa.

–Claro que lo sabes. Sabes exactamente dónde está Susie, pero, por alguna razón, no me lo quieres decir.

Shanna vaciló, pero se volvió de pronto con el ceño fruncido.

–Si fueras un buen amigo, lo sabrías –le espetó en tono acusador.

A Mack le sorprendió aquel enfado repentino.

–No sé de qué me estás hablando.

–No, claro que no lo sabes, porque nunca haces las preguntas debidas. Así puedes culpar después a los demás de no haberte informado –salió de detrás del mostrador y se puso frente a él–. ¿La quieres, Mack? Porque si es así, ya va siendo hora de que des un paso adelante y te comportes como un verdadero hombre.

Mack se quedó mirando a Shanna completamente estupefacto. Probablemente era la mujer menos beligerante que había conocido en su vida y era evidente que estaba furiosa. No tenía la

menor idea de por qué. Sabía, sin embargo, que era preferible averiguarlo rápidamente.

–De acuerdo, explícate un poco mejor para que yo pueda entenderte. ¿Por qué estás tan enfadada? ¿Y por qué te estás desahogando conmigo? Llevo dos días fuera de aquí. Si le ha pasado algo a Susie, yo no sé nada, entre otras cosas, porque ella no me lo ha dicho.

–A eso es exactamente a lo que me refiero. Susie no se ha desahogado contigo, entre otras cosas, para que puedas retorcerte ahora las manos y decir «¡oh, lo siento, no lo sabía!».

–¿No sabía qué? ¡Por Dios, dímelo de una vez! ¿Susie está bien o no?

–No lo sé. Nadie lo sabe. Todavía no nos han dado ningún resultado.

A Mack comenzó a latirle a tal velocidad el corazón que estaba seguro de que iba a salirse del pecho. Ni siquiera podía respirar.

–¿Resultados? –preguntó con un hilo de voz–. Shanna, te juro por Dios que si no me dices ahora mismo lo que está pasando, voy a empezar a tirarlo todo.

Shanna le miró sorprendida por aquel estallido.

–Estás realmente asustado, ¿verdad?

–Estoy aterrizado –admitió–. Ya has dejado bien claro que soy un canalla sin sentimientos. Ahora, por favor, cuéntame qué le ha pasado a Susie. Estoy empezando a desesperarme.

De pronto, después de haber conseguido lo que tan claramente quería, Shanna pareció sentirse culpable.

–No puedo –dijo.

Mack se la quedó mirando de hito en hito.

–¿Cómo que no puedes? ¿Sabes algo o no?

–Lo sé, pero Susie no quiere tener a todo el mundo encima. Ni siquiera me dijo nada a mí hasta ayer por la noche, y me hizo jurar que guardaría el secreto –vaciló un instante y añadió–: De hecho, creo que ya he hablado demasiado. Tienes que hablar con ella, Mack. Y esta vez intenta no pasar nada por alto. Oblígale a decirte la verdad. Tanto si quiere admitirlo como si no, ahora mismo te necesita a su lado –volvió a mirarle con el ceño fruncido–. Y como no me hagas caso, haré que Kevin te lleve al centro de la bahía y te tire por la borda.

–No sería la primera vez –comentó Mack, aunque aquel no era momento para bromas. Era evidente lo nerviosa y preocupada que estaba Shanna–. ¿Dónde está?

Shanna no contestó inmediatamente. Ya había hablado demasiado.

–Eso tampoco puedo decírtelo –contestó al cabo de unos segundos.

Mack se la quedó mirando fijamente, como si no comprendiera lo que le estaba diciendo.

–¿Perdón?

–Ya he contado más de lo que debía.

–Shanna, ayúdame... –comenzó a decir Mack.

Pero Shanna se cerró en banda.

–Ya conoces a Susie, Mack. ¿Dónde crees que estaría si estuviera sufriendo?

Esa era la cuestión. Había muchas personas en las que Susie podría apoyarse. Él siempre había pensado que era una de ellas, pero Susie ni siquiera había atendido sus llamadas cuando estaba en Nueva York. Le había dejado una docena de mensajes y no había contestado ninguno. En ese momento comprendía exactamente cómo se había sentido cuando no había podido ponerse en contacto con él después de su despido.

–No importa –dijo, consciente del compromiso en el que estaba poniendo a Shanna–. La localizaré.

Shanna le miró con compasión.

–Lo siento, Mack. Si de mí dependiera, te lo diría. Ha sido Susie la que ha insistido en que ninguno de nosotros te diga nada y tengo que respetar sus deseos.

–Lo comprendo, de verdad –admitió Mack–. Es frustrante, pero me alegro de que estés de su lado.

–Siempre lo he estado.

–Yo también, y lo sabes.

Shanna asintió.

–Creo que ahora lo tengo claro. Buena suerte, Mack.

Mack se metió en el coche y se dirigió directamente a casa de Jeff y Jo O’Brien. Llamó al timbre y fue Matthew el que le abrió.

–¿Está aquí Susie? –preguntó Mack.

–No, hace un par de días que no la veo –contestó Matthew con expresión inocente.

Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo, Matthew sabía tan poco como él, concluyó Mack.

–¿Están tus padres en casa?

–No, han ido a Annapolis para asistir a un acto que ha organizado mi tío Thomas para la fundación. Creo que Mick y Megan también iban.

–¿Y Susie ha ido con ellos?

Matthew se encogió de hombros.

–No tengo ni idea, lo siento.

–De acuerdo, gracias –contestó Mack, cada vez más frustrado.

Se sentó en el coche y llamó a Jake para ver si Bree sabía algo. Después, lo intentó con Will. Pero continuó sin saber nada después de aquellas llamadas.

¿Adónde podría ir Susie en el caso de que tuviera problemas? Inmediatamente tuvo la respuesta. Debería haber pensado inmediatamente en ello. Estaría con su abuela. Sí, tenía que estar con ella.

De modo que ya solo quedaba rezar para que Nell O’Brien le tuviera algún aprecio, porque cuando se trataba de proteger a los miembros de la familia, podía ser la persona más fiera del mundo.

Capítulo 9

–Mack ha estado removiendo cielo y tierra intentando localizarte –le dijo Shanna a Susie cuando llegó a casa de Nell O’Brien.

–No ha podido ser para tanto. El pueblo no es tan grande –contestó Susie, envolviéndose en una de las colchas que Nell conservaba de Irlanda.

A pesar del fuego de la chimenea, no conseguía entrar en calor.

–Lo es cuando los O’Brien deciden convertirse en una barrera. Tus padres están en Annapolis esta noche y Matthew y Luke no saben nada. Nadie ha podido decirle a Mack que estás en casa de tu abuela.

Por una vez, aquella solidaridad inquebrantable de la familia le pareció algo bueno.

–¡Bien por los O’Brien! –exclamó Susie sin mucho ánimo.

Shanna se limitó a fruncir el ceño ante aquella broma.

–Por supuesto, si fuera tan buen periodista como supuestamente es, me habría seguido hasta aquí. Debería haberse imaginado que iba a venir a verte en cuanto he cerrado la librería.

–No creo que su mente funcione como la tuya –contestó Susie con ironía–. O a lo mejor no tiene tantas ganas de encontrarme como crees.

–De acuerdo, seguro que es eso –dijo Shanna, perdiendo la paciencia–. Tú quieres a Mack y Mack te quiere a ti. Creo que vuestro juego ya ha durado demasiado. Este es el momento de la verdad, el momento crucial. Debes informar a Mack de todo lo que te está pasando, no solo en lo referente a tu salud, sino también con tus sentimientos. Tienes que contárselo todo y dejar que te ayude a pasar este mal trago.

Susie esbozó una mueca bajo el impaciente escrutinio de Shanna.

–De acuerdo, admito que estoy enamorada de Mack, pero, vamos, Shanna, reconoce que no hay ninguna prueba de que él esté enamorado de mí. Además, ¿qué puedo ofrecerle? ¿La oportunidad de verme pasar por el quirófano y someterme a quién sabe cuántos tratamientos después?

Shanna la miró como si hubiera perdido el juicio.

–¿Por qué tienes que decir una tontería como esa? En primer lugar, ahora mismo ni siquiera estás segura de que vayas a tener que pasar por el quirófano. En segundo lugar, eres una mujer maravillosa. Cualquier hombre se consideraría afortunado al poder estar a tu lado. Y todo lo que Mack ha hecho hasta ahora demuestra lo mucho que te quiere. ¡Por el amor de Dios, Shanna! Pero si hasta está dispuesto a sacar un periódico para quedarse contigo.

–No sé si al final lo hará –repuso Susie sombría–. ¿Sabes que ha ido a Nueva York porque le han propuesto escribir un libro? Si al final acepta, a lo mejor se va.

Shanna la miró sobresaltada.

–A mí no me ha dicho nada de ningún libro. ¿Y no crees que eso es algo que le diría a una librería, sobre todo si es prácticamente de la familia? A lo mejor no ha salido nada. Y si no le importaras nada, ¿por qué iba a arriesgar tanto dinero? Le habría resultado mucho más fácil y económicamente más rentable aceptar un puesto de trabajo en cualquier otro periódico de fuera. Ha tenido ofertas. Y un par de ellas, realmente buenas. Me lo contó Kevin. Mack ni siquiera ha

ido a las entrevistas. Ha rechazado las dos porque no quería irse lejos.

Susie no lo sabía.

–¿Eran buenos periódicos o periódicos de segunda fila?

–¿De verdad importa? La cuestión es que ha decidido quedarse aquí, en vez de dejarte o pedirte que te vayas con él. Sabe lo mucho que este pueblo significa para ti.

–Pero yo no tengo la menor idea de lo que me depara el futuro... en el caso de que tenga futuro.

–Claro que lo tendrás –la cortó Shanna–. Todo el mundo tiene futuro, y esa es precisamente la razón por la que tenemos que vivir cada instante como si fuera el último. Has oído esa canción de Tim McGraw, ¿verdad? Todos deberíamos vivir como si nos estuviéramos muriendo.

–Sí, eso es justo lo que cualquier hombre quiere oír: haz el amor conmigo porque podría estar muriéndome y la verdad es que antes de irme me gustaría saber qué se siente.

Shanna la miró con el ceño fruncido.

–Ahora te estás dejando llevar por la autocompasión. Yo lo único que sé es que saltan chispas entre tú y Mack, y que es una vergüenza que ninguno de los dos haya hecho todavía nada al respecto. Para ser un hombre capaz de convencer a una mujer de que se vaya a la cama con él con solo una mirada, parece que le da terror dar ese paso contigo. ¿Y quieres saber por qué? Porque de verdad le importas.

–Bonita forma de darle la vuelta –dijo Susie, aunque deseaba desesperadamente creer que Shanna tenía razón.

–No le estoy dando la vuelta a nada –replicó Shanna–. Cambia la dinámica, cariño. Asume el riesgo antes de que sea demasiado tarde, y no lo digo porque puedas estar enferma, sino porque puedes llegar a perderle. Este es el momento, Susie. Intenta seducir a ese hombre.

Susie la miró con incredulidad.

–¿Ahora? ¿Estando todo completamente en el aire?

–No hay mejor momento que el presente –respondió Shanna.

Susie soltó una carcajada.

–Como si supiera cómo hacerlo. Creo que tres años de celibato demuestran exactamente lo contrario.

–Encuétrate con él a solas. Prepara el escenario. Velas, música romántica... y algo me dice que lo demás vendrá rodado.

–Pues otras veces no ha sido así –repuso Susie desconsolada–. Hemos estado solos en infinidad de ocasiones. Incluso en situaciones totalmente románticas, y nada. Bueno, excepto el beso que nos dimos debajo del muérdago.

–Y fue muy excitante, ¿verdad?

Susie se sonrojó.

–Bueno, sí, pero...

–Eso ya es un comienzo –contestó Shanna.

Cuando Susie empezó a protestar, no le permitió continuar. Alargó la mano hacia una bolsa que había llevado. No podía tener gran cosa en su interior, porque la había sacado antes del bolso.

–A lo mejor es porque no llevabas... esto –le mostró una prenda que consistía en poco más que una tira de seda y encaje.

Susie se la quedó mirando fijamente. No estaba segura de qué parte del cuerpo debía cubrir, pero, evidentemente, no era mucha.

–Me gustaba más la roja –continuó diciendo Shanna–, pero con tu color de pelo no habría quedado bien. Ahora, ponte esto, vuelve a tu casa y llama a Mack. Saca a ese pobre hombre de su

desgracia.

Susie volvió a mirar la prenda. Intentó imaginarse con ella, imaginar el deseo que despertaría en los ojos de Mack, pero le falló la imaginación. Además, aquel no era un buen momento para ese tipo de juegos.

–No puedo hacerlo –le dijo Susie–. Por lo menos hasta que no tenga los resultados de la biopsia.

Shanna la miró con compasión.

–Comprendo que tengas la necesidad de esperar, pero creo que te equivocas. Creo que necesitas saber lo que siente Mack antes de tener los resultados de esa prueba. De otra forma, siempre te preguntarás por qué está contigo, te conozco. Te convencerás a ti misma de que está contigo por compasión.

–Pero si le seduzco sin decirle lo que me pasa, tendré la sensación de estar engañándole.

–¿Pero qué crees que puede pasar si se lo cuentas? ¿Piensas que va a salir huyendo de tu lado?

–Es posible. A Mack le gustan las cosas sencillas y sin complicaciones.

Shanna la miró desconcertada.

–Susie O'Brian, ese es el hombre del que estás enamorada. ¿De verdad crees que es tan superficial? Porque si es así, ¿por qué quieres estar con él?

–Vale, vale, en el fondo, no creo que Mack sea tan superficial, pero ahora mismo estoy demasiado asustada como para intentar averiguar si me equivoco –admitió Susie–. Si me da la espalda, no sé si seré capaz de soportarlo. Le necesito. Es mi mejor amigo, aparte de ti, por supuesto.

–En ese caso, debería estar a tu lado –añadió Shanna con cabezonería. Le tendió el teléfono a Susie–. Olvidémonos de momento de la seducción. Es evidente que necesitas averiguar si Mack es la clase de hombre que necesitas en tu vida. Llámale ahora mismo. Si no le llamas tú, le llamaré yo. Tengo mucha más fe en él de la que parece tener tú.

Susie le sostuvo la mirada, deseando que se retractara, pero no lo hizo. Al final, suspiró y marcó el número.

–Mack, necesito verte –le dijo. Su voz era apenas un suspiro–. Estoy en casa de mi abuela.

–¿Viene para aquí? –preguntó Shanna cuando Susie le devolvió el teléfono.

Susie asintió.

–Me ha dicho que ya está llegando.

Shanna sonrió con expresión de aprobación.

–Supongo que es más inteligente de lo que pensaba. O a lo mejor estaba decidido a inspeccionar hasta el último centímetro del pueblo. Eso debería indicarte lo mucho que te quiere.

–Ya puedes irte. Tú ya has hecho tu trabajo –le dijo Susie con ironía–. A partir de aquí, puedo ocuparme yo.

Pero mientras lo decía, escondió la prenda de lencería detrás de un cojín.

Shanna pareció decepcionada con aquel gesto, pero se levantó.

–Le dejaré quedarse a solas contigo. Cuéntaselo todo, Susie, no le subestimes.

Susie se sentía como si todo su futuro dependiera de aquella conversación con Mack, lo cual era una ironía, puesto que, en realidad, todo dependía de los resultados de la prueba que le habían hecho el día anterior.

Cuando Mack llegó a casa de Nell O'Brien, le extrañó ver a Shanna saliendo con el ceño

fruncido. Mack la miró con un ceño idéntico.

–No me hagas arrepentirme de haber insistido en que te llamara –le advirtió con fiereza.

–¿Estás tú detrás de esa llamada? –preguntó Mack sorprendido–. Hace un par de horas ni siquiera querías decirme dónde estaba.

–Porque era eso lo que ella quería, pero la he convencido de que se equivocaba –le dirigió una larga mirada–. También pensaba que quizá podía dirigirte hasta ella sin necesidad de revelarte su secreto.

Mack sacudió la cabeza.

–Debería habérmelo imaginado. Eso me habría ahorrado un recorrido por todo el pueblo y unas cuantas llamadas telefónicas.

–Así que ha sido tu intuición la que te ha traído hasta aquí –comentó Shanna en tono de aprobación–. Esa es una buena señal.

–Te lo pido una vez más, Shanna. Por favor, dime qué está pasando. Sé que es algo malo.

Shanna negó con la cabeza.

–Te lo dirá ella misma y si no, si ves que intenta salirse por la tangente, ven a verme. No quiero revelar una confidencia, pero estoy dispuesta a hacerlo si me veo obligada a ello.

Mack sabía que no lo estaba diciendo a la ligera. Y su tono le provocó un miedo que pareció encarnarse en la boca de su estómago.

–A lo mejor deberías darme una pista para que no lo estropee.

Shanna sonrió con tristeza.

–Si la quieres tanto como pienso, no creo que vayas a estropear nada. Aunque solo sea por esta vez, tenéis que ser sinceros el uno con el otro. Ya está bien de juegos, ¿de acuerdo? Prométemelo. Ya lleváis demasiado tiempo así.

Mack asintió. En eso estaba totalmente de acuerdo. Se agachó y le dio un beso en la mejilla.

–Gracias por ser su amiga.

–Ahora mismo, tú eres el amigo que ella necesita.

Mack la observó mientras se alejaba, después tomó aire y entró en la casa.

Encontró a Susie junto a la mesa de la cocina, tomando una taza de humeante té. Cuando Susie se sentó, le temblaban las manos. Y parecía que había estado llorando. El corazón se le encogió al verla.

Mack acercó una silla, se sentó frente a ella y le tomó la mano. Las tenía heladas.

–Cuéntame lo que te pasa, Susie, por favor. Me estoy volviendo loco.

Susie alzó la mirada y Mack vio algo que jamás había esperado encontrarse en los ojos de aquella mujer intrépida: auténtico miedo.

–Susie, tienes que contármelo –le suplicó.

–Lo sé –contestó, y permaneció en silencio. Cuando volvió a hablar, su voz era apenas un gemido–. Tengo miedo Mack, mucho miedo.

Mack le acarició la mejilla.

–Cuéntame lo que te pasa. Empieza por el principio y cuéntame todo.

Susie permaneció en silencio durante mucho tiempo, pero Mack esperó.

–Últimamente he tenido algunos problemas –dijo Susie al final–. Tenía dolor en los ovarios, pinchazos, ese tipo de cosas. Me han hecho algunas pruebas y el médico... –tragó saliva–, cree que podría ser cáncer.

A Mack se le aceleró el pulso. ¡Cáncer! No sabía mucho sobre el cáncer de ovarios, salvo que podía ser mortal. A menudo los síntomas aparecían cuando ya era demasiado tarde.

–¿Ya han confirmado el diagnóstico?

Susie negó con la cabeza.

–El médico no para de decirme que podría no ser nada más que un quiste, pero eso lo sabremos cuando tengamos los resultados de la biopsia.

Mack asintió lentamente, intentando asimilar aquella información sin dejarse llevar por el pánico.

–Así que tienen que hacerte una biopsia, muy bien. ¿Cuándo?

–Me la hicieron ayer.

Cuando registró el significado de aquellas palabras, Mack se levantó bruscamente. No fue capaz de dominarse.

–¿Ayer? ¿Y me lo dices ahora? ¿Desde cuándo lo sabes?

–Desde hace unos días.

–¿Desde antes de que me fuera a Nueva York?

Susie asintió.

–Y por eso reaccionaste de forma tan extraña cuando te dije que me iba –dedujo.

–No quería estropear el viaje.

–¡Estropear el viaje! –estalló Mack–. ¿Es que no sabes que para mí eres mucho más importante que un estúpido libro?

Susie le miró entonces a los ojos.

–No, Mack, no lo sé. ¿Cómo iba a saberlo?

–Porque...

Mack pensó entonces en la sortija que tenía en su apartamento. Susie tenía razón. ¿Cómo podía saber hasta qué punto eran profundos sus sentimientos?

–Ya llevamos tres años juntos, Susie.

–Llevamos tres años siendo amigos. Eso lo dejaste muy claro. Hay una diferencia, Mack, y tú te aseguraste de que lo entendiera.

–Porque esos eran los términos en los que querías mantener la relación, Susie. Esas fueron tus normas –se sentó y se mesó los cabellos–. ¿Cómo es posible que lo hayamos enredado todo de esta manera?

–Todavía no es demasiado tarde para arreglar las cosas –le sugirió vacilante–. Si quieres...

Mack la miró a los ojos, vio en ellos un anhelo inconfundible y comprendió con absoluta certeza que Susie quería exactamente lo mismo que él siempre había querido: una vida en común. Rezó entonces para poder llegar a disfrutarla.

–Susie... –le dijo, y la levantó en brazos.

–¿Adónde me llevas? –preguntó Susie, pero no se resistió.

–Al cuarto de estar. Quiero sentarme abrazado a ti frente a la chimenea y averiguar hasta dónde podemos llegar a partir de ahora.

Susie le acarició la mejilla.

–Tengo una alternativa mejor –le susurró al oído.

Mack se la quedó mirando fijamente.

–¿Aquí? ¿Quieres que hagamos el amor por primera vez en casa de tu abuela? ¡Ni lo sueñes! Podría regresar en cualquier momento. ¿Dónde está, por cierto?

–Ha ido a Annapolis con el resto de la familia, al acto de recaudación de fondos que ha organizado el tío Thomas. Tardará en regresar.

–Aun así, no pienso hacer el amor contigo ni en su casa ni el sofá –insistió Mack, aunque la

tentación era fuerte.

–Podríamos ir a mi casa –sugirió Susie esperanzada–, o a la tuya.

–Creo que no. Creo que es mejor que intentemos comunicarnos antes de otra forma.

Susie le miró con el ceño fruncido.

–¿Desde cuándo te has vuelto tan convencional?

–Desde que me enamoré de una mujer imposible.

–No soy imposible. De hecho, en este momento soy muy, muy posible.

Alargó la mano hacia uno de los cojines del sofá y sacó una prenda de seda y encaje. Mack estuvo a punto de atragantarse.

–¿Eso es tuyo?

–Me lo ha comprado Shanna. Ha pensado que podría venirme bien.

Mack lo señaló y sacudió la cabeza.

–Estoy seguro, pero no esta noche. Si te pones eso esta noche, ya no seré capaz de articular palabra.

–Por mí estupendo, estoy cansada de hablar.

–Además, ayer te hicieron una prueba médica. Probablemente ahora no eres capaz de pensar con claridad. Supongo que todavía no se ha pasado del todo el efecto de la anestesia.

Susie le miró con el ceño fruncido.

–¿Ponías todas esas excusas para evitar acostarte con otras mujeres? ¿Esa era la razón por la que te rondaban constantemente? ¿Les gustabas porque te consideraban un desafío? Yo siempre había pensado que era porque eras fácil, aparte de atractivo y muy habilidoso.

–Caramba, tienes muy buena opinión de mí, ¿verdad?

El brillo de diversión que hasta entonces iluminaba los ojos de Susie desapareció. Asintió muy seria.

–Siempre la he tenido.

Mack se sentó en el sofá con Susie en el regazo. A pesar de su resolución, la situación estaba siendo mucho más excitante de lo que en un principio había pensado. La perspectiva de acostarse con ella había estado siempre agazapada en el fondo de su mente puesto que, al final y al cabo, era un hombre. Pero había sublimado aquel deseo con una tonelada de pensamientos racionales sobre los motivos que tenía para aferrarse a el compromiso de amistad que era tan importante para Susie. Sin embargo, aquella noche, estaba claro que el compromiso había perdido vigencia. Y por eso le resultaba más difícil comportarse de forma racional.

–A lo mejor, al final esto no era tan buena idea –dijo con la boca seca.

Sentó a Susie en el otro extremo del sofá.

–Ya está, así está mejor.

Susie le miró con recelo.

–¿De verdad? ¿No piensas hacer nada?

–¿Qué te pasa esta noche?

–Me he dado cuenta de que a lo mejor no me queda mucho tiempo –contestó Susie, en un tono excesivamente animado–. Pretendo conseguir lo que quiero.

Aquellas palabras tuvieron en Mack el efecto de un jarro de agua fría.

–¡Basta! –le ordenó–. No vuelvas a decir eso. Ni siquiera hemos comenzado la pelea. De hecho, ni siquiera sabemos si vamos a tener que luchar contra la enfermedad.

–Lo sé. Y creo que esa es la razón por la que tenía tanto miedo de ir al médico. En realidad, ya sabía que me pasaba algo.

–¿Y dónde te dieron el título de médico?
Susie frunció el ceño ante su sarcasmo.
–Las mujeres conocen su cuerpo, Mack.
–En ese caso, me sorprende que te hayas tomado la molestia de hacerte la biopsia. ¿También sabes el resultado?
–Por supuesto que no.
–¿Cuándo te lo darán?
–Mañana tengo una cita.
–Iré contigo al médico –anunció.
–Pero Mack...
–Nada de discusiones, Susie. Te llevaré al médico o podemos quedar allí, pero pienso estar presente en esa consulta. Yo también me juego mucho en esto.
–Solo iba a decir que iba a ir mi madre conmigo.
–Estupendo, así tendrás más respaldo.
–¿Alguna vez te he dicho lo cabezota que eres?
Mack se echó a reír.
–¡Y esto me lo dice alguien que pertenece a la familia O'Brien!
–Tú también eres muy cabezota.
–Lo cual nos convierte en la pareja ideal.
Susie le miró con curiosidad.
–¿De verdad lo crees?
Mack la miró a los ojos, vio en ellos los restos del miedo e intentó ignorar su propio pánico.
–Creo que vamos a tener años y años para averiguarlo.
Rezó para que Dios le oyera. Por su parte, se aseguraría de que esa oración, por encima de todas las demás, fuera contestada.

Susie se quedó dormida en los brazos de Mack. De hecho, se había refugiado en ellos después de que Mack se hubiera sumido en un profundo sueño, pero en cuanto había intentado cambiar ligeramente de postura, Mack había tensado los brazos a su alrededor. Susie continuaba acurrucada contra él, escuchando los latidos de su corazón, cuando su abuela regresó de Annapolis. Afortunadamente, Nell entró sola en casa.

Miró a Susie arqueando una ceja y con una sonrisa en los labios.

Susie se llevó la mano a la boca, consiguió desasirse del abrazo de Mack y siguió a su abuela a la cocina.

–Me voy solo unas horas y cuando vuelvo te encuentro en el sofá de mi casa abrazada a un hombre –dijo Nell, aunque era evidente que lo aprobaba.

Susie asintió.

–No es cualquier hombre. Es Mack.

–¿Habéis arreglado ya las cosas entre vosotros? ¿Le has contado lo que te pasa?

Susie asintió.

–Ha sido increíble. Ha insistido en venir conmigo mañana a ver al doctor Kinneer –se sonrojó–. Creo que a lo mejor me quiere.

Nell sacudió la cabeza.

–Claro que te quiere. Ese hombre tiene sentido común, ¿no?

Susie miró los chispeantes ojos azules de su abuela, unos ojos llenos de compasión y sabiduría.
–¿Y si no nos queda tiempo suficiente, abuela?

–Nunca hay tiempo suficiente –respondió Nell–. Así que tienes que atesorar cada minuto de los que dispongas.

–No me acuerdo muy bien de cuándo murió el abuelo. Era mayor que tú, ¿verdad?

–Sí.

–¿Para ti fue un gran impacto que muriera?

–¿Un gran impacto? No, estuvo enfermo durante mucho tiempo, pero eso no significa que me resultara más fácil. Todavía hay días en los que me parece oler el tabaco de pipa que fumaba. A veces me doy la vuelta esperando verle.

–Debe de ser muy triste darte cuenta de que solo es un producto de tu imaginación.

Nell sonrió.

–¿Tú crees que solo es producto de mi imaginación? A lo mejor, aunque solo sea por un instante, Dios me recuerda que tu abuelo está todavía aquí, cuidándome.

–¿Alguna vez pensaste en casarte otra vez?

–¿Que si pensé en casarme otra vez? En realidad, no. Aunque me divierto enfadando a tu tío Mick, diciéndole que estoy a punto de empezar a salir con algún caballero.

–¿El abuelo fue tu único amor? ¿Era tu alma gemela?

–Creo que nunca lo había pensado en esos términos, pero supongo que sí. Le eligieron mis padres para mí, pero encajamos muy bien. Después de que nos casáramos, nunca volví a mirar atrás. Incluso me hizo olvidarme de un hombre que había conocido durante el último verano que pasé en Irlanda.

–¿Todavía echas de menos Irlanda?

La expresión de Nell se tornó nostálgica.

–Sobre todo últimamente. Me gustaría volver antes de que me llegue el momento de marcharme.

–Entonces, tendremos que ir –la apoyó Susie–. Vamos a planear un viaje. Si nadie más puede acompañarnos, nos iremos tú y yo solas. Y me enseñarás tus lugares favoritos.

–En cuanto estés bien, haremos un viaje –se mostró de acuerdo Nell, y después le dirigió una mirada traviesa–. Por supuesto, también sería un lugar maravilloso para pasar la luna de miel. Si las cosas siguen progresando con Mack, a lo mejor tienes que empezar a pensar en ello.

–Todavía no han progresado hasta ese punto –replicó Susie.

Nell le apretó la mano con cariño.

–Pero lo harán. Tú espera y verás.

Susie tenía la sensación de haber estado esperando durante toda su vida, pero estando allí sentada, en la acogedora cocina de Nell y sabiendo que Mack dormía en la habitación de al lado, volvió a sentirse esperanzada por primera vez en mucho tiempo. A pesar de la incertidumbre sobre su futuro, todavía quedaba lugar para la esperanza.

Capítulo 10

Cuando Mack se despertó a la mañana siguiente y se dio cuenta de que Susie ya no estaba con él, caminó hasta la cocina, siguiendo el aroma del café. Pero en vez de encontrarse a Susie, se encontró a Nell, removiendo una papilla de harina de avena.

Se acercó a la cafetera y le dirigió a Nell una mirada fugaz.

–¿Puedo?

–Sírvelo tú mismo. Lo he hecho para ti. Yo nunca tomo café, prefiero el té.

–¿Dónde está Susie?

–Durmiendo. Necesita descansar –le dirigió una mirada cómplice–. Tengo entendido que ya te ha contado lo que le pasa.

Mack asintió.

–Sí, por fin me lo ha contado. Pero debería habérmelo dicho en cuanto sospeché que tenía un problema.

–Creo que tenía miedo de que salieras corriendo –le midió con la mirada–. ¿Lo harás?

–Por supuesto que no –contestó Mack con convicción. El futuro podía ser aterrador, pero estaba dispuesto a acompañarla por aquel difícil camino–. La quiero, señora O’Brien.

Nell le reprendió con la mirada por aquella formalidad. Hacía mucho tiempo que le había dicho que podía llamarla Nell, o incluso abuela, pero a él no parecía resultarle cómodo. Parecía no haber terminado de entender las dinámicas de la familia O’Brien.

Había tenido una vida familiar terrible. Por mucho que los O’Brien estuvieran dispuestos a darle la bienvenida a la familia, él continuaba guardando las distancias, como si temiera desear en exceso aquello de lo que ellos disfrutaban.

–Creo que tu amor por Susie era evidente para todo el mundo, excepto para vosotros dos –respondió Nell con ironía–. ¿Y ahora qué?

–Ahora quiero ayudarla a pasar por todo esto y después, si Susie me lo permite, me casaré con ella.

Nell asintió, mostrando su aprobación.

–¿Te importa que te haga una sugerencia?

–Por supuesto que no.

Nell le miró directamente a los ojos.

–Cásate con ella, Mack –le animó–. No esperes más. En realidad, ya has esperado demasiado. Sé totalmente impulsivo, sé romántico por una vez en tu vida. Déjale muy claro que permanecerás a su lado ocurra lo que ocurra.

Mack estaba negando con la cabeza antes de que Nell hubiera terminado la frase.

–No querrá –contestó, aunque tenía que admitir que le tentaba la idea–. Quiere detener su vida hasta que tenga los resultados de la biopsia.

–¿Esos resultados pueden afectar de alguna manera a tus sentimientos? –preguntó Nell con toda intención.

–Por supuesto que no.

–Pues la única forma de demostrárselo a mi nieta es casarse con ella antes de que tenga los resultados –le dirigió una mirada traviesa–. Me gustaría verla casada por la iglesia, pero no creo que Dios se enfade si empezáis a vivir juntos en estas circunstancias. En cualquier caso, si te interesa, he hecho algunas llamadas.

Mack sonrió de oreja a oreja.

–En cuestiones de casamentera, Mick no puede competir contigo, ¿verdad? –le preguntó, acordándose de tutearla.

–Esto no tiene nada que ver con eso –replicó ella–. Ha sido cosa del destino. Yo solo estoy intentando daros un pequeño empujón para acelerar un poco las cosas, aunque, francamente, después de todas esas tonterías de salir sin salir de verdad, parece que no hayáis tenido ninguna prisa –hizo un gesto, como si prefiriera olvidar su propio comentario–. En cualquier caso, eso ya es agua pasada. Lo importante es actuar rápidamente ahora, que es cuando verdaderamente importa.

Mack continuaba teniendo sus dudas.

–Hoy tiene la cita con el médico. ¿Cómo demonios voy a casarme con ella antes de ir al médico?

Nell soltó una risa ahogada.

–Como ya te he dicho, he hecho unas cuantas llamadas. ¿Quieres que vaya a despertarla? O podrías despertarla tú mismo. Algo me dice que tus poderes de persuasión son los más indicados para esta tarea. Al fin y al cabo, tus encantos son legendarios.

Mack no se atrevió a recordarle que, en realidad, sus supuestamente legendarios encantos eran los que se habían interpuesto entre Susie y él durante aquellos años y habían impedido que se tomara su relación en serio.

Sin embargo, en aquel momento, pensó en todo aquello a lo que Susie se estaba enfrentando. Necesitaba saber que estaría de su lado pasara lo que pasara. Nell O’Brien tenía razón. Casarse con ella era una manera de demostrárselo. Además, tenía la sortija de compromiso en su casa. Quizá aquel no fuera el mejor momento en muchos sentidos, pero, teniendo en cuenta que era un momento crucial en la vida de Susie, quizá fuera el más indicado.

–No tardaré en volver –dijo, apartándose del mostrador–. No dejes que salga de aquí.

Nell sonrió.

–Por supuesto que no. Pero date prisa, jovencito. Ya has perdido demasiado tiempo.

Mack asintió. No podría haber estado más de acuerdo con ella y se arrepentía de haber perdido todos aquellos años más de lo que podía expresar con palabras. ¿Y si...?

Se interrumpió antes de haber formulado siquiera aquel pensamiento. Aquel no era momento para mostrarse negativo. No, claro que no.

Lo que Susie necesitaba más que ninguna otra cosa era energía positiva, apoyo y esperanza. Y a lo mejor, en aquella ocasión, y después de haberse pasado la vida cuestionándose sus propios méritos, los méritos del hijo de dos personas completamente irresponsables, era exactamente el hombre indicado para hacer esa labor.

Susie entró en el cuarto de estar, vio que Mack no estaba y se dirigió a la cocina.

–¿Adónde ha ido Mack? ¿Le has visto marcharse? –le preguntó a su abuela, sin intentar siquiera disimular su desilusión. Frunció el ceño–. No le has echado, ¿verdad?

–¿Pero cómo voy a hacer algo así? –preguntó Nell irritada–. En lo que a Mack se refiere,

siempre te he apoyado.

–Entonces, ¿dónde está?

–Tenía que hacer un par de recados –contestó Nell con un brillo travieso en la mirada–. No tardará en volver.

–O a lo mejor ha recuperado el sentido común y ha decidido marcharse para siempre –respondió Susie–. ¿Y quién podría culparle?

–Yo, por ejemplo –replicó Nell–. Pero no creo que sea ese el caso.

Justo en ese momento entró Mack. Nell le dirigió a Susie una de aquellas miradas de «ya te lo dije».

–Os dejaré a los dos para que habléis –les dijo–. Yo ahora tengo que irme –al ver la mirada recelosa de Susie, añadió–: Tengo que ocuparme de unos asuntos relacionados con la iglesia.

Susie estaba prácticamente segura de que su abuela se lo estaba inventando.

–¿Desde cuándo? Normalmente, este no es uno de los días que vas a la iglesia.

–Tengo que ir a ayudar a una de las mujeres, y ya llego tarde –contestó Nell. Le dio un beso en la mejilla–. Sea lo que sea lo que Mack tiene que decirte, escúchale con el corazón y actúa en consecuencia, ¿entendido?

Susie volvió a mirarla con recelo, pero asintió. Su mirada voló inmediatamente después hacia Mack, que permanecía en el marco de la puerta y parecía extrañamente nervioso. Iba vestido con uno de esos carísimos trajes de diseño que a Susie siempre le habían hecho sentirse como una zarrapastrosa.

–¿Va todo bien? –le preguntó–. ¿Adónde has ido?

–A mi casa. Quería ducharme y cambiarme de ropa.

–¿Y ponerte un traje? Estás muy guapo, por cierto, pero no creo que haga falta arreglarse tanto para acompañarme al médico.

–Antes tenemos que hacer una parada.

Susie se mostró completamente reacia.

–No sé, Mack. Estoy muy nerviosa. Preferiría ir directamente al médico y acabar con todo esto cuanto antes.

–Tenemos tiempo para todo –insistió Mack.

De pronto, posó una rodilla en el suelo y sacó una cajita del bolsillo. Al comprender cuál era su intención, a Susie comenzó a latirle con tanta fuerza el corazón que pensó que iba a salirse del pecho.

–Mack, ¿qué estás haciendo?

Mack sonrió.

–Y yo que pensaba que lo estaba haciendo a la vieja usanza, tal y como sueñan muchas mujeres.

–¿Me estás proponiendo matrimonio? –preguntó Susie, casi sin aliento.

–Lo estaré si me dejas un par de segundos para pronunciar las palabras adecuadas. Ahora calla y déjame hablar a mí. Llevo un buen rato ensayando.

Susie se calló, pero sobre todo por la sorpresa.

–Susie, hace mucho tiempo que te quiero –confesó Mack, mirándola a los ojos–. He esperado demasiado tiempo para decírtelo y demostrártelo, pero creo que, en el fondo de tu corazón, siempre has sabido lo que significábamos el uno para el otro. Quiero que te cases conmigo ahora mismo, esta mañana.

Susie tragó saliva sin apartar la mirada de la cajita que Mack tenía en la mano.

–¿Ahora? –susurró.

Mack abrió la cajita para mostrarle una sortija de un diamante con una tira de esmeraldas, la piedra de nacimiento de Susie, a un lado. Era imposible que Mack hubiera encontrado algo tan exquisito, tan perfecto, en tan poco tiempo. Debía de tenerla desde hacía tiempo. Y, teniendo en cuenta lo mucho que Mack se pensaba las cosas, seguramente desde hacía meses.

–¿Cuánto tiempo llevas pensando en esto?

–Pensaba decírtelo hace unas semanas –reconoció–, pero justo entonces me quedé sin trabajo y pensé que no era un buen momento. Sé que probablemente piensas que, aunque por motivos completamente diferentes, este tampoco es un buen momento, pero no tienes razón. De hecho, creo que es el momento perfecto.

Susie quería decirle que sí, lanzarse sin pensar. Al fin y al cabo, Mack le estaba ofreciendo algo con lo que siempre había soñado: disfrutar de toda una vida a su lado.

–¿Cómo voy a poder aceptar? –susurró.

–Basta con una sola palabra. Solo tienes que decir «sí» y presentarte conmigo en el juzgado de paz dentro de una hora. Después iremos a la cita que tienes con el médico, convertidos ya legalmente en un equipo, y nos enfrentaremos a lo que sea juntos.

A Susie le temblaban los labios y los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Quiero hacerlo, Mack, de verdad...

–No te lo pienses dos veces, Susie. Sabes que me quieres.

–Sí, lo sé.

–En ese caso, lo único que tienes que hacer es aferrarte a eso y al hecho de saber que te quiero. Es posible que no sea el hombre que te mereces, pero te querré y te protegeré con todas mis fuerzas. No pasará un solo día sin que sepas que estoy a tu lado.

Antes de que Susie pudiera detenerle, sacó la sortija de la caja y se la deslizó en el dedo. Encajaba perfectamente.

–¿Y bien? –la urgió Mack–. ¿La aceptas?

Susie quería decirle que no, argüir que aquel no era el momento oportuno, tal y como él había anticipado que diría. Sabía que sería lo mejor, lo más justo, pero no era capaz de pronunciar aquellas palabras. Deseaba desesperadamente casarse con Mack, especialmente en aquel momento de incertidumbre.

–Sí –contestó por fin–. La acepto.

–¿Y podemos irnos en este mismo segundo?

Susie asintió, parpadeando para contener las lágrimas, en aquella ocasión, lágrimas de alegría.

–Sí, pero quiero vestirme. Nunca he soñado en casarme en pijama.

–Yo ya me he ocupado de todo –respondió Mack.

Se dirigió al cuarto de estar y habló con alguien entre susurros. A los pocos segundos, reapareció seguido por su madre y por Nell.

Susie las miró asombrada.

–¿Lo sabías? –le preguntó a su abuela.

–Sí, lo sabía –le confirmó Nell–. Y también que querrías un vestido bonito, y que estuviera tu madre delante –le tendió una funda de ropa–. Creo que te quedará perfectamente, si es que te gusta.

Susie se arrojó a los brazos de su madre y su abuela.

–¡Sois increíbles!

–Claro que somos increíbles. Al fin y al cabo, somos O'Brien.

–Ahora, démonos prisa –les urgió Jo sonriente–. A estas alturas, tu padre ya habrá dejado un

surco en la alfombra del juzgado de paz.

–¿Mi padre también lo sabe?

–Por supuesto –contestó Mack–. Tenía que pedirle permiso.

Por un instante, Susie pareció quedarse clavada en el suelo.

–Todo está yendo demasiado rápido.

Todo el mundo empezó a protestar, haciendo reír a Susie.

–Vale, vale, a lo mejor no tan rápido. Pero hace cinco minutos solo era capaz de pensar en la cita con el médico y ahora estoy a punto de casarme. ¿A quién se le ocurre hacer una cosa así?

–A dos personas que han nacido para estar juntos –contestó Nell.

Quizá fuera una equivocación. A lo mejor era injusto para Mack. Pero sentía el corazón desbordante de un júbilo indescriptible y el inmenso agradecimiento de poder compartir la vida con Mack, después de tantos años. Podía ser por poco tiempo, o durante una eternidad, pero sabía que sería la época más feliz de su vida.

Mack sabía que jamás olvidaría las sombras que aparecieron en los ojos de Susie cuando el juez de paz les leyó el voto por el que se comprometían a permanecer juntos en la salud y en la enfermedad. Por un instante, reconoció el pánico y le apretó la mano para tranquilizarla.

–Para siempre –musitó–, estaremos juntos durante toda la vida.

Después del almuerzo, Susie apenas tuvo tiempo de quitarse el vestido de novia y ponerse unos pantalones y una blusa antes de dirigirse directamente a la consulta del médico.

En cuanto vio el semblante serio del doctor Kinneer, Mack supo que la noticia no iba a ser la que esperaban.

–Es cáncer –aventuró Susie con voz apagada.

Era obvio que había tenido la misma sensación.

–Me temo que sí –contestó el médico–. Cuanto antes fijemos la fecha para la operación, mejor, si queremos hacer todo lo posible para una completa recuperación.

Susie había estado agarrándole la mano a Mack con tanta fuerza que este apenas la sentía, pero en cuanto oyó las palabras del médico, se la soltó. Su madre permanecía detrás de la silla con las manos apoyadas en sus hombros.

–¿Qué significa eso exactamente? –preguntó Mack, arrepintiéndose de no haber tenido tiempo de investigar antes de llegar hasta allí.

–Tendremos que hacer una histerectomía completa –le explicó el doctor Kinneer.

La tez de Susie, que ya estaba pálida, adquirió un tono ceniciento.

–¿No podré tener hijos? –susurró.

Mack sabía que todavía no habían hablado de su futuro, no habían tenido tiempo, pero se había imaginado ya los hijos que llegarían con los años. Aquello daba un giro inesperado a su relación, y esperaba ser capaz de mantener una expresión neutral ante aquella noticia.

El doctor Kinneer asintió en respuesta a la pregunta de Susie.

–Quizá podamos conservar alguno de tus óvulos. Tendremos que estudiar la situación y ver si es factible, teniendo en cuenta que esta es una operación que debe realizarse rápidamente.

–¿No podríamos retrasar la operación para que fuera posible? –suplicó Susie–. ¿Y si solo me quita el ovario afectado? ¿No podríamos intentarlo?

El doctor Kinneer negó con la cabeza y la miró con expresión compasiva.

–Yo no lo recomendaría. En los casos de cáncer de ovarios, es crucial que el tratamiento sea

muy temprano. Comprendo tu deseo de aferrarte a esa posibilidad, pero ya lo he estado hablando con el oncólogo, sobre todo teniendo en cuenta tu edad, y los dos pensamos que esto te dará muchas más posibilidades de superar el cáncer. Susie, te prometo que no te recomendaríamos esta operación si no pensáramos que es la mejor solución.

Mack volvió a tomarle la mano a Susie, pero ella la apartó.

–Susie –le pidió, obligándola a mirarle–. No pasa nada. Hay muchos niños en el mundo que necesitan desesperadamente un hogar. Si eso es lo que quieres, encontraremos la manera de llenar la casa de niños.

Su argumento no pareció animarla lo más mínimo. De hecho, incluso pareció entristecerla.

–Necesito pensar en todo esto –dijo Susie, se levantó y se dirigió directamente hacia la puerta.

–¡Susie...! –comenzó a protestar el médico.

Jo le dirigió una mirada de disculpa.

–Será mejor que la dejemos tranquila. Esta noticia le ha causado una gran impresión –se volvió hacia Mack–. Creo que debería salir con ella.

–No, iré yo –de hecho, ya estaba de pie–. ¿Podrías quedarte y terminar de fijar las citas?

Jo pareció aliviada al tener algo concreto que hacer. Asintió inmediatamente.

–Me alegro mucho de que cuente contigo, Mack. Va a necesitarte más que nunca.

Mack había estado evitando los compromisos durante toda su vida. Se había negado el amor y se había alejado de todas las personas que amenazaban con minar sus defensas. Y justo cuando se decidía a arriesgar su corazón con la única mujer a la que realmente se había atrevido a amar, la enfermedad podía alejarla de su lado. Desde luego, aquel sí que era un cruel giro del destino.

–Haré todo lo que pueda por ella –le prometió a Jo.

Jo sonrió llorosa.

–Lo sé. Eres un buen hombre, Mack. Ya va siendo hora de que comiences a creer en ti mismo. No dejes que las sombras del pasado oscurezcan el resto de tu vida. Te conozco desde hace mucho tiempo y sé que no eres como ninguno de tus padres.

–Gracias por decírmelo –le agradeció Mack, y de verdad lo sentía.

No podía creer del todo en sus palabras porque en aquel momento, no había nada que deseara más que salir huyendo de Chesapeake Shores a toda velocidad. Pero no lo haría. Por lo menos eso lo sabía. De modo que a lo mejor Jo tenía razón.

Susie había sido atleta cuando estaba en el instituto. Y todavía era capaz de correr a gran velocidad. Por supuesto, cuando corría lo hacía con playeras, no con tacones, ni con el asfalto mojado por la lluvia. Después de una mañana soleada que parecía haber querido bendecir su boda, había comenzado a nublarse. El cielo estaba oscuro, lúgubre, como si fuera el reflejo de su estado de ánimo.

Mack alcanzó a Susie en Beach Lane, en el otro extremo del pueblo, empapada y sin aliento. Estaba sentada en su rincón favorito, frente a el mar. Sus lágrimas se fundían con el agua de la lluvia.

No pareció en absoluto sorprendida cuando Mack llegó y se sentó a su lado, aparentemente, sin importarle echar a perder su traje. Se sentó hombro con hombro a su lado, mirando hacia el mar, sin decir una sola palabra, limitándose a estar junto a ella. Aquel calor, aquella cercanía, le ofrecieron a Susie un enorme consuelo. Y también la ayudaron a recordar lo unidos que habían llegado a estar.

–No voy a permitir que anules este matrimonio –le advirtió Mack al cabo de unos minutos.
Susie se le quedó mirando fijamente.

–¿Cómo sabías que era eso lo que estaba pensando? Me parece lo más justo. Tú no te has comprometido a pasar por esto.

–Me he comprometido a estar a tu lado –respondió con énfasis–, para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad. ¿Es que ya lo has olvidado?

–No creía que la situación pudiera llegar a ser tan terrible –contestó, incapaz de evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas–. Sé que nunca hemos hablado de ello, Mack, pero quería tener hijos. Quería que tuviéramos hijos.

–Y tendremos hijos. Aunque sean adoptados, serán nuestros. La paternidad biológica no es tan importante. Es posible que para ti lo fuera, pero para mí, no tanto. De hecho, creo que es mejor que no transmita mis genes.

–No seas ridículo –replicó Susie–, eres uno de los mejores hombres que conozco.
Mack sonrió al oírlo.

–No siempre has sido tan amable conmigo.

Susie hizo un gesto, rechazando aquel comentario.

–No me importaba mucho que estuvieras siempre de juerga porque sabía exactamente por qué lo hacías. Teniendo a tantas mujeres en tu vida, corrías menos peligro de enamorarte de una de ellas.

Mack frunció el ceño.

–Te crees muy inteligente, ¿verdad?

Susie se permitió sonreír.

–En lo que se refiere a ti, soy un genio. He tenido mucho tiempo para estudiarte, Mack. No creo que haya una sola cosa sobre ti que no sepa o que no haya adivinado, incluso aunque hayas hecho todo lo posible para ocultársela a todo el mundo.

–¿Sabías lo que sentía por ti? –preguntó Mack.

–De eso no estaba tan segura –contestó con un suspiro–. Quería creer que los sentimientos estaban allí. Pero creo que lo que me asustaba no era tanto que no me amaras como el que podrías llegar a no reconocerlo nunca.

–Había muchas probabilidades de que fuera así –admitió–. Créeme, he luchado contra mis sentimientos, y tus hermanos reforzaron la convicción de que lo mejor que podía hacer era mantenerme lejos de ti –se encogió de hombros–. Pero al final, no era capaz de dejar de quererte.

Susie sonrió ante el ligero lamento que reflejaba su voz.

–Siento haberte arruinado tu gran plan de vida –dijo Susie, dándole un codazo.

Mack miró a su alrededor, contemplando la bahía.

–¿Has pensado ya en qué clase de casa te gustaría? –le preguntó a Susie.

A pesar del miedo que se apoderaba de ella cada vez que se detenía a pensar en el futuro, Susie soltó una carcajada.

–Mack, ¿cuánto tiempo hemos estado comprometidos? Una hora como mucho. Llevamos casados menos de tres horas y ya tenemos que enfrentarnos a un cáncer de ovarios. La verdad es que no he tenido mucho tiempo de imaginarme mi futura casa.

–No hay mejor tiempo que el presente para comenzar algo –respondió Mack animado–. A mí me gustaría que fuera una casa de dos pisos, y que el dormitorio principal estuviera encima del salón, así las dos habitaciones tendrían vistas al mar. Y a lo mejor también me gustaría que la cocina diera al mar.

Susie volvió a echarse a reír. No pudo evitarlo.

—¿Y a quién de los dos te has imaginado cocinando?

Mack también se rio.

—Los huevos con tostadas y los gofres se me dan bastante bien —contestó—. Los domingos por la mañana podremos sentarnos ante una mesa enorme y relajarnos contemplando la bahía mientras leemos el periódico.

—¿El periódico de Chesapeake Shores? —preguntó Susie con malicia.

Mack la miró con ironía.

—Muy sutil, Susie, muy sutil. No, mi periódico probablemente saldrá a mediados de la semana.

—¿Todavía sigues pensando en él?

—Por supuesto.

Susie le miró preocupada.

—Mack, ¿de verdad es algo que te apetece hacer? No lo haces solo porque sabes que quiero que te quedes aquí, ¿verdad? Porque quién sabe lo que puede pasar a la larga...

—No te atrevas a seguir por ahí —le advirtió Mack con fiereza—. Vas a superar esto, Susie. Cualquier otra cosa es inaceptable. Y yo voy a sacar ese periódico porque la idea me resulta muy atractiva. Será todo un desafío.

—¿Y el libro que te han encargado?

Mack vaciló un instante.

—He estado pensando en rechazarlo.

Susie frunció el ceño inmediatamente.

—¿Por mí?

—Ahora mismo no creo que sea un buen momento para estar viajando —contestó, evitando mirarla a los ojos.

—Por mí —repitió Susie.

—Sí, de acuerdo, por ti. Este no es un buen momento —admitió—. En cualquier caso, tampoco es para tanto.

—Pero ese libro podría proporcionarte otros encargos, Mack. Quiero que lo escribas. ¿Cuánto tendrías que viajar? No creo que mucho, puesto que tienes que entregarlo dentro de tres meses.

—Eso es cierto.

—Entonces, hazlo. Habrá mucha gente a mi alrededor dispuesta a asegurarse de que hago todo lo que se supone que tengo que hacer.

—Pero ahora mismo mi trabajo consiste en cuidarte.

—Créeme, tendrás muchas otras oportunidades de sujetarme la cabeza cuando tenga que vomitar, o de asegurarte de que como bien. Y podrás mandarme con todas tus fuerzas cuando estés aquí.

Mack arqueó una ceja.

—¿Me estás diciendo de verdad que puedo mangonearte y salir impune?

—Desde luego, puedes intentarlo.

Mack le pasó a Susie el brazo por los hombros y la estrechó contra él.

—Vamos a disfrutar de una larga vida juntos, Susie O'Brien Franklin. Cuento con ello.

Susie se recostó contra él y se permitió imaginar un verdadero futuro con aquel hombre al que había amado desde siempre.

—Yo también cuento con ello.

De hecho, durante los días sombríos que tenía por delante, iba a aferrarse a aquel pensamiento con cada fibra de su ser.

Capítulo 11

En aquellas circunstancias, Mack no tenía ni idea de qué hacer con la luna de miel. Evidentemente, aquel no era un buen momento para pasar unas largas vacaciones. Susie necesitaba someterse al tratamiento y a la operación lo antes posible, por no hablar de las limitaciones económicas. Aun así, estaría dispuesto a fundirse todos sus ahorros si de esa forma pudiera hacerla feliz.

Cuando abandonaron la playa, la condujo a su casa para que pudiera ducharse y cambiarse de ropa. Le preocupaba la falta de color de sus mejillas y lo apagado de su mirada.

Aunque pensaba que habían mantenido una buena conversación y habían conseguido aclarar muchas cosas, sabía que todavía tenía dudas sobre si iban a ser una pareja suficientemente fuerte como para enfrentarse a lo que les deparaba la vida. Todavía tenía muchos miedos, desde luego, más de los que había admitido.

Para cuando Susie salió de la ducha envuelta en un grueso albornoz, Mack ya había encendido la chimenea y le había preparado un té.

–¿Prefieres una copa? –preguntó–. A lo mejor deberíamos brindar con champán.

Susie negó con la cabeza.

–No, ahora no. Para serte sincera, estoy agotada.

–¿Por qué no voy a cambiarme a mi casa y después vuelvo aquí? –sugirió Mack–. Así no tendrás que vestirme.

Susie le miró sin entender.

–¿Por qué? –parecía sinceramente perpleja.

–Porque hoy es nuestra noche de bodas –le recordó, sin permitirse sentirse ofendido por lo poco que parecía importarle–. No estoy diciendo que tengamos que convertirla en una velada terriblemente romántica si no te apetece, pero por lo menos podríamos pasarla juntos, ¿no te parece?

Susie le miró sin decidirse.

–No sé, Mack

Aquella vez, Mack tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para dominar su genio. Le sostuvo la mirada.

–Vamos, Susie, suéltalo. ¿En qué estás pensando? No le estarás dando vueltas otra vez a la posibilidad de anular la boda.

–No sé –contestó, sintiéndose culpable–. A lo mejor. Sé que también se puede anular un matrimonio después de haber tenido relaciones, pero es más complicado.

El miedo que reflejaba su voz era real. Estaba convencida de que deberían poner fin a su matrimonio, de que eso era lo que quería Mack. Sin embargo, creyó detectar en su voz un deje de melancolía. En realidad, quería que siguieran juntos. Sencillamente, estaba intentando ser justa. Pero él tenía que dejarle claro que poner fin a su matrimonio antes de que apenas hubiera empezado no era una opción.

–No habrá anulación. Y tampoco divorcio –dijo con vehemencia, reiterando lo que le había

dicho anteriormente—. Podemos retrasar la luna de miel. Podemos hasta retrasar la noche de bodas, pero estoy completamente seguro de que no quiero que haya una vuelta atrás. Quería casarme contigo antes de saber que estabas enferma, y sé que tú también quieres estar conmigo. Solo estás asustada.

—¿Por la noche de bodas? No digas tonterías.

Mack se permitió una sonrisa.

—No, supongo que eso no te impresionará demasiado. Estoy hablando de todo lo que viene después, de la vida en común, de intentar ser una pareja cuando no tenemos ninguna práctica, además de enfrentarnos al cáncer.

Susie suspiró.

—De acuerdo, sí, todo eso me aterroriza —admitió—. Me siento como si te hubiera atrapado, o como si te hubiera engañado de alguna manera. Te casaste pensando que lo estabas haciendo con una persona sana y con unas expectativas de vida razonable y ahora estás aquí, con esta nube cerniéndose sobre nuestro futuro.

—Pareces haber olvidado que sabía que podrías tener cáncer cuando te lo propuse. Sabía exactamente a lo que me estaba comprometiendo. Quería que compartieras tu vida conmigo, durara lo que durara.

A Susie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero todavía no lo sabías con seguridad. Nadie lo sabía. Y cuando al final lo oyes... La verdad es que esas palabras resultan bastante agresivas cuando las pronuncias en voz alta —le miró a los ojos. Le temblaba la barbilla—. Tengo cáncer de ovarios, Mack.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, rompiéndole a Mack el corazón.

—¿No te das cuenta? Después de la operación, ya no seré una mujer completa —añadió. Su voz era apenas un suspiro—. Y es más que probable que nunca podamos tener hijos.

—Ahora mismo tu capacidad para tener hijos o no me importa muy poco —dijo con énfasis—. Y si vuelves a describirte a ti misma como una mujer incompleta, yo...

No tenía palabras. Susie era una mujer completa, maravillosa, una mujer increíble, y era ridículo que pensara cualquier otra cosa. ¿Cómo era posible que no lo supiera?

Aun así, aquella vaga amenaza pareció conseguir lo que no habían conseguido sus palabras. Consiguieron que Susie comprendiera hasta qué punto quería continuar a su lado.

—¿Qué harás? —preguntó con dulzura, con los ojos repentinamente chispeantes.

Se secó las lágrimas con un gesto de impaciencia para borrar cualquier signo de debilidad.

—¿Me desafiarás a un duelo? ¿Me harás cosquillas hasta que me caiga?

—Las dos me parecen excelentes opciones —contestó—. O a lo mejor me limito a besarte hasta que cierres la boca.

Susie tomó aire.

—Puedes besarme de todas formas —dijo desafiante—. ¿Sabes? Solo me has besado una vez, y no me parece correcto ahora que estamos casados.

—Te he besado cientos de veces —contestó Mack, pensando en los frustrantes besos en la mejilla que habían alimentado su relación.

—Solo me has besado de verdad en una ocasión —insistió Susie con los ojos ardientes.

Mack sonrió al recordarlo.

—Debajo del muérdago.

Susie asintió.

–No sé si fue porque habías bebido mucho champán o algo así, pero me dio esperanzas.

–A mí también –contestó Mack mientras se acercaba a ella.

La miró a los ojos y vio en ellos todo lo que siempre había amado: su firmeza, su amor, y la pasión que con tanto cuidado había contenido para intentar darle el espacio que pensaba él necesitaba para respirar.

Su primer beso fue suave, tierno, un poco vacilante, incluso. Susie lo sintió como si fuera el primero de su vida. Después, suspiró, y Mack supo que estaba perdido. Le acarició los labios con la lengua y la hundió después en su boca. Susie se derritió contra Mack, encendiendo en él la clase de calor que llevaba meses, no, años incluso, imaginando. Prácticamente desde la primera vez que la había visto como algo más que su mejor amiga. Su amistad siempre había sido completamente diferente de la que había mantenido con Will y con Jake, no solo porque era una mujer, sino porque era precisamente esa mujer. De alguna manera, era más profunda, quizá porque despertaba en él sentimientos que nunca había esperado experimentar.

Su respiración se tornó agitada. La de Susie tembló mientras continuaba aferrándose a él con un deseo que avivaba el de Mack.

Al cabo de unos minutos, Mack se apartó y la miró a los ojos.

–¿Es esto lo que quieres? ¿Ahora, esta noche?

–Creo que es lo que he querido desde el día que nos conocimos –susurró Susie contra sus labios. Sonrió–. Bueno a lo mejor no tanto, porque éramos muy pequeños, pero sí durante mucho, mucho tiempo –le miró a los ojos–. Y, ¿sabes Mack?

–¿Mmm? –preguntó Mack, completamente embriagado por el sentimiento de saberla entregada a sus brazos.

–Esta noche solo pensaremos en ti y en mí. En vivir este momento, ¿de acuerdo? No dedicaremos ni un solo minuto a pensar en lo que va a pasar mañana, ni pasado mañana, ni después, ¿de acuerdo? Vas a hacer el amor conmigo, no con una mujer que tiene cáncer de ovarios. ¿Crees que podrás?

–Por supuesto –contestó Mack.

Sabía que no siempre podrían posponer la realidad, pero aquello también formaba parte de la realidad, de una realidad que había tardado demasiado tiempo en llegar. Se merecían disfrutar de aquel momento fuera del tiempo, de aquella felicidad tan primaria.

Sí, se merecían muchos más momentos como aquel, pero, tal y como Susie había pedido, en aquel instante no podía preocuparse de si podrían disfrutarlos o no. En aquel momento de sus vidas, estaban obligados a vivir como si cada uno de aquellos preciosos segundos pudiera ser el último.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar en ello, pero parpadeó para contener las lágrimas. Y cuando miró a Susie a los ojos, consiguió sonreír mientras le prometía:

–Esta noche voy a amarte como si no hubiera mañana –la agarró por la barbilla–. Pero quiero que sepas que va a haber otros muchos mañanas. Conseguiremos que así sea. Cueste lo que cueste, lo conseguiremos.

La levantó en brazos, la llevó a aquel dormitorio que nunca habían compartido y la dejó sobre un montón de cojines rodeados de encaje, en absoluto propios de una personalidad tan pragmática como la de Susie. Mack sonrió al imaginar su pelo revuelto, aquellos rizos de seda roja contra aquel mar blanco y turquesa. Susie parecía haber querido llevar el mar al interior de su casa.

Y el fuego, pensó mientras Susie le agarraba el borde de la camisa y se la abría, haciendo volar los botones.

–Te debo una camisa –susurró, presionando las manos contra su pecho desnudo.

Le exploraba no con la inseguridad que él esperaba, sino con el ardor de una mujer que se había negado durante años la pasión. Eran caricias ansiosas, inquietas, que hacían arder su sangre y le obligaban a contar desde cien hasta cero en un intento de no acelerar las cosas.

–Eh, Susie, es posible que quieras darme la oportunidad de ponerme a tu altura –le advirtió.

La risa hacía brillar los ojos de Susie.

–Creo que me gusta estar al mando de la operación. Me gusta sentir que llevo las riendas. Y que puedo hacerte perder la cabeza. Jamás me lo habría imaginado.

–Llevas años volviéndome loco –la corrigió con una sonrisa, y se tumbó en la cama–. Así que, haz lo que quieras conmigo.

Susie le miró sorprendida.

–¿De verdad?

–De verdad. He oído decir que en todo buen matrimonio, ha de haber un equilibrio. Si tú quieres llevar las riendas esta noche, adelante. Creo que soy perfectamente capaz de soportarlo.

Pero mientras Susie exploraba, acariciaba y besaba su piel ardiente, se preguntó si realmente era cierto. ¿Podría soportarlo? ¿Sería capaz de manejar la situación? O en aquel caso, como había ocurrido durante toda su vida, le superaría su relación con Susie? Mack jamás había querido a una mujer como quería a Susie. Nunca había sentido la necesidad de demostrarle a nadie la ternura y la pasión que Susie se merecía.

Cuando Susie alargó la mano hacia la cremallera de sus pantalones, la detuvo.

–No, todavía no –musitó–. Ahora me toca a mí.

Por un momento, Susie pareció decepcionada.

–Pero me has prometido...

Mack sonrió.

–He cambiado de opinión. Ven aquí, mi bella y pelirroja tentación.

El placer iluminaba la mirada de Susie.

–¿Tentación?

–No te hagas la tímida conmigo. Es evidente el efecto que estás teniendo en mí. Pero ahora ha llegado mi turno.

Le quitó la blusa con movimientos ágiles y seguros, le hizo desprenderse del sujetador y contuvo la respiración al ver sus senos desnudos.

–Si hubiera sabido que tenías un cuerpo tan maravilloso, habríamos hecho esto hace mucho tiempo.

–¿Quieres decir que mi error ha sido no salir a corretear desnuda? –preguntó Susie con un brillo travieso en la mirada.

Mack soltó una risa atragantada.

–Sí, probablemente nos habría servido, pero en ese caso, habría tenido que matar a cualquiera que quisiera verte desnuda.

Dejó de reír cuando Susie alargó la mano hacia la suya y la posó sobre su pecho.

–¿Sientes los latidos de mi corazón? –preguntó con la voz entrecortada.

Mack asintió.

–Haces que me lata más rápido –le dijo con solemnidad.

–Es un corazón fuerte –respondió Mack.

Quería tranquilizarla y tranquilizarse a sí mismo, quería asegurarle que aquel corazón continuaría latiendo durante mucho tiempo. Un Dios justo y amoroso lo permitiría.

–Te quiero Susie. No estaba seguro de que fuera a ser capaz de decirle esas palabras a nadie, ni siquiera de que fuera a ser capaz de sentir lo que siento por ti. Pero me gustaría que me dejaras demostrártelo.

Y entonces, con una ternura de la que no se creía capaz, le mostró su deseo, su pasión y, esperaba, también la profundidad de su amor por ella.

–Podríamos saltarnos la comida en casa del tío Mick –sugirió Susie mientras observaba a Mack, que se estaba vistiendo.

Aquel se había convertido en uno de sus pasatiempos favoritos: observar al hombre al que había deseado durante tanto tiempo mientras se vestía. Tenía la sensación de que Mack lo convertía deliberadamente en una especie de *striptease* inverso con la única intención de atormentarla.

–Podríamos quedarnos aquí y pasar toda la tarde en la cama.

Esa era otra cosa. Parecía haberse convertido en una adicta a hacer el amor con él. Mack era muy, muy bueno en el sexo. Y solo en raras ocasiones se permitía Susie considerar que había adquirido aquella habilidad con la práctica.

–Nos están esperando –contestó Mack, aunque el deseo oscurecía también su mirada–. No quiero decepcionar a todo el mundo, y ya sabes que tus padres se preocuparán si no te ven allí. Tu madre continúa asustada porque retrasaste la cita del médico hasta mañana.

–Ya le dije que había hablado con el doctor Kinneer el viernes por la mañana –respondió Susie–. Un par de días no supondrán ninguna diferencia. Quería que tuviéramos este tiempo para nosotros –le miró con el ceño fruncido–. ¿Y tú?

–Yo diría que el hecho de que no hayamos salido de tu apartamento desde que nos casamos habla por sí solo. Hasta al repartidor de pizza le cuesta no sonreír cuando viene.

Susie se echó a reír.

–Pobre Teddy. Creo que tenía grandes esperanzas de que algún día renunciara a ti y aceptara salir con él.

Mack la miró con el ceño fruncido.

–¿Teddy te pidió salir?

Susie asintió, disimulando una sonrisa.

–Cientos de veces.

–¿Pero cuántos años tiene? ¿Dieciséis?

–Diecinueve –le corrigió.

–A partir de ahora solo pediremos comida china.

Susie sonrió feliz al detectar un punto inconfundible de celos en su voz. Jamás se había esperado algo así.

–No me parece justo –le regañó–. Estoy segura de que tus generosas propinas le sirven de consuelo. Y ahora, volvamos a considerar la idea de pasar aquí la tarde –alargó la mano hasta la cintura de sus pantalones–. Creo que tengo muy buenos argumentos para defenderla.

Mack se echó a reír, le apartó la mano y retrocedió, buscando una distancia de seguridad.

–Lo siento, cariño, pero no va a ocurrir. Este es un compromiso y estamos obligados a ir.

–¿Quién lo ha dicho? ¿Y por qué tiene que ser más importante que el que tienes conmigo?

–Lo han dicho tu madre, tu abuela y Mick, entre otros, y en este momento tienen un rango superior al tuyo.

–¿Cuándo has hablado con todos ellos?

–En las raras ocasiones en las que me has dejado salir de la cama para poder darte otro de esos baños de burbujas que tanto parecen gustarte.

–Te invité a reunirte conmigo –le recordó Susie.

–¿Y salir oliendo a rosas, a lilas o a cualquier otra flor? –preguntó Mack, estremeciéndose de forma exagerada.

–Eres suficientemente hombre como para superarlo.

–Gracias, pero prefiero no correr riesgos.

Susie se acercó a él y posó las manos en sus hombros. A pesar de lo alta que era, tuvo que ponerse de puntillas para darle un beso en los labios.

–Te quiero, Mack.

–Yo también te quiero.

–Deberíamos intentar recordar eso esta tarde –le advirtió muy seria–. Porque creo que en cuanto todo el mundo sepa que nos hemos casado y no hemos invitado a la familia, los dos vamos a pasarlo muy mal.

Mack sacudió la cabeza.

–Pero Susie, ¿es que no sabes cómo es tu familia? ¿O cómo es este pueblo? La noticia de que nos habíamos casado comenzó a correr por el pueblo cinco segundos después de la ceremonia. Este solo será el debut familiar.

Susie debería habérselo imaginado, por supuesto, pero tenía la esperanza de que aquel era un secreto que habían conseguido conservar al menos durante unos días.

–¿Todo el mundo lo sabe?

–Teniendo en cuenta todos los mensajes que me han dejado en el móvil y en tu contestador, yo diría que sí.

–¿Y por qué no me lo has dicho?

–¿Para qué dejar que el mundo de fuera invadiera el nuestro? Estos días eran para nosotros. No puede decirse que haya sido una auténtica luna de miel, pero nos merecíamos un poco de intimidad. Y en cuanto acabes con los tratamientos, disfrutaremos de una verdadera luna de miel –le prometió.

–En Irlanda –propuso Susie inmediatamente–. Le prometí a la abuela que la llevaría.

Mack sacudió la cabeza, como si pensara que nunca iba a llegar a comprenderla.

–¿De verdad quieres llevarte a tu abuela de luna de miel?

–A toda la familia –le corrigió.

–Desde luego, los O’Brien sois bastante extraños.

–¿Te arrepientes de haberte unido a una familia como la mía?

Mack le dio un beso en los labios.

–Jamás me arrepentiré de haberme casado contigo. Y ahora, será mejor que vayamos a enfrentarnos con las consecuencias de nuestra boda secreta.

Susie intentó imaginarse lo que les esperaba, pero fue incapaz. Aun así, después de haber pasado tantos años siendo tan previsible, iba a ser divertido ser la culpable de aquella conmoción.

Aunque había intentado apresurar a Susie para poder evitar una entrada triunfal en la casa, para

cuando llegaron a casa de Mick, él ligeramente despeinado por los últimos intentos de distracción de Susie, ya estaba toda la familia reunida.

A pesar del frío aire del invierno, Will y Jake estaban esperándoles en el porche.

–Bueno, ¡aquí tenemos al señor y la señora Franklin! –exclamó Will.

Le palmeó a Mack la espalda y envolvió a Susie en un abrazo de oso.

–Parece que sois lentos para arrancar, pero una vez tomada una decisión, no os andáis con rodeos, ¿verdad?

Jake le guiñó el ojo a Susie.

–Así que al final conseguiste que se casara contigo. ¿Cómo lo hiciste? ¿Le emborrachaste y le llevaste al juzgado de paz antes de que estuviera sobrio?

–Nada más lejos de la verdad –la defendió Mack–. Lo del juzgado de paz fue idea mía. Y sabes perfectamente que hacía mucho tiempo que había comprado la sortija. Los dos la habíais visto.

–En la caja –le recordó Will–. Y yo, por ejemplo, no estaba seguro de que fuera a ver la luz algún día.

–Gracias por el voto de confianza –gruñó Mack–. Susie, vamos dentro. A lo mejor el resto de la familia se muestra más civilizado que estos dos.

–¡Eh, que nosotros somos civilizados! –protestó Jake–. Además de tus mejores amigos. Todos esos que están ahí... –se inclinó hacia él–. Son O’Brien, tío. Y algunos están muy enfadados por haberse perdido la boda del siglo.

Susie retrocedió.

–Esto no pinta nada bien, ¿verdad? –le dijo a Mack–. ¿Cómo se lo vamos a explicar?

Mack sabía que, en realidad, le estaba preguntando si tendrían que contarle a todo el mundo la verdad. Habían acordado mantener lo del cáncer en secreto, por lo menos hasta después de la operación, cuando tuvieran ya un diagnóstico.

Mack le apretó la mano con fuerza.

–No tenemos por qué contar nada. No te preocupes por eso. Todo está bajo control.

Susie le miró dubitativa.

–¿Cómo?

–Ya lo verás.

Había llamado antes a Joe y le había hecho una sugerencia que ella había agradecido. Esperaba que para ese momento hubiera podido llevarla a cabo.

Sonrió cuando al entrar en la casa vio que nadie se interponía en su camino. Todas las mujeres estaban reunidas en el cuarto de estar. Susie habría corrido inmediatamente hacia ellas, pero Mack tosió para llamar su atención.

–¡Eres tú! –Shanna se levantó de un salto y corrió hasta ellos para envolver a Susie en un brazo–. ¡Tramposo! –le dio a Mack un puñetazo en el brazo–. ¡Felicidades!

En cuestión de segundos, Susie se vio rodeada de las mujeres de la familia, que reían y hacían planes para organizar un banquete en unas cuantas semanas. Querían hacerlo en la Posada del Águila, el hotel que tenía Jess justo al final de esa misma carretera.

Mack las estuvo observando, manteniéndose al margen, hasta que Jo se escapó del grupo y se acercó a él.

–Mira lo contenta que está, Mack –le dijo en voz baja–. Muchas gracias. Pase lo que pase a partir de ahora, tú eres el responsable de haber puesto esa luz en su rostro. Aunque solo sea por eso, siempre te estaré agradecida.

–No tienes por qué. Es lo que se merece. Lo único que espero es ser capaz de hacerla durar.

Jo le miró con tristeza.

–Eso no depende completamente de ti. Ahora mismo está en manos de Dios –le palmeó el brazo–. Ahora será mejor que te vayas. La planificación de la fiesta va a llevarnos un buen rato.

Mack se dirigió hacia el pasillo para acercarse al estudio de Mick, donde los hombres de la familia estaban viendo un partido de fútbol. Pero antes de que hubiera podido entrar, Will le interceptó en el pasillo con expresión sombría.

–Ya vale, Mack, suéltalo. ¿Qué está pasando realmente aquí? Hace un par de semanas habías decidido que no ibas a pedirle a Susie que se casara contigo. Y de pronto, veo que no es que te hayas comprometido, sino que te has casado. Dudo mucho que haya sido porque Susie está embarazada, teniendo en cuenta que habéis sido tan estúpidos que no os habíais acostado a pesar de que los dos lo estabais deseando.

–Me encanta tu descripción –replicó Mack–. ¿Por qué ha tenido que pasar nada? Cuando una cosa está bien, está bien.

–Lleva años estando bien –le recordó Will.

Mack se encogió de hombros.

–Por fin lo reconocimos y decidimos que había llegado el momento de hacer lo que los dos queríamos.

Will negó con la cabeza.

–Lo siento, pero no me lo trago. Mira, sé que necesitas hablar con alguien. Lo sé por tu forma de mirarla.

–¿Es que el resto de los hombres no miran a sus mujeres? –preguntó Mack irritado.

–Sí, pero no las miran como si temieran que pudieran desaparecer de pronto, convertidas en una nube de humo –contestó Will, sacudiendo la cabeza–. De acuerdo, si quieres que lo retire, lo retiro. Pero quiero que sepas que si me necesitas, puedes contar conmigo. Hay gente que está dispuesta a pagarme porque sé escuchar. En tu caso, el servicio es gratuito.

–Gracias, y lo digo en serio –le agradeció Mack–. Te aseguro que llegará un día en el que te lo cuente todo. Pero ahora mismo no puedo decirte nada.

Will asintió.

–¿Mañana volverás a almorzar en Sally's?

Mack negó la cabeza, pensando en la cita que tenían con el doctor Kinneer antes de la operación.

–Probablemente no esta semana, pero volveré –prometió–. Ahora tengo que ocuparme de otras cosas.

–¿Es por lo del libro?

Mack negó con la cabeza. Aunque Susie había protestado vehementemente, había rechazado la oferta. Al final, le habían encargado el libro a otro periodista que, seguramente, haría un trabajo excepcional y cuya vida no era tan complicada como la de Mack en aquel momento.

–He dejado lo del libro. Quiero reunirme con Laila y poner en marcha el nuevo periódico. Mi futuro está aquí y ya va siendo hora de que me ponga en movimiento.

Will pareció sorprendido, pero, tal y como había prometido, no continuó presionando con preguntas para la mayoría de las cuales Mack no tenía respuesta.

Justo en ese momento salieron Nell y Megan de la cocina y llamaron a todo el mundo a la mesa.

–Tú siéntate aquí, cariño –le pidió Nell a Susie, señalando la silla que tenía a su lado–. Y, Mack, tú siéntate a su lado. E intenta mantener las manos quietas durante la comida.

Susie soltó una carcajada.

–Parece que nos estás provocando, abuela.

–Supongo que seréis capaces de comportaros durante una hora –Nell fruncía el ceño, pero le brillaban los ojos–. Porque si no podéis, será mejor que volváis a casa.

Susie se volvió entonces hacia Mack

–Me parece una gran idea –contestó–. ¿Tú que crees, Mack?

–Creo que si intentáramos salir, habría demasiada gente dispuesta a bloquearnos la salida.

Le tomó la mano, se aseguró de que se sentara y después sacó la silla que tenía a su lado para sentarse también él.

En cuanto todo el mundo ocupó su asiento, Mick se levantó y miró a su familia satisfecho.

–Veo que hoy tenemos la casa llena, pero algo me dice que el pollo asado de mi madre no es la principal atracción –se volvió hacia su hermano–. Jeff, ¿tienes algo que decirnos?

Susie se inclinó hacia Mack y le susurró al oído:

–Esto es toda una novedad. ¡Mick le está cediendo el protagonismo a mi padre!

Jeff levantó su copa.

–Supongo que aquí hay muchos que pensaban que este día nunca llegaría –sonrió–. Ya sabéis a lo que me refiero, al día en el que Mick me permitiría meter baza.

Cuando se acallaron las risas, se puso repentinamente serio.

–Dudo que haya alguien en esta habitación que no sepa que hace unos días, Mack y mi hija se casaron. La verdad es que no entendíamos cómo era posible que un antiguo quarterback que corría como el viento tardara tanto en alcanzarla. Sí, sabemos que Susie es una gran corredora, pero, enfrentémonos a ello, prácticamente iba andando para darle una oportunidad.

–Muchas gracias, papá –dijo Susie con ironía, con las mejillas sonrojadas.

–Y ahora me pondré serio –repuso Jeff–. Creo que no hay nadie que pueda hacer más feliz a Susie que Mack. Y si alguna vez eso cambia, yo seré el primero en hacérselo pagar.

–Para eso también puedes contar conmigo –se sumó Mick.

Susie se inclinó de nuevo hacia Mack.

–¿Ya estás asustado?

–No me dan ningún miedo –contestó–. Tú eres la única que me aterra.

Susie sonrió feliz.

–Genial.

Jeff levantó su copa.

–Por Susie y por Mack, que han tardado mucho en llegar hasta aquí, pero ya están preparados para disfrutar de toda una vida... –se le quebró la voz y se volvió emocionado hacia su esposa.

Jo se levantó y le agarró del brazo.

–Por mi hija, por su marido y por toda una vida de felicidad –dijo al ver que Jeff no podía continuar.

–¡Por Susie y por Mack! –el brindis se repitió en toda la mesa.

Si alguien notó que Jeff continuaba emocionado o que había lágrimas en los ojos de Jo, nadie lo comentó. Al fin y al cabo, todo el mundo parecía emocionado por el brindis, de modo que no había nada que decir. Mack ni siquiera se atrevía a mirar a Susie por miedo a revelar sus propios sentimientos. En cambio, le tomó la mano y se la apretó con fuerza.

–Te quiero –susurró Susie–. Y esto acabará pronto.

Desde luego, no lo suficiente para Mack. Él pensaba que sería Susie la única que tendría problemas para someterse al escrutinio de la familia, pero, al parecer era él el que corría más peligro. Si Jeff se había derrumbado durante el brindis, Mack podía seguirle en cualquier

momento.

Y en ese caso, tendrían muchas explicaciones que dar.

Susie estaba ya a punto de salir de casa de Mick y regresar al coche cuando Shanna la alcanzó. A Susie le bastó ver la expresión emocionada de su amiga para saber que ya lo había averiguado todo.

–Es cáncer, ¿verdad? –preguntó Shanna con voz queda–. Por eso os habéis casado tan precipitadamente.

–Me gustaría pensar que nos hemos casado porque de repente hemos entrado en razón –contestó Susie, y suspiró después–. Pero sí, él me propuso matrimonio antes de conocer el diagnóstico y me convenció para que nos casáramos a escondidas.

–Entonces, en realidad no lo sabíais antes de la boda –dijo Shanna sorprendida–. ¡Vaya! Eso debería decirte mucho de él.

–Mack es increíble –respondió Susie, intentando distinguirlo entre los hombres del porche.

Era fácil, puesto que solo Will y Connor eran más altos que él.

Shanna se echó a reír.

–Dudo que haya alguien en el universo que no supiera el alto concepto que has tenido siempre de Mack.

–Lo digo en serio. Es un hombre increíble –insistió Susie–. ¿Cuántos hombres habrían estado dispuestos a casarse con alguien que podría no tener ningún futuro? Cuando me enteré de que tenía cáncer, le ofrecí anular la boda, pero lo rechazó de plano.

Shanna la miró con los ojos abiertos como platos.

–¿Que hiciste qué?

–Me dieron los resultados justo después de la boda. Yo estaba dispuesta a anularla. De hecho, habría sido lo más justo. Incluso en el caso de que sobreviva, nunca podremos tener hijos. O, por lo menos, yo no podré.

Shanna la miró desconcertada.

–¿Y con un vientre de alquiler?

–Es una posibilidad, aunque no del todo recomendable, por lo que he oído. Además, el doctor Kinnear no quiere retrasar la operación hasta que tenga óvulos disponibles. Y se niega a considerar la posibilidad de quitarme ahora un solo ovario. Podría intentar buscar una segunda opinión, pero confío en él y en el oncólogo que está a cargo de todo. Ellos saben más que yo.

Shanna la abrazó con fuerza.

–¡Oh, cariño! Tienes que estar desolada, pero no es el fin del mundo. Y estoy segura de que Mack ya te lo ha dicho.

Susie asintió.

–Sí, pero yo quería llevar un hijo suyo dentro de mí. Eso tiene que ser lo más íntimo y maravilloso que puedes compartir con tu pareja, y ahora no podremos saber lo que es.

Shanna palideció ligeramente, lo suficiente como para indicarle a Susie que tenía una noticia que todavía no había compartido con ella.

–Estás embarazada –dijo Susie con voz apagada, y deseando ser capaz de mostrar más entusiasmo. En ese momento, sencillamente, le resultaba imposible–. Sé lo mucho que Kevin y tú deseabais tener un hijo en común.

–Sí, es cierto –admitió Shanna, intentando contener su alegría–. Pero me gustaría que no lo

hubieras adivinado todavía. No creo que pueda haber un momento peor para darte esta noticia.

Sacando fuerzas de flaqueza, Susie consiguió encontrar las palabras que necesitaba.

–Me alegro por ti –y casi pareció completamente sincera. Le acarició a Shanna la mejilla–. Lo digo de verdad, y lo sabes. Y muy pronto seré capaz de decirlo de forma suficientemente convincente.

–Lo sé –respondió su amiga, abrazándola con fuerza–. Pero me gustaría ser yo la que estuviera en tu lugar.

–No –replicó Susie con énfasis–, no digas eso.

–Pero nosotros ya tenemos a Henry y a Davy. Aunque no tengamos ningún hijo en común, tenemos la suerte de tener dos.

–Las cosas no funcionan de esa forma. Las cosas van como ellas quieren. Si al final Mack y yo queremos tener hijos, encontraremos la manera de hacerlo, aunque no sean biológicos. Ahora mismo, estoy intentando vivir al día y tengo que concentrarme por completo en combatir el cáncer, para que Mack y yo tengamos un futuro.

–Y vas a conseguirlo –le aseguró Shanna con fe–. ¿Sabes de algún O’Brien que no haya conseguido alguna vez lo que se propone? Sois imbatibles, Susie, este solo es un pequeño bache en el camino. Y ha ayudado a que Mack y tú podáis estar juntos, como siempre habíais querido. Por supuesto, no estoy diciendo que el cáncer sea algo bueno, pero a lo mejor ha sido la llamada que Mack y tú necesitabais para daros cuenta de lo profundamente enamorados que estáis el uno del otro.

Susie miró a su amiga con ironía.

–Si crees que voy a ponerme a saltar de alegría y dar gracias al cáncer, es que te has vuelto loca.

Shanna soltó una carcajada.

–Bueno, quizá no tanto, ¡pero al final te has casado con Mack! Definitivamente, es una consecuencia que no está nada mal.

Susie miró hacia el grupo de hombres que estaba en el porche. Vio que Mack se separaba de ellos para acercarse a ella. El mero hecho de saber que era su marido le bastaba para quedarse sin respiración.

–No –dijo suavemente–, definitivamente, no está nada mal.

Capítulo 12

Probablemente era mucho esperar que el resto de la familia no se enterara de la operación de Susie. Después de darle a su esposa un último beso antes de que la condujeran al quirófano, Mack regresó junto a Jo, Jeff y Nell O'Brien a la sala de espera. Allí encontraron a toda la familia reunida. Hasta Thomas y Connie habían ido desde Annapolis. Teniendo en cuenta la extensa presencia de los O'Brien en el tejido económico de la comunidad, Mack no pudo menos que preguntarse si alguno de los negocios de Chesapeake funcionaría aquella mañana.

–Todo va salir bien–dijo Mick con aspereza, dándole a su hermano un abrazo, algo poco habitual entre ellos–. Al fin y al cabo, es una O'Brien, ¿no?

–Claro que todo va a salir bien –intervino Nell–. Y eso me hace preguntarme qué estás haciendo todos aquí sentados cuando deberíais estar fuera, ocupándoos de vuestras propias vidas. Eso es lo que Susie querría.

–Estamos aquí para ofrecer apoyo moral –afirmó Abby–. Y si tú estuvieras en nuestro lugar, habrías hecho lo mismo –le dirigió a su abuela una mirada desafiante–. Y pensamos quedarnos hasta que Susie vuelva a su habitación.

Mack miró a su alrededor. La única persona que faltaba era Jess. Su ausencia era muy elocuente. Susie y Jess habían tenido una relación extrañamente competitiva y eso era algo que, de alguna manera, había que solucionar. Estando Jess casada con Will, uno de sus mejores amigos, iba a ser muy incómodo que Jess y Susie estuvieran constantemente enfrentadas, como cuando estaban en el instituto.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Will se acercó a él y se sentó a su lado.

–Jess quería estar aquí –la disculpó.

–¿De verdad? –el tono de Mack era escéptico.

–Sí, de verdad –insistió Will–. Estaba esperando a un grupo de turistas y no podía marcharse, pero se acercará más tarde.

Mack continuaba mirándole dubitativo.

–Vamos, Mack, relájate –le suplicó Will–. Jess es consciente de que los problemas que ha tenido con Susie durante estos años son ridículos. Anoche estuvimos hablando de ello.

Feliz de tener algo con lo que distraerse y dejar de pensar en lo que podía estar pasando en el quirófano, Mack estudió el rostro de su amigo.

–¿Y a qué se debía ese enfrentamiento? ¿Tienes alguna idea?

–Susie tenía muy buenas notas cuando estaban estudiando, era una atleta de primera y se graduó con un summa cum laude en la universidad.

Will lo decía como si Mack debiera ser capaz de sumar todos aquellos datos y encontrar una respuesta. Pero Mack no le comprendía.

–¿Y?

–Jess era un desastre. Sacaba malas notas y estuvo a punto de suspender muchas veces. De hecho, lo único que la salvaba era que Mick era un hombre muy influyente. Por supuesto, la culpa de esa situación la tenía su trastorno de déficit de atención, pero nadie lo supo durante años.

Aunque consiguió madurar y terminar sus estudios, para ella supuso una dura lucha. Y mucha gente irreflexiva, incluso de la familia, no paraba de restregarle los éxitos de Susie. Por supuesto, nadie lo hacía de forma intencionada, pero, teniendo en cuenta las inseguridades de Jess, eso era como echar sal a la herida.

Mack recordaba las alabanzas de la familia a Susie por sus notas extraordinarias y sus éxitos en atletismo. Jess siempre se quedaba al margen, parecía perdida, e incluso enfadada. Él siempre lo había atribuido a los celos, pero en aquel momento, comprendió que había sido algo mucho más profundo.

–Tenemos que encontrar la manera de mejorar esa relación –le propuso a Will–. Susie va a necesitar del apoyo de todo el mundo. Y algo me dice que Jess es una de las personas que más podría ayudarla. Ha sido una gran luchadora, mientras que para el resto de los O’Brien, Susie incluida, todo ha sido muy fácil.

–Tienes razón –confirmó Will–. Por no hablar del hecho de que para nosotros sería muy incómodo que continuaran teniendo una relación tan distante –se puso repentinamente serio–. ¿Tú estás bien? Porque supongo que nada de esto formaba parte del plan.

Mack consiguió reír con ironía.

–Como si en lo que a Susie y a mí concierne hubiera habido algo parecido a un plan. Llevo años improvisando en esta relación, intentando demostrarme a mí mismo, o quizá demostrarle a Susie, que soy suficientemente bueno para ella. Francamente, todavía me sorprende que se haya casado conmigo, porque estaba prácticamente segura de que me separaría de ella en cuanto supiera la noticia.

Will le miró con el ceño fruncido.

–No te habrás casado con ella solo para demostrarle algo, ¿no?

–Por supuesto que no. La quiero, Will. Si le ocurriera algo... –se le quebró la voz antes de mirar a Will con determinación–: Y si de algo estoy seguro, es de que no voy a separarme de ella.

–Jamás se me habría ocurrido pensar lo contrario –contestó Will con total confianza–. Tú no huyes de los problemas, nunca lo has hecho. Cuando la vida con tu madre era un auténtico desastre y mis padres te propusieron que vinieras a vivir con nosotros, ni siquiera te lo planteaste. Decías que tu madre te necesitaba. ¿Y cuántos años tenías? ¿Doce? Las cosas nunca mejoraron, pero tú continuaste ahí.

–Odiando cada segundo de mi vida –repuso Mack–. Y odiándola a ella –sacudió la cabeza con tristeza–. Odiaba a mi propia madre, Will. ¿Qué crees que puede decir eso de mí?

–Que eras el niño más fuerte que he conocido nunca. A pesar de lo que sentías por tu padre, comprendías que el problema que tenía con las drogas y el alcohol era una enfermedad e hiciste lo que las entrañas te decían era lo correcto. Esa es la clase de brújula moral que te ayudará a superar la situación que estás atravesando con Susie.

La seguridad que transmitía la voz de su amigo debería haberle levantado el ánimo, pero Mack se estremeció.

–No sé, Will. El diagnóstico me ha parecido aterrador. Y no solo porque no voy a poder tener hijos. En realidad, para mí eso nunca ha sido tan importante. ¡Susie podría morir! Y mira todo el tiempo que hemos perdido. Cuando pienso en ello, me pongo enfermo.

–Entonces, no pienses en ello –le aconsejó Will–. No puedes cambiar el pasado.

–Sí, pero tampoco el futuro se presenta de color de rosa –respondió Mack, y añadió enfadado–: ¡Maldita sea, Will, Susie no se lo merece!

–Nadie se merece tener cáncer. Sencillamente, es algo que ocurre. Cuando nos enfrentamos a

ello, demostramos la fortaleza interna que tenemos.

–¿Y si no soy suficientemente fuerte? –preguntó Mack–. Jamás había dudado tanto de mí mismo como durante esta última semana. Pensaba que perder el trabajo era lo peor que podía ocurrirme, pero no era nada comparado con esto.

Jake se acercó y se sentó en la silla que tenía Mack al otro lado.

–¿Necesitas algo? –le preguntó con expresión sombría–. ¿Café? ¿Una copa?

–No me vendría mal una copa –admitió Mack–. Pero no quiero que Susie note que me huele el aliento alcohol. Se daría cuenta de lo asustado que estoy. Necesito que esté convencida de que estoy seguro de que va a recuperarse por completo.

–Y eso es lo que creen todos los que están en esta habitación –dijo Will–. Toda esa energía positiva funciona, Mack. Yo creo en ello. He visto cómo funciona.

–¿No lo dices solamente para que no tenga miedo?

–¿Alguna vez me has oído decir algo que no crea? –le preguntó Will, sosteniéndole la mirada–. Aférrate a eso, Mack, y si no puedes, aférrate a nosotros. No tienes por qué avergonzarte de que tus amigos sepan que estás asustado. Aunque estoy seguro de que si fuera Jess la que se encontrara en esta situación, ninguna de estas palabras valdría nada. Estaría tan aterrorizado como tú.

–Lo mismo digo, si fuera Bree –se sumó Jake, buscando a su esposa con la mirada.

La ternura de su mirada reflejaba el amor que siempre había sentido por ella.

–No sé qué haría si no formarais parte de mi vida. Si no hubierais formado parte de mi vida durante todos estos años –confesó Mack con total sinceridad.

Desde que eran niños le habían ofrecido de una forma instintiva el respaldo, el apoyo que nunca había tenido en casa. Al igual que Kevin y Connor y el resto de los O'Brien, habían sido para él como una familia.

Jake le apretó cariñosamente el hombro.

–Afortunadamente, nunca tendrás que averiguarlo. Y ahora, ¿por qué no voy a buscar café para todo el mundo? Por lo que tengo entendido, todavía tardaremos un buen rato en tener noticias. Supongo que mantenernos ocupados ayudará a que el tiempo pase más deprisa.

Mack asintió. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salir de aquella habitación abarrotada y tomar un poco de aire fresco.

–Yo también saldré –se sumó Will–. Voy a decirle a Jo adónde vamos.

–Gracias –le agradeció Mack mientras se dirigía hacia la puerta.

Hasta que no estuvo fuera, envuelto en el frío aire de diciembre, no soltó la respiración que involuntariamente había estado conteniendo.

–Creo que si me hubiera quedado allí dentro un minuto más, me habría derrumbado –le dijo a Jake.

–No, no lo habrías hecho –contestó Jake–. He oído lo que te ha dicho antes Will y creo que tiene razón. Tú siempre cumples con tu obligación, aunque estés destrozado por dentro. Ahora mismo tienes que estar fuerte para Susie y, confía en mí, vas a conseguirlo.

Mack esperaba que sus amigos no se equivocaran, porque jamás había sido tan importante como en aquel momento el hacer las cosas bien.

Las fiestas de Navidad, que siempre habían sido la época del año favorita de Susie, pasaron como un torbellino. Apenas se había recuperado de la operación cuando empezó con el tratamiento de la quimioterapia. Aunque intuitivamente ya lo sabía, había podido comprobar que

el cáncer no se tomaba vacaciones ni por Navidad ni por Año Nuevo. No había tregua en aquella lucha.

Algunos días se encontraba tan mal que llegaba a preguntarse si merecía la pena tanto sufrimiento, pero Mack estaba siempre a su lado, proporcionándole cualquier cosa que pudiera necesitar: un refresco, un caldo, una broma o, simplemente, una mano y un hombro en el que apoyarse.

Eso no significaba que Susie no hubiera reparado en las ojeras de Mack y en su expresión sombría. El día siguiente al de Año Nuevo, le pidió que se sentara a su lado en la cama y le miró directamente a los ojos.

–Ya basta –le advirtió.

–¿Ya basta de qué?

–De anteponer mi vida a la tuya. ¿Dónde está el proyecto que tenías que presentarle a Laila?

Mack pareció vagamente incómodo.

–Estoy trabajando en ello.

–Genial. En ese caso, déjame echarle un vistazo mientras pides una cita en el banco.

–Eso puede esperar –protestó Mack–. Antes quiero que terminemos tu tratamiento. De momento, vamos bien de dinero.

Susie le miró con impaciencia.

–No es una cuestión de dinero. Necesitas concentrarte en algo que no sea yo. Te pasas el día pendiente de mí, y aunque es cierto que disfruto de tus atenciones, también estoy empezando a ponerme nerviosa.

Mack pareció sorprendido, y quizá también un poco herido.

–¿Te pongo nerviosa? Yo solo estoy intentando ayudar.

Susie le tomó la mano.

–Claro que me estás ayudando, Mack, pero tienes que vivir tu propia vida.

–Y lo haré –insistió Mack.

–Quiero ver ese proyecto –repitió Susie–. Ahora, por favor.

–Dios mío, ¡qué mandona!

–Siempre has sabido que soy muy mandona. Y ahora, déjate de evasivas. ¿Tienes el proyecto o no? Y no quiero que me enseñes todas esas servilletas y esas notas que tomaste hace semanas en la cafetería.

Mack se echó a reír.

–Estupendo. Dame un minuto.

Regresó con varias hojas con ideas cuidadosamente anotadas y organizadas en diferentes secciones: costes potenciales para poner en marcha el proyecto, dinero para personal, imprenta... además de algunos posibles anunciantes. Incluso para una persona inexperta, era obvio que no era una propuesta muy solvente.

–¿No podrías incrementar el apartado de publicidad?

–No, si pretendo ser realista.

–A lo mejor tendrías que prescindir de parte de la plantilla –sugirió Susie.

–No sé cómo. He hablado con muchos editores de la zona. Este es el mínimo –la miró a los ojos–. No parece muy prometedor, ¿verdad? Desde luego, con esto no vamos a hacernos ricos.

–El dinero no importa. Lo que importa es la satisfacción y la posibilidad de conseguir tus objetivos –le miró a los ojos–. ¿Quieres seguir adelante, Mack? ¿De verdad te ilusiona el proyecto? ¿O eso solo era un ejercicio para tranquilizarme?

Para alivio de Susie, a Mack se le iluminó la mirada.

–Al principio, a lo mejor sí, pero cuanto más pensaba en ello, cuanto más hablaba con otra gente, más emocionado estaba. Será todo un desafío, de eso no cabe ninguna duda, pero también será la oportunidad de hacer algo que puede ser importante para esta comunidad.

Le dirigió a Susie una mirada que le indicó a esta lo mucho que necesitaba Mack algo que tuviera algún peso en el pueblo.

–Durante muchos años fui una estrella del deporte y después un columnista de éxito –le explicó Mack–. La gente del pueblo llegó a tratarme incluso con un poco de respeto, aunque sé que a mis espaldas siempre estaban diciendo «pobre Mack, mira de dónde ha salido». Ya no quiero tener que soportar la compasión de nadie. Quiero llegar a ser alguien a quien admiren porque ha conseguido algo importante.

–Ser un deportista profesional ya fue todo un logro –le contradijo Susie–. Y también lo fue tu trabajo como periodista. No lo menosprecies.

–Solo estoy diciendo que este periódico podría ser algo diferente, algo que perdurara en el tiempo y que fortaleciera a la comunidad.

Susie lo vio entonces desde su perspectiva y deseó con todas sus fuerzas que pudiera sacar adelante su proyecto.

–En ese caso, lo conseguiremos –le dijo con confianza–. Podríamos hablar con mi padre, o con mi tío Mick... –comenzó a decir, pero Mack la silenció con una mirada.

–Ni se te ocurra –le dijo inmediatamente–. Si el banco no me respalda sin el aval de alguno de ellos, buscaré otra forma de hacerlo.

–Vamos, Mack, sé razonable. No tiene nada de malo buscar respaldo para un negocio.

–No quiero el respaldo de tu familia –replicó con énfasis.

–¿Y el de Abby? Ella sabe cómo invertir el dinero. Lo hizo con mi madre para que Megan pudiera abrir la galería.

Mack la miró con incredulidad.

–Sí, lo hizo con el dinero de la familia –le recordó–, y a Megan no le hizo ninguna gracia cuando se enteró, ¿no te acuerdas?

Susie suspiró. Sí, a Megan le había molestado, pero la galería había tenido un gran éxito. Había podido pagar hasta el último centavo invertido por la familia, y Mack también podría hacerlo. Sin embargo, discutir con él en aquel momento en el que le veía apretar la mandíbula con tanta determinación, no tenía sentido.

–Muy bien. Por ahora, lo olvidaré. Solo quiero que sepas que si las cosas no funcionan en el banco, siempre tenemos esa oportunidad.

Mack se inclinó hacia ella y la besó.

–Me encanta que creas en mí, pero creo que podré arreglármelas solo. Ahora mismo, tu único objetivo tiene que ser la lucha contra el cáncer.

Susie frunció el ceño al oír aquel comentario. Sabía que Mack solo pretendía apoyarla, pero ya estaba comenzando a cansarse. Le quedara el tiempo que le quedara de vida por delante, quería vivirlo plenamente. No quería estar tan pendiente de su enfermedad que terminara olvidando lo que era realmente vivir. Quería disfrutar de la vida, quería celebrarla.

Miró a Mack.

–Hay algo de lo que me gustaría que habláramos.

–Ahora no –contestó Mack, comenzando ya a levantarse y a alejarse de la cama–. Necesitas descansar.

–Lo que necesito es que mi familia organice esa fiesta que comenzó a planear después de que nos casáramos a escondidas. Sé que les convenciste de que la retrasaran, pero me encantaría que la organizaran. Quiero bailar contigo y brindar por nosotros.

Mack la miró con el ceño fruncido.

–No estoy seguro...

–Pues yo, sí. Al doctor Kinneer le parece bien. No soy una inválida, Mack. Tienes que dejar de tratarme como si lo fuera. Llamaré a mi madre esta misma mañana y le diré una fecha. Los dos sabemos cuándo son más fuertes los efectos de la quimio. Evitaremos esas fechas.

–Pero ahora tienes el sistema inmunitario bajo mínimos –protestó Mack–. Tienes que evitar estar rodeada de mucha gente.

Susie le tomó la mano para pedirle que se sentara otra vez en la cama.

–Vamos a dejar unas cuantas cosas claras. Me encanta que quieras cuidar de mí, pero pretendo disfrutar de la vida. No pienso hacer ninguna estupidez, pero lo que no quiero es tener que mirar al pasado dentro de un tiempo y arrepentirme de no haber sido capaz de llenarlo de recuerdos hermosos. No quiero que el cáncer dirija mi vida, Mack.

–Pero...

Susie sacudió la cabeza.

–Nada de peros. Esta es la decisión que he tomado.

–¿Y yo no tengo nada que decir?

–Tienes mucho que decir sobre otras muchas cosas, pero no sobre esta –le miró a los ojos y vio en ellos la preocupación–. Por favor, no me discutas esto. Solo será una noche, Mack. Es lo único que te estoy pidiendo.

–Pero te conozco, Susie. Si cedo, primero será la fiesta, después querrás volver al trabajo y a continuación te pondrás a recibir clases de baile o cualquier cosa parecida.

Susie soltó una carcajada.

–Creo que en lo que se refiere a las clases de baile, puedes estar tranquilo. Bailar se me da fatal –se puso seria–. Pero podríamos hablar de la posibilidad de que vuelva al trabajo a tiempo parcial.

Mack suspiró pesadamente.

–¿Entiendes ahora lo que quiero decir? Muy bien, estoy de acuerdo con lo de la fiesta, si eso significa tanto para ti, pero olvídate de volver al trabajo.

–Podría ocuparme del papeleo en casa –sugirió.

Mack sacudió la cabeza, pero después se echó a reír.

–Diga lo que diga, piensas hacerlo, ¿verdad?

Susie sonrió radiante.

–Me temo que sí.

–En ese caso, de acuerdo –aceptó Mack con expresión resignada–. Cuentas con todas mis bendiciones.

–Gracias –contestó Susie con solemnidad–. Ahora, termina de ajustar tu propuesta y llama a Laila para que te de una cita. Yo voy a echarme una siesta. Esta lucha de ingenios me ha dejado agotada.

–Y a mí –dijo Mack, y la besó–. Te quiero.

Susie le observó mientras salía de la habitación y suspiró hondo. Había esperado durante mucho tiempo para poder oírle pronunciar esas palabras con tanta facilidad. Y rezó para tener tiempo de saborearlas.

Cuando Susie volvió a despertarse, la habitación estaba a oscuras y había alguien sentado en una silla, cerca de la ventana. Aunque no podía distinguírle los rasgos, supo instintivamente que no era Mack.

–Susie, ¿estás despierta?

Era su hermano.

–Matthew, ¿qué estás haciendo aquí? No te habrá llamado Mack para que vengas a cuidarme...

–¿Estás de broma? No se atrevería. No le dejarías sobrevivir para contarlo.

–Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

–Solo he venido a ver cómo estabas –contestó. Se acercó a la cama–. ¿Te importa?

Se sentó en el borde de la cama antes de que Susie hubiera podido contestar. Susie encendió la lámpara de noche y al ver el rostro demacrado de su hermano, preguntó:

–¿Qué ha pasado? ¿Le ha pasado algo a mamá? ¿A papá? ¿A Luke?

Matthew curvó ligeramente los labios.

–Todo el mundo está bien, excepto tú.

–Bueno, yo también terminaré estando bien. Ahora, cuéntame lo que te pasa. Tienes cara de haber perdido a tu mejor amigo.

Matthew la miró con ironía.

–Intenta adivinarlo.

Susie intentó recordar el estado de la vida amorosa de su hermano durante la semana anterior, y la anterior... Matthew cambiaba tanto de novia como de camisa. Susie siempre había pensado que estaba intentando emular a Mack.

Al final renunció a adivinarlo y preguntó:

–¿Quién ha sido esta vez?

Mack se movió incómodo en la silla.

–No puedo decírtelo.

–Esta conversación está siendo un poco difícil, ¿no te parece? Si quieres que te ayude, necesitaré más detalles.

–Nos estamos viendo prácticamente a escondidas. Y probablemente lo mejor es que sigamos así.

–¿Es alguien que conozco?

–Lo siento, no puedo decírtelo.

–Eso significa que sí –concluyó Susie–. ¿Por qué mantenéis la relación en secreto?

–A ella le parecía lo más sensato, eso es todo. Y teniendo en cuenta las circunstancias, creo que tenía razón.

–Entonces, ¿la relación ha terminado?

–Eso dice ella –contestó Matthew, desolado.

–¿Qué ha pasado?

–Eso es lo peor de todo –contestó Matthew con calor–. No tengo ni idea. Todo iba bien, mejor que bien, de hecho, y de pronto me encuentro con un «gracias por lo bien que nos lo hemos pasado. Ya nos veremos».

–Entiendo.

–¿Crees que para ella solo era cuestión de sexo? –preguntó.

Parecía un niño perdido, más que el, aunque protegido en algunos aspectos, experimentado

hombre de veintiséis años que era.

–Ya sé que se supone que los hombres solo piensan en el sexo, pero yo pensaba que las mujeres funcionaban de otra manera.

Susie le miró con pesar.

–Probablemente yo no sea la persona más adecuada para aconsejarte en este caso. Mack siempre ha sido el único hombre para mí. No he tenido muchas citas y mis aventuras sexuales podrían contarse con los dedos de una mano –posó la mano en su brazo–. ¿De verdad te importa esa mujer o es un problema de ego herido?

En los ojos de Matthew apareció una llama.

–Estoy enamorado de ella –contestó–. Y se lo dije.

¡Ah!, pensó Susie, a lo mejor había provocado un ataque de pánico. Normalmente ocurría al revés, eran los hombres los que salían corriendo, pero suponía que las mujeres también podían asustarse.

–A lo mejor pensaba que te estabas tomando la relación demasiado en serio muy rápidamente.

–Pero si la conozco desde siempre.

–¿Y cuánto tiempo llevabais saliendo?

–Un mes, más o menos. Fue algo que ocurrió sin pensar, ¿sabes? Habíamos salido algunas veces a tomar algo, pero de pronto las cosas cambiaron... no sé si entiendes lo que quiero decir.

Susie consiguió disimular una sonrisa.

–Sí, sé lo que quieres decir. Pero continuó pensando que estás hablando con la persona equivocada. Esta conversación tendrías que tenerla con ella. Si tanto significa para ti, siéntate con ella e intenta averiguar lo que le está pasando por la cabeza.

–Sí, supongo que tiene sentido –contestó Mack, aunque con obvia reticencia.

–Sé que los hombres odiáis tener conversaciones profundas sobre vuestra vida sentimental, pero esa es la única manera de acabar con los malos entendidos y de comunicarse con sinceridad.

Matthew le dirigió una mirada penetrante.

–¿Mack y tú os comunicáis con sinceridad últimamente?

Susie frunció el ceño al oír la pregunta.

–Claro que sí. Y más nos vale, ahora que estamos casados. Ya no tenemos que luchar contra todas las dudas que yo tenía sobre su capacidad para mantener una relación seria.

–Supongo que sabes lo mucho que me alegro por ti, ¿verdad? –preguntó Mack con entusiasmo–. Mack es el mejor. Luke y yo le dijimos que se alejara de ti porque... bueno, ya conoces la historia. No pretendíamos hacerte ningún daño.

–Lo sé, y agradezco que intentarais protegerme. Pero ahora las cosas van bien.

–Excepto por el cáncer –señaló Matthew–. Es una faena.

Susie asintió.

–Sí, una verdadera faena.

Su hermano se levantó, cuadró los hombros y apretó los labios con un gesto de determinación. Susie sonrió y alzó la mirada hacia él.

–¿Desde cuándo has crecido tanto? –preguntó Susie al verle tan alto, añorando los días en los que atormentaba a su hermano pequeño.

–Crecí mientras tú estabas ocupada pensando en Mack. Creo que ni siquiera eres consciente de lo mucho que he ascendido en la constructora de tío Mick. Incluso hay quien piensa que soy tan buen arquitecto como él.

Susie detectó una nota de orgullo en su voz y comprendió que nunca le había animado lo

suficiente para que siguiera la carrera profesional que había terminado interponiéndole entre su padre y su tío.

—¿Papá y tú habéis superado ya vuestras diferencias? No le hizo ninguna gracia que decidieras trabajar para el tío.

Matthew se encogió de hombros.

—Es posible, pero papá es un hombre pragmático. Sabe que con tío Mick puedo adquirir una gran experiencia —sonrió—. Y le he prometido construir unas casas espectaculares en los terrenos que tenemos a las afueras del pueblo, así que todos contentos.

Susie se irguió en la cama.

—¡En Beach Lane! —exclamó emocionada—. ¿Nos diseñarías una casa a Mack y a mí? Ahora a lo mejor no podríamos permitirnoslo, pero me gustaría ver los planos sobre el papel.

Matthew le sonrió de oreja a oreja.

—Hecho —dijo inmediatamente—. Me estaba preguntando qué regalo de boda podría haceros y ahora ya lo sé. Concertaremos una reunión para que puedas explicarme exactamente lo que quieres.

—Pero yo quiero pagarte —protestó Susie.

—Ni lo sueñes —le dio un beso en la frente—. Gracias por el consejo, Susie. Estaré en contacto contigo para hablarte del proyecto.

—Puedes contar con mi consejo cuando quieras. Y si todo sale bien, preséntame a esa mujer, ¿de acuerdo?

Apareció en el rostro de Matthew una expresión de culpabilidad. Antes de que Susie pudiera preguntar a su hermano por ella, este se volvió.

—Sí, de acuerdo —farfulló mientras se dirigía hacia la puerta.

—¡Ya sabes que en este pueblo no hay secretos! —le gritó Susie.

—Pues ahora mismo hay por lo menos uno —respondió él riendo—. Y si me lo propongo, creo que seré capaz de mantenerlo.

—Matthew O'Brien, vuelve ahora mismo aquí —le ordenó Susie.

Matthew asomó la cabeza por la puerta.

—¿Por qué quieres mantenerlo en secreto? —le preguntó Susie—. A lo mejor deberías preguntártelo.

Matthew la miró muy serio.

—No he sido yo el que ha tomado esa decisión. Si por mí fuera, lo sabría el mundo entero.

—Entonces, ¿qué estás haciendo con una mujer que se avergüenza de que los demás sepan que estás con ella? No me parece que sea una relación saludable, Matt.

—Si supieras quién es lo comprenderías. Comprendo sus motivos. Es posible que no me guste la situación, pero la comprendo.

Susie le miró preocupada.

—Pues en mi caso, la situación me está haciendo saltar todas las alarmas. A lo mejor deberías pensártelo con calma, darte algún tiempo.

—No, no es nada que no sea capaz de manejar —insistió, pareciendo de pronto mucho más seguro de sí mismo—. Te quiero, Susie.

—Yo también te quiero.

Pero eso no significaba que no pretendiera llegar al fondo de aquel asunto. Y si había una mujer planeando engañar a su hermano, se enfrentaría a ella con toda la furia de los O'Brien. Nadie se metía impunemente con un O'Brien, por lo menos en Chesapeake Shores.

Capítulo 13

Después de la conversación con Susie, Mack no había perdido el tiempo y había puesto el punto final a su proyecto. Cuando llamó a Laila Riley al banco, esta le dijo que fuera a verle inmediatamente. Sorprendido por su entusiasmo, Mack se presentó en el banco a los pocos minutos.

–Antes que nada, quiero saber cómo está Susie –le dijo Laila después de que se sentaran el uno frente al otro.

Estaban en un despacho salpicado de obras de arte de colores intensos. Comparado con el resto del banco, con su aburrido mobiliario, aquel despacho era alegre y luminoso como la propia Laila. Laila era una mujer muy alta que no hacía ningún intento por disimularlo. Vestía con modelos de colores llamativos y tacones que realzaban su altura y sus piernas perfectamente torneadas.

–Susie está soportando los efectos de la quimioterapia mucho mejor de lo que lo haría yo –contestó Mack llanamente–. Después de cada sesión se encuentra fatal, pero jamás se permite una queja, por lo menos delante de mí.

–Susie siempre ha tenido una fortaleza impresionante –señaló Laila–. Creo que no hemos sido realmente conscientes de ello porque es muy buena en todo lo que hace. Pensamos que lo único que necesita para conseguir algo es proponérselo.

Mack la miró pensativo.

–No me digas que tienes los mismos problemas con Susie que Jess.

Laila soltó una carcajada.

–¡Dios mío, no! La competitividad es un rasgo de los O'Brien. Yo tengo la suerte de no padecerlo.

–Excepto en lo que se refiere al trabajo y a Trace –le recordó Mack, que la conocía bien–. Si no recuerdo mal, tuviste que competir con Trace durante mucho tiempo.

–Curiosamente, mi hermano y yo nunca lo vivimos como una competición. Él nunca quiso trabajar en el banco, pero yo sí. Era mi padre el que pensaba que su hijo tenía que heredar la presidencia del banco, después de un periodo de prácticas como vicepresidente, por supuesto. Sin embargo, a mí solo me ofrecía la posibilidad de trabajar de cajera. Yo no soportaba esa actitud tan machista. Me quedé fuera de la competición durante muchos años, hasta que mi hermano fue capaz de hacer lo que yo no pude. Fue Trace el que convenció a mi padre de que yo era más apta para este trabajo que él.

–Ahora que has conseguido este trabajo, ¿eres feliz? –preguntó Mack.

Tenía la sensación de que Laila no se sentía tan realizada como pretendía.

–¿Con mi trabajo? Por supuesto –contestó inmediatamente.

Laila se encogió de hombros.

–Nunca se puede tener todo, ¿verdad?

–No sé por qué no. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Laila hizo un gesto con la mano, rechazando el ofrecimiento.

–No has venido hasta aquí para hablar de mi vida personal. O de la falta de ella –añadió, imprimiendo una nota de ánimo a su voz–. Ahora, déjame ver ese proyecto.

Mack sacó un puñado de folios del maletín y se los tendió.

–Nunca había hecho nada parecido, así que puedes tachar todo lo que quieras y decirme lo que me falta. Quiero sacar adelante este proyecto, Laila, así que estoy dispuesto a hacer todo lo necesario para demostrarte que merece la pena arriesgarse a concederme un préstamo.

Comenzó su discurso sobre el importante papel que podría jugar un periódico local en el pueblo, pero Laila le interrumpió.

–No tienes que venderme la idea –le dijo–. Este pueblo necesita tener su propio periódico desde hace mucho tiempo. Esa es la razón por la que te he pedido que vinieras a hablar conmigo en cuanto me has llamado. Llevo tiempo oyendo rumores al respecto y tengo que admitir que estoy intrigada. De lo único que tienes que convencerme es de que es económicamente viable. Déjame echarle un vistazo.

Mack esperó nervioso mientras Laila iba revisando las páginas y anotando datos en una libreta. Al final, Laila alzó la mirada para decirle con una expresión que a Mack le pareció indescifrable:

–Mack, por mucho que me guste personalmente este proyecto, es imposible sacarlo adelante sin correr algún riesgo. ¿Estás seguro de que quieres iniciar un negocio tan arriesgado? Sobre el papel, todo parece correcto, pero tanto tú como yo sabemos que la prensa impresa no está ahora mismo en su mejor momento. Y, francamente, algunas de las cifras son preocupantes.

Mack comprendía sus reservas. Él también las compartía, pero estaba seguro de que sacaría el proyecto adelante.

–He intentado ser conservador –le explicó–. Era consciente de que no iba a engañarte haciendo castillos en el aire. Sin embargo, creo que debería recordarte que este es un nuevo modelo de negocio. Incluye la difusión telemática del periódico, lo que les dará a los anunciantes mucha más proyección a cambio del dinero invertido en publicidad.

–¿Cómo funcionaría? –preguntó Laila, con más curiosidad que escepticismo.

–Si consigo financiación para el proyecto, lo primero que haría sería contratar a una persona para que coordinara la web. Ya tengo a una persona en mente. Es una mujer con la que trabajaba en Baltimore. Tiene un talento excepcional y creo que le gustaría aceptar el desafío de empezar algo desde cero. Es una mujer inteligente y con experiencia. Su presencia sería una gran aportación tanto para el proyecto como para el pueblo.

Laila no parecía muy convencida.

–No pretendo ser negativa, porque la verdad es que me encanta la idea, ¿pero de verdad crees que puedes convencer a alguien de que deje un periódico importante para venir aquí? No tienes esa clase de presupuesto, Mack.

–Pero puedo ofrecerle una parte de los beneficios –la contradijo–, además de la oportunidad de hacer algo nuevo e innovador en vez de continuar intentando sacar adelante una bestia enorme y con problemas. Mira, estoy dispuesto a invertir gran parte de mi propio dinero en el proyecto, pero necesito más de lo que tengo para sacarlo adelante.

–¿Tanta fe tienes en tu proyecto? –le preguntó Laila.

–Sí.

–¿Y has pensado en buscar otros inversores?

Mack frunció el ceño al oír la pregunta.

–No pienso pedirles respaldo a los O'Brien.

–¿Y qué me dices de Abby? Se dedica a hacer inversiones constantemente. Sería un asunto

estrictamente de negocios.

–¿De verdad? –preguntó Mack con escepticismo–. Desgraciadamente creo saber dónde empezó precisamente Abby, con la familia. No olvides lo que pasó con Megan.

Laila se echó a reír.

–Mi padre todavía se está tirando de los pelos por no haber presionado más al comité para que aprobara el crédito. La galería de Megan ha hecho ganar mucho dinero a sus inversores, probablemente porque tenía la motivación de devolverles el dinero.

–Sí, yo también estoy muy motivado, pero no quiero dejar mi destino en manos de la familia de Susie.

–¿Por alguna razón en particular, además del orgullo? –preguntó Laila.

Mack sonrió al oír la pregunta.

–No puedo negar que en gran parte es un problema de orgullo, pero tampoco quiero que ninguno de ellos pueda dudar ni un solo segundo de los motivos por los que me casé con Susie. Me casé con ella por amor, no para conseguir que el resto de la familia me respalde en un negocio.

Laila asintió. Parecía satisfecha con la respuesta.

–Te comprendo y lo respeto. ¿Y qué te parece esto? Intenta sumar a la coordinadora de la web al proyecto, añade algunas ideas y revisa las cifras. Cuando hayas hecho todo eso, le echaré otro vistazo a tu propuesta.

Mack negó con la cabeza.

–No es suficiente. No puedo pedirle que se comprometa en el proyecto si después nos dejas en la estacada.

–Lo único que necesito es que se muestre de acuerdo –le explicó Laila–. No tiene que renunciar a su trabajo ni venir a vivir al pueblo. Puede manejar todo esto de forma discreta para no arriesgar su puesto de trabajo en el caso de que al final no salga adelante.

Mack se levantó.

–En ese caso, trato hecho.

Le tendió la mano, pero en vez de estrechársela, Laila salió de detrás de su escritorio y le dio un abrazo.

–Solo una cosa más, Mack.

Hubo algo en su expresión que le hizo detenerse.

–¿Qué?

–¿Y esa mujer tan inteligente puede causar problemas entre Susie y tú?

Mack frunció el ceño.

–¿Cómo puedes preguntarme una cosa así?

–Porque tienes todo un historial, amigo mío, y me preocupan los sentimientos de Susie. No quiero que le rompas el corazón intentando seducir a otra mujer para que trabaje contigo.

–Créeme, la seducción, tal y como la estás entendiendo, no va a jugar ningún papel en esto. Tengo principios –contestó ofendido–. Mi relación con Kristen Lewis será estrictamente profesional. Susie no tiene nada de lo que preocuparse.

–¿Tuvisteis otro tipo de relación en el pasado? –preguntó Laila con una franqueza que Mack no pudo menos que respetar, a pesar de que era una pregunta incómoda.

Le habría gustado contestar que eso no era asunto suyo, pero comprendía los motivos que le llevaban a interesarse por ello.

–Hace mucho tiempo, y no fue nada importante.

–¿Y Kristen Lewis lo comprende?

–Hemos conseguido seguir siendo amigos, si es eso lo que estás preguntando.

–¿Y Susie está al tanto de esa relación?

Mack negó con la cabeza.

–No creo que Susie tenga ningún interés en saber los nombres de las mujeres que han formado parte de mi pasado.

–Es posible que ahora lo tenga, sobre todo si pretendes traer a esa mujer al pueblo. Piensa detenidamente en ello antes de tomar una decisión. Ahora mismo la autoestima de Susie no está en su mejor momento.

–Susie sabe que no tiene nada por lo que preocuparse –insistió Mack.

Pero incluso mientras lo decía, su mente conjuró la imagen de Kristen, una rubia espectacular. Eran muchos los que se fijaban únicamente en su cuerpo y su belleza de modelo y pasaban por alto su ingenio y su inteligencia. En condiciones normales, eso no habría supuesto ningún problema para Susie, que tenía una capacidad innata para juzgar a los demás, pero teniendo en cuenta lo insegura que se sentía en aquel momento, se preguntó si Laila no tendría razón.

–Informaré a Susie y después tomaré una decisión –dijo al final, consciente de que no tenía otro remedio. No quería minar la confianza de Susie, y menos en un momento como aquel–. Estaremos en contacto.

–Espero que pronto –contestó Laila–. A pesar de todas las reservas que he expresado, Mack, creo que la idea es muy interesante y quiero ayudarte a sacarla adelante.

–Gracias por los ánimos, y por el consejo.

–Solo estoy intentando cuidar a unos amigos que me importan –fue la respuesta de Laila–. Dale recuerdos a Susie de mi parte.

–Lo haré –le prometió Mack.

Estaba saliendo del banco cuando se encontró con Matthew en la entrada.

–Hola, Matthew, ¿qué haces por aquí? –le preguntó a su cuñado.

Un extraño rubor coloreó las mejillas de Matthew.

–Nada, necesito hablar con Laila. ¿Sabes si está en el banco?

–Sí, acabo de salir de su despacho.

Matthew se detuvo. Era obvio que estaba haciendo un esfuerzo para no mostrarse nervioso. Mack le miró con curiosidad. Jamás había visto tan alterado a su cuñado.

–¿Te pasa algo, Matt?

–¿Qué me va a pasar? –preguntó Matthew a la defensiva.

–No tengo ni idea, pero pareces un poco tenso.

–Estoy bien –insistió Matthew–. ¿Has venido a hablar del periódico nuevo?

Mack asintió.

–¿Qué tal ha ido todo?

–Digamos que Laila tiene algunas preocupaciones bastante comprensibles. Todavía tengo muchas cosas que hacer antes de que pueda tomárselo en serio.

–A lo mejor puedo interceder por ti –se ofreció Matthew.

Mack le miró con curiosidad.

–¿De verdad? ¿Y por qué iba a hacerte caso Laila?

En aquella ocasión, el azoro de Matthew fue más que evidente.

–Es una antigua amiga de la familia. Es hermana de Trace, y, por lo tanto, cuñada de Abby y todo eso.

Mack no siempre era un hombre atento a los matices, pero no cabía la menor duda de lo que

estaba pasando allí. Él también había sido un maestro de la evasión en lo relativo a sus relaciones sociales. Agarró a Matthew del brazo y lo condujo calle abajo hasta la cafetería Sally's.

–Cuéntamelo –le ordenó después de sentarse y pedir un par de refrescos.

Matthew le miró con fingida inocencia.

–¿Qué quieres que te cuente?

–Qué relación tienes con Laila –contestó Mack–. Por favor, dime que no estáis teniendo una aventura.

–Si fuera ese el caso, no sería asunto tuyo –replicó Matthew indignado–. Eres mi cuñado, no mi niñera.

–Tiene diez años más que tú por lo menos –señaló Mack.

–Sí, tiene diez años más que yo, ¿y qué?

–Mira, en otras circunstancias, yo también diría que tu vida sentimental no es asunto mío, pero lo último que necesito es que lo que está pasando entre vosotros pueda interponerse en mi propuesta.

–¿Por qué iba a hacerlo? –preguntó Matthew–. Ya te he dicho que intentaré hablarle bien de ti.

–Y cuando esta locura de relación termine, puedo verme en medio de un fuego cruzado –le reprochó Mack, sin importarle lo egoísta que sonaba aquella frase.

Si hubiera pensado ni por un instante que podía haber una relación seria entre aquellos dos, se habría retractado, ¿pero qué podía haber allí? Laila no era una mujer que se encaprichara normalmente de jovencitos. Matthew, sin embargo, tenía un historial amoroso que podía competir con el suyo en cuanto al enamorar y dejar después a mujeres. Estaba escrito que aquello iba a terminar con un corazón roto.

–No sé de qué manera podría hacerle ningún daño a tu negocio –insistió Matthew con cabezonería–. Además, la relación no tiene por qué acabarse. De hecho, he venido aquí para intentar encauzarla.

Mack estuvo a punto de gemir.

–Si tienes que encauzarla, quiere decir que ya ha descarrilado en una ocasión.

–¡Oh, tranquilízate un poco! –le pidió Matthew con impaciencia–. No intentes convencerme de que cuando tenías mi edad llevabas una vida completamente virtuosa. Los dos sabemos que no es cierto.

–Jamás se me ocurriría intentar convencerte de nada parecido –replicó Mack–. Pero eres tú el que has señalado que Laila es como parte de la familia, y eso significa que no deberías arriesgarte a hacerle daño. Imagínate el caos que podrías llegar a organizar.

–No voy a hacerle daño –insistió Matthew–. Para mí esto no es ningún juego, como sí lo era para ti.

Mack esbozó una mueca ante aquella indirecta.

–De acuerdo, pero cuando Trace y Abby desciendan sobre ti y arrastren a tu padre y a Mick a la batalla, no digas que no te lo advertí.

–Tomo nota –respondió Matthew. Vaciló un instante y añadió–. Por cierto, no le comentes a Susie nada de esto, ¿de acuerdo? Ya tiene suficientes preocupaciones. Antes he estado hablando con ella de la situación, pero he evitado nombrar a Laila. Sabía que se asustaría.

–No le diré una sola palabra –le aseguró Mack.

Pero conocía Chesapeake Shores suficientemente bien como para saber que le llegaría la noticia, y cuando eso sucediera, nadie podía imaginar el infierno que se iba a desatar.

Susie había conseguido ducharse y ponerse una combinación de encaje, otro regalo de la romántica Shanna, para cuando Mack llegó a casa del banco. Había abierto una botella de sidra y preparado la cena.

–¿Qué celebramos? –preguntó Mack en cuanto entró.

–Que haya conseguido levantarme de la cama –dijo inmediatamente y sonrió–. Aunque espero que esto nos haga volver.

Alzó el delicado encaje de manera que la luz de las velas pudiera atravesarlo. Reconoció el brillo de la pasión en los ojos de Mack.

–¿De verdad? –le preguntó Mack con la voz enronquecida por el deseo.

–Sí, de verdad –contestó, deslizándose en sus brazos–. ¿Está funcionando?

–Vaya, definitivamente has conseguido llamar mi atención. ¿Estás...?

Susie le silenció con un beso.

Para cuando le soltó, Mack había perdido su habitual serenidad.

–Eh, Susie, ¿no crees que deberíamos comer algo?

–¿De verdad quieres cenar algo que no sea yo? –le preguntó ella en tono desafiante.

–Por supuesto que no, pero...

Susie sonrió de oreja a oreja.

–Estás empezando a ponerme nerviosa.

Aquello bastó para que desaparecieran las reservas de Mack.

–En ese caso, de acuerdo –la levantó en brazos–. Tú primero y la cena después.

–Me parece un buen plan –contestó Susie feliz.

Aunque solo fuera durante unas horas, pudo olvidarse completamente del cáncer, de la quimioterapia y de todo lo relacionado con su enfermedad. Susie consiguió no ser nada más que una mujer que estaba por fin con el hombre al que siempre había amado. Y nada más importó.

Solo después, cuando remitió la pasión y estaban los dos juntos abrazados en la cama, se le ocurrió preguntar:

–¿Cómo te ha ido en el banco?

–Tenemos muchas cosas de las que hablar –contestó evasivo.

–¿Eso qué significa?

–Significa que tenemos muchas cosas de las que hablar –repitió–. Pero podemos hacerlo durante la cena. ¿Has dormido esta tarde?

–Sí, me he pasado la mayor parte de la tarde durmiendo, hasta que ha llegado Matthew.

Mack se quedó muy quieto, como si estuviera en guardia.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué ha venido Matthew? ¿Quería algo en particular?

–Quería que le aconsejara sobre una relación sentimental, ¿te lo puedes creer?

–¿Y te ha dado algún detalle?

–¡Ni uno! Pero creo que se trata de algo serio. Parecía muy afectado. Supongo que la mujer le ha dejado y no entiende por qué. Debe de haber sido un duro golpe para su ego. No son muchas las mujeres que han dejado a Matthew durante todos estos años. Siempre ha sido el hombre deseado –sonrió–. Se parece mucho a ti. De hecho, creo que yo he sido la única mujer que te ha dicho que no quería salir contigo.

Mack soltó una carcajada.

–Y mira cómo hemos terminado –le recordó–. Creo que hay hombres para los que un no es casi un afrodisíaco.

–Me gustaría saber quién es esa mujer. Espero que sea alguien que se merezca a mi hermano.

–¿No te has parado a pensar si podría ser tu hermano el que no se la mereciera?

Susie frunció el ceño ante aquella sugerencia.

–¿A qué viene esa pregunta? –preguntó, saliendo en defensa de su hermano–. Yo pensaba que Matthew te caía bien. Él te idolatra.

–Creo que «idolstrar» es una palabra demasiado fuerte. Nos llevamos bien y sé que es un buen tipo. Pero me pregunto si estará a la altura de las circunstancias.

Susie le miró con los ojos entrecerrados.

–Eso suena casi como si supieras algo que yo no sé. ¿Es así?

Mack se inclinó hacia ella y la besó.

–No puedo decírtelo. Y estoy hambriento. Vamos a cenar.

A Susie le sonaron las tripas.

–Evidentemente yo también estoy hambrienta. Si no, no ibas a librarte de mí con una evasiva como esa. Ya volveremos a hablar de esto después del postre.

–No, si puedo evitarlo. Tengo otros planes para el postre.

–Vaya, realmente, debes de tener muchas ganas de evitar el tema –dijo Susie, estudiándole con atención–. Y me pregunto por qué.

–¿Y no crees que podría ser porque encuentro a mi esposa sexy y deseable?

Susie soltó una carcajada.

–Bueno, por supuesto, sé que lo soy, pero también sé que aquí está pasando algo más. Y te convendría informarme, porque, antes o después, lo averiguaré.

–No lo he dudado ni por un instante. Pero estoy deseando asumir el desafío de no ser yo el que te dé el chivatazo.

–Me estás provocando –le advirtió Susie.

Mack le guiñó el ojo.

–Sí, te estoy provocando.

Susie le miró a los ojos, vio el brillo que en ellos se reflejaba y se maravilló de la rapidez con la que su amistad había pasado a ser la clase de matrimonio tranquilo y afectuoso que siempre había envidiado, un matrimonio como el de sus padres.

Se puso seria y le acarició la mejilla.

–¿Tienes idea de lo mucho que te quiero?

–Lo mismo digo –contestó Mack–. Siento mucho que hayamos tardado tanto en llegar hasta aquí.

–Pero lo hemos conseguido, y eso es lo que cuenta. Y ahora ya siempre estaremos así.

Mack la llevó de nuevo a la cama con él, olvidándose completamente de los postres.

–Siempre –musitó contra sus labios.

Era una promesa que Susie llevaría en el corazón durante todos aquellos tratamientos horribles a los que se estaba sometiendo. Porque le daba una razón para luchar.

Laila alzó la mirada de la propuesta de negocio de Mack y vio a Matthew O'Brien en la puerta de su despacho. Para su irritación, el corazón le dio un vuelco al verle.

–Creía que todo había terminado entre nosotros –le advirtió, intentando mantener la voz fría y distante.

Sabía que ofrecerle a aquel hombre la más mínima ranura solo serviría para destrozarle el corazón.

–Creo que lo dejé muy claro hace unas cuantas semanas, el día de la cena en casa de Mick y Megan.

–Sí, lo dejaste muy claro –contestó Matthew mientras entraba en el despacho.

Se sentó frente a ella, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y la miró con una franqueza que elevó varios grados la temperatura de Laila.

–Pero he decidido ignorarte.

–Matthew –protestó Laila–, esta relación es una locura.

–Posiblemente, pero eso no significa que no sea increíble.

–No va a llevarnos a ninguna parte –continuó diciendo Laila–. Soy demasiado mayor para ti.

–No lo he notado...

–¿Lo ves? Precisamente ese es el problema. Que no oyes nada de lo que digo.

–Oigo todo lo que dices –la corrigió–. Y también lo que no dices, por cierto.

–¿Qué se supone que significa eso? –preguntó Susie frustrada.

–Significa que estás diciendo lo que piensas que debes decirme, aunque lo que quieres es algo completamente diferente.

Laila frunció el ceño ante aquella muestra de prepotencia.

–Tú no tienes idea de lo que quiero.

–Claro que sí –respondió Matthew sonriendo–. ¿Quieres que te lo demuestre?

Para enfado de Laila, el pulso comenzó a acelerársele como le ocurría siempre que Matthew le hacía una proposición destinada a ponerla nerviosa.

–Matt, estamos en mi despacho. No puedes venir aquí para mantener esta clase de conversaciones. Eso solo demuestra lo inmaduro que eres.

A los ojos de Matthew asomaron chispas de enfado. Por un instante, Laila pensó que iba a tomarse su comentario como una especie de desafío y sabía por experiencia que sería un error permitir que eso ocurriera.

–No pretendía darte ninguna idea –añadió rápidamente.

Matthew se echó a reír.

–Tú siempre me das ideas.

–Pues no debería. No es eso lo que pretendo –hasta ella misma notaba la desesperación que reflejaba su voz–. Vete, tengo trabajo.

–Yo también. Llevo casi toda la tarde fuera de la oficina, pero no pienso irme hasta que hayamos llegado a alguna especie de acuerdo.

–¿Sobre qué? Matthew, todo ha terminado. Lo nuestro fue un error. No sé cómo puedo dejártelo más claro.

Pero incluso mientras lo decía, una parte de Laila gritaba que había sido ella la única que había cometido un error. No se había sentido tan deseable, tan libre, desde hacía años. Matthew había insuflado nueva vida a su aburrida y monótona existencia. Pero no le parecía correcto. Aunque, pensó una vez más, quizá eso formara parte del atractivo de su relación con Matthew, el pensar lo mucho que se sorprendería la gente si supiera que estaban juntos.

Matthew la miró a los ojos y a Mack se le pusieron los pelos de punta.

–Y yo tampoco sé cómo dejártelo más claro –respondió con tranquilidad–. Esto no ha terminado, Laila. Ni de lejos. Puedes decírmelo de cien maneras diferentes si quieres, pero no voy a permitir que me dejes.

–Matthew, esto es una locura –repitió Laila.

–Sí, ya me lo has dicho. Sin embargo, yo apuesto por hacerlo durar. Creo que al menos deberíamos permitirnos averiguar hasta dónde nos puede llevar.

–A ninguna parte –contestó Laila con vehemencia–. No va a llevarnos a ninguna parte.

Matthew negó con la cabeza.

–No me convences.

–¿Por qué tienes que ser tan cabezota?

–Soy un O’Brien. Y los O’Brien somos cabezotas.

–Pero se supone que tú formas parte del sector más sensato de la familia –repuso Laila frustrada.

–¿No conoces a Susie? Ha estado esperando durante años a que Mack terminara casándose con ella. Nadie pensaba que tenían la menor oportunidad de estar juntos siquiera. Y ahora, míralos. Por imposible que pudiera parecer, su relación está funcionando.

–¿Estás sugiriendo que tú y yo tenemos un destino similar? –preguntó Laila sin poder disimular su estupefacción.

–Eso no lo sabremos a menos que nos demos una oportunidad –contestó Matthew–. Mira, estoy dispuesto a seguir aceptando tus normas durante algún tiempo y a mantener nuestra relación en secreto, pero no pienso renunciar a ella sin luchar.

–¿Pero por qué? En este pueblo, y en esta región, por cierto, hay docenas de mujeres que son infinitamente menos complicadas que yo.

–Eso solo forma parte de tu encanto. Al parecer, me gustan las complicaciones.

Laila suspiró. Estaba claro que no iba a conseguir que saliera de allí a menos que se mostrara de acuerdo en lo que él quería. Aunque no sabía exactamente lo que era.

Le miró con los ojos entrecerrados.

–Matthew, ¿qué tengo que hacer para que te vayas?

–Tienes que dejar que te prepare la cena esta noche.

–¿Sabes cocinar? –preguntó Laila sorprendida.

–Lo suficientemente bien como para que no muramos de hambre. ¿Aceptas?

–Supongo que sí –contestó Laila.

El deseo se impuso a las sensatas reservas de Laila.

–¿En tu casa o en la mía?

Laila vaciló un instante. Sabía que la cena estaba lejos de ser el único menú de aquella noche.

–En tu casa –dijo por fin.

–¿A las siete en punto? –preguntó Matthew.

–Allí estaré.

Matthew se levantó entonces y le rozó los labios con un beso.

–¿Ves como no era tan difícil?

Laila le miró exasperada mientras se alejaba, aparentemente, muy satisfecho consigo mismo. Matthew no tenía la menor idea de lo difícil que había sido para ella. Cinco minutos más y habría terminado cerrando la puerta del despacho, tirando todo lo que tenía en el escritorio y haciendo el amor con él allí mismo.

Al parecer, Matthew O’Brien tenía la capacidad de hacerle perder el sentido común, la razón, la lógica y todas aquellas cosas de las que tanto se enorgullecía. Y eso le convertía no solo en el hombre menos apropiado con el que había salido en su vida, sino también en el más peligroso.

Capítulo 14

Mack pretendía hablar con Susie de Kristen Lewis durante la cena, pero al final, la noche se les había ido de las manos. No había querido acabar con el buen humor de Susie y sus tentativas de seducción sacando un tema que, estaba seguro, habría estropeado el momento. Por lo menos eso era lo que se decía para justificar el hecho de haber postergado aquella conversación. Pero cuando comentó con Will y con Jake la conversación que había mantenido con Laila, ambos le miraron con expresión escéptica.

–No se lo has contado a Susie porque tienes miedo de cómo puede reaccionar –replicó Will–. Sabes que no le va a hacer ninguna gracia la idea de que traigas al pueblo a una de tus antiguas amantes, por muy inocente que vaya a ser vuestra relación.

–Bree me destrozaría si se me ocurriera hacer algo parecido –le advirtió Jake.

–Lo mismo digo de Jess –añadió Will–. No creo que sea una buena idea, Mack, sobre todo en un momento como este, cuando el futuro de Susie está en el aire.

Pero Mack no estaba dispuesto a reconocer la derrota, a pesar de la validez de sus argumentos.

–Pero Kristen tiene unas capacidades que la convierten en un elemento crucial para que pueda salir adelante el periódico –repuso.

Incluso mientras lo decía, comprendía que debería sopesar el impacto que la presencia de Kristen podía tener en la frágil autoestima de Susie en aquel momento.

–Puedes justificarlo como quieras, y tus intenciones pueden ser de lo más honrosas, pero intenta verlo a través de los ojos de Susie –insistió Will–. Es una idea que puede terminar siendo considerada como una traición en toda regla. ¿De verdad quieres verla preocupada, aunque solo sea durante un segundo, porque puedas volver a empezar una relación con esa mujer?

–Vamos, Will, Susie es una mujer razonable –protestó Mack–. Lo comprenderá.

–A lo mejor. Teóricamente –fue la respuesta de Will.

–Pero es una mujer –añadió Jake–. Ellas no piensan como nosotros.

–¿No hay ninguna otra persona en el mundo del periodismo a la que pudieras contratar para hacer ese trabajo? –quiso saber Will.

–Probablemente, pero Kristen es la única que conozco y es muy buena en lo que hace.

–¿Y merece la pena hasta el punto de que pueda poner en peligro tu matrimonio?

–¡Vamos, Will! –protestó Mack–. Eso no tiene por qué ocurrir. Susie está tan interesada como yo en sacar adelante ese periódico. En cuanto le explique lo importante que es la presencia de Kristen, estará de acuerdo. Además, no voy a darle una sola razón para que dude de mi amor por ella.

–Puedes intentarlo –se mostró de acuerdo Will–. Y sé que eso es lo que terminarás haciendo. Pero si quieres que te dé un consejo, descarta inmediatamente la idea.

Mack miró a Jake en busca de apoyo.

–Lo siento, amigo. Estoy con Will. Creo que puede ser un desastre.

Mack suspiró pesadamente. Ya había oído su opinión. En el fondo, y desde su conversación con Laila, sabía que la presencia de Kristen podría suponer algún problema para su matrimonio, pero

también confiaba en Susie y en lo que sentían el uno por el otro. Él no tenía ninguna clase de duda, ¿por qué iba a tenerla ella?

Incluso con el cáncer de por medio, seguramente sería capaz de adoptar un punto de vista práctico y comprender que Kristen era necesaria para el buen funcionamiento del periódico.

Miró a sus amigos con el ceño fruncido.

–Yo pensaba que me comprenderíais –gruñó.

–Y te comprendemos. Sencillamente, creemos que, en lo que a Susie concierne, te estás engañando a ti mismo –le aclaró Will.

–Sí, y no es el mejor momento para ello –confirmó Jake.

Mack regresó a casa con aquellas desalentadoras palabras resonándole en los oídos. Por lo menos podría plantearle la idea a Susie. Si a ella le incomodaba la presencia de Kristen, prescindiría de ella y buscaría a otra persona para que hiciera el trabajo. Incluso se prometió a sí mismo estar completamente pendiente de su reacción, más allá de sus palabras. La observaría, la escucharía y leería entre líneas. Intentaría adivinar todas las cosas que Susie no le decía por miedo a que fuera consciente de sus inseguridades.

–Susie, ¿estás en casa? –la llamó en cuanto entró en el apartamento.

Susie apareció en la puerta del dormitorio, tenía la tez verdosa y los ojos apagados.

–¿Dónde iba a estar? No he podido alejarme más de tres metros del baño en toda la mañana.

Mack esbozó una mueca. Debería haberse imaginado que los efectos de la quimioterapia la golpearían con todas sus fuerzas aquella mañana. A veces, Susie estaba perfectamente varias horas después del tratamiento, e incluso un día, y después se ponía a morir. Al cabo de unos días, los vómitos y las náuseas pasaban a formar parte del pasado... y así hasta la siguiente sesión.

–¿Qué puedo hacer por ti? –le preguntó al instante-. ¿Quieres unas galletas saladas? ¿Un refresco?

Susie negó con la cabeza.

–Vuelve a la cama –le pidió Mack-. Voy a buscarte un trapo frío para la cabeza.

Susie sonrió débilmente.

–Gracias.

Mack fue al dormitorio, se sentó en el borde de la cama y le colocó un trapo húmedo en la frente.

–¿Te encuentras mejor?

–Por ahora, sí –contestó-. Odio todo esto, Mack. Te aseguro que no es así como imaginaba nuestro primer año de matrimonio. Me encuentro tan mal que hay días que ni siquiera puedo levantarme de la cama.

–Hay muchos otros días en los que puedes levantarte e incluso salir de casa –le recordó-. La quimio no durará eternamente. Tienes que dejar de pensar en lo que te está costando y recordar que es el tratamiento que va a curarte. Concéntrate en el objetivo. Intenta considerar todos esos productos químicos como si fueran aliados.

Susie esbozó una débil sonrisa.

–¿Quién iba a pensar cuando te dedicabas al fútbol que tenías un talento sorprendente como animadora?

Mack soltó una carcajada.

–Consígueme unos pompones y te haré una coreografía. Estoy seguro de que las tengo grabadas a fuego en la memoria.

–Porque apenas podías apartar la mirada de Emma Martin –bromeó Susie-. ¿O era Bee-Bee

Leggett?

–Eso depende del año del que estés hablando.

–O del mes –replicó Susie.

–Era un auténtico canalla, de eso no hay ninguna duda –admitió. Le apartó un mechón de pelo de la cara–. Pero ya no. Lo sabes, ¿verdad?

–Por lo menos eso quiero creer –respondió Susie con un deje de tristeza en la voz.

–Y puedes creerlo –le aseguró Mack con firmeza.

Tomó aire. No sabía si aquel era el mejor momento para sacar el tema. Quizá fuera el peor, incluso, pero decidió abordarlo de todas formas.

–Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo. ¿Estás en condiciones para ello?

–Claro. Estoy dispuesta a hablar de cualquier cosa que me ayude a olvidar que en este momento mi estómago está bailando de manera particularmente enérgica.

–Ayer hablamos de la reunión que tuve con Laila, pero no profundizamos mucho en ello –sonrió de oreja a oreja–. Salió a relucir tu faceta más seductora y me olvidé de todo.

–Me comentaste que Laila tenía reservas sobre el préstamo.

–Sí, pero le planteé una idea que pareció aliviar parte de sus preocupaciones.

–¿Qué idea?

–Hay una persona a la que me gustaría contratar para que se encargara de la edición digital del periódico. Es una mujer con la que trabajaba en Baltimore –la miró con entusiasmo–. Es muy buena, Susie, una de las mejores en este negocio. Sería una gran adquisición. Laila está completamente de acuerdo. De hecho, podría ser una de las condiciones para que me concediera el préstamo.

Susie asintió y le miró con intensidad.

–De acuerdo –dijo lentamente–. Entonces, ¿por qué no contratarla si esa sería la forma de llegar a un acuerdo con el banco? ¿Dónde está el problema? ¿Y por qué tienes que consultarlo conmigo? El periódico es tuyo, Mack. No tienes por qué consultarme ese tipo de cosas.

–Creo que sí.

–¿Por qué?

Mack advirtió el miedo en su voz y supo que ya sospechaba que había mucho más detrás de aquella historia. Desvió la mirada, tomó aire y dijo:

–Porque es una mujer con la que me he acostado.

–Ya entiendo –susurró Susie con la voz ligeramente temblorosa.

–Cariño, fue mucho antes de que tú y yo comenzáramos a pasar tanto tiempo juntos. Nunca significó nada para ninguno de nosotros. No hubo ninguna clase de relación, ni siquiera corta. Solo fue una aventura. Tienes que creerme.

–Entonces, ¿por qué le estás dando tanta importancia?

–Porque no quiero que te enteres más adelante y puedas pensar que la única razón por la que la he traído es porque todavía hay algo entre nosotros. Te juro que fue algo que prácticamente terminó antes de empezar y ocurrió mucho antes de que fuera consolidándose nuestra relación. Han pasado años, Susie, y, de verdad, todo está más que terminado.

Susie frunció el ceño, pero no rompió a llorar. Mack lo interpretó como una buena señal.

–De acuerdo –dijo suavemente–. Gracias por ponerme al tanto.

–Entonces, ¿qué te parece? –insistió Mack–. Si crees que podría hacerte sentir incómoda o que podría tensar de alguna manera las cosas entre nosotros, no la contrataré.

Mack era testigo de la batalla que estaba librando Susie consigo misma, estaba luchando contra

sus miedos e intentando ser justa. Debería haber descartado su plan en ese mismo instante, pero no lo hizo. Esperó.

–¿Es la persona más adecuada para llevar a cabo ese trabajo? –preguntó Susie con expresión insondable.

–Creo que sí.

Susie alzó la barbilla.

–En ese caso, no hay otra opción –dijo con repentina determinación.

–¿Y estás de acuerdo?

–Intentaré enfrentarme a ello –le aseguró con vehemencia–. No te preocupes por mí.

Eran tantas las ganas que tenía Mack de cerrar el trato con el banco, que ignoró todas las promesas que se había hecho a sí mismo y decidió creerla.

Aun así, se sintió obligado a añadir:

–Si en cualquier momento tienes alguna duda, solo tendrás que decírmelo y la despediré.

–¿Me quieres?

Mack le sostuvo la mirada.

–Sabes que sí.

–En ese caso, no tendré ningún motivo para dudar, ¿verdad?

Había valentía en sus palabras, pero la preocupación que reflejaban sus ojos era inconfundible. Eso hizo dudar a Mack, pero al final, se convenció a sí mismo de que contratar a Kristen era lo mejor que podía hacer. El proyecto del periódico no era solo para él. Era para él, para Susie y para la familia que pudieran formar más adelante. Era una decisión que tomaba pensando en su futuro. El pasado no jugaría ningún papel en él. No lo permitiría.

Susie se decía a sí misma que no tenía ningún inconveniente en que Mack llevara a una de sus antiguas amantes a su pueblo. Se había casado con él. Recibía todas sus atenciones. Pero en cuanto el banco aprobó el préstamo y Mack estuvo completamente comprometido en el proyecto, le resultó mucho más difícil recordarlo. Y todavía más después de ver por primera vez a Kristen Lewis.

–¡Pero si parece una modelo! –le contó a Shanna mientras tomaba un café con ella en la librería–. ¿La has visto? ¿En qué estaría yo pensando?

–Estabas pensando en que esa mujer era la clave para conseguir que el periódico saliera adelante –le recordó Shanna–. Mack te lo contó todo. Si tenías alguna reserva, deberías habérselo dicho. Él te dio la oportunidad de hacerlo.

–Y habría parecido una mujer insegura y con miedo a que alguien pudiera robarle el marido. Y no podía hacer eso cuando él me estaba mirando como si de mí dependiera todo su futuro.

–No te pongas tan dramática –la regañó Shanna–. Ese es el terreno de Bree. Ella es la dramaturga de la familia.

Susie suspiró y bebió un sorbo de capuccino. Afortunadamente, no le estaba revolviendo el estómago. Era descafeinado, pero eso era mejor que nada. Había echado de menos los encuentros con su amiga, aunque no tanto la sinceridad con la que abordaba cualquier tema.

–Invítala a cenar –sugirió Shanna.

Susie se la quedó mirando de hito en hito.

–¿Quieres que invite a mi casa a una ex amante de Mack?

–Quieres asegurarte de que no hay nada entre ellos, ¿verdad? Pues te vendrá bien ver cómo

interactúan cuando están juntos. Tu marido te adora, cariño. Creo que te darás cuenta de que la suya es una relación estrictamente profesional. Mack es consciente de que le caería encima todo el pueblo si se permitiera cualquier otra cosa.

Susie sonrió.

–Sería divertido verlo. Podría dejar que Matthew y Luke, o incluso tío Mick, se ocuparan de ella.

Shanna sacudió la cabeza.

–Eres una mujer perversa.

Susie soltó una carcajada.

–Aparentemente. Pero ya está bien de hablar sobre mí. ¿Cómo te encuentras? ¿El embarazo está progresando tal y como esperabas?

–Todo va según lo previsto –contestó Shanna con una sonrisa radiante–. En la próxima ecografía podríamos saber el sexo del bebé, pero todavía estamos discutiendo si queremos saberlo o no. Kevin prefiere esperar. Yo quiero saberlo, ¡sobre todo si es una niña! –se iluminó su expresión–. Como sea una niña, vamos a tener que hacer muchas compras. Estoy deseando comprarle un vestido rosa. En esta familia ya hay demasiados niños.

–No olvides a Caitlyn y a Carrie. En otro tiempo, eran ángeles, pero ahora mismo no paran de causar problemas –le recordó Susie–. Estoy deseando ver cómo se las arreglan Abby y Trace con ellas cuando sean adolescentes.

Shanna se echó a reír.

–Algo me dice que Trace será uno de esos padres que se encargará de espantar a cualquier chico que se atreva a acercarse a su casa. Aunque sea su padrastro, siempre está pendiente de todo lo que hacen esas dos. Y como trabaja en casa, no podrán escaparse delante de él –Shanna sonrió de oreja a oreja–. Creo que Abby cuenta con ello.

Vaciló un instante, pero después añadió con mucho cuidado y mirando a su amiga con preocupación.

–Abby cree que este podría ser un buen momento para tener un hijo. Están hablando de ello. Creo que por fin se ha convencido de que Trace no va a obligarla a renunciar a su trabajo en cuanto dé a luz, como hizo Wes cuando nacieron las gemelas.

A pesar de la punzada de celos provocada por la noticia, Susie se obligó a exclamar:

–¡Eso es magnífico!

Shanna la miró con expresión de disculpa.

–Lo siento mucho, Susie. Supongo que para ti es muy duro oír esta clase de noticias.

–Lo fue la primera vez, cuando me dijiste que Kevin y tú ibais a tener un hijo, pero ahora ya no –le aseguró Susie–. No tiene sentido mirar al pasado. No podré tener hijos biológicos, pero en cuanto las cosas se estabilicen y pueda olvidarme del tratamiento, hablaré con Mack para que empecemos un proceso de adopción.

–¿Qué piensa él al respecto? –le preguntó Shanna–. ¿Hablasteis sobre ello antes de la operación?

Susie asintió.

–Me dijo que estaba abierto a la idea. Sé que el proceso puede ser largo, así que no quiero tardar mucho en empezarlo. Connor me ha dicho que me ayudará a encontrar una vía de adopción privada si al final decidimos seguir adelante. La firma para la que trabajaba en Baltimore tiene experiencia en ese tipo de casos.

Shanna pareció alegrarse sinceramente al oírlo.

–¡Me alegro mucho por ti! Será fantástico. Estoy segura de que Mack y tú seréis unos padres increíbles.

–Deberías comentárselo de vez en cuando. Creo que no está muy seguro de su capacidad para ejercer de padre por culpa de los ejemplos que tuvo durante la infancia. Pero yo estoy convencida de que, precisamente por todo lo que pasó, será un padre maravilloso.

–Las experiencias de la infancia nos moldean y nos convierten en lo que somos –se mostró de acuerdo Shanna–. A veces, para bien, pero otras, no tanto. Creo que Mack es una de esas personas que aprendió de los errores que cometieron sus padres.

–Estoy de acuerdo –contestó Susie. Se levantó–. Ahora será mejor que me vaya a casa, aunque, sinceramente, no sé por qué tengo tanta prisa. Últimamente, incluso cuando Mack llega a casa antes de que me haya dormido, come algo rápidamente y vuelve a salir.

Shanna la miró con el ceño fruncido.

–¿Y qué tal estás llevando la situación?

–Me encanta volver a verle emocionado con el trabajo. Se está entregando completamente a ese proyecto. Pero me gustaría poder involucrarme de alguna manera. Así no tendría que estar todo el día preocupada por la cantidad de tiempo que pasa con la maravillosa Kristen.

–Díselo –le aconsejó Shanna–. Si eso es lo que quieres, participa tú también en el periódico. No permitas que te deje fuera, aunque sea involuntariamente –apareció en sus ojos un brillo travieso–. O puedes intentar recibirle con una de esas prendas de lencería que te compré. De esa forma evitarías que volviera a salir por la puerta.

–¿Me estás sugiriendo que utilice el sexo para conservar las atenciones de mi marido? –preguntó Susie.

No estaba segura de si sentirse intrigada o indignada con la idea.

–Es una solución de urgencia –contestó Shanna–. Cuando Kevin comenzó a pasar demasiado tiempo en Annapolis, trabajando en la fundación de Thomas, funcionó como por arte de magia –se llevó la mano al vientre–. ¿Cómo crees que me he quedado embarazada?

Susie se echó a reír.

–Esa sí que es una buena recomendación –se mostró de acuerdo. Abrazó a su amiga–. Gracias por escucharme.

–Puedes contar conmigo cuando quieras. Lo sabes.

Susie fue directamente a casa, sacó una combinación de encaje negro de la cómoda y la miró sopesándola. Pero cuando quiso ponérsela, no le valía. Los esteroides que había estado tomando le habían hecho engordar. Y más de lo que pensaba, de hecho. Cuando se miró al espejo y vio el encaje tensándose sobre su trasero, los ojos se le llenaron de lágrimas. Además, el encaje tampoco ocultaba la cicatriz que tenía en el vientre. Y el sujetador ni siquiera le cabía.

De modo que terminó sacando una bata del armario y se la ató con fuerza mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Todavía estaba llorando cuando oyó que Mack giraba la llave en la cerradura.

–¡Susie!

Susie se secó inútilmente las mejillas.

–Estoy aquí –dijo–. Dame un minuto. Ahora mismo voy.

Pero Mack no esperó. Entró en el dormitorio y en cuanto la vio, cambió de expresión.

–¿Qué ocurre? –preguntó. El pánico teñía su voz.

Incapaz de responder, Susie le mostró una combinación de encaje, como si fuera explicación suficiente.

Mack la miró desconcertado.

–No... –sollozó Susie–, no me valen... Ninguna de las prendas más sexys que tengo me vale.

Vio el alivio en los ojos de Mack y comprendió hasta qué punto le había asustado, aunque era evidente que estaba haciendo un esfuerzo por mostrar su compasión.

–Mañana te compraré una nueva.

Susie frunció el ceño.

–Ese no es el problema.

–Entonces, ¿cuál es el problema? Estoy intentando comprenderte, Susie, pero tendrás que ayudarme.

–¡Estoy gorda! Quería vestirme de forma sexy para seducirte, pero ahora no puedo.

Mack sacudió la cabeza.

–No estás gorda. Y continúas siendo la mujer más guapa y seductora que conozco. Sinceramente, casi prefiero olvidarme del encaje. Siempre tengo miedo de terminar rompiéndolo –deslizó la mano bajo la bata–. Yo prefiero una buena bata de algodón. Nada de tirantes, ni de cierres complicados. Aquí lo único que hace falta es aflojar un poco el cinturón –mientras lo decía, lo iba poniendo en práctica–. Después, dejas uno de los hombros al descubierto y...

Fijó la mirada en los senos desnudos de Susie.

–Y ya está –susurró con la respiración entrecortada, lo que la tranquilizó como no lo habían hecho sus palabras–. Dispuesta, maravillosa y toda mía.

–¡Oh, Mack! –susurró Susie, quitándose del todo la bata.

Mack tenía razón. La lencería solo era un obstáculo. Lo único que realmente importaba era poder sentir el calor de su piel y el amor que desbordaban sus ojos.

Hasta las doce de la noche, Mack no se acordó de que no había llamado a Kristen para decirle que no iba a volver al periódico. Por supuesto, no tenía por qué darle ninguna explicación. Al fin y al cabo, él era el jefe, pero habían pensado repasar el diseño de la web por última vez para asegurarse de que no faltara un solo elemento. Pensaban ponerla en funcionamiento la semana siguiente y todavía quedaban muchas decisiones por tomar. Aunque Mack confiaba plenamente en el criterio de Kristen, quería involucrarse en todos los aspectos de la edición digital.

Se habían creado muchas expectativas en el pueblo. Los comerciantes estaban casi más entusiasmados que él ante la posibilidad de poder contar con una publicación en la que dar publicidad a sus productos. A la gente le encantaba poder contar con una edición digital y poder atender también a aquellos que continuaban prefiriendo el papel. Mack tenía cada vez más confianza en el futuro del proyecto.

Cuando entró en la sede del periódico, situada en un local que había encontrado justo al final de la calle principal, en una zona dominada por contables, agencias de seguros y asesorías, Kristen alzó la mirada del ordenador y frunció el ceño al verle.

–¿Ayer por la noche decidiste hacer novillos? –le preguntó alegremente, pero el filo de su voz era inconfundible.

–Debería haberte llamado –se disculpó Mack–. Me surgió algo.

–Sí estoy segura –respondió en tono conecedor–. Tu esposa está celosa por la cantidad de tiempo que pasamos juntos.

Entonces fue Mack el que frunció el ceño.

–Susie no es así. Está completamente al tanto de lo que estamos haciendo. Sabe que nos está

llevando muchas horas.

–Pero cuando saliste de aquí, pensabas regresar. ¿A qué se debió el cambio de planes? ¿Qué te dijo? Seguro que intentó hacerte sentir culpable.

A Mack no le gustó el rumbo que estaba tomando la conversación. Insinuaba una posesividad que estaba completamente fuera de lugar. Y aunque podía no entender del todo la forma de pensar de las mujeres, era suficientemente inteligente como para leer entre líneas.

–Kristen, ¿a qué viene todo esto? Pensaba que habíamos dejado las cosas claras. Si te has establecido en Chesapeake Shores y has aceptado este trabajo es por motivos estrictamente profesionales. Entre nosotros ya no hay nada. Si tú ves las cosas de otra manera o si esto puede causarte algún problema, deberíamos replantearnos la situación.

Kristen respiró hondo ante su franqueza y después suspiró.

–Lo siento. Supongo que he hablado como una mujer celosa, ¿verdad? Acabas de casarte. Es lógico que quieras pasar tiempo con tu esposa. Pero me habría gustado que me llamaras para avisarme. Me pasé horas aquí colgada.

–Tienes razón, debería haberte avisado. En el futuro, seré más considerado.

Kristen vaciló un instante y después le miró a los ojos.

–Trabajar contigo me está resultando más difícil de lo que esperaba –admitió–. Pensaba que lo que sentí en otro tiempo por ti estaba completamente muerto y enterrado, pero parece ser que no es así. En cualquier caso, haré todo lo que esté en mi mano para que eso no se convierta en un problema.

–A lo mejor si conoces a Susie, si vienes a cenar con nosotros algún día... –comenzó a decir Mack, intentando mostrarle qué lugar ocupaba exactamente en su vida.

Antes de que hubiera podido terminar la frase, Susie ya estaba negando con la cabeza.

–Todavía no, ¿de acuerdo? Todavía no estoy preparada para verte disfrutando de tu nueva vida de casado.

–Pero Kristen... estoy felizmente casado, esa es la realidad.

–Lo sé y lo comprendo. Pero eso no significa que me apetezca que me lo restriegues por la cara. En cualquier caso, respetaré los límites de nuestra relación –se marcó una cruz en el pecho con un gesto dramático–. Te lo prometo.

–Para mí, con eso basta. Pero si la situación se vuelve demasiado incómoda para ti, bastará con que me lo digas para que te ayude a buscar otro trabajo. Lamentaría no tenerte aquí porque eres la mejor en toda la cuestión digital, pero no quiero causarte quebraderos de cabeza.

Kristen sonrió al oírle.

–Mi cabeza está perfectamente, gracias. Es verdad que eres un hombre sexy e interesante, pero hay otros peces en el mar. Lo único que necesito es ponerme los tacones y salir a pescar.

Mack se echó a reír.

–Desde luego, esa es una imagen capaz de llegarle a un hombre al corazón. Si condujeras una camioneta, te convertirías en el ideal de muchos tipos.

Kristen elevó los ojos al cielo al oírle.

–Estoy muy satisfecha con mi descapotable.

–Sí, eso también funcionará –dijo Mack–. ¿Quieres que te busque una cita?

–Absolutamente no –contestó Susie horrorizada–. El día que necesite la ayuda de un ex para encontrar un hombre, tiraré la toalla y me rodearé de gatos.

–Algo me dice que no va a ser ese tu destino –le aseguró Mack con sinceridad–. Bastaría que salieras de esta oficina durante un par de horas para tener a todos los hombres de Chesapeake

Shores derritiéndose.

–Buena idea. ¿Y adónde van los solteros de este pueblo?

–El Brady's atrae a mucha gente los fines de semana. Por allí se reúne gente muy sofisticada de fuera del pueblo.

Kristen asintió.

–Entonces, esta noche, al Brady's –dijo alegremente.

Pero la sombra que apagaba sus ojos sugería que la perspectiva no le satisfacía tanto como pretendía.

Capítulo 15

Laila dio media vuelta en la cama, preguntándose si debería despertar a Matthew y, al final, decidió no hacerlo. Era más fácil escaparse en medio de la noche, sin tener que oírle suplicar que se quedara. De hecho, cada vez le resultaba más difícil dejarle. Había intentado hacerlo al principio del otoño, había intentado alejarse de lo que consideraba un terrible error.

Se había negado a reunirse con su familia el día de Acción de Gracias, hasta que Jess la había presionado para que aceptara. E incluso después de haber aceptado asistir a aquella embarazosa comida, había intentado guardar las distancias con Matthew. Él se lo había reprochado, habían discutido y ella había terminado marchándose de casa de los O'Brien. Le había sorprendido que nadie de la familia pareciera estar al tanto de la relación. Pero una vez más, el centro de atención habían sido Mack, Susie y la tensión que había entre ellos.

Incluso después de esa misma noche, otra noche maravillosa, sabía que tendría que dejarle. En aquel momento, solo podía pensar en lo que era hacer el amor con Matthew, en lo increíblemente sexy y deseable que la hacía sentirse. Pero podía imaginar lo que ocurriría si su relación se convirtiera en algo más. Y la aterraba. Matt era demasiado joven para sentar cabeza y ella estaba comenzando a oír su reloj biológico con tanta fuerza que probablemente podía oírse su tictac en el otro extremo del pueblo.

—¿Laila? —murmuró Matthew somnoliento mientras Laila se ponía las botas.

—Duérmete —le dijo suavemente—. Te veré mañana por la mañana.

La mayor parte de las noches bastaba con eso para que Matthew se abrazara a la almohada y se quedara profundamente dormido, pero, al parecer, aquella noche no. Matthew se levantó de la cama y se puso los boxers, ofreciéndole una vista de su cuerpo que hizo que se le acelerara el corazón. Caminó hasta ella, posó las manos en sus hombros y la miró directamente a los ojos. Los suyos, azules como la medianoche, eran fascinantes. Y en aquel momento parecía preocupado.

—Esto tiene que acabar —le advirtió.

—¿El qué? —preguntó Laila.

En realidad no quería empezar una conversación que sabía era inevitable.

—No puedes escaparte en medio de la noche como si te avergonzara lo que hay entre nosotros —le explicó con impaciencia—. ¿Tan terrible sería que alguien nos viera salir juntos por la mañana?

—Sabes que sí —contestó Laila—. No es que me avergüence de ti, Matthew. Solo quiero ser prudente. Vivimos en Chesapeake Shores. Sabes perfectamente el tipo de comentarios que se harían en el pueblo. Y teniendo en cuenta el cargo que ocupo en el banco...

—¡Al infierno con el banco! —exclamó Matthew con fiereza—. Esto no tiene nada que ver con el banco. El problema eres tú y tu absurda idea de que lo que tenemos no puede llegar a ninguna parte.

—No puede.

—Dime por qué.

—Porque... —se le quebró la voz.

Podría haber enumerado cientos de razones por las que esa relación nunca funcionaría, pero

sabía que Matthew encontraría la manera de desmontarle todas. Eso se le daba muy bien, conseguir que lo que estaba pasando entre ellos pareciera algo racional y potencialmente perdurable. Pero ella sabía que era absurdo. Ni una sola de las relaciones que había tenido con hombres que le convenían más que Matthew había durado. ¿Por qué iba a hacerlo aquella?

Matthew iba poniéndose nervioso a medida que esperaba su respuesta.

–Si vuelves a reprocharme mi edad, no estoy seguro de cómo voy a reaccionar –le advirtió por fin–. Porque te juro que a veces tengo la sensación de ser más maduro que tú.

Fueron unas palabras hirientes para Laila.

–Ese me parece un comentario muy desagradable.

–Laia, estoy dispuesto a dar un paso adelante y reconocer lo que queremos. Te quiero. Para mí esto no es solo una aventura. Pero no sé si tú puedes decir lo mismo.

Laila vaciló durante lo que Matthew consideró un tiempo excesivo.

–Me lo imaginaba –le dijo–. Bueno, en ese caso, por mucho que disfrute contigo en la cama, no estoy dispuesto a seguir así. Será mejor que lo dejemos. Puedes llamarme cuando decidas que estás interesada en algo más que en mi cuerpo.

A Laila le pareció detectar un deje de dolor en sus palabras, pero sabía que no era posible. Matt era la clase de hombre que solo tenía aventuras. Debería estar satisfecho con aquella relación sin ataduras y sus ganas de ser discreta y evitar complicaciones. Al principio de su relación lo había estado. Pero era evidente que ya no era así.

–Matt, ¿qué está pasando realmente aquí? –preguntó, confundida por sus ganas de cambiar las reglas que hasta entonces marcaban su relación.

–Ya te lo he dicho. Estoy cansado de que trates nuestra relación como si fuera algo de lo que tuviéramos que avergonzarnos –la miró a los ojos y añadió–: O la hacemos pública y le damos la oportunidad de convertirse en algo real, o hemos terminado.

Sus palabras la afectaron más de lo que habría creído posible. ¿De verdad quería poner fin a su relación? Desde luego, era lo más sensato, pero cuando pensaba en las noches solitarias y vacías del pasado, enfermaba por dentro. Sin embargo, la verdadera pregunta era si esos sentimientos tenían que ver con Mack o si cualquier hombre inteligente y atractivo habría podido llenar ese vacío. Necesitaba tiempo para averiguarlo.

–A lo mejor es buena idea –le dijo–. Me refiero a lo de terminar esta relación. Tengo la sensación de que los dos necesitamos algo de distancia para saber lo que realmente queremos.

Matthew frunció el ceño ante aquella sugerencia.

–Yo ya sé lo que quiero, pero si tú no, puedes tomarte todo el tiempo que necesites.

Empezó a vestirse con movimientos bruscos.

–Vamos.

–¿Adónde vas? –preguntó Laila al verle agarrar las llaves del coche y dirigirse hacia la puerta.

–Te llevo a casa.

–Matt, vivo a dos manzanas de aquí. Puedo ir andando.

–No, no vas a irte andando en medio de la noche –profundizó su ceño–. No me importa que Chesapeake Shores sea un lugar seguro. Son las tres de la mañana y no quiero correr riesgos.

–No sería la primera vez que vuelvo andando a mi casa.

–Claro, cuando has conseguido escaparte sin despertarme. Pero esta noche estoy despierto y voy a llevarte en coche a casa, o caminando, si lo prefieres. O escoltándote a veinte pasos de ti. Tú eliges.

Laila le miró frustrada.

–¡Eres un cabezota!

–No es ninguna novedad. Y ahora dime, ¿cómo vamos a ir a tu casa?

Laila terminó cediendo.

–Puedes venir andando conmigo.

–Gracias –contestó Matthew con una gratitud exagerada.

–Si vamos en coche, podrías despertar a los vecinos –añadió Laila, sabiendo perfectamente que era una provocación.

Matthew elevó los ojos al cielo.

–Como tú quieras.

Recorrieron las dos manzanas en silencio. Laila sentía que la tensión entre ellos iba haciéndose cada vez más intensa. Para cuando llegaron a su casa, un edificio de dos pisos situado en Primrose Way, una bocacalle de la calle principal, estaba tan nerviosa que apenas podía meter la llave en la cerradura.

–Déjame a mí –le pidió Matthew, apartándola.

Cuando la puerta se abrió, Laila intentó pasar por delante de él, pero Matthew le bloqueó el paso. Laila le miró a los ojos y vio el enfado que en ellos resplandecía. ¿O era la pasión?

–Esto no termina aquí –le dijo Matthew con voz queda–. Ni de lejos.

–Lo siento.

Matthew sonrió, pero la sonrisa no iluminó sus ojos.

–No tienes por qué sentirlo. Siempre me han gustado los desafíos.

Antes de que pudiera moverse, la besó para después alejarse silbando suavemente. Si Laila no estaba equivocada, lo que silbaba era una alegre melodía irlandesa, un recuerdo de la cabezonería de los O'Brien, quizá.

El sonido desapareció en el instante en el que Matthew giró hacia la calle principal. Solo entonces entró Laila a su casa y cerró la puerta. Apoyada contra ella, dejó escapar un suspiro de alivio. Lo había conseguido. Había conseguido cortar con él. Una vez más. O a lo mejor había sido él. Poco importaba quién hubiera pronunciado las primeras palabras. Aquella relación no tenía ningún sentido, para empezar.

Pensó entonces en la forma en la que Matthew acababa de besarla. Pensó en sus besos, en sus labios concedores, persuasivos, decididos, en el calor provocado por su caricia. Y tuvo la certeza de que Matthew tenía razón. Estaban muy lejos de haber terminado.

Matthew apareció en casa de Susie justo antes de la hora de la cena.

–Te he traído un regalo. ¿Eso me da derecho a quedarme a cenar?

Susie sonrió a su hermano y bajó la mirada hacia las hojas enrolladas que llevaba en la mano. En cuanto las vio, supo que eran los planos de su casa.

–¿Es nuestra casa?

–Solo unos bocetos preliminares, pero sí.

–Dame –le pidió al instante, alargando la mano hacia él.

–No hasta que me invites a cenar –se negó Matthew, alzando la mano para evitar que pudiera alcanzarlos–. ¿Qué tenemos para cenar? –olfateó con fuerza–. No huele a comida.

–Mack va a traer comida china. Le llamaré y le diré que añada unos rollitos de primavera, algo de sopa y todo cuanto te apetezca, siempre y cuando me des esos planos inmediatamente.

–Llámale antes –respondió Matthew–. Podrías arrepentirte cuando veas los planos, y estoy

hambriento.

Susie se echó a reír, pero hizo la llamada que le pedía y le habló a Mack de la inesperada visita de Matthew.

–Date prisa, Mack. Tienes que ver una cosa.

–¿El qué?

–Ya lo verás cuando llegues.

Mack vaciló un instante.

–Mira, ya que está allí tu hermano, ¿por qué no invito a Kristen a cenar?

Susie se quedó helada.

–¿Esta noche? ¿Quieres traerla esta noche a casa?

–Me parece una oportunidad perfecta para que la conozca. A lo mejor Matthew y ella conectan.

Susie pensó en los planos de la casa de sus sueños. No quería compartir una noche como aquella con la ex amante de su marido.

–¡Esta noche no! –se negó con firmeza.

–Pero me dijiste que podía invitarla cuando quisiera.

–En ese caso, a lo mejor deberías comprender la indirecta –y colgó el teléfono.

Alzó la mirada y descubrió a su hermano mirándola preocupado.

–¿Qué ha pasado?

–Nada que te importe –respondió Susie, intentando imprimir una nota de ánimo a su voz.

Pero no consiguió engañarle.

–Susie, ¿qué está pasando aquí? ¿Tienes algún problema con Mack?

–No –contestó al instante.

No quería despertar el instinto protector de su hermano. Lo siguiente sería ver a toda su familia en pie de guerra. Y aunque, en cierto modo, podría llegar a producirle cierta satisfacción, no era así como quería tratar los asuntos relativos a su matrimonio.

–¿Quieres que hable con él? –insistió Matthew.

–¡Por supuesto que no! Y ahora, enséñame esos bocetos.

–¿No quieres esperar a que llegue Mack?

–No sé cuánto tardará. Enséñamelos –le ordenó.

Matthew desenrolló los planos sobre la mesa del cuarto de estar y se apartó para que su hermana pudiera estudiarlos con atención.

Susie había visto suficientes planos a lo largo de su vida como para saber exactamente lo que tenía ante sus ojos. Parpadeó para contener las lágrimas.

–¡Matt, es perfecta! Es exactamente como me la había imaginado.

–Cuatro dormitorios y un estudio, justo como querías. Hay muchas ventanas con vistas a la bahía, tanto en el piso de arriba como en el de abajo, así que la luz sería increíble –señaló hacia los cimientos–. La idea es utilizar piedra natural y un revestimiento de color pardo con el borde blanco. Creo que eso permitirá que la casa se funda con el bosque, será casi parte del paisaje.

–¿Y podrás evitar cortar todos esos árboles?

–Por supuesto. Tendrá el menor impacto posible en la zona. Habiendo crecido con el tío Thomas, es imposible no haber aprendido alguna que otra cosa sobre la protección del entorno.

En ese momento, se abrió la puerta, entró Mack, les vio inclinados sobre los planos y cruzó la habitación.

–¿Qué tenemos aquí? –preguntó mientras dejaba a un lado las bolsas de la comida.

Susie ignoró cualquier vestigio de su enfado y le sonrió radiante.

–Los planos de la casa de Beach Lane –le explicó. Y añadió rápidamente–: Si hay algo que no te guste o en lo que yo no haya pensado, puedes cambiarlo. Matt quería que estos planos fueran nuestro regalo de boda.

Matt asintió.

–Es un regalo increíble –le dijo a Matthew, pero Susie advirtió cierta reserva en su voz–. Voy a echarles un vistazo.

Susie dejó que su hermano explicara los planos mientras ella ponía la mesa. Colocó los platos en uno de los extremos mientras Mack estudiaba atentamente los dibujos en el extremo opuesto.

–¿Y bien? –le urgió, estudiando su expresión–. ¿Qué te parece?

Mack la miró a los ojos.

–¿Esa es la casa que tú quieres?

Susie asintió.

–Creo que es perfecta.

–En ese caso, esa será la casa que construiremos –le aseguró Mack–. Pero no podremos empezar a hacerlo todavía. Ahora mismo, hasta el último penique está comprometido para el periódico.

Susie estuvo a punto de decirle que su padre se había ofrecido a adelantarles el dinero, pero comprendió que aquel no era el mejor momento para hacerlo. Mack lo rechazaría de plano, especialmente si se lo decía delante de su hermano.

–Lo sé, pero me encanta tener los planos para cuando podamos empezar –dijo con entusiasmo.

Mack asintió.

–Desde luego –le dio a Matthew una palmada en la espalda–. Gracias. Has hecho un gran trabajo. Es un regalo increíble.

–Y yo estoy encantado de hacéroslo –dijo Matthew, mirando a Susie y a Mack alternativamente–. Mirad, ya sé que pensaba quedarme a cenar, pero creo que será mejor que me vaya. Seguro que últimamente no tenéis muchas oportunidades de estar juntos. No debería molestaros.

–No te vayas –le suplicó Susie–. Te he prometido invitarte a cenar.

–Me llevaré los rollitos y la sopa a mi casa –propuso Matthew. Se inclinó y le dio un beso a su hermana–. Nos vemos pronto.

Y salió antes de que Susie pudiera decir nada más.

Susie se volvió entonces hacia Mack.

–¿Por qué le has echado?

Mack se la quedó mirando con incredulidad.

–¿Yo?

–Es evidente que ha sentido la tensión que había entre nosotros.

–Probablemente porque sabía que hace unos minutos me has colgado el teléfono –contestó Mack–. Por cierto, ¿por qué lo has hecho?

–Porque me ha parecido increíble que quisieras traer a tu ex amante a mi casa para que conociera a mi hermano. No quiero que esa mujer forme parte de mi vida, Mack. Creo que eso es pedirme demasiado.

Y sin más, estalló en lágrimas y salió de la habitación, maldiciéndose a sí misma por ser tan tonta como para permitir que Mack viera hasta qué punto le afectaba la mera mención de Kristen.

Mack la siguió al dormitorio y se sentó a su lado.

–Susie, yo pensaba que estabas de acuerdo con tenerla aquí.

–Y estaba. Teóricamente, por lo menos.

Alzó la mirada y advirtió la sombra de una sonrisa en sus labios.

–No te atrevas a reírte de mí.

–No me estoy riendo de ti. Solo estaba pensando que al final, Will tenía razón.

–¿Will? ¿Qué tiene que ver Will con todo esto?

–Will me dijo que me dirías lo que yo quería oír y que después te arrepentirías.

–Lo siento, sé que no estoy siendo razonable. Probablemente me sentiría mil veces mejor si ella estuviera con otro hombre. ¿Pero con mi hermano? Vamos, Mack. Es una relación demasiado cercana.

Mack se encogió de hombros.

–Y probablemente una quimera si él está saliendo con otra mujer.

Susie frunció el ceño.

–Sí, es curioso, no ha vuelto a mencionar nada al respecto últimamente.

–No, y probablemente no lo haga –contestó Mack con expresión sombría.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Solo que parece decidido a mantener esa relación en secreto.

–Es cierto, ¿verdad? Y me pregunto por qué.

–Probablemente porque sabe que es una relación destinada a fracasar –contestó Mack directamente.

Susie se irguió en la silla.

–Ya estás otra vez. Sabes algo, ¿verdad?

Mack le acarició la mejilla.

–Todavía no puedo decírtelo.

–Pero supongo que es una relación que no apruebas, puesto que tenías tantas ganas de emparejarle con Kristen –insistió, intentando sonsacarle poco a poco.

–No soy yo el que tiene que aprobarla o desaprobala –replicó–. Y eso es todo lo que pienso decir al respecto. ¿Crees que podrías dejar de estar enfadada conmigo durante el tiempo suficiente como para que le echemos otro vistazo a los planos de la casa? Me encantaría verlos contigo y que me explicaras exactamente lo que estás viendo.

–Está todo sobre el papel, y responde a la descripción que hiciste hace varios meses en Beach Lane. Yo he añadido algunas ideas, pero esta es tu casa, Mack.

Mack le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él.

–No, Susie, es nuestra casa. Y vamos a llenarla de suficientes recuerdos como para que duren toda una vida.

Susie se recostó contra su pecho y cerró los ojos.

–No sabes cuánto ansío creerlo, Mack. De verdad.

–Entonces, créetelo –le pidió Mack–. Aférrate a ello con todas tus fuerzas. Este proyecto es otro motivo más para continuar luchando.

En aquel momento, envuelta entre sus brazos, le parecía fácil hacerlo. Pero sabía que al día siguiente, cuando los venenos de la quimioterapia volvieran a infiltrarse gota a gota en su cuerpo, le resultaría mucho más difícil aferrarse a ese sueño.

Mack acababa de salir del coche, que había aparcado enfrente de las oficinas del periódico un par de horas después de la cena, cuando vio salir a su cuñado de entre las sombras con expresión

sombría.

–¿Qué os pasa a Susie y a ti? –exigió saber Matthew–. Y no me digas que todo va bien, porque la tensión podía cortarse con un cuchillo. Además, yo estaba delante cuando te ha colgado el teléfono. ¿Qué ha pasado?

–No pienso hablar de mi matrimonio contigo.

No se tomaba aquella intromisión como algo más personal solo porque sabía que Matthew estaba sinceramente preocupado por su hermana.

–Como le estés haciendo sufrir por algo, soy capaz de romperte el cuello. ¿No sabes que en este momento no tiene que sufrir ninguna clase de tensión? Tiene que reservar todas sus energías para luchar contra el cáncer.

–Lo sé –contestó Mack.

–¿Entonces por qué le has hecho enfadar?

–Déjalo, Mack. Susie y yo ya lo arreglaremos.

Matthew frunció el ceño.

–Eso significa que hay algo que arreglar. ¿Qué es?

Justo en ese momento, miró hacia el local del periódico y vio a Kristen por la ventana. Soltó una palabrota.

–Es ella, ¿verdad? Ese es el problema.

–Kristen no es ningún problema. Se está encargando de preparar la edición digital del periódico.

–Pero Susie está asustada –miró a Mack disgustado–. ¿Pero es que no conoces a mi hermana? Contigo siempre se ha sentido insegura. Y el hecho de que os hayáis casado no lo cambia. A lo mejor, si no hubiera estado el cáncer de por medio, habría sido diferente, pero en esta situación... ¡Vamos, Mack! –señaló hacia Kristen–. ¿Cómo se te ocurre traer a una mujer con ese aspecto a trabajar al periódico? Hasta yo habría sido más sensato.

–Mi relación con Kristen es completamente inocente –se defendió Mack–. Y, por supuesto, no tengo por qué justificar mis decisiones ante ti.

–¿Le consultaste a Susie?

–Sí, le consulté.

–Así que sabías que era algo que podía causar problemas, pero lo hiciste de todas formas –dijo Matthew, mirándole desconcertado–. ¿En qué demonios estabas pensando?

–En que quería que el periódico fuera un éxito y Kristen podía ayudarme a que así fuera –contestó Mack–. Susie estuvo de acuerdo. Y ahora vete a casa, Matthew. Tengo trabajo.

Matthew volvió a mirar hacia el interior del edificio.

–Sí, me iré, pero ándate con cuidado, Mack. Será mejor que no te descubra engañando a mi hermana.

Mack le miró muy serio.

–Eso no va a ocurrir, Matthew. Te doy mi palabra.

Matthew no parecía muy convencido, pero al final asintió.

–En ese caso, de acuerdo.

Mack vaciló un instante. Después, pensó en su plan de presentar a Kristen y a Matthew.

–¿Quieres pasar? Así podrás conocerla y comprobar por ti mismo que no está pasando nada.

–Paso –respondió Matthew rápidamente.

–¿No te interesa?

–Tendría que estar muerto para que no me interesara –contestó.

Volvió a mirar a través de la ventana, pero negó con la cabeza.

–No, de ningún modo. Ya tengo suficientes problemas con las mujeres.

Mack aprovechó aquel comentario.

–¿Tienes problemas con Laila?

–Lo que tenemos es una separación innecesaria y estúpida –respondió Matthew–. Pero ella ha elegido. O a lo mejor yo. La verdad es que en todo este asunto tengo las cosas muy poco claras.

–Entonces, ¿lo habéis dejado?

–¡Claro que no! Pero Laila piensa que sí.

Mack se echó a reír.

–¿Sabes? La verdad es que tenía mis dudas cuando me enteré de que estabais saliendo, pero estoy empezando a pensar que estaba equivocado. Es posible que Laila sea la mujer perfecta para ti. Al igual que me pasó a mí con Susie, Laila no va a ser una mujer de la que te puedas olvidar.

–Dímelo a mí –musitó Matthew–. Pero, a diferencia de ti, yo le he dicho desde el primer momento lo que siento.

–¿Y qué es lo que sientes?

–Creo que somos la pareja perfecta –confesó, y se encogió de hombros–. Ella está un poco escéptica. Está convencida de que es una especie de asalta cunas o algo parecido. Y le preocupa mucho lo que pueda pensar la gente.

–Teniendo en cuenta su situación, es algo a considerar.

Matthew le miró con el ceño fruncido.

–Tú no puedes pensar una cosa así, ¿verdad? Trabaja en un banco, no es una monja.

–Los bancos son un negocio serio –le recordó Mack–. Los clientes esperan estabilidad, discreción y seriedad por parte de las personas que manejan su dinero.

–Eso es lo que ella dice –admitió Matthew con expresión pensativa–. Supongo que no le he hecho caso porque me parece un argumento demasiado anacrónico como para darle ninguna credibilidad.

–A lo mejor esta es una de esas ocasiones en las que tienes que confiar en Laila.

–¿Y dejar que lo utilice como excusa para dejarme?

–No. Dejar que sea ella la que marque la clase de relación que necesita tener contigo. Asegúrate de que nadie pueda interpretar esto como una aventura pasajera –le dirigió a su cuñado una dura mirada–. A no ser que lo sea, claro está.

–Para mí no lo es –insistió Matthew–. Creo que tenemos algo especial, o que lo tendríamos si Laila le diera alguna oportunidad a nuestra relación. Es ella la que parece querer que sea solamente una aventura. De hecho, hasta resulta un poco ofensivo.

–En ese caso, dale un giro a la relación.

–¿Cómo?

–Deja de esconderte de todo el mundo. Saca la relación a la luz.

–¿Y crees que no quiero hacerlo? –preguntó Matthew con evidente frustración–. Es ella la que insiste en mantenerlo todo en secreto. Por eso discutimos el día de la comida de Acción de Gracias. Estoy harto de esta situación.

–¿Y por qué la aceptaste?

–Al principio pensé que le daba un toque de emoción. Ya sabes, la emoción de no ser descubierto y todas esas cosas. Pero ahora que eso se ha pasado, me gustaría que todo el mundo supiera que estamos juntos –su expresión se tornó nostálgica–. Quiero llevarla a cenar al Brady's. Dejar de evitarla en las cenas de la familia de los domingos para que nadie sospeche que puede

haber algo entre nosotros y poder llevarla a cenar contigo y con Susie.

–¿Y Laila lo sabe?

Matthew asintió.

–Y por lo visto, eso es lo que le da miedo.

Mack sonrió.

–Yo me lo tomaría como una buena señal.

–¿Cómo voy a tomármelo como una buena señal?

–A mí me parece que tiene miedo de estar enamorándose de ti, y de que una vez que se descubra vuestra relación y a nadie le dé un infarto cuando se haga pública, se quede sin excusas para guardar las distancias.

A Matthew se le iluminó el semblante.

–¿Tú crees?

–Basándome en mi ilimitada experiencia con las mujeres, yo diría que sí. Ese es el momento en el que yo siempre salía huyendo. Pero puesto que Laila es la mujer que quieres y supongo que prefieres tenerla cerca, yo diría que estás en condiciones de alcanzar todo lo que quieres.

–¿Susie también te dio tantas largas?

–Desde luego. Estuvo dándome largas durante años. Ella me enseñó el valor de la paciencia y la constancia.

–Desde luego, no son mis mejores rasgos –admitió Matthew–. Siempre he buscado la satisfacción inmediata.

Mack se echó a reír.

–Y yo, pero te prometo que aprenderás, amigo. A veces merece la pena esperar.

Desde luego, así había sido en su caso. Y nadie, y menos Kristen Lewis o alguno de los O'Brien, iba a interponerse entre Susie y él.

Capítulo 16

Susie permanecía enfrente del espejo del cuarto de baño, con un puñado de pelos en la mano. Comenzó a llorar. Le habían dicho que era una posibilidad, pero llevaba varias semanas de tratamiento y estaba perfectamente. Por eso se había atrevido a esperar que el pelo continuara donde estaba.

Volvió a mirar su imagen en el espejo y vio a Mack tras ella. Cruzaron la mirada y advirtió la desolación de su marido, antes de que pudiera ocultarla tras la fachada con la que intentaba enfrentarse a la inevitable evidencia de que estaba sufriendo los efectos del tratamiento contra el cáncer.

–Siempre decías que odiabas tu pelo –intentó bromear Mack.

Deslizó los brazos por su cintura y la estrechó contra él.

–¡Pero no quería que se me cayera! –contestó Susie, atragantada por los sollozos.

–Lo sé, cariño, pero volverá a crecer –la tranquilizó–. El médico ya te lo explicó. Y también las mujeres del grupo de apoyo con el que te reuniste.

Susie asintió.

–Pero la impresión ha sido muy fuerte. Pensaba que comenzaría a pasarme desde el primer momento y como no ha sido así, supongo que empecé a dar por sentado que sería una de las afortunadas a las que no se les cae el pelo.

Mack la besó en la nuca.

–Creo que podrías estar muy sexy con la cabeza afeitada. O podrías conseguir pelucas de diferentes colores y probar una nueva cada día. Me encantaría estar con una mujer diferente cada noche.

Susie le dirigió una mirada irónica.

–¿Ya te has aburrido de la única mujer que tienes?

–Jamás me aburriría de ti –le aseguró–. De hecho, creo que hoy haré novillos en el periódico para que podamos pasar el día juntos. Prepararemos una comida y los planos de Matthew y nos iremos a pasar el día a Beach Lane.

Susie sabía que estaba intentando animarla, y apreciaba sinceramente su esfuerzo, pero en aquel momento, lo único que le apetecía era arrastrarse a la cama y pasar el día allí escondida.

Mack dijo entonces, como si le hubiera leído el pensamiento:

–Esconderte no es una opción. Si no quieres pasar el día conmigo, llama a Shanna. A lo mejor puede encontrar a alguien que la sustituya en la tienda y podéis pasar el día de compras. O llama a tu madre. Quizá te venga bien pasar algún tiempo con ella.

–Shanna tiene cita con el médico –contestó Susie con la voz apagada–. Hoy podrán saber el sexo de su hijo.

Mack le hizo volverse y mirarle de frente.

–Y eso te está destrozando por dentro, ¿verdad?

Susie asintió.

–Quiero alegrarme por ella y por Kevin. De hecho, me alegro por ellos. Pero yo también quiero

tener hijos, Mack.

–¿Quieres que concertemos una cita con un abogado experto en adopciones? Porque podemos hacerlo si quieres –le ofreció–. Connor me dijo que me concertaría una cita en cuanto estuviéramos preparados.

Susie escrutó su rostro.

–¿Y crees que estás preparado, Mack?

–Tengo algunas dudas –admitió–. Pero estoy dispuesto a hacerlo por ti. Sé que serás una madre maravillosa y que de esa forma compensarás todas mis limitaciones como padre.

Por un momento, Susie estuvo a punto de concertar esa cita. Pensar en un hijo le daría algo positivo a lo que aferrarse. Pero al final, negó con la cabeza.

–Es demasiado pronto –contestó–. ¿Y si el tratamiento no funciona?

Mack no fingió no comprenderla.

–Se asegurarán de que funcione –le dijo con confianza–. Pero si crees que debemos esperar hasta que estemos seguros, me parece perfecto. En esto, tú eres la que manda.

Susie posó la mano en su pecho.

–Te quiero, Mack. Y no sé si podría superar todo esto sin ti.

–Claro que podrías –le aseguró Mack con firmeza–. Eres la mujer más fuerte que conozco. Y ahora, ¿cómo quieres pasar el día? ¿Qué podemos hacer para animarte?

Susie pensó en lo que le había deprimido: la visión de aquel puñado de pelo.

–Consígueme unas tijeras y una cuchilla –le pidió con determinación–. Yo voy a buscar un pañuelo.

–¿Y después?

Susie le dirigió una sonrisa, aunque ligeramente temblorosa.

–Vas a afeitarme la cabeza. ¿No te parece divertido?

Mack abrió los ojos como platos.

–¿Estás segura?

–Es inevitable –contestó Susie, encogiéndose de hombros–, así que, ¿por qué no enfrentarse a ello abiertamente? Y después, si no te da vergüenza que te vean conmigo, podemos ir a comer a Beach Lane. A lo mejor tenemos que terminar comiendo en el coche porque hace un frío de muerte, pero podemos fingir que es nuestra primera comida en la casa nueva.

–Espero que la verdadera casa tenga calefacción –bromeó Mack.

Susie sonrió.

–Compruébalo en los planos. Pero ahora, vamos a jugar a las peluquerías. Apuesto a que no pensabas que llegaría el día en que te dejaría acercarte a mi cabeza con una cuchilla.

–En eso tienes razón.

De pronto, Susie recordó un incidente ocurrido años atrás. Estaba en casa de Mick y Megan jugando con Jess, que tenía un par de años más que ella. Debía andar por los seis o siete años por aquella época. En aquel entonces, la rivalidad entre ambas ya era patente. Jess, con un brillo malvado en la mirada, había sugerido que jugaran a las peluquerías. Susie, todo inocencia, había aceptado encantada. Unos minutos después había mechones de pelo naranja por todo el porche. Nell las había descubierto, había puesto el grito en el cielo y había enviado a Jess a su habitación y a Susie directamente a la peluquería, donde habían intentado dar forma a su peinado y le habían dejado con aspecto de duende, o quizá de una punky en miniatura.

–¡Espera! –exclamó cuando Mack llegó con las tijeras y la cuchilla.

–¿Qué ocurre? ¿Te lo has pensado mejor?

–De alguna manera –contestó–. Llevas tiempo insinuando que Jess y yo deberíamos hacer las paces, ¿verdad? Pues voy a llamarla para que se encargue ella de esto.

Mack la miró preocupado.

–¿Quieres que Jess te afeite la cabeza?

Susie asintió.

–Estuvo a punto de dejarme calva cuando tenía cuatro años. A lo mejor de esta forma se acordará de lo ocurrido y conseguimos dejar el pasado detrás. Por lo menos será un paso.

Mack la miró dubitativo.

–¿Estás segura? ¿Y si te deja el pelo hecho un desastre?

–¿Cómo va a dejarme hecha un desastre? Una cabeza afeitada es una cabeza afeitada.

–Muy bien, si tú lo dices... ¿Y qué hay de ese picnic?

–Te llamaré más tarde. ¿Crees que podrás marcharte?

–Claro que sí –le guiñó el ojo–. Estoy deseando que me deslumbres con tu nuevo aspecto.

–Lo de deslumbrarte puede ser mucho esperar.

Mack negó con la cabeza.

–Tú siempre me deslumbras –contestó con solemnidad.

Susie le observó marcharse y suspiró. Una de las razones por las que quería a Mack era su capacidad para decirle algo cariñoso justo cuando lo necesitaba. Pero a veces, sobre todo en días como aquellos, le resultaba difícil confiar en sus palabras, e incluso en las buenas intenciones de sus actos.

En cuanto oyó que la puerta del apartamento se cerraba tras él, llamó a su prima.

–Hola, Jess, necesito que me hagas un favor.

–Claro –contestó Jess, aunque había cierta reserva en su voz–. ¿Qué necesitas?

–¿Podrías pasarte por mi casa? Creo que será más fácil si te lo explico en persona.

–¿Ahora?

–Si no estás muy ocupada...

Hubo una ligera vacilación, pero casi inmediatamente, y comportándose como una verdadera O'Brien, que respondía sin dudar cuando alguien de la familia la necesitaba, contestó:

–No, claro que no estoy ocupada. Estaré allí dentro de quince minutos.

–Gracias.

Susie sonrió mientras colgaba el teléfono, imaginando la reacción de su prima cuando descubriera que estaban a punto de revivir un momento del pasado. Esperaba que al convertir un recuerdo negativo de la infancia en algo positivo, pudiera crearse un vínculo sincero entre las dos mujeres adultas que ya eran.

Para cuando Jess llamó a la puerta, Susie ya había colocado una silla en la cocina y cubierto de hojas de periódico la mesa y el suelo. Había dejado las tijeras y la cuchilla al lado de una palangana con agua y una pastilla de jabón. Y tenía una toalla por los hombros.

Abrió la puerta y saludó a su prima con una sonrisa.

–Gracias por venir.

–De nada, pero no estoy segura de por qué me has llamado. ¿Shanna no podía ayudarte?

Susie esbozó una mueca ante aquel comentario. El hecho de que Jess pensara que Shanna sería su primera opción para cualquier cosa importante, era una prueba de lo distanciadas que estaban. Y el hecho de que fuera cierto, era todavía más elocuente.

–La verdad es que eres la primera persona en la que he pensado cuando ha surgido esto – contestó Susie–. Bueno, aparte de Mack. Él lo habría hecho si yo hubiera querido.

–Muy bien. Estoy deseando saber de qué se trata –contestó Jess.

–Vamos a la cocina –Susie la condujo hacia allí.

En cuanto vio la mesa, Jess se detuvo.

–Susie, ¿qué es esto?

Susie miró a su confundida prima a los ojos, tomó aire y le explicó:

–Se me está cayendo el pelo a mechones, así que he decidido que lo mejor es afeitarme la cabeza. Y quiero que lo hagas tú.

Jess la miró desconcertada.

–¿Por qué yo?

–¿Te acuerdas de cuando teníamos seis años y prácticamente estuviste a punto de arrancarme el cuero cabelludo? –le preguntó con una sonrisa–. He pensado que tenías la experiencia que necesitaba.

Jess parecía avergonzada.

–¡Dios mío, creo que había bloqueado ese recuerdo! La abuela se puso furiosa –la miró preocupada–. ¿Todavía me guardas rencor? ¿Por eso me has llamado?

–Creo que no te guardo ni la mitad de rencor que me has guardado tú a mí durante todos estos años –le aclaró, y alzó inmediatamente la mano–. No te culpo. Sé que te han herido muchas de las cosas que la familia ha hecho y ha dicho. Aunque no haya sido culpa mía, entiendo los motivos que tenías para estar resentida. Pero ya somos adultas, Jess. Nuestros maridos son amigos íntimos. Quiero que olvidemos el pasado y continuemos viviendo. Quizá incluso que lleguemos a ser amigas.

–¿Y crees que nos haremos amigas si te afeito la cabeza? –preguntó Jess con escepticismo.

–Algo así. ¿Qué me dices? ¿Lo harás?

Jess continuaba vacilando.

–¿Te fías de mí? A lo mejor debería hacerlo un profesional...

–Como le he dicho antes a Mack, una cabeza afeitada es una cabeza afeitada. No puedes hacerlo mal, Jess. Lo único que quiero es convertirlo en una especie de rito que nos ayude a estar más unidas.

–¿Y si al final no te gusta cómo quedas?

–Te aseguro que eso no tendrá nada que ver con el corte de pelo –se puso seria–. Se me está cayendo el pelo, Jess. Tengo que hacer esto. Necesito ser yo la que esté a cargo de la situación. Seguramente me comprendes.

Jess asintió lentamente.

–Más de lo que te imaginas –comenzó a acariciarle la mejilla a su prima, pero retrocedió y añadió animada–: Muy bien, vamos a ello. Pon algo de música, algo animado. Yo prepararé un par de tazas de té. Un vino sería más liberador, pero probablemente no sea lo más sensato en estas circunstancias.

Susie soltó una carcajada.

–Ahora lo estás entendiendo.

En cuanto la música comenzó a sonar y tuvieron preparadas sendas tazas del té irlandés favorito de su abuela, Jess dio el primer tijeretazo, haciendo caer un mechón de rizos rojos sobre los periódicos extendidos en el suelo. Susie contuvo la respiración.

–¿Estás bien? –preguntó Jess–. Todavía estás a tiempo de parar. Puedo igualarte el otro lado y

quedarás bastante bien.

–¡No, adelante! –la animó Susie–. Pensaré en Sinead O’Connor mientras me cortas el pelo.

–Probablemente tendrías que salir a hacerte un tatuaje para que la imagen funcione.

Susie pensó en ello.

–A lo mejor lo hago.

Jesse pareció sorprenderse ante aquella inesperada respuesta.

–¿En serio?

–¿Quién sabe? Me pregunto qué diría Mack si descubriera una mariposa diminuta en algún lugar interesante.

–Si te haces un tatuaje, yo también –la desafió Jess–. Podría servir como un toque de atención para Will.

Susie soltó una carcajada.

–Estoy segura de que tienes a Will bastante pendiente de ti sin necesidad de ningún tatuaje. ¿Sabes? Siempre que le veo está contento. Y parece incluso hasta un poco atontado.

Jess suspiró.

–Yo estoy igual. No sé por qué me resistí durante tanto tiempo.

–Por miedo, supongo. Fue el miedo el que me impidió reconocer lo que sentía por Mack. Tenía tanto miedo de no ser capaz de retenerle a mi lado después de la cantidad de mujeres que habían pasado por su vida que ni siquiera me atrevía a intentarlo. Me sentía más segura limitándome a ser únicamente su amiga.

–Miedo –repitió Jess–. Esa era exactamente la razón. Tenía miedo de que Will no pudiera soportar todos mis defectos, pero en realidad, ya los conocía y me amaba de todas maneras –le acarició a Susie la cabeza y preguntó–: ¿Estás preparada?

Susie cerró los ojos y tomó aire.

–Estoy preparada.

Aunque Jess intentaba ser muy delicada, a Susie se le llenaban los ojos de lágrimas cada vez que sentía el roce de la cuchilla. Cuando Jess descubrió que estaba llorando, la miró desolada.

–¿Te hago daño? Estoy intentando tener mucho cuidado.

Susie le tomó la mano.

–No, tú no me estás haciendo daño –le aseguró. Y añadió, con un raro estallido de enfado–: ¡Es el cáncer el que me está haciendo daño! ¡Odio todo esto! ¡Odio lo que le está haciendo a mi cuerpo! No puedo admitirlo delante de nadie. Todo el mundo intenta mostrarse valiente y animado. Mack está siendo sólido como una roca durante todo este proceso. Y no puedo decepcionarlos derrumbándome.

Jess rodeó la silla, se agachó frente a ella y apoyó los brazos en sus piernas.

–Puedes derrumbarte delante de mí –le ofreció con sencillez–. Créeme, entiendo lo que es tener ganas de gritar, tener miedo de decepcionar a todo el mundo. Lo he hecho muchas veces. A partir de ahora, cuando no puedas soportarlo más, llámame, ¿entendido?

Las lágrimas comenzaron a caer por el rostro de Susie como un torrente. Jess se limitó a abrazarla y a mecerla en sus brazos hasta que se secaron.

Y, por primera vez, Susie supo con absoluta certeza que aquello era algo que Jess jamás le reprocharía. Habían superado la brecha que las distanciaba. Quizá había cosas que rescatar en medio de aquel terrible proceso.

Mack se reclinó en la silla y contempló satisfecho la maqueta del *Bayside Chronicle*. La cabecera era de corte tradicional, pero para la portada habían elegido un diseño moderno. Aunque a él le habría gustado que fuera a color, el presupuesto no lo permitía. Por lo menos de momento. Y había llegado a la conclusión de que sacar el primer número a color solo serviría para crear expectativas que no podrían satisfacer en los siguientes números. Era preferible comenzar tal y como pensaban continuar.

–¡Es fantástica! –la alabó Kristen, apoyándose en su hombro para mirar la pantalla del ordenador–. Mack, debes de estar muy emocionado. La semana que viene publicarás un periódico y será todo tuyo. Es increíble.

Mack alzó la mirada, percibió el seductor perfume y sintió la atracción que en otro tiempo le había resultado tan natural. Inmediatamente la rechazó.

–Sí, es una sensación agradable –se levantó y comenzó a pasear por las oficinas.

–¿Por qué no salimos a comer algo? –sugirió Kristen–. Podemos hacer una comida de celebración. Invito yo.

Mack estaba negando con la cabeza antes de que Kristen hubiera terminado la frase.

–Lo siento, ya he quedado para almorzar.

Kristen le miró con expresión escéptica.

–¿De verdad? Ya es más de la una. ¿A qué hora se supone que piensas quedar?

–No he quedado a ninguna hora fija. Estoy esperando a que me llamen.

Kristen frunció entonces el ceño.

–¿Has quedado con Susie?

–Claro, ¿con quién iba a quedar?

–No sé, Mack. Cuando estabas en Baltimore salías con muchas mujeres.

–Los tiempos cambian.

–En ese caso, y como ya he aceptado lo inevitable, ¿cuándo voy a conocer a tu esposa? ¿Cuándo podré conocer a la mujer que por fin ha conseguido domar al salvaje Mack Franklin?

–Estoy seguro de que vendrá a la fiesta que hemos organizado para este fin de semana –contestó–. Sé que está deseando conocerte.

–¿De verdad? –preguntó Kristen con incredulidad–. Yo no tendría ninguna gana si estuviera en su lugar. De hecho, ni siquiera estoy segura de que me guste estar en el mío. Estoy empezando a acostumbrarme a la idea de que estás con alguien a quien realmente quieres, pero no me resulta fácil –le miró con los ojos entrecerrados–. Por supuesto, doy por sentado que está al tanto de nuestro pasado.

–Hablamos de ello antes de contratarte.

–En aras de una total transparencia, por supuesto –respondió.

Mack la miró con el ceño fruncido.

–Kristen, ¿a qué viene esto? Estás hablando de una forma extraña, casi como si estuvieras celosa.

–¿Ah, sí? Tonta de mí. Por supuesto, no tengo ningún derecho a estarlo, ¿verdad?

–No, claro que no. Pensaba que ibas a salir y a intentar conocer gente.

–¿Cuánto tiempo has pasado en el Brady's, Mack? Porque no hay un solo hombre soltero, por lo menos ninguno que esté a la altura de los hombres con los que he salido.

Mack ignoró la referencia velada a su relación.

–¿No estás contenta en Chesapeake Shores? ¿Quieres marcharte?

Kristen suspiró y se sentó en la silla que Mack había dejado vacía.

–No, la verdad es que no. El trabajo es estimulante, quiero que tengamos un gran éxito y no me gusta dejar las cosas a medio hacer.

Mack creyó comprender cuál era el verdadero problema. Era nueva en el pueblo, no tenía amigos y se pasaba el día entero en el trabajo. Tendría que encontrar una solución. La fiesta de inauguración del periódico sería un primer paso. Allí tendría oportunidad de conocer a todas las personas influyentes del pueblo. No tenía ninguna duda de que encajaría en ese ambiente, al menos con cualquiera que no fuera un O'Brien receloso y decidido a proteger el terreno de Susie.

–Tienes que salir más –le recomendó–. En la fiesta tendrás oportunidad de conocer gente y a partir de ahí podrás involucrarte en la vida del pueblo.

–Sí, eso me ayudará. Estoy segura –respondió, aunque sin mucha convicción.

Mack alzó la mirada justo en ese momento y vio a Jess en el marco de la puerta.

–¡Hola! ¿Qué te trae por aquí? Pensaba que estabas con Susie.

–Estaba –contestó, y miró a Kristen con el ceño fruncido–. Y estoy. Susie está en el coche. Me ha comentado que habíais quedado.

–¿Por qué no ha entrado ella? –preguntó, e inmediatamente deseó haberse mordido la lengua. ¿Cómo podía ser tan estúpido?–. No importa. Ahora mismo salgo. Tengo el coche en la parte de atrás. Si has traído la comida, puedes pasarla a mi coche. Susie tiene las llaves.

Jess asintió, le dirigió a Kristen otra mirada y salió.

Mack se volvió y descubrió a Kristen mirándole con curiosidad.

–¿Qué raro? ¿Por qué no ha entrado tu esposa y ha enviado a ese ángel vengador? Si las miradas matasen, ahora mismo estaría mi cadáver en el suelo.

–No exageres. Y Susie no te está evitando, si es eso lo que crees. Últimamente está pasando por una situación complicada. No se encuentra muy bien.

Kristen se quedó boquiabierta.

–¿Está embarazada? ¿Es eso? Por favor, no me digas que vais a tener un hijo tan pronto. ¡Pero si acabáis de casaros! Jamás pensé que podrías llegar a casarte, y menos aún, a tener un hijo.

–No está embarazada –contestó–. Mira, ahora no es momento de hablar sobre el tema. Susie me está esperando.

–Bueno, a lo mejor deberías explicármelo antes de que nos crucemos en la fiesta. A menos que no te importe que pueda decir algo inconveniente.

–Doy por sentado que serás suficientemente educada como para no decir nada inconveniente u ofensivo. Mañana hablaremos. Tómate el resto del día libre. Te lo mereces.

–Claro –respondió Kristen con un deje inconfundible de amargura–. No hay nada que me apetezca más que no hacer nada en un pueblo en el que no hay nada que hacer.

Esbozó una mueca al oírse a sí misma.

–Lo siento. Sé que ha sonado horrible. Por favor, achácalo a que tengo un mal día. Normalmente no soy tan desagradable.

–Lo sé –respondió Mack–. Y esa es la única razón por la que estoy preocupado. No quiero que por culpa de esta situación te conviertas en una persona triste y amargada.

Kristen intentó animarse, cuadró los hombros y forzó una sonrisa.

–No te preocupes. No dejaré que eso ocurra. Soy más dura que todo eso

Mack le dirigió una última mirada y salió al encuentro de su esposa. Aunque Kristen no se le había insinuado abiertamente, había dejado muy claro que estaba disponible para él. Eso le hizo preguntarse una vez más si no habría cometido un error al llevarla a Chesapeake Shores, como todo el mundo le había dicho desde el principio. Pero él estaba seguro de que Susie podría

manejarlo, y de que él también. Aunque si era totalmente sincero consigo mismo, tenía que reconocer que jamás se había preguntado siquiera si Kristen estaría capacitada para hacerlo.

Pero pensó entonces en el periódico que estaba a punto de salir. Sabía que si tenía éxito, sería en gran parte gracias al talento de Kristen. ¿Y cómo iba a arrepentirse de eso?

Cuando Mack abrió la puerta del asiento del conductor, intentó no mostrar su sorpresa al ver a Susie con un colorido pañuelo en la cabeza a modo de turbante. Sin su melena, sus ojos parecían enormes y los pómulos más definidos.

–¿Qué te parece? –preguntó preocupada, toqueteando el pañuelo con dedos nerviosos y mirándole esperanzada–. No está tan mal, ¿verdad?

Mack forzó una sonrisa.

–En absoluto. De hecho, te queda muy bien. Parece como si acabaras de salir de un harén y estuvieras en actitud seductora.

Tal y como Mack esperaba, Susie se echó a reír.

–Sí, exacto, esa soy yo, ¡la última tentación!

Mack se puso inmediatamente serio.

–Pues sí, ¿sabes? No sé si seré capaz de llegar a Beach Lane sin ponerte las manos encima.

Susie elevó los ojos al cielo.

–Estás sobreactuando –pero no acababa de decirlo cuando pareció quedarse completamente paralizada.

Mack intentó seguir la dirección de su mirada, pero Susie se volvió tan rápidamente que no podía estar seguro de lo que había causado su reacción.

–Susie, ¿qué te pasa? ¿Qué ha pasado?

–¿Es ella? –le preguntó–. ¿Esa es Kristen?

Mack se quedó paralizado.

–¿Dónde está?

–Estaba en la puerta de atrás, mirándonos. Es alta, delgada y rubia. Es ella, ¿verdad? La vi de lejos en una ocasión. Por lo visto tiene un gran número de seguidores en Sally's. He oído decir que cuando va a buscar el almuerzo, deja a los hombres sin habla durante por lo menos cinco minutos.

Mack miró hacia el edificio, pero la puerta de atrás estaba cerrada.

–Quien quiera que estuviera, ha desaparecido. Pero es muy probable que fuera Kristen.

–Estaba espiándonos –dijo Susie con firmeza–. O intentando verme.

–Probablemente solo quería asegurarse de que la puerta de atrás estaba cerrada antes de salir –respondió Mack, decidido a quitarle importancia.

De hecho, hasta él mismo creía lo que estaba diciendo. Kristen no era la clase de mujer que los espiaría a escondidas. Estaba demasiado segura de sí misma y era demasiado orgullosa como para arriesgarse a ser descubierta y ponerse en ridículo.

–Si tú lo dices –respondió Susie, aunque era evidente que lo dudaba–. Pero si se le ocurre aparecer por Beach Lane, pienso enfrentarme a ella. Es posible que esté enferma, pero todavía estoy en condiciones de derrotarla.

Mack fue suficientemente sensato como para disimular su sonrisa. Definitivamente, Susie la ganaría en cualquier enfrentamiento. Kristen jamás rodaría por el barro como sin duda alguna lo haría ella. Estaría demasiado preocupada por la cuenta de la tintorería a la que tendría que llevar

sus prendas de diseño.

–Creo que estás demasiado beligerante, Susie –la regañó–. Esa mujer no te ha hecho nada.

–Se acostó contigo, ¿no?

–Hace muchos años.

–Eso no quiero decir que tenga que alegrarme de que lo hiciera.

Mack se echó a reír.

–No, claro que no –se puso serio y la miró a los ojos–. Ahora soy tuyo, Susie, y eso es lo único que importa. El pasado está olvidado y superado. Tú eres mi presente y mi futuro.

Susie suspiró, pero no parecía muy convencida.

–Intento recordármelo cada día. Eres lo mejor de mi vida, Mack. Sin ti...

Mack la interrumpió.

–No tendrás que estar ni un solo día sin mí –le aseguró Mack con firmeza.

Susie le miró emocionada por su vehemencia.

–Supongo que estás harto de que dependa tanto de ti. Lo siento.

–No tienes nada que sentir. Y eres la mujer menos dependiente que conozco. Te has pasado años demostrándome lo independiente que eres. Francamente, era muy duro para mi ego.

Aquel comentario sirvió para arrancarle a Susie una débil sonrisa y poner algo de color en sus mejillas.

–Todo era fingido, ¿sabes?

Mack le tomó la mano y se la llevó a los labios.

–Pero eras muy convincente. A partir de ahora, tenemos que recordarnos que nos necesitamos el uno al otro. No más juegos, Susie.

–No más juegos –le prometió.

Pero Mack no pudo menos que preguntarse si realmente sería posible vivir sin algún que otro juego. Por ejemplo, aquel en el que él participaba cada día intentando evitar que Susie supiera el miedo que tenía a perderla. Aquel era un juego al que no podía renunciar. Continuaba pensando que si fingía tener plena confianza en que Susie superaría su enfermedad, antes o después, él mismo se lo creería.

Pero de momento no estaba funcionando. Y verla con aquel pañuelo alrededor de su cabeza afeitada le hacía recordar con dolorosa claridad todo lo que podía perder en aquel juego.

Capítulo 17

A Mack no le sorprendió excesivamente encontrarse a Jess en la oficina cuando llegó al trabajo al día siguiente. Afortunadamente, Kristen no había llegado todavía, porque tenía la sospecha de que era ella el motivo de la visita de Jess.

–¡Qué sorpresa! –dijo alegremente mientras abría la puerta para dejarla pasar. Encendió las luces y dejó el maletín sobre su escritorio–. Para empezar, déjame prepararte un café mientras vas contándome por qué estás aquí.

Jess le fulminó con la mirada.

–Sabes perfectamente por qué estoy aquí. Cuando entré ayer aquí, me encontré con algo que no me gustó. Al principio pensé en dejarlo pasar. Incluso me dije a mí misma que no era asunto mío. Nunca he sido una gran defensora de Susie porque, sinceramente, jamás pensé que lo necesitara. Pero ahora creo que lo necesita.

Mack le sostuvo la mirada.

–¿Adónde quieres llegar?

–¿Hay algo entre tú y esa mujer?

Mack no fingió no comprenderla. Sería un insulto a su inteligencia. Y, al fin y al cabo, aquello era lo que él mismo quería, ¿no? Que Susie y Jess estuvieran unidas. Aunque lo último que esperaba era que la mujer de su mejor amigo tuviera algo que decir sobre su matrimonio.

–No –contestó, decidiendo que no tenía ningún sentido aludir al pasado. Al fin y al cabo, lo pasado, pasado estaba–. No hay absolutamente nada entre Kristen y yo, aparte de una relación de trabajo.

–Pues la tensión que había ayer en el ambiente indicaba otra cosa. Reconozco la atracción sexual cuando la veo, Mack. Y te juro por Dios que si haces cualquier cosa que pueda hacer sufrir a Susie cuando está luchando por su vida, te destrozará personalmente.

Mack sonrió.

–No será necesario.

–Eso es lo que me dijo Will, pero no lo creí. Quería oírlo de tus labios.

–¿Y cuál es el veredicto?

Jess parecía estar analizándole con la mirada mientras le observaba.

–Bueno, sé que has sido un mujeriego, pero nunca he pensado que fueras un mentiroso. Y la opinión de mi marido tiene mucha importancia para mí, así que te concederé el beneficio de la duda.

–Gracias –contestó solemne–. La verdad es que esto es todo un cambio viniendo de ti. Nunca has sido una gran admiradora de Susie.

–Ayer hice un descubrimiento. Comprendí que, en realidad, nunca había sido mi enemiga. Simplemente, necesitaba a alguien en quien focalizar mi enfado y ella me era útil. Era tan perfecta en todo, ¿sabes? Lista, deportista... lo tenía todo.

–¿Y tú no? –sugirió Mack con delicadeza.

Jess suspiró.

–Y yo no.

–¿Y descubriste todo eso mientras le afeitabas la cabeza? Hiciste un buen trabajo, por cierto. Me gusta cómo le queda.

–A mí también. Tiene un rostro al que todo le queda bien. Estaría celosa, si no fuera porque los motivos que le han llevado a afeitarse la cabeza son terribles.

–Sí, lo son. ¿Y tú y yo ya estamos bien, Jess?

–De momento. Pero estaré pendiente de ti durante la fiesta. Y si veo cualquier cosa que no me guste, saldremos por la puerta de atrás para tener una conversación seria.

Mack sonrió.

–Creo que casi me gustaría.

Jess se echó a reír, pero su sonrisa desapareció casi al instante.

–Susie se pondrá bien; ¿verdad?

–Todos estamos rezando para que así sea, pero no sabremos nada hasta que termine el tratamiento.

–¿Y tú estás bien?

–Intento aguantar. Pero no es a mí a quien le toca la parte más dura.

–No sé –respondió Jess–. Creo que debe de ser terrible ver a una persona a la que quieres tanto pasar por una experiencia como esa. Sé que Will es el psiquiatra de la familia, pero si alguna vez necesitas desahogarte, puedes contar conmigo. Y prometo no juzgarte.

–Gracias, Jess. Y gracias por haber venido aquí para defender a mi esposa.

–Supongo que eres consciente de que solo soy la punta del iceberg, ¿verdad? Como cruces la línea, los O’Brien acabarán contigo.

–Créeme, no necesito que me lo recuerdes.

Susie asintió satisfecha.

–De acuerdo, en ese caso, mi trabajo ha terminado –se acercó a él y le dio un beso en la mejilla–. Susie y tú deberíais venir a cenar un día cuando esté animada. A Will y a mí nos encantaría. Podéis venir cuando queráis, en cuanto tenga un buen día.

–Lo haremos –le prometió Mack y la observó marchar.

Apenas había salido Jess cuando apareció Kristen.

–¿Ya se ha ido? –preguntó con exagerado dramatismo–. Supongo que ha venido para advertirte de que te alejes de mí.

Mack soltó una carcajada.

–¿Cómo lo has adivinado?

–Ya te dije ayer que me había dirigido una mirada asesina. ¿Vendrá a la fiesta?

–Por supuesto. Es la propietaria de la Posada del Águila. Son ellos los que sirven el catering.

Kristen esbozó una mueca.

–Supongo que tendré que vigilar lo que como.

–Probablemente no sea mala idea –admitió–. Ahora deberíamos ir preparando la primera edición. Tendremos que dejar espacio para las noticias de última hora, pero creo que deberíamos decidir los artículos.

–Claro –contestó Kristen mientras se servía una taza de café–. Pero antes me gustaría disculparme por lo de ayer. Sé que de vez en cuando olvido los límites de nuestra relación, pero de aquí en adelante intentaré no sobrepasarlos. No quiero ser «la otra» y ya es demasiado tarde para ser ninguna otra cosa –le miró a los ojos con expresión nostálgica–, ¿verdad?

–Sí, es demasiado tarde –confirmó Mack.

–En ese caso, adelante –dijo animada–. Vamos a preparar esa edición.

Mack había contratado como periodista a tiempo parcial a un estudiante del instituto para que cubriera el deporte amateur. Él pensaba ocuparse del deporte profesional y de los editoriales. El reportero de información general pasaría a formar parte de la plantilla ese mismo fin de semana y tenía tres personas que podrían contribuir regularmente con diferentes artículos. Era una plantilla casi esquelética, pero pensaba que, de momento, sería suficiente.

El equipo de ventas había formado parte del proyecto desde el primer momento y habían conseguido más anuncios de los que esperaba. La primera edición iba a ser bastante rentable, con dos secciones abarrotadas de anuncios y unos artículos extraordinarios. La web era interactiva, de modo que los lectores pudieran hacer comentarios, y permitía reproducir vídeos de acontecimientos locales.

Kristen y él cerraron todos los detalles para el día del lanzamiento. Mack tenía cada vez más confianza en que el *Bayside Chronicle* podría funcionar. Sabía que tenía grandes desafíos por delante, pero podía imaginarse dirigiendo aquel periódico durante toda su vida, convirtiéndose en una parte de Chesapeake Shores de una forma que jamás había creído posible cuando era un niño que vivía en una casa con dificultades que ansiaba desesperadamente integrarse en aquella comunidad.

Cuando terminaron la reunión, miró a Kristen a los ojos y sonrió.

–Creo que hemos terminado–dijo contento.

Kristen le devolvió la sonrisa.

–Sí, hemos terminado –se mostró de acuerdo, y alzó la mano para chocarla con la de Mack–. Formamos un gran equipo.

Pero en aquella ocasión, no parecía haber nostalgia en su voz. Era un claro reconocimiento de lo que habían conseguido como profesionales, nada más. O, por lo menos, eso esperaba.

Susie estaba harta de estar enferma y cansada. En cuanto Mack salió a trabajar, se duchó, se vistió y se dirigió a la agencia. Ya era hora de que recuperara su rutina y su antigua vida. Una cosa era intentar luchar contra el cáncer y ahorrar energías y otra muy diferente dedicarse a hibernar.

De modo que eligió un pañuelo rosa, que jamás se habría atrevido a ponerse con su melena pelirroja, se lo puso en la cabeza y estudió su reflejo en el espejo.

–Un aspecto atrevido –concluyó sonriente–. Eso significa que he vuelto.

Pero cuando entró en la oficina, su padre alzó la mirada y palideció. Susie había olvidado que no la había visto desde que se había afeitado la cabeza.

–¡Hola, papá! –le saludó con desenvoltura–. He decidido que ya era hora de volver al trabajo. Si no, jamás seré capaz de reorganizar el desastre que seguramente has organizado con todos mis archivos.

Jeff parpadeó e intentó sonreír, pero las lágrimas que brillaban en sus ojos eran inconfundibles. Susie se acercó a él.

–No te atrevas a echarte a llorar –le ordenó mientras le abrazaba con fuerza–. Estoy bien, solo es un corte de pelo.

–Y, de todas formas, tú siempre has odiado tu pelo –dijo Jeff con la voz atragantada por la emoción.

–Eso es lo que dijo Mack.

–Desde luego, nunca fue un secreto lo que pensabas. Yo siempre pensé que esa era la verdadera razón por la que Jess te lo cortó cuando erais niñas. Estaba seguro de que habías sido tú la que le

había pedido que lo hiciera.

Susie se echó a reír.

–Te aseguro que no, pero esta vez sí que se lo he pedido.

Jeff la miró sorprendido.

–¿De verdad? ¿Jess y tú habéis hecho las paces?

–Lo estamos intentando –contestó.

No estaba segura de lo que podía durar aquella tregua. No se podían borrar de un día para otro tantos años de amargura y resentimiento, por bienintencionadas que fueran las partes.

–Me alegro. Necesitas a Jess y al resto de tus primas. Son mujeres fuertes y podrán proporcionarte un buen respaldo. El hecho de que Mick y yo no siempre nos hayamos llevado bien, no significa que tengas que distanciarte de ellas por mi culpa. Y si alguna vez te he dado esa impresión, lo siento.

–No, no me has dado esa impresión. He sido yo la que ha guardado las distancias por un mal entendido concepto de la lealtad, pero sé que no es necesario. Y creo que por fin me he dado cuenta de lo importantes que son los amigos y la familia. Siempre hemos sido una familia fuerte, pero gracias sobre todo a la insistencia de la abuela. Y ahora comienzo a comprender por qué siempre ha insistido en mantenernos unidos a pesar de todos los conflictos entre Mick, Thomas y tú.

–Sí, a mí también me ha costado comprenderlo –admitió Jeff–. Pero cuando te diagnosticaron el cáncer, me hizo mucho bien entrar en la sala de espera y encontrar allí a mis hermanos.

Susie se acercó una silla.

–Bueno, cuéntame cómo van las cosas por aquí. ¿Qué quieres que haga primero?

Su padre frunció el ceño.

–¿Estás segura de que estás en condiciones?

–Necesito estar aquí, papá. En casa lo único que hago es estar sentada, preocupándome de si estará funcionando la quimioterapia.

–De acuerdo, pero haremos un trato. En cuanto te canses de trabajar, volverás a casa. Y no me importa si estás aquí una hora o seis, ¿entendido?

–Entendido. Yo misma me controlaré, te lo prometo.

–De acuerdo, en ese caso, ¿por qué no echas un vistazo al contrato del local que hace esquina entre la calle principal y Shore Road? Van a poner una tienda de objetos para mascotas.

Susie le miró con admiración. Era un local enorme y, por lo tanto, muy caro. Estando la situación económica como estaba, había sido muy difícil alquilarlo para un negocio.

–¿Has alquilado ese local? Fantástico. Además, no creo que venga nada mal una tienda para mascotas en el pueblo. Por lo que he visto últimamente, la gente cuida más de sus mascotas que de sí misma –se interrumpió y frunció el ceño–. Pero no venderán animales ni ninguna clase de mascota, ¿verdad? Odio ver a todos esos cachorros amontonados.

–No, pero ofrecerán la posibilidad de entrar en contacto con los criadores de la zona. Y ya han estado haciendo algún trabajo con los refugios de animales para que les envíen fotos con las mascotas que tienen para adopción. Creo que además están pensando en fijar unos días para las adopciones.

Al oír hablar de adopciones, a Susie le dio un vuelco el corazón.

–Ojalá fuera tan fácil adoptar un hijo –se lamentó.

Su padre la miró preocupado.

–¿No crees que es demasiado pronto para pensar en eso?

Susie asintió.

–Sí, lo sé. Mack y yo hemos quedado en esperar hasta... bueno, hasta que el futuro esté un poco más claro.

–Hasta entonces, podrías quedarte con un cachorro –sugirió Jeff, intentando ayudar.

Susie negó con la cabeza.

–No, no quiero tener animales en un piso. Eso tendrá que esperar a que tengamos la casa, y quién sabe cuándo podremos comenzar a construirla.

–Ya te dije que podía adelantarte el dinero y sé que Mick pondrá una cuadrilla a trabajar en cuanto se lo pida. Matthew me dijo que tenía ya preparados los planos.

Susie negó con la cabeza.

–Gracias, papá, pero Mack no querría ni oír hablar de ello.

–¿Ya le has dicho lo mucho que significaría para ti?

–No, ahora mismo sería manipularlo de la forma que más odio. Basta que diga que quiero algo, para que esté dispuesto a remover cielo y tierra para conseguirlo, tanto si cree que podemos permitirnoslo como si no. No quiero que tenga que hacer nada que vaya en contra de sus principios para pagar nuestra casa. Además, ahora mismo está completamente centrado en el lanzamiento del periódico. En cuanto el periódico esté en la calle y funcionando, podremos volver a hablar de todo eso.

–Desde luego se está montando mucho revuelo con todo eso del periódico.

–¿La gente está contenta?

–Están deseando que salga. He comprado varios espacios publicitarios para anunciar algunas de las propiedades que tenemos en venta. Creo que la edición digital está atrayendo a muchos comerciantes. La mujer que ha creado la web sabe lo que hace.

–¿La conoces? –preguntó Susie con curiosidad.

–La he visto varias veces en la cafetería. Desde luego, es una mujer que no pasa desapercibida.

No había terminado de decir aquellas palabras cuando adoptó una expresión vagamente culpable, como si hubiera sido alguna clase de traición.

–Sí, eso he oído –dijo Susie en un tono neutral, decidida a no permitir que aquel comentario tan espontáneo la afectara–. Será mejor que me ponga a trabajar. Ahora mismo tengo la sensación de que podría comerme el mundo, pero sé que no durará.

–Puedes parar cuando quieras –le recordó Jeff.

–Lo haré, papá.

Se sentó tras su mesa, vio la enorme pila de carpetas que tenía delante y se concentró completamente en ellas. Revisó el contrato de la tienda para mascotas, se aseguró de que no hubiera ninguna laguna jurídica y llamó al futuro arrendatario para hacerle saber que estaba preparado para la firma.

Aunque para la hora del almuerzo comenzaron a flaquearle las fuerzas, estaba emocionada por haber sido capaz de trabajar durante toda la mañana. Sabía que tenía que dar ya por terminada la jornada y estaba organizando sus archivos cuando entró Mack en la agencia y la miró muy serio.

–Creía que la información de que habías vuelto al trabajo no era cierta. ¿Qué has hecho? ¿Te has escapado de casa en cuanto he salido?

Susie sonrió.

–Algo así. Me ha encantado volver al trabajo. Casi tengo la sensación de que he vuelto a ser la de antes.

–Aunque más cansada –aventuró Mack–. Tienes aspecto de estar agotada.

–Sí, estoy un poco cansada –admitió–. Estaba preparándome para volver a casa –le miró esperanzada–. A no ser que mi atractivo marido quiera invitarme antes a almorzar. ¿Qué me dices? ¿Vamos al Panini Bristo? ¿Prefieres ir a la cafetería de Sally? Estoy abierta a todo, menos a tener que abrir una lata de sopa en nuestra cocina.

–¿Estás segura de que te encuentras bien?

–Creo que seré capaz de mantener los ojos abiertos durante media hora más, sobre todo si me vas poniendo al tanto de los planes para la fiesta de lanzamiento. ¿Puedo ayudaros en algo?

–Me basta con que estés a mi lado, puesto que tú has sido la inspiradora del proyecto. Podrás disfrutar del éxito y llevarte todo el mérito.

Susie se echó a reír.

–Sí, será divertido, pero no me parece justo. Al fin y al cabo, tú has hecho todo el trabajo duro.

–Vamos a Sally's y allí te lo contaré todo. Will y Jake estarán allí. ¿Te importa que comamos con ellos? Últimamente les he fallado demasiadas veces.

–Claro que no. Jamás se me ocurriría interferir en una tradición como esa.

Cuando entraron en la cafetería, Susie intentó ignorar las miradas de asombro de las personas que no la habían visto en algún tiempo. Cuando llegó a la mesa situada en la parte trasera de la cafetería, Will y Jake se levantaron para darle un beso en la mejilla. Y tuvo que concederles el mérito de mostrar su alegría por el reencuentro fuera cual fuera su reacción ante su aspecto.

–Estás muy bien –le dijo Will–. Jess me había hablado de tu nuevo peinado. Está muy orgullosa de que le pidieras que te ayudara.

–¿Te ha contado por qué pensaba que era la persona más indicada para hacerlo? –preguntó Susie sonriendo.

Will soltó una carcajada.

–Sí. Y ahora, cuéntame tú cómo te sientes.

–Mejor que otras veces en las que me siento como si acabara de atropellarme un autobús –contestó con sinceridad–. Pero ya basta de hablar de mí. Quiero saber cómo os va todo. Jake, ¿cómo está tu hija?

A Jake se le iluminó el semblante.

–Está intentando empezar a caminar. Y aunque está preciosa cuando se levanta y se vuelve a caer, me aterra pensar en lo que será seguirle el ritmo cuando realmente sepa andar.

–Eso le tocará más bien a Bree –le recordó Susie.

–Eso es lo que tú te crees. Ya me ha dicho que apenas consigue retenerla en el parque cuando está en la floristería. Así que en cuanto empiece a andar, tendré que llevármela yo cuando vaya a arreglar algún jardín, para que pueda deambular en libertad por espacios abiertos. Y creo que Bree lo dice en serio.

–Probablemente –confirmó Will.

Sally llegó a tomarles nota. Su única manera de mostrar que estaba al tanto de la enfermedad de Susie fue apretarle cariñosamente el hombro.

–Rápido, chicos, no puedo perder todo el día esperando a que decidáis lo que vais a comer –dijo con su habitual energía.

En cuanto pidieron, le guiñó el ojo a Susie.

–Eres una mujer valiente al atreverte a soportar a estos tres al mismo tiempo. No sé cómo les aguantan Bree y Jess.

–Pero si somos adorables –se defendió Jake.

–A mí todavía no me lo habéis demostrado –replicó Sally.

En cuestión de minutos tenían la comida en la mesa. Para cuando terminó la mitad del sándwich de atún, Susie ya estaba demasiado cansada como para comer ni un bocado más. Mack la miró y se levantó inmediatamente.

–Necesito llevar a esta preciosa mujer a casa. Lleva demasiado tiempo en la calle.

–Puedo ir sola –protestó Susie.

Mack la miró a los ojos.

–Ni lo sueñes.

–Deja que te mime –le aconsejó Will–. Para él no es algo natural. Necesita práctica.

–Vete al infierno –repuso Mack–. Y pagas tú el almuerzo.

–Será un placer –respondió Will mientras Mack conducía a Susie hacia la puerta de la cafetería.

–Ha sido casi normal –comentó Susie mientras ocupaba el asiento de pasajeros del coche de Mack.

–¿Casi?

–¿No has visto cómo se me ha quedado mirando la gente cuando hemos entrado? Me sentía como si fuera un póster de una campaña contra el cáncer o algo parecido.

–Lo has llevado muy bien. No has dejado que eso te importara.

–Supongo que es porque lo comprendo. Yo reaccionaba de la misma manera cuando veía a alguien que era obvio que estaba bajo tratamiento. Tenía la sensación de haberme quedado sin lengua. No sé qué se puede decir en un caso como este.

–«Hola» podría ser una buena manera de empezar –comentó Mack.

–Pero «hola» solo sirve para empezar la conversación. ¿Qué tienes que hacer después? ¿Evitar el tema o hablar sobre ello? No es fácil decidirlo –suspiró–. Supongo que tendré que acostumbrarme. Si no, voy a sentirme muy incómoda en la fiesta de lanzamiento del periódico.

–Estaré a tu lado cada segundo –le recordó Mack–. Y vas a estar rodeada de familiares y amigos. No tienes que preocuparte por nada.

–Es cierto. Además, será tu noche, no la mía.

–Una noche que no habría sido posible si no hubiera sido por ti –la corrigió mientras comenzaba a aparcar frente a su casa.

–No aparques, subiré sola –le dijo. Se inclinó hacia él para darle un beso–. Gracias por el almuerzo.

–Las gracias tienes que dárselas a Will.

–Sí, pero tú has sido mi acompañante. A lo mejor toda esa gente de la cafetería te estaba mirando a ti en vez de a mí.

–Estoy seguro –contestó Mack con ironía–. Te quiero. Te veré alrededor de las seis.

Susie, ya en la acera, se agachó para decirle por la ventanilla:

–Ha sido un día estupendo, Mack. ¿Quién iba a pensar que podría llegar a estar tan agradecida por pasar unas cuantas horas en el trabajo y almorzar en Sally's?

–Quizá esto nos sirva para valorar todas las cosas buenas que tenemos. Y en mi lista, tú ocupas el primer puesto.

–Y tú en la mía –contestó Susie.

Después, le observó marchar.

El buen humor duró mientras entraba en casa y entraba en el dormitorio, pero entonces, comenzó a darles vueltas la cabeza y el mareo dio paso a las náuseas.

Haciendo un enorme esfuerzo, apenas pudo meterse en la cama antes de que se le doblaran las

rodillas. Estaba alargando la mano hacia el teléfono para pedir ayuda cuando las paredes de la habitación parecieron cerrarse sobre ellas. La luz pareció apagarse poco a poco hasta que dejó de ver.

A Mack comenzó a latirle con fuerza el corazón cuando, al entrar en casa a las seis de la tarde, no oyó nada.

–¡Susie!

Corrió al dormitorio, encendió la luz y la vio tirada en la cama, todavía con el abrigo puesto.

–¡Dios mío! –musitó.

Corrió hasta ella y le tomó el pulso. Aunque débil, todavía era perceptible.

–¡Susie! –gritó otra vez.

La sacudió con delicadeza mientras llamaba a urgencias con la otra mano. Una mano que le temblaba de tal manera que apenas podía agarrar el teléfono.

Durante la siguiente media hora todo fue muy confuso. Llegaron los paramédicos, intentaron reanimar a Susie y le estabilizaron las constantes vitales para poder llevarla al hospital. Mack llamó a Jeff y a Jo y siguió inmediatamente a la ambulancia.

Para cuando llegaron a la sala de urgencias, Susie estaba ya instalada en un cubículo y rodeada de médicos y enfermeras.

–Tienen que esperar fuera –les indicó una enfermera–. Los médicos tienen que averiguar lo que ocurre.

–Se está recuperando de un cáncer de ovarios –les explicó Mack–, y está siendo tratada con quimioterapia. ¿Han llamado ya al doctor Kinneer o a su oncólogo?

–Lo haremos en caso de que sea necesario. Contamos con su historial –le informó amablemente la enfermera–. Nosotros la cuidaremos.

Mack estaba paseando nervioso por la sala de espera cuando llegaron Jo y Jeff, seguidos casi inmediatamente por Nell, Mick y Megan.

–Abby y Bree están de camino –le dijo Megan–. Y también Will y Jess.

–¿Se sabe algo? –preguntó Nell.

Mack negó con la cabeza. Tenía la mirada clavada en la puerta tras la que estaban haciéndole solo Dios sabía qué a su esposa. ¿Podría terminar de forma tan cruel su matrimonio? No, el destino no podía ser tan cruel.

–Sabía que se estaba esforzando demasiado –se lamentó Jeff–. Debería haberla enviado directamente a casa.

Mack comprendía cómo se sentía. Él mismo llevaba la carga de haber llevado a Susie a almorzar, en vez de haberla obligado a volver a casa. Aun así, oía las palabras de Susie resonando en su cabeza.

–Necesitaba ir a trabajar –le aseguró a Jeff–. Mientras la llevaba a casa, no paraba de decirme cuánto había disfrutado. Decía que se sentía como si hubiera vuelto a ser ella misma.

Pero a Jeff no le sirvió de consuelo.

–Aun así, ha sido demasiado para ella. Debería haber insistido en que se fuera.

Jo le miró muy seria.

–¿Y crees que nuestra hija te habría hecho algún caso? Ella ya había tomado una decisión. Mack tiene razón. Susie ha hecho exactamente lo que quería.

–Pero si le ocurriera algo... –respondió Jeff.

Todos sabían lo que había evitado decir: «si Susie muriera»... Pero nadie se atrevía a pronunciar aquellas palabras. La muerte era un precio excesivo a pagar por haber intentado disfrutar de un día de normalidad.

–¡Ya basta! –les ordenó Nell–. Susie se pondrá bien. Esto solo ha sido un ligero contratiempo. Nada más.

Mack esperaba que así fuera, pero su fe no era tan fuerte como la de Nell. Como si comprendiera exactamente lo que estaba sintiendo, Nell cruzó la habitación y se agachó a su lado.

–Se pondrá bien –le aseguró–. Créeme y aférrate a ello.

Mack la miró desolado.

–Lo estoy intentando.

Nell le palmeó la mano.

–Bueno, afortunadamente, yo tengo fe por los dos. Susie es una mujer fuerte y te quiere demasiado como para dejarte ahora que estáis empezando a vivir juntos.

Mack oyó aquellas palabras y absorbió la confianza con la que fueron dichas con la desesperación de un hombre sediento empapado por la lluvia. Luchó para igualar la fe de Nell. Él creía en Susie. Creía en ellos. Y esperaba que eso fuera suficiente.

Capítulo 18

–Susie tiene los glóbulos blancos peligrosamente bajos –explicó el doctor Kinneer un par de horas después de que Susie hubiera ingresado en el hospital. El oncólogo estaba a su lado, asintiendo–. Tendrá que continuar ingresada durante varios días para recuperar el nivel normal.

Aunque Mack no estaba seguro de si quería saberlo, se obligó a preguntar:

–¿Y qué pasará con el tratamiento?

–De momento, habrá que suspenderlo –respondió el oncólogo con firmeza.

Charles Price no era un hombre tan empático como el doctor Kinneer, pero era un excelente profesional. Mack había investigado sus antecedentes y sabía que tenía que confiar en él.

–¿Pero no es arriesgado? –preguntó Jo vacilante, con los ojos cargados de preocupación.

–Sería más arriesgado continuar antes de estar seguros de que pueda soportar otra sesión –insistió el doctor Price.

El doctor Kinneer coincidió con él.

–Ha sido una ligera complicación, pero no hay ningún motivo para el pánico –le aseguró–. Es normal que suceda.

–¿Ahora está despierta? –preguntó Mack–. ¿Sabe lo que ha pasado?

Ambos médicos asintieron.

–Hemos hablado con ella y le hemos explicado la situación –le informó el doctor Kinneer–. Como es lógico, no quiere retrasar el tratamiento. He intentado convencerla de que esto no es una sentencia de muerte. Pero está tan asustada como si lo fuera.

–Yo también –admitió Jo, cada vez más temblorosa.

Nell y Jeff se acercaron a abrazarla.

–Nadie tiene derecho a pensar de ese modo, o, por lo menos, a decir nada ni remotamente parecido delante de Susie –advirtió Mack con fiereza–. Susie necesita que creamos que va a superar su enfermedad. De nosotros depende que conserve las fuerzas para luchar.

–Eso es completamente cierto –confirmó el doctor Kinneer–. Mack, ¿por qué no vas un rato con tu esposa? Jo, si Jeff y tú queréis pasar a verla un momento, adelante. Pero todos los demás tendrán que esperar hasta mañana. Y las visitas tendrán que ser breves. Susie necesita descansar. Supongo que no hace falta que recuerde que si alguien tiene un resfriado o alguna enfermedad contagiosa no debe venir. La enfermera explicará todas las precauciones que hay que tomar de cara a las visitas.

Mack se dirigió directamente hacia el pasillo, pero cuando llegó a la habitación de Susie, se detuvo sobre sus pasos. Estaba apoyado contra la pared, intentando recuperar la compostura, cuando llegó Will.

–¿Quieres que hablemos un momento antes de que entres? –le preguntó.

Mack negó con la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

–¿Qué puedes decirme en un momento como este?

–Exactamente lo que has dicho tú hace cinco minutos, que todo el mundo tiene que creer que Susie va a salir de esta. Susie necesita que tú lo creas por encima de todos los demás.

–Will, estoy asustado.

No era una admisión que Mack hiciera a menudo. Ni siquiera había sido capaz de admitirlo cuando era niño y su madre desaparecía durante varios días. En cambio, se concentraba en evitar que las autoridades lo supieran porque sabía intuitivamente que, en el caso de que se enteraran, le separarían para siempre de ella. Solo Will y Jake adivinaban aquellos terroríficos episodios y se las arreglaban para invitarlo a sus respectivas casas durante largos periodos de tiempo. Mack siempre se había preguntado cómo demonios se enterarían, o por qué sus padres permitían aquellas prolongadas visitas sin hacer preguntas.

En aquel momento, Will posó la mano en su hombro y la dejó allí, expresando con aquel gesto su comprensión y su apoyo. Afortunadamente, evitó las frases hechas y los tópicos habituales en aquellas situaciones.

Al final, Mack tomó aire, miró a su amigo agradecido y abrió la puerta.

Susie estaba tan pálida que su tez apenas se distinguía de las sábanas del hospital. Le estaban haciendo una transfusión de sangre y de solo Dios sabía cuántas cosas más. Tenía los ojos cerrados y parecía tan falta de vida, parecía tan distinta de la mujer a la que amaba, que Mack retrocedió. Si hubiera sido remotamente aceptable, habría dado media vuelta y habría salido corriendo. Pero, por supuesto, no podía. Susie le necesitaba más que nunca.

Acercó una silla a la cama, se sentó y tomó la gélida mano de Susie. Cerró los ojos y rezó como no había rezado jamás en su vida.

–¡Por favor, cúrala! –susurró–. Susie no se merece una cosa así y, para ser sincero, no sé qué haría yo sin ella. Y lo mismo digo de su familia. Todos la necesitamos. Por favor, haz que se ponga bien.

–¿Mack?

La voz de Susie sonaba ronca y somnolienta, pero bastó para que Mack abriera los ojos al instante.

–¡Eh, preciosa! –la saludó mientras se inclinaba contra ella–. ¿Cómo estás?

–No muy bien –le confesó–. Me siento más débil que un gatito recién nacido. ¿Qué ha pasado?

–El doctor Kinneer y el oncólogo me han dicho que te habían explicado que tienes muy bajos los glóbulos blancos.

Susie le miró confundida, pero no tardó en iluminarse su mirada.

–¡Ah, sí! Es verdad. ¿Cuándo podré volver a casa?

–No estoy seguro. Antes quieren aumentar el nivel de glóbulos blancos.

–Pero podré salir para la fiesta de lanzamiento del periódico, ¿verdad? No quiero perdérmela.

Mack ya había tomado una decisión al respecto, pero no se la había mencionado a nadie.

–Voy a posponer la fiesta.

Susie le miró alarmada.

–¡Mack, no! El periódico tiene que salir.

–El periódico saldrá en la fecha prevista, pero organizaremos la fiesta más adelante. Hablaré con Jess. Estoy seguro de que no nos pondrá ningún inconveniente. Y la familia puede encargarse de llamar a todo el mundo. Seguro que los invitados lo comprenderán. No quiero celebrar esa fiesta sin ti y, ahora mismo, te supondría un esfuerzo excesivo.

Para su sorpresa, Susie no protestó, lo cual era un indicativo de lo cansada que estaba.

–Si es eso lo que quieres... –dijo con cansancio–. Lo siento.

–No vuelvas a decir eso. No has hecho esto a propósito. Esto solo es un pequeño bache en el camino. Nada más.

Susie le miró a los ojos como si temiera que no le estuviera contando toda la verdad.

–¿Estás seguro?

–Te lo juro por Dios. Los médicos no están preocupados. Dicen que estas cosas son normales. Así que nosotros tampoco tenemos que preocuparnos, ¿entendido?

Susie le dirigió una mirada cargada de tristeza.

–Cuando te casaste conmigo no te comprometiste a soportar nada de esto.

–Me comprometí a estar a tu lado en la salud y en la enfermedad –le recordó–. Ahora vamos a luchar contra tu enfermedad y después tendremos toda la vida por delante para hacer todas las cosas con las que hemos soñado.

Susie consiguió esbozar una sonrisa.

–Ahí está otra vez el animador profesional.

–Ahora eso es lo que me toca. Tú luchas contra la enfermedad y yo me encargo de mover los pompones.

–¿Mack? –susurró Susie mirándole a los ojos.

–¿Qué?

–Quiero que empecemos a construir ya nuestra casa.

Era lo último que Mack esperaba que le pidiera.

–Pero...

–Nada de peros –le interrumpió Susie con vehemencia–. Sé lo que vale, pero podemos afrontarlo. Mi padre y mi tío Mick trabajarán con nosotros.

–Vamos, Susie –le suplicó–, sabes que no quiero sentirme en deuda con tu familia.

Susie continuó sosteniéndole la mirada.

–Te juro por mi vida que no pensaba intentar persuadirte, pero tengo que hacerlo.

–¿Hacer qué?

–Utilizar todos los medios que sean necesarios –no apartaba la mirada de sus ojos–. Me quieres, ¿verdad?

Mack vio entonces hacia dónde les llevaba aquella conversación. Y comprendió también que no tenía manera de negar a Susie nada de lo que le pidiera. Sabía que ella era consciente de lo que estaba haciendo. Y si en aquel momento había decidido jugarse su carta de triunfo, era porque realmente le importaba.

–Claro que te quiero –contestó.

–Entonces, hazlo por mí. Si... –tomó aire y continuó con decisión–: si no voy a ser capaz de combatir el cáncer, quiero pasar al menos unas cuantas noches contigo en la casa de nuestros sueños. Quiero que nos recuerdes viviendo allí, aunque sea solo unos días. Comprendo todas las razones por las que no quieres pedir ayuda a mi familia, pero, por favor, aunque sea solo por una vez en tu vida, deja el orgullo a un lado y haz esto por mí.

Mack comprendía lo mucho que significaba para ella. Entendía incluso su desesperación. Observó su expresión esperanzada y supo que no podía negarle su único deseo, aunque pedir ayuda económica iba en contra de todos sus principios.

–¿Es muy importante para ti? –preguntó.

Susie asintió.

–En ese caso, de acuerdo. Lo haré, pero con una condición.

A Susie se le iluminó la mirada.

–Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa. ¿Qué quieres?

–No vuelvas a hablar de morirte. Me destroza por dentro.

Susie le miró muy seria.

–Es posible que tengamos que enfrentarnos a ello. Tenemos que estar preparados.

–Ahora no.

–Por favor, sé realista.

–Si tengo que llegar a serlo, lo seré. Te prometo que entonces te escucharé cuando necesites hablar. No negaré la realidad. Pero todavía no estamos en esa situación –le recordó con fiereza–. ¡Todavía no!

Notó que tenía las mejillas empapadas en lágrimas, pero no intentó secarlas siquiera. Fue Susie la que alargó la mano hacia su mejilla.

–Sucedá lo que suceda, Mack, quiero que sepas esto: me has dado toda una vida. Me has hecho más feliz de lo que jamás pensé que podría llegar a ser. Tanto si vivo solo unos cuantos meses como si pasamos juntos muchos años más, me consideraré una persona afortunada.

Mack intentaba mantener la compostura. Y lo estaba consiguiendo. Pero sabía que si no salía inmediatamente de aquella habitación, iba a derrumbarse. Y no quería que eso pudiera afectar a Susie.

–Ahora vuelvo –dijo, levantándose de pronto–. Voy a buscar a tus padres. Seguro que quieren darte las buenas noches.

Encontró a Jeff y a Jo cerca de allí. Estaba tan acongojado que apenas fue capaz de hacerles un gesto para que entraran en la habitación. Jo le miró preocupada, pero en cuanto Mack le hizo un gesto para señalarle que necesitaba estar solo, se dirigió junto a Jeff a la habitación de su hija.

Mack se dirigió entonces a la capilla, con la esperanza de encontrar allí la paz y la serenidad que le habían eludido en la habitación de Susie. Para su sorpresa, a quien encontró fue a Nell, que le sonrió a modo de bienvenida y palmeó el banco en el que estaba sentada. Cuando le tuvo a su lado, le tomó las manos, transmitiéndole su fuerza. Y rezaron juntos.

Susie recuperó el espíritu luchador en cuanto comenzaron a aumentarle los glóbulos blancos. Y recuperó también la energía. Quería volver a casa y les había dicho a todos los que estaban dispuestos a escucharla que pensaba hacerlo pasara lo que pasara si los médicos no le daban el alta.

–Tendrás que hacerlo por encima de mi cadáver –le advirtió Mack muy serio cuando Susie lo anunció un día que no había podido ir al hospital hasta última hora de la tarde.

Le tendió algo. Parecía que un periódico enrollado. De pronto, todas las ganas de salir del hospital desaparecieron. Desde la silla en la que estaba sentada al lado de la cama, Susie alargó la mano y encendió una lámpara.

–¿Es un periódico? ¿Es el primer número del *Bayside Chronicle*?

–Exacto. Calentito y recién salido de imprenta. Mañana a primera hora estará en todos los buzones y los establecimientos del pueblo. He venido directamente aquí en cuanto hemos terminado de imprimir la primera edición.

Susie desgarró la bolsa de plástico y extendió el periódico en su regazo.

–¡Mack, es fantástico! Sinceramente, creo que es la mejor portada que he visto en mi vida. Dan ganas de leerlo. Y las fotografías son geniales. ¿Quién las ha hecho?

–Un par de periodistas *freelance* –contestó, y añadió vacilante–, y Kristen.

–Kristen hace un poco de todo, ¿no?

–Nos ha estado echando una mano, sí –respondió Mack, ligeramente a la defensiva–. Ahora

mismo todos estamos haciendo tareas que más adelante les serán asignadas a otros.

–Lo sé. No pretendía hacer de ello una cuestión –palmeó la silla que tenía al lado–. Siéntate aquí mientras leo el periódico –le dijo emocionada.

–No tienes por qué leerlo ahora.

–Pero quiero hacerlo. ¡Es increíble, Mack! Es impresionante pensar que has empezado desde cero.

–Espero que todo el mundo esté tan emocionado como tú.

–Pareces tener dudas, ¿por qué?

–Por el editorial –admitió preocupado–. En él acuso al alcalde de no estar dando un buen mantenimiento a los parques. Algunos están bastante abandonados y la primavera está a la vuelta de la esquina. Los niños deberían poder jugar en los parques en cuanto empiece el buen tiempo y las parejas deberían poder ir a pasear. Ahora mismo, podría salir un animal abandonado y salvaje saliendo de entre todas esas malas hierbas.

–Pero, precisamente, tu trabajo consiste en llamar la atención al alcalde sobre ese tipo de cosas.

–Hasta ahora nadie lo ha hecho. A lo mejor le molesta encontrar una crítica en la primera edición, sobre todo cuando puede argumentar que le han recortado el presupuesto.

Susie descartó su preocupación con un gesto.

–Mi tío Mick también le saca los colores regularmente. Créeme, si Mick no le ha llamado ya la atención por eso, lo hará ahora. Te respaldará en un cien por cien.

–Eso me recuerda algo –dijo Mack–. Estuve hablando con Mick y con tu padre sobre la casa. En cuanto te encuentres con fuerzas, vamos a reunirnos para terminar de perfilar los planos.

Susie le miró asombrada.

–¿De verdad? ¿Vas a permitir que empecemos la casa?

Mack asintió.

–Hemos establecido un plan de pago que puedo permitirme. Estamos ya casi en primavera, es el momento perfecto para comenzar a mover el terreno. Por lo menos, eso es lo que me han dicho los dos. Dicen que podremos instalarnos en la casa para final del verano. A lo mejor antes, si Mick consigue otra cuadrilla.

La emoción de Susie se ensombreció ligeramente. La urgencia por terminar aquel proyecto insinuaba que le quedaba poco tiempo de vida. Nadie se lo diría abiertamente, pero todos sabían que podría ocurrir.

–Eso es genial –dijo, pero sin mucho entusiasmo.

Por supuesto, Mack lo notó.

–No te pongas así –le pidió con delicadeza–. Nadie piensa que vayas a morirte.

–Sería una locura que no lo pensarán –respondió Susie con sinceridad.

Mack se levantó y comenzó a pasear, como hacía siempre que estaba nervioso. Sus ojos relampagueaban de enfado. Era evidente que estaba furioso.

–¡Susie O'Brien Franklin, no quiero volver a oírte decir nada parecido! –la miró con el ceño fruncido–. ¿Me has entendido?

Susie reconoció el miedo que se ocultaba detrás de aquel enfado.

–No he renunciado a luchar, Mack –le aseguró–. No he renunciado.

Mack suspiró y volvió a sentarse.

–Siento haberte gritado.

Susie asintió.

–Lo sé. Pero hagamos un pacto. Los dos tenemos permiso para gritarnos cuando pensemos que el otro está renunciando a luchar, ¿de acuerdo?

–Por mí, estupendo. Y ahora tú necesitas descansar y yo necesito asegurarme de que distribuyan todos estos periódicos.

–¿Vas a repartirlos personalmente? –preguntó Susie, disimulando una sonrisa.

Mack pareció avergonzado.

–Probablemente no haga falta que vaya tan lejos.

–Mejor, porque si empiezas a trabajar de repartidor, no voy a poder verte nunca y ya sabes que eso no es aceptable.

Mack se inclinó hacia ella y la besó.

–Definitivamente, no es aceptable –se mostró de acuerdo–. Nos vemos mañana por la mañana.

–Pero ven después de pasarte por Sally's y recibir todo tipo de halagos –le recomendó–. Quiero enterarme de todo lo que se dice.

Mack asintió.

–Traeré café, cruasanes y cotilleos, ¿qué te parece?

–Perfecto.

–Que duermas bien. Estoy deseando que vuelvas a casa... y a nuestra cama.

–Créeme, yo también estoy deseando estar allí. No solo porque esta cama sea incómoda, sino porque no te tengo a ti.

Mack vaciló un instante, pero después señaló hacia la cama.

–Acuéstate.

–¿Qué?

–Que te acuestes –repitió.

Cuando Susie se acostó, se tumbó a su lado y la abrazó.

–Me quedaré aquí hasta que te duermas –le prometió.

Y, rodeada por sus brazos, Susie disfrutó de su primer sueño sereno en días.

–Estoy constantemente enfadado –comentaba Mack en la cafetería al día siguiente, durante la hora del almuerzo.

A pesar de que había salido por fin la primera edición, a pesar de todas las llamadas y mensajes de felicitación que estaba recibiendo, no era capaz de disfrutar de nada de ello.

Will le miró con compasión.

–¿Estás enfadado con Susie?

–¡Claro que no! Ella no quería tener esa enfermedad.

–Siempre y cuando tengas eso claro, yo diría que ese sentimiento es perfectamente natural –le tranquilizó Will.

–Vamos, Will, no creo que sea bueno estar todo el día como si fuera una bomba de relojería a punto de explotar. Tengo miedo de saltarle a la yugular al primero que diga o haga algo que termine sacándome de quicio.

–¿Quieres algo que te ayude a tranquilizarte? Podría recomendarte algo...

Por un momento, Mack consideró la posibilidad de pedirle un antidepresivo, pero sacudió la cabeza.

–No, seguro que hay mejores maneras de enfrentarme a lo que estoy sintiendo. Lo peor de todo es saber que Susie está sufriendo mucho más que yo y lo está aguantando.

–¿De verdad? –preguntó Will con obvio escepticismo–. ¿O es solo que te lo está ocultando?
Mack pensó en aquella pregunta.

–Es posible que me lo esté ocultando –admitió–. He visto a Jo salir llorando de la habitación un par de veces. A lo mejor se está desahogando con su madre. Y con Shanna. Ha sido un gran apoyo para ella. Y Jess también se está pasando por allí. Todos los días se acerca con algún regalo que hace reír a Susie. Sé que tú eres parcialmente responsable de ello y te lo agradezco.

–No sé si yo tengo mucho que ver. Creo que la enfermedad de Susie le ha dado a Jess una nueva perspectiva de su relación. Por fin se ha dado cuenta de que incluso aquellos que parecen triunfar en todo tienen que enfrentarse al sufrimiento. Nadie es completamente inmune.

–Sea como sea, me alegro de que Susie sepa que puede contar con tanta gente.

–Y que haya gente con la que pueda hablar –añadió Will.

–Pero debería hablar también conmigo –repuso Mack frustrado–. Tengo la sensación de que la estoy abandonando. Quiero que sea capaz de compartir sus sentimientos conmigo. Necesito saber cuándo está asustada, o cuándo siente que le faltan las fuerzas para luchar. ¿Cómo se supone que voy a ayudarla? Pero tengo que reconocer que cuando me mira y veo un miedo inconfundible en su expresión, me desgarran. En esos momentos, ni siquiera sé si puedo ayudarla.

–No puedes ayudarla constantemente. Deberías sentirte agradecido de que tenga familia y amigos que pueden ayudarte. Cada persona supera estas situaciones de una forma, y busca el consuelo y la fuerza allí donde sabe que puede encontrarlos.

–Me siento tan condenadamente indefenso... –protestó Mack.

–Y lo cierto es que lo estás –le recordó Will–. En esta situación, los únicos que pueden hacer algo son Dios y los médicos.

–No me gusta sentir que no estoy haciendo nada –farfulló Mack.

Will se permitió una sonrisa.

–Claro que estás haciendo algo. Eres tú el único que la abraza por las noches, el único al que Susie mira cuando necesita ánimos. Ella cuenta contigo hasta un punto del que ni siquiera eres consciente –le dirigió a Mack una mirada concedora–. ¿O ese es precisamente el problema? ¿Que sabes que cuenta contigo para todo aquello que ni siquiera expresa con palabras y tienes miedo de pasar por alto algo que para ella sea importante y terminar decepcionándola?

Mack miró a su amigo con admiración.

–¡Eres muy bueno!

–Por eso mis sesiones son tan caras. Tienes suerte de que me conforme con que me invites a almorzar.

–Te invitaré al postre –se ofreció Mack–. Es lo menos que te mereces.

Will se echó a reír.

–No hace falta. Gail continúa dejándome esos pecaminosos postres en la nevera de la posada. ¿Quién iba a decirme que podía convertirme en un adicto a una chef? Te juro que desde que me casé con Jess he engordado por lo menos cinco kilos. Y tampoco sabía que era adicto al chocolate.

–En ese caso, eras el único que no lo sabías. Todavía recuerdo la cantidad de barritas de chocolate que desaparecían de mi bolsa de Halloween y de la de Jake cuando éramos pequeños.

Will intentó hacerse el ofendido, pero al final soltó una carcajada.

–Me habéis pillado. Me sorprende que no me dierais una buena paliza.

–Eras alto y muy delgado. Nos imaginábamos que las necesitabas.

Will volvió a ponerse serio.

–Mack, me gustaría decirte algo más de tu relación con Susie. Creo que estás llevando todo esto muy bien. No puede ser fácil, pero lo estás consiguiendo. Desde el instante en el que averiguaste lo que pasaba, antepusiste a Susie a todo lo demás. Continúa haciendo las cosas como hasta ahora. Conseguirás superar todo esto.

–Me gustaría tener tanta fe en mí como parece tener tú.

–Sé la clase de hombre que eres –dijo Will–. No tengo la menor duda de que terminarás haciendo todo lo que tengas que hacer.

Mack suspiró.

–Te aseguro que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarla.

Al ver el rostro demacrado de Susie, a Laila se le encogió el corazón en el pecho. Aunque habría querido pasarse por el hospital, su relación con Matthew la obligaba a guardar las distancias con todos los O'Brien. Pero una vez había vuelto Susie a casa, comprendió que no podía continuar postergando la visita.

–Estás guapísima –le dijo Susie mientras la invitaba a pasar–. Quiero que me traigas algo de lo que estás comiendo y bebiendo últimamente –la estudió con la mirada–. ¿O ese resplandor se debe a otra cosa? –se le iluminó la mirada–. Laila, ¿estás enamorada?

Laila respingó, sintiéndose culpable, y sintió que le ardían las mejillas.

Antes de que pudiera responder, Susie ya estaba abriendo los ojos como platos.

–Estás enamorada, ¿verdad? Siéntate ahora mismo y cuéntamelo todo. Voy a preparar un té.

–¿No deberías estar en la cama? O por lo menos descansando.

–Últimamente he pasado demasiado tiempo en la cama. Lo que necesito es que me pongas al día de tu vida. Vamos, cuéntamelo todo.

Mientras Susie preparaba el té, Laila estuvo sopesando qué información le podría dar. Pensaba que aquel no era el momento de decirle la verdad, aunque Susie podía ofrecerle mejor que nadie la perspectiva que necesitaba.

–Todavía no he oído ningún profundo y oscuro secreto –la regañó Susie mientras colocaba una humeante taza de té frente a ella.

–No tengo ninguno –mintió–. Me temo que últimamente mi vida es bastante aburrida.

Lo último sí que era cierto. Lo era, desde que había decidido cortar con Matthew.

Susie la estudió con atención y sacudió la cabeza.

–No me lo trago. Te pasa algo. No sé por qué no me he dado cuenta, pero parece un poco triste. ¿Algún estúpido te ha roto el corazón? ¿Es alguien a quien has conocido a través del servicio de citas de Will?

–No puedes estar más lejos de la verdad –insistió Laila–. Y ahora prefiero que cambiemos de tema. He venido para ver cómo estás. Siento no haberme pasado por el hospital.

–De todas formas, los médicos no querían que hubiera gente entrando y saliendo constantemente de mi habitación. Ha sido un aburrimiento. No sabes lo que es estar todo el día tumbada en el hospital, sin apenas visitas y con solo tres canales de televisión. Creo que tienen contratado el canal satélite más barato.

Laila soltó una carcajada.

–Debe de ser el mismo que tengo en casa. Por lo que tengo entendido, es posible conseguir toda clase de programas si los solicitas, pero me da miedo hacerlo y no volver a salir de casa. Regálame un gato y me convertiré en la solterona que todo el mundo cree que soy.

–Eso es imposible –le dijo Susie–. Ya verás cómo Will termina encontrándote al hombre adecuado. Yo también me pondré a ello en cuanto esté a pleno rendimiento. Tengo intuición para esas cosas. De hecho, siempre he envidiado un poco a mi tío Mick. Parecía estar muy seguro de cómo emparejar a sus hijos. Creo que yo tengo la misma habilidad que él y como mis dos hermanos están solteros, ya va siendo hora de que le dé un buen uso.

Laila palideció al oír mencionar a Matthew y a Luke. ¿Qué haría si Susie comenzaba a presentarle a Matthew a toda una ristra de bellezas? Peor aún, ¿qué haría si Matthew no se resistía?

El mordisco que sintió en la boca del estómago fue la mejor descripción de lo que realmente sentía por el hermano de Susie. Llevaba semanas intentando convencerse de que aquello no era nada más que una aventura sin importancia, de que no tenía ningún futuro y de que lo más sensato era ponerle fin.

Pero, al parecer, sus esfuerzos no habían funcionado, porque le bastaba imaginarlo con otra mujer para que le entraran ganas de ponerse a destrozarlo todo. Y esa no era una buena señal. No era una buena señal en absoluto.

–Tengo que marcharme –dijo de pronto.

Susie la miró confundida.

–¿Estás bien? ¿He dicho algo malo?

–No, claro que no –le aseguró Laila–. ¡Es que acabo de acordarme de que debería estar en otra parte! Volveré a verte esta misma semana. Mientras tanto, si necesitas algo, cualquier cosa, no dejes de decírmelo. Y lo digo en serio, ¿de acuerdo? Al fin y al cabo, prácticamente somos como de la familia.

Y mientras pronunciaba aquellas palabras, fue repentinamente consciente de hasta qué punto deseaba que fueran ciertas. ¿Sería suficientemente valiente como para reclamar lo que quería? ¿O sabía realmente lo que quería?

Antes de ir a ver a Matthew y de poner sus vidas del revés, necesitaba mantener una conversación sincera y honesta consigo misma y tener la absoluta certeza de que estaba dispuesta a confesar lo que deseaba. Porque si los dos decidían dar un paso adelante, no habría vuelta atrás.

Capítulo 19

Cuando Matthew llamó para decir que había terminado los últimos detalles de la casa, a Susie le entraron tantas ganas de ver los planos que le invitó a cenar. Y solo después de haberlo hecho se dio cuenta de que habían pasado días desde la última vez que Mack había mencionado la casa. ¿Habría cambiado de opinión sobre la posibilidad de aceptar la ayuda de su padre y de su tío? O peor aún, ¿y si había aceptado construir la casa solo para tranquilizarla y después se había arrepentido? En ese caso, aquella cena podía ser un terrible error.

Aunque si se había arrepentido, quizá lo mejor fuera plantear el tema abiertamente, reflexionó.

–Susie, ¿estás bien? –preguntó Matthew, demostrando una sorprendente perspicacia.

A lo mejor la mujer con la que estaba saliendo, quienquiera que fuera, estaba siendo una buena influencia. Últimamente parecía muy atento a los detalles.

–Sí, claro que estoy bien –contestó, dejando de lado sus dudas. Se le ocurrió entonces una idea–. Oye ¿por qué no traes a la chica con la que estás saliendo?

–No creo que sea una buena idea.

–¿Por qué no?

–Probablemente estará ocupada.

–¿Probablemente? Eso no lo sabrás a no ser que se lo preguntes. Vamos, Matthew –le suplicó, cada vez más complacida con la idea–. Antes o después tendrás que dejar de esconderte, y es mejor que lo hagas conmigo antes de que el resto de la familia lo averigüe y caiga sobre ti. Así podré ayudarte cuando llegue el momento. Tenerme de tu parte será una especie de arma secreta.

Matthew vaciló.

–Mejor en otro momento, Susie. Esta noche quiero que nos concentremos en los planos y podría ser un poco violento que hubiera una cuarta persona.

Entonces sí que consiguió avivar su curiosidad.

–¿Por qué iba a ser violento?

–Lo único que quiero decir es que es posible que no se sintiera cómoda.

A Susie se le ocurrió entonces una preocupante posibilidad.

–No estarás saliendo con Kristen, ¿verdad?

–¿Quién es Kristen? –preguntó Matthew con extrañeza–. ¡Ah! ¿Te refieres a esa mujer que trabaja en el periódico con Mack?

–Sí, a esa –contestó secamente–. Por favor, no me digas que no te has dado cuenta de que es guapísima. Yo pensaba que no había un solo hombre en el pueblo que no la admirara.

–Sí, eso he oído –admitió él, aunque sin mostrar mucho interés–. La verdad es que aparte de saber que es una espina que tienes clavada, no le he prestado mucha atención.

Susie encontró reconfortante aquella respuesta. Si su hermano, que siempre había ido detrás de cuanta mujer atractiva se cruzara en su camino, había sido inmune al atractivo de Kristen, a lo mejor era ella la que estaba exagerando sus encantos.

O a lo mejor significaba que Mack, a pesar de que parecía dispuesto a emparejar a Kristen con Matthew, le había dejado claro que prefería que no se acercara a ella. Rápidamente, descartó

aquel inquietante pensamiento para concentrarse en su hermano.

¿Qué sentido tenía inventar problemas cuando su marido le había asegurado en repetidas ocasiones que no los había? No podía convertirse en una mujer insegura.

–Muy bien, volvamos a la mujer con la que estás saliendo –le dijo–. Pídele que venga a cenar. Si dice que no, lo respetaré. Aunque, por supuesto, no podré dejar de preguntarme por qué no quiere que te vean contigo. Esa será una enorme marca en la lista que estoy haciendo sobre la mujer con la que estás saliendo.

–No tienes la menor idea de con quién estoy saliendo –la contradijo.

–Te aseguro que sé más de lo que piensas. Luke tiene la boca muy grande, pero te las has arreglado para ocultarle tu última aventura también a él. Eso le está volviendo loco.

–Luke debería ocuparse de su propia vida sentimental y dejar de preocuparse por la mía –gruñó Matthew–. Tendré que dejárselo claro la próxima vez que le vea. Últimamente, ese niño está insoportable.

Susie sonrió.

–Luke ya no es ningún niño. Esta primavera se graduará en la universidad.

–Sí, y me gustaría saber cómo –comentó Matthew–, porque no le he visto abrir un libro.

–Tiene memoria fotográfica –respondió Susie–. Eso sí que da rabia. Que se meta con tu vida amorosa solo es divertido.

–Pues no te parecía tan divertido cuando Luke y yo nos metíamos con la tuya.

–En eso tienes razón –admitió–. Pero la vida no siempre es justa, ¿verdad? Los hermanos mayores tienen toda clase de ventajas que los pequeños siempre envidiarán. Bueno, te espero a las siete con tu chica.

Mack suspiró.

–Si al final puede venir, te llamaré.

–Algo me dice que esta vez podrá venir.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Matthew, frustrado por su seguridad.

–Porque no estás saliendo con ninguna estúpida y estoy segura de que es capaz de darse cuenta de cuándo le conviene aceptar una invitación –bromeó–. Hasta luego.

Colgó el teléfono complacida consigo misma. Aquella noche, no solo iba a conocer a la chica con la que estaba saliendo su hermano, sino que había encontrado la excusa perfecta para evitar que Mack exagerara en el caso de que estuviera descontento con el hecho de que fueran a empezar a construir su casa.

Cuando Mack llegó a casa a las seis, esperando cenar algo rápido con Susie antes de volver al periódico, descubrió que había puesto mesa para cuatro. Frunció el ceño con extrañeza al percibir el olor a ajo en la cocina.

–¡Qué bien huele! –dijo mientras besaba a Susie en el cuello–. Y no estoy hablando de la cena.

–¿Te gusta mi nuevo perfume? –preguntó Susie–. Tiene una nota de pomelo. Dicen que a los hombres les excita.

–El perfume no lo sé, pero tú siempre me excitas –respondió–, lo cual hace que me fastidie tener compañía durante la cena.

–Solo vienen Matthew y su novia –contestó Susie mientras se agachaba para comprobar cómo estaba la lasaña en el horno.

Mack se quedó helado.

–¿De verdad? ¿Ha aceptado traerla a cenar?

–A regañadientes, pero sí –admitió.

–¡Dios mío! –susurró Mack.

Susie se levantó y alzó la mirada hacia él.

–De acuerdo. He dejado que me mantuvieras al margen del secreto de mi hermano durante semanas. Es más que evidente que sabes algo. Suéltalo.

–No puedo –respondió Mack, alzando la mano y retrocediendo un paso.

Susie tenía métodos de persuasión que ningún hombre podía resistir. Los militares deberían de estar al tanto de sus tácticas.

–Mack Franklin, si sabes algo que puede llegar a causar algún problema, será mejor que me lo digas ahora mismo. Creo que esta noche no me conviene que me pillen desprevenida.

–Si pudiera, me encantaría. De hecho, me encantaría estar aquí cuando todo eso ocurra, pero tengo que volver ahora mismo al periódico.

Susie le miró con los ojos entrecerrados.

–No, Mack, esta noche no. Esta noche es mi noche. Quedamos en que los viernes serían míos. Y sin excepciones.

Mack la miró perplejo.

–¿Hoy es viernes?

Susie elevó los ojos al cielo.

–Deberías mirar el calendario de vez en cuando. Sí, es viernes. Ha sido viernes durante todo el día.

–Lo siento, pero estoy en medio de...

–No me importa.

Le cortó con firmeza antes de que pudiera poner alguna excusa más creativa que pudiera hacerla sentir culpable si no le permitía volver al trabajo. Últimamente siempre tenía algún motivo para no salir del periódico. Motivos justificados, por supuesto, pero Susie no quería que establecieran un patrón de relación que podría acabar con su matrimonio.

–Si Kristen te está esperando, llama para decir que no puedes ir.

–Podría invitarla a cenar con nosotros –sugirió con cuidado.

Era dolorosamente obvio que las dos mujeres no solo no se gustaban, sino que desconfiaban la una de la otra. Hasta ese momento, las circunstancias les habían permitido guardar las distancias, pero antes o después, aquello tendría que cambiar. Aquella podía ser una buena ocasión.

–Creo que te vendría bien tratarla –sugirió–, conocerla antes de la fiesta de lanzamiento del periódico de la semana que viene.

–Esta noche no –dijo Susie con vehemencia.

Mack frunció el ceño ante su determinación.

–Susie, me gustaría que por lo menos intentarais llevaros bien. Kristen ha venido a vivir al pueblo. Sabías lo que había habido entre nosotros antes de que viniera. Dijiste que podrías soportarlo.

–Y pensaba que podría –contestó–. Pero después la vi y empecé a oír hablar de ella en el pueblo.

–Sí, es guapa, ¿pero y qué?

–Me importa un bledo que sea guapa –contestó, aunque Mack tuvo la sensación de que era una mentira descarada–. Lo que me saca de quicio es que todavía te desee.

Mack sintió que se le helaba la sangre en las venas. Aquella era una buena forma de resumir la

situación. Lo más terrible de todo era que Susie había dado en el clavo. Kristen le había dejado muy claro en más de una ocasión que estaba dispuesta a retomar la relación allí donde la habían dejado.

–Entre Kristen y yo no va a ocurrir nada –le aseguró Mack con vehemencia–. Lo sabes. Te quiero, me he casado contigo y fin de la historia.

–Pero no te casaste con una mujer calva, que está engordando por culpa de los esteroides y que tiene la capacidad de resistencia de una babosa –respondió.

–Ahora mismo me parece que estás bastante batalladora –respondió Mack.

Dio un paso hacia ella, pero Susie alzó la mano para detenerle.

–Solo iba a decirte que creo que eres preciosa –se defendió Mack.

–Y todos sabemos que eres un seductor profesional. Sobre todo si piensas que eso puede ayudarte a librarte de una situación difícil.

Mack no sabía cómo responder a eso.

–¿De verdad crees que sigo siendo el mismo hombre superficial de hace cinco años? –preguntó, intentando evitar que viera hasta qué punto le había dolido aquel comentario.

Susie vaciló un instante, pero después sacudió la cabeza.

–Claro que no –contestó suavemente–. Pero cuando me miro en el espejo y veo el desastre en el que me he convertido, me entra miedo, Mack.

–No tienes por qué tener miedo –respondió Mack con voz queda, sosteniéndole la mirada–. Te quiero. ¿Qué puedo hacer o decirte para demostrártelo?

Susie le dirigió una sonrisa teñida por la tristeza.

–Nada –admitió–. Todas las dudas están en mi cabeza. Lo único que tengo que hacer es aprender a controlarlas.

Aquella vez, cuando Mack le tendió los brazos, Susie se dejó envolver en ellos. Era una mujer tan fuerte y confiada en muchos aspectos que a veces resultaba fácil olvidar lo asustada que estaba y las muchas inseguridades que sufría, motivadas por el cáncer. A veces, lo único que podía hacer Mack era abrazarla y rezar para que pudiera sentir su amor. Porque lo último que pretendía era hacerle daño. Susie era su vida.

Laila se quedó mirando a Matthew como si le hubieran salido dos cabezas. Era evidente que había perdido el juicio.

–¿Quieres que vaya a cenar contigo a casa de Susie? –repitió con incredulidad.

–Ese es el plan –contestó Mack alegremente–. Se supone que tenemos que estar allí dentro de quince minutos.

–Estás completamente loco, ¿verdad?

–En realidad, eres tú la que estás completamente loca si piensas que tienes forma de librarte de esto –contestó–. Susie está decidida, y parece creer que eres capaz de darte cuenta de cuándo no se puede rechazar una invitación.

–Pero, por supuesto, no tiene la menor idea de que está hablando de mí, ¿o sí? –preguntó–. Pero en ese caso, ¿crees que es prudente que vaya sin advertirle antes?

–Ya sabe que vas a ir –respondió Matthew.

–Sabe que vas a llevar a una chica –le corrigió–. Pero no tiene la menor idea de que esa mujer soy yo.

–No creo que sea para tanto –insistió Matthew–. A Susie le caes muy bien.

–Como amiga –remarcó Laila con impaciencia–, no como alguien que está saliendo con su hermanito.

Matthew la miró con el ceño fruncido.

–Creo que ya no puedes referirte a mí como «su hermanito», Laila.

–¡Oh! Sabes perfectamente lo que quiero decir. ¿Y por que me dices esto justo quince minutos antes de que tengamos que estar allí?

–En realidad, ya solo tenemos diez minutos. Y no quería que tuvieras demasiado tiempo para darle vueltas y terminaras diciéndome que no.

–En ese caso, me sorprende que no me hayas metido en el coche y no me hayas comentado nada hasta que estuviéramos aparcando en su casa –le miró desconcertada–. Matthew, sabes que es una pésima idea. Sobre todo ahora, cuando se supone que ni siquiera estamos saliendo. Quedamos en que habíamos cortado. Vamos a organizar un escándalo sin ningún motivo.

–Yo no lo veo así. Creo que lo mejor es enfrentarnos cuanto antes a esto. Seguro que si Susie aprueba nuestra relación, toda la familia la verá bien. ¿Te acuerdas de lo que pasó con Connie y con tío Thomas? Tenían mucho miedo de lo que pudieran decir los demás, pero al final, todo el mundo lo aceptó, incluso la abuela. Esto es más o menos igual.

–Es mucho más normal que hombres mayores salgan con mujeres más jóvenes que ellos. Incluso que se casen. Además, Connie no es tan joven. Tanto ella como Thomas eran suficientemente maduros como para tomar una decisión.

–La diferencia de edad entre ellos es la misma que hay entre nosotros. Y espero que no estés insinuando que no sé lo que quiero.

Laila evitó adentrarse en aquel campo minado. Si Matthew pensaba que se conocía a sí mismo, ¿quién era ella para intentar convencerle de lo contrario? No, aquel no era un problema de madurez.

–Lo único que estoy diciendo es que yo soy mayor, más madura, y que debería saber lo que tengo y no tengo que hacer –respondió–. Y, de hecho, lo sé.

–La única razón por la que te resistes es que crees que es eso lo que tienes que hacer –argumentó Matthew–. Pero, en realidad, sabes que estamos muy bien juntos.

Dio un paso hacia ella y le acarició el labio con el pulgar, haciéndola estremecerse.

–Ya basta –le pidió Laila–. Esto es algo más que sexo.

–Estoy de acuerdo.

Laila le miró con el ceño fruncido.

–¿De verdad?

–Claro que sí. Si fuera solamente una aventura, a estas alturas ya se habría terminado. Soy un maestro de las aventuras. Lo sé todo sobre cuándo terminan.

–No creo que eso sea algo de lo que debas presumir –respondió Laila, mirándole con exasperación.

Matthew se echó a reír.

–Solo te molesta porque sabes que no puedes negar que la nuestra es una relación seria. Vamos, Laila, asume el riesgo. Quiero que salgamos a la luz y pongamos a prueba esta relación.

–Lo dices como si quisieras sacar un coche de carreras del garaje para ponerlo a prueba.

–Lo único que quiero es disfrutar de una cena agradable con mi hermana, su marido y la mujer a la que quiero. Y puesto que conoces a todos los que van a participar en esa cena, no tienes nada que temer –miró el reloj–. Por cierto, ya solo tenemos cinco minutos. ¿De verdad quieres llegar tarde y ofender a nuestra anfitriona?

–En este momento lo que menos me preocupa es la posibilidad de ofender a Susie. ¿Qué me dices de Mack? ¿Cómo reaccionará él?

–En realidad, él ya lo sabe –admitió Matthew.

Laila sintió que le flaqueaban las rodillas.

–¿Lo sabe?

–Es un hombre muy inteligente. Hace semanas que lo adiviné.

–¡Dios mío! –musitó Laila.

–Así que ya ves, Susie es la única que no está al tanto –la presionó–. ¿Te parece justo?

Laila elevó los ojos al cielo.

–Oh, dicho de ese modo, ¿cómo voy a negarme? –dijo con sarcasmo.

A Matthew se le iluminó el semblante.

–De acuerdo, en ese caso, vamos.

–Sabías que al final cedería, ¿verdad? –le preguntó Laila mientras salían del banco y se dirigían hacia el coche de Matthew.

–Tengo mucha fe en mis poderes de persuasión –admitió–. Pero eres una mujer impredecible, así que la respuesta es no.

Laila se detuvo sobre sus pasos. Aquello estaba dando un giro inesperado.

–¿Crees que soy impredecible?

–Desde luego. Nunca sé lo que puedo esperar contigo.

Y tras oírle decir aquellas palabras, Laila se enamoró un poco más de aquel hombre que tan poco le convenía. Nadie la había descrito nunca como una mujer impredecible. Durante toda su vida había oído, y eso era lo que pensaba de sí misma, que era una mujer estable e incluso aburrida. Al fin y al cabo, trabajaba como banquera, y antes se había dedicado a la contabilidad. Le encantaban los números. Su trabajo no era precisamente de aquellos que se convertían en tema de conversación durante una cena. Una parte de ella siempre había deseado ser una mujer interesante, arriesgada e impredecible.

Si Matthew O'Brien la consideraba como la mujer que siempre había soñado ser, ya iba siendo hora de que dejara de resistirse.

Susie se acercó a la puerta cuando llamó su hermano, esbozó una sonrisa de bienvenida y abrió. Pero vio a Laila justo detrás de Matthew. Por un momento, no entendió nada.

–Laila, no sabía que ibas a pasarte esta noche por aquí –dijo sin pararse a pensar–. Llegas justo a tiempo para la cena. Espero que puedas quedarte.

Matthew se aclaró la garganta.

–Eh... Laila viene conmigo, Susie.

Susie parpadeó.

–¿Contigo? –repitió.

Cuando comprendió lo que quería decirle, se quedó mirándolos fijamente.

–Ya puedes cerrar la boca –le avisó Laila con ironía–. No hace falta que entres en estado de shock.

–Yo solo... estoy sorprendida –musitó Laila.

Intentó comprender lo que estaba ocurriendo. ¿Matthew y Laila? ¿Cómo era posible? Laila era una mujer sensata. Era inteligente. Conocía la trayectoria de su hermano. Seguramente era suficientemente prudente como para no poner su corazón en manos de un mujeriego como

Matthew.

Mack se reunió con ellos en el vestíbulo y Susie se volvió inmediatamente hacia él.

–Podrías haberme advertido –le reprochó, y le dio un codazo en las costillas.

Mack se encogió de hombros.

–Ya te dije que no era yo el que tenía que darte la noticia. Vamos, adelante –le dio a Laila un beso en la mejilla–. No te preocupes, pronto se recuperará de la sorpresa.

Laila miró a Susie con expresión escéptica.

–¿Estás seguro?

Mack asintió.

–Tiene una capacidad de recuperación sorprendente, ¿verdad, cariño?

Susie se obligó a salir de su ensimismamiento.

–Por supuesto. Lo siento. Es solo que no esperaba verte aquí. Laila, ¿por qué no vienes a echarme una mano en la cocina? Matthew, si quieres, puedes ir enseñándole a Mack los planos de la casa.

Laila miró desesperada a Matthew, pero siguió obediente a Susie a la cocina. Una vez allí, Susie cerró la puerta tras ellas, sirvió una copa de vino y se la tendió a su invitada.

–¿Cuándo empezasteis a salir? –le preguntó a bocajarro.

–Hace unos meses –contestó Laila. Bebió un sorbo seguido rápidamente por otro–. Quedamos un par de veces y comenzamos a hablar. Después él me invitó a salir. Al principio era algo sin importancia –se sonrojó–, pero después comenzó a tenerla. Yo pensaba que solo era cuestión de sexo –esbozó una mueca y se terminó el vino–. Lo siento.

–No te preocupes, estoy al tanto de las aventuras de mi hermano –dijo Susie, quitándole importancia–. Pero nunca me habría imaginado que tú fueras una de ellas.

–Él dice que no lo soy –le explicó Laila. Su expresión se tornó esperanzada–. Y casi estoy empezando a creerle.

Susie la miró con auténtica preocupación mientras volvía a llenarle la copa. No había nada mejor para soltar la lengua que un poco de alcohol, y ella quería llegar al fondo de lo que estaba pasando entre aquellos dos. Adoraba a su hermano, pero también apreciaba a Laila.

–Vamos, Laila –la regañó–, sabes la trayectoria que ha tenido mi hermano con las mujeres.

–Supongo que igual que tú conocías la de Mack –replicó Laila.

Susie respingó ante aquella respuesta.

–Sí, exactamente igual –admitió–. Pero Mack y yo siempre fuimos amigos.

–Pareces olvidar que conozco a Matthew durante el mismo tiempo que tú has conocido a Mack.

–Sí, pero hace unos años, para ti Matthew solo era un niño –arguyó Susie–. Y, en muchos aspectos, continúa siéndolo.

–Yo no lo veo así –respondió Laila–. Yo le considero como una persona que tiene una gran confianza en sí misma y es capaz de luchar por todo aquello que quiere.

Susie no podía negar que también ella le veía así últimamente. ¿Sería debido a su relación con Laila? ¿Estaría realmente en disposición de sentar cabeza? ¿No había notado ella misma que parecía más sensato y lo había atribuido a una posible influencia femenina?

–Intenta no arriesgar tu corazón –le suplicó Susie–. Conozco a mi hermano, y también a ti. Es posible que Matthew todavía no esté preparado para mantener una relación seria. Y tú no eres la clase de mujer que se conformaría con una relación informal. Sé que quieres casarte y tener hijos. Y te mereces a un hombre que esté dispuesto a ello.

Laila parecía extrañamente resignada.

–No me estás diciendo nada que no me haya dicho a mí misma –admitió–. He intentado acabar con esta relación. He cortado más de una vez con Matthew. De hecho, hasta hoy mismo pensaba que esta separación iba a ser la definitiva.

Susie se quedó helada.

–¿Hasta hoy?

–Sí, precisamente hemos vuelto a vernos a raíz de esta invitación. Al parecer, a Matthew le ha parecido que era la excusa perfecta para hacer mi aparición y prácticamente me ha secuestrado.

–¿No querías venir esta noche?

–Claro que quería, pero me parecía una pésima idea.

–¿Y ahora?

–Sigo pensando que ha sido una idea terrible, pero estoy empezando a relajarme.

Susie se rio a pesar de sí misma.

–A lo mejor eso tiene que ver con las dos copas de vino que te has bebido.

Laila clavó la mirada en la copa que tenía en la mano.

–¿Dos?

–Sí.

Laila gimió.

–¡Ahora este hombre me está induciendo a la bebida!

Susie negó con la cabeza.

–Probablemente la culpa ha sido mía, lo siento. Estoy empezando a recuperarme de la impresión. Sabes que te quiero y me encantaría que vuestra relación funcionara, pero estoy un poco preocupada por ti.

–¿No estás preocupada por tu hermano?

–¿Estás de broma? ¡Pero si él ha tenido la suerte de atrapar a una mujer increíble!

Laila se echó a reír.

–Primero Matthew me dice que soy impredecible y ahora tú que soy una mujer increíble. No sé si es solo que los O'Brien han decidido poner su encanto a funcionar, pero el caso es que estoy aturdida con tantos halagos.

Susie la agarró de la mano.

–Salgamos de aquí para que pueda veros juntos. Voy a tener que acostumbrarme antes de que el resto de la familia se entere de la noticia.

–Creo que preferiría esperar durante mucho, mucho tiempo, antes de que se sepa.

–Vamos, no damos tanto miedo –defendió Susie a su familia, pero casi inmediatamente suspiró–. Bueno, la verdad es que sí, pero a ti ya te queremos.

–Tu familia no es lo único que me preocupa –admitió Laila–. Conoces a Trace, ¿verdad? Mi hermano es insoportablemente protector en todo lo que se refiere a mi vida social, sobre todo desde hace algún tiempo. Tenía muchas dudas sobre ese servicio de relaciones a través de Internet y se puso hecho un basilisco cuando se enteró de que Will me había conducido involuntariamente a citarme con un acosador.

Susie le sonrió.

–Y aquí viene la buena noticia: comparado con todo eso, mi hermano es un parangón de virtud. Probablemente a Trace le encantará que estés saliendo con él.

Laila se la quedó mirando fijamente y de pronto se echó a reír.

–A lo mejor es porque estoy un poco achispada por culpa del vino, pero la verdad es que me parece sensato lo que estás diciendo.

–Muy bien, y ahora que cuentas con mi aprobación, puedes devolverme el favor viniendo conmigo y deshaciéndote en elogios con los planos que ha preparado mi hermano para la casa de Beach Lane. Es posible que Mack se muestre un poco reticente ante la idea. Necesito que estés de mi parte.

Pero cuando llegaron al cuarto de estar, descubrieron a Mack totalmente concentrado en los planos que Matthew le estaba mostrando. Alzó la mirada hacia Susie y le hizo un gesto para que se acercara.

–Es increíble –comentó cuando Susie estuvo a su lado–. ¿A ti qué te parece?

Susie no era capaz de apartar la mirada de él durante el tiempo suficiente como para prestar atención a los planos.

–¿Sigues queriendo construir la casa?

–Por supuesto –contestó, y la miró con el ceño fruncido–. ¿Pensaba que me había arrepentido?

–Y la verdad es que no te habría culpado –respondió–. Ahora mismo tienes muchas otras cosas de las que ocuparte.

–Es cierto –se mostró de acuerdo–, pero esto es una inversión en nuestro futuro.

Susie miró hacia su hermano, vio a Laila cómodamente sentada a su lado y concluyó que aquella noche eran muchos los planes de futuro que se estaban fraguando. Aquella resultó ser una reunión fascinante, con algunos giros más que sorprendentes.

Capítulo 20

Susie estaba en el Sally's, esperando a recoger la comida que había pedido para ir a almorzar con Shanna cuando vio a Mack entrando por la puerta. La mujer que reía por algún comentario que había hecho él y que le miraba con adoración no era otra que Kristen. Susie la reconoció por las veces que la había visto anteriormente y porque su foto había aparecido en la edición de lanzamiento. Pero era más impresionante en persona.

Aquella mujer parecía salida directamente de las páginas de una revista, pensó Susie, sintiendo un desagradable vacío en la boca del estómago. Y le bastó verla tan elegante y sofisticada para sentirse desaliñada y paleta. Si hubiera podido, se hubiera metido detrás de la barra para evitar que las presentaran. Pero una O'Brien nunca huía de sus temores.

–¡Susie! –exclamó Mack. Los ojos se le iluminaron al verla–. No esperaba encontrarte aquí –y añadió con fingida alegría–. Susie, esta es Kristen Lewis.

La expresión de Kristen, hasta entonces rebosante de calidez, pareció enfriarse un poco.

–Susie, he oído hablar mucho de ti.

Aunque sus palabras fueron amables, no ocultaban el impacto que, obviamente, le había causado verla con aquel pañuelo en la cabeza.

–Mack habla muy bien de tu trabajo –contestó Susie, imprimiendo a sus palabras todo el entusiasmo del que fue capaz–. La web es fantástica y ya me han dicho que está teniendo un número de visitas asombroso.

–Gracias, todavía tengo que terminar de ajustar algunas cosas, pero creo que va a jugar un gran papel en el éxito del periódico –contestó Kristen–. No sabes lo importante que es para mí que Mack me haya dado esta oportunidad. Me encanta trabajar a su lado.

–Estoy completamente segura de que es un gran jefe –contestó Susie.

Agarró las bolsas que Sally le tendía, le entregó un billete y comenzó a alejarse del mostrador.

–Lo siento, pero tengo prisa. Le he prometido a Shanna que le llevaría el almuerzo.

Mack la miró desilusionado.

–¿No puedes llevárselo y volver con nosotros? Estoy seguro de que a Shanna no le importaría.

–Me temo que no –contestó. Y se descubrió a sí misma plantándole un posesivo beso en los labios–. Nos veremos después en casa. Te quiero.

–Yo también te quiero –contestó Mack tras ella.

Susie se dirigió hacia la librería con un auténtico torbellino en la cabeza. ¿Habría cometido un error al no quedarse a comer con ellos para ver personalmente cómo interactuaba Kristen con su marido y marcar el terreno? Se regañó ante lo ridículo de aquel pensamiento. Mack se había casado con ella, no con Kristen. Y eso era evidente para cualquiera que quisiera darse cuenta.

Una vez en la librería, pasó por delante de Shanna, tiró de una de las sillas de la zona del café y comenzó a sacar comida de la bolsa con movimientos bruscos. Shanna se acercó casi inmediatamente, se sentó enfrente de ella y la observó con recelo.

–¿Has tenido que esperar mucho tiempo en la cafetería? –le preguntó, tanteando el terreno.

–No. Pero he tenido un encuentro inesperado con mi marido y con la estrella de la web.

–¡Dios mío! –musitó Shanna.

–Te juro por Dios que me han entrado ganas de arrancarle hasta el último pelo de su preciosa melena.

–Eso podría ser una reacción al hecho de que estés calva –sugirió Shanna esperanzada.

Susie la miró con el ceño fruncido.

–No, ha sido mi reacción a su forma de mirarme. Me miraba como si para ella no supusiera ninguna competencia en absoluto. Y a Mack como si fuera lo mejor que se ha inventado después de la rueda. Por supuesto, eso es cierto, pero Mack es mío.

Susie interrumpió su diatriba para reflexionar sobre lo ocurrido.

–En realidad, Mack apenas la miraba. De hecho, me estaba mirando a mí, probablemente intentando averiguar si iba a tener un ataque de celos allí mismo.

–O a lo mejor te estaba mirando porque te quiere y no puede apartar los ojos de ti.

–No soy una de esas protagonistas de las novelas de amor –le espetó Susie–. Por lo menos ahora. Mírame, estoy gorda y calva.

Shanna apenas había probado su sándwich, pero lo dejó en la mesa y la miró fijamente.

–No puedo negar que estés calva, pero estás muy lejos de estar gorda. Solo has engordado un poco. Antes estabas esquelética.

–No me vale nada –se quejó Susie, y señaló su ropa–. Mírame. Solo puedo ponerme vaqueros y camisetas anchas. Deberías haber visto a Kristen, con unos pantalones de lino, una blusa de seda y unos zapatos de tacón que yo no soportaría ni durante una hora. Llevaba un brazalete de oro y diamantes que probablemente valga más que todo mi guardarropa.

Shanna le dirigió una mirada de complicidad.

–Si lo que te preocupan son sus joyas y su ropa, podemos irnos de compras después del trabajo. Te aseguro que puedo encontrarte unas cuantas cosas que le harán avergonzarse de sus accesorios y de su guardarropa.

Susie la miró divertida.

–El problema no es la ropa. Por lo menos, no del todo. Me siento desaliñada y poco deseable –le dirigió a Shanna una mirada lastimera–. ¿No has oído hablar nunca de esas mujeres que cuando están gravemente enfermas les dicen a sus maridos que quieren que continúen con su vida cuando ellas no estén y les eligen una mujer para que se casen con ella en el futuro?

Shanna la miró divertida.

–Tú no eres una de esas mujeres.

Susie se permitió una sonrisa.

–No, ¿verdad? Por supuesto, me gustaría que Mack fuera feliz si yo muriera, pero creo que le dejaría una lista con las mujeres a las que debe evitar. Y Kristen sería la primera de esa lista.

–A lo mejor, bajo esa reluciente superficie se esconde una mujer bondadosa –sugirió Shanna con delicadeza.

–No. He visto cómo miraba a Mack. Me lo quitaría en un abrir y cerrar de ojos sin pensárselo dos veces. Así que ahora que sabe que tengo cáncer, probablemente crea que puede esperar a que llegue su momento y atrapar a Mack cuando yo no esté.

–¿Quieres dejar de hablar de lo que va a pasar cuando te mueras? –le pidió Shanna–. No vas a morirte.

–Seamos realistas –dijo Susie sombría–. No tengo muchas posibilidades.

–Por favor, Susie, si empiezas a pensar así, no tendrás que preocuparte por tus esperanzas de vida. Te estrangularé yo misma.

Susie soltó una carcajada. A lo mejor era un poco macabro, pero le hacía sentirse bien el ser capaz de reírse de su propia enfermedad. Le apretó la mano a Shanna.

–Gracias por dejar que me desahogue contigo.

–Sabes que puedes hacerlo cuando quieras. Y sigo pensando que deberíamos ir de compras. Dentro de unos días será la fiesta de lanzamiento del periódico y quiero que te presentes en esa fiesta sintiéndote deslumbrante.

–Creo que eso es mucho esperar de un vestido –le dijo Shanna–. Pero estoy dispuesta a salir de compras si tienes tiempo.

–¿Para ir de compras? –repitió Shanna–. Siempre tengo tiempo para ir de compras. Compraremos un vestido de fiesta y un millón de cosas más que no necesito para la habitación del niño.

–¿Cómo se toma Kevin esos ataques de compras que te entran de vez en cuando?

Shanna sonrió.

–No creo que le haga especial ilusión, pero lo que hago es dejarle devolver la mitad de mis compras y así tiene la sensación de que es él el que ha ganado la partida. Al final, yo me quedo con lo que realmente necesito, que es lo que de verdad quería.

–Me parece un compromiso perfecto –la felicitó Susie.

–El ingrediente esencial de un matrimonio feliz –se mostró de acuerdo Shanna–. Pasaré a buscarte a las seis y cuarto. ¿Te viene bien?

–Estaré en casa. Voy a pasarme la tarde descansando. Necesito acumular fuerzas para esta tarde.

–Perfecto. Nos vemos luego.

Susie le dio a su amiga un abrazo.

–Eres la mejor amiga que he tenido nunca, y la mejor consejera.

–Para eso estamos.

Y Susie siempre lo agradecería, pensó mientras regresaba a su despacho. Una hora atrás, estaba completamente sumida en la autocompasión. En aquel momento, había recuperado la perspectiva y el buen humor. Aunque eso no significaba que hubiera cambiado su opinión sobre Kristen.

Susie apenas acababa de sentarse tras la mesa cuando apareció Luke. Acababa de llegar de la universidad dispuesto a pasar un fin de semana largo para poder asistir a la fiesta de lanzamiento del periódico, que habían organizado para el lunes. Al igual que Matthew, rara vez se perdía alguna reunión familiar.

–He estado hace un momento en la cafetería –anunció mientras se sentaba en una esquina del escritorio–. ¿Quién era ese bombón que estaba con Mack?

Susie se quedó helada.

–Supongo que te refieres a Kristen –contestó, intentando parecer natural–. Es la gurú de la versión digital del periódico. Se encarga de la web.

–Así que también tiene cerebro –comentó Luke con tono de aprobación–. Me pregunto si estará saliendo con alguien. ¿Tú lo sabes?

–En realidad la he conocido hoy. No tengo la menor idea de qué clase de vida social lleva.

–¿Y si me la presentaras?

Susie le miró con impaciencia.

–¿Desde cuándo necesitas que interceda por ti? Además, si quieres que te la presenten, estás

hablando con la persona equivocada. Habla con tu cuñado.

Hubo algo en su tono de voz que advirtió a Luke de que estaba tratando un tema delicado.

La miró con los ojos entrecerrados.

–¿Está causando problemas entre Mack y tú?

–No seas ridículo –replicó Susie sin mucha convicción.

Luke parecía querer seguir preguntando, pero se reprimió.

–La verdad es que no tengo ganas de hablar de Kristen Lewis –admitió Susie.

De hecho, si no cambiaban pronto de tema, iba a ponerse a llorar y eso sería la humillación total.

–¿No tienes que ir a ninguna parte, Luke?

Luke se levantó, parecía inseguro.

–Susie, ¿estás bien? Parece como si estuvieras a punto de llorar.

–No voy a llorar por esa mujer –respondió con fiereza–. Y ahora, por favor, sal de aquí.

–Le daré a Mack una paliza –se ofreció Luke, quizá con demasiado entusiasmo–. O a ella, si es con ella con la que estás enfadada.

–Gracias, pero no creo que sea necesario –contestó, sonriendo a pesar de sí misma.

Sus hermanos podían ser una verdadera lata un noventa y nueve por ciento de las veces, pero cuando conseguían conmovérsela el otro uno por ciento, la hacían sentirse tan especial como una princesa.

Después de que Luke se fuera, Susie intentó concentrarse en el papeleo, pero no era capaz de sacudirse la sensación de que al animar a Mack a crear un periódico propio, le había echado de su vida y le había arrojado a los brazos de otra mujer.

–No me habías dicho que tu mujer tenía cáncer –le reprochó Kristen, dirigiéndole a Mack una mirada acusadora.

Mack había estado esperando aquel momento desde que se habían encontrado con Susie en la cafetería, pero al menos Kristen había esperado a que estuvieran de nuevo en el periódico para abordar el tema. Era evidente que tenía la sensación de que era una noticia que tenía derecho a saber. Lógicamente, él no lo veía así.

–Posiblemente porque no creo que sea asunto tuyo –respondió Mack–. Eso no tiene nada que ver ni con el periódico ni con una relación profesional.

Kristen le miró como si la hubiera abofeteado.

–Yo pensaba que éramos amigos –dijo con un hilo de voz–. Supongo que estaba equivocada.

Antes de que Mack pudiera decir nada, agarró su abrigo y se dirigió hacia la puerta.

–Vendré más tarde para terminar, espero que para entonces te hayas ido.

Mack la miró fijamente mientras se marchaba y soltó una maldición. El día estaba empeorando por momentos. Había visto la expresión de derrota de Susie cuando le había presentado a Kristen. Estaba seguro de que al encontrarse frente a una mujer tan atractiva, saludable y elegante había convertido aquel momento en una competición en la cual tenía todas las de perder. Y acababa de enfadarse con Kristen porque se sentía como si la estuviera dejando al margen.

–¿Problemas? –preguntó su cuñado, que entró en aquel momento en el despacho sin poder disimular una sonrisa.

–No me provoques, Luke, no estoy de humor.

–Sí, ya me lo he imaginado. He oído la maldición que has soltado dos minutos después de que

Kristen pasara furiosa por delante de mí cuando estaba entrando. ¿Hay problemas en el periódico?

–Algo así –contestó Mack.

Estaba decidido a no meter en aquello a un joven que ni siquiera había salido todavía de la universidad.

–Es curioso –comentó Luke sin darle demasiada importancia–, mi hermana también parece estar de muy mal humor. Debe de ser contagioso.

Mack se quedó helado.

–¿Has hablado con Susie?

–Acabo de verla –Luke le miró con una expresión engañosamente neutral–. ¿Te importaría explicarme lo que está pasando?

–No está pasando nada.

–Vale, en ese caso, te diré lo que me he imaginado yo, por si sirve de algo –insistió Luke, ignorando el obvio intento de Mack de poner fin al tema–. Kristen quiere tener algo contigo. Susie está enfadada por eso. Y tú estás entre la espada y la pared, porque quieres a mi hermana, pero necesitas a Kristen.

Mack le miró con asombro.

–No está nada mal para ser un aficionado. A lo mejor deberías convencer a Will para que te admita en su consulta, sobre todo porque todo el mundo sabe que una licenciatura en Historia nunca tendrá una aplicación práctica.

Luke se encogió de hombros.

–Me gusta la historia. Y me ha permitido terminar la carrera sin grandes molestias –le dirigió a Mack una astuta mirada–. Entonces, ¿quieres que te dé un consejo?

Mack se sentía ridículo aceptando su oferta, pero tenía que admitir que estaba perdido. A lo mejor una perspectiva nueva le ayudaba.

–Adelante –dijo a regañadientes.

–Consígueme una cita con Kristen. La distraeré y así tú podrás concentrarte en hacer feliz a mi hermana.

Mack se quedó sin habla. Podía esperarse algo así de Matthew, pero Luke todavía era un niño.

–Eres demasiado joven para Kristen –protestó–. Te comerá vivo.

Luke sonrió confiado.

–Ni lo sueñes. Llevo mucho tiempo estudiándoos a ti y a mi hermano. He aprendido de vuestros errores.

–¿De nuestros errores? –repitió Mack burlón.

–Sí, créeme, habéis cometido muchos. Yo soy perfectamente capaz de enfrentarme a todas las Kristen del mundo.

Mack soltó una carcajada.

–Así que este sería una especie de gesto magnánimo por tu parte para proteger a tu hermana, salvar nuestro matrimonio y conseguir que el periódico continúe funcionando.

–Algo así –contestó Luke–, ¿qué te parece?

El entusiasmo de su mirada hizo que Mack aceptara. Todo hombre necesitaba que le dieran la oportunidad de hacer de caballero andante alguna vez en su vida. Si Luke tenía ganas de hacerlo y le salvaba a él en el proceso, mucho mejor.

–Kristen no te va a resultar nada fácil –le advirtió.

–Por supuesto que no. Cree que te quiere –respondió Luke–. Yo puedo convencerla de que no es así.

Mack le miró con curiosidad.

–¿Y después qué? ¿No tienes que volver dentro de unos días a la universidad?

–Falta menos de un mes para que me gradúe –le recordó Luke–. Hasta entonces, puedo volver a casa los fines de semana. No te preocupes. Estoy preparado para esto. Algo me dice que he estado entrenándome para ello durante todos los años de universidad. Y la profesora con la que he estado saliendo durante este último trimestre...

Mack se le quedó mirando fijamente.

–¿Has estado saliendo con una profesora?

–Bueno, en realidad era una profesora asociada, pero sí. En cualquier caso, creo que ha sido el calentamiento perfecto para enfrentarme a Kristen.

–Me sorprendes –contestó Mack–. Pero pensaba que había oído decir que querías viajar por Europa después de graduarte. Creo que decías que sería algo así como el viaje de tu vida. ¿Qué pasará entonces con esa relación? ¿Me tocará a mí recoger los pedazos del corazón roto de Kristen?

–Por supuesto que no. En realidad, voy a ir a Niza y a Mónaco. Creo que Kristen encajaría perfectamente en esos ambientes.

–Pero Kristen tiene un trabajo aquí –le recordó Mack.

Luke le miró disgustado.

–Solo serán dos semanas, Mack. Busca a alguien que la sustituya. ¿Quieres que te ayude a salir de este lío o no?

–Te estaría terriblemente agradecido –admitió Mack–. Pero tendrás que perdonar mi escepticismo. Conozco a Kristen, y a ti ni siquiera te la han presentado todavía.

Luke extendió la mano.

–Su dirección, por favor.

–¿Vas a ir a buscarla a su casa? –le preguntó, impactado por su atrevimiento.

–¿Tenemos tiempo que perder? –preguntó a su vez Luke.

Mack le garabateó la dirección y sacudió la cabeza. Aquel absurdo plan de Luke podría funcionar, aunque él tenía la desagradable sensación de estar arrojando a un inocente pececillo a las fauces de una barracuda. Y en aquel momento, ni siquiera podía estar seguro de quién era quién.

Susie regresó a su casa sintiéndose ligeramente mejor después de haber estado de compras con Shanna. Había comprado varias prendas explosivas que, según Shanna, dejarían a Mack boquiabierto. Se había probado también docenas de pelucas y al final había encontrado una de rizos rubios que no solo le quedaba bien, sino que le hacía parecer una mujer diferente. En vez de Annie la Huerfanita, parecía Sharon Stone después de haberse hecho con unas tijeras.

La sorprendió encontrar a Mack en casa. Solía quedarse hasta tan tarde en el periódico que pensaba que tendría tiempo de darse un baño de burbujas antes de recibirle con una de esas combinaciones tan sexys que Shanna se había empeñado en que se comprara.

Mack alzó la mirada de los documentos que estaba leyendo y le sonrió.

–Parece que te has divertido –comentó al ver la cantidad de bolsas que llevaba.

–Hacía años que no compraba tanto. Shanna es una especie de sargento de la moda. No ha parado de darme órdenes de tienda en tienda, se negaba a comprar nada que no me quedara absolutamente perfecto y que no fuera una ganga. Kevin debería estarme agradecido.

–¿Por qué? –preguntó Mack sin comprender.

–Estaba tan concentrada en mí que ni siquiera ha comprado nada para el bebé. Por lo visto, últimamente se ha extralimitado con las compras y Kevin tiene que dedicar parte de su tiempo libre a devolver las cosas que no necesitan.

Mack se echó a reír.

–Algo me dice que esa es precisamente la estrategia de Shanna. Compra más de lo que en realidad quiere y sabe que Kevin se dará por satisfecho si le deja devolver unas cuantas cosas.

Susie le miró asombrada.

–¿Cómo lo has adivinado? Kevin no se ha dado cuenta.

–Probablemente sea más fácil para alguien de fuera. Y ahora, ven aquí y enséñame lo que te has comprado.

Susie negó con la cabeza.

–Lo siento. Es una sorpresa.

Mack pareció ligeramente desilusionado.

–Entonces, ven aquí y cuéntame cómo te ha ido el día. No te vayas directamente a la cama.

–No pensaba hacerlo. Pensaba darme un baño de burbujas y prepararte algo especial para más tarde.

–¿De verdad? Estoy intrigado.

–¿Puedes darme media hora?

–Tómame todo el tiempo que necesites. Tengo muchas cosas que hacer. Todavía tengo que escribir un editorial para la edición de la semana que viene.

–Pues escríbelo rápido –le advirtió Susie, y se dirigió al dormitorio.

Una vez allí, recogió todas sus compras, salvo una combinación de tirantes diminutos. La seda se deslizaba sobre sus curvas como una cremosa cascada.

Se dio un baño de burbujas, volvió a ponerse la combinación de seda y se puso después la peluca rubia. Su único maquillaje fue un poco de máscara en las pestañas y el brillo de labios.

Cuando entró de nuevo en el comedor, Mack alzó la mirada del ordenador. Sus ojos se llenaron inmediatamente de admiración.

–Te pareces a Carole Lombard en una de esas películas antiguas –le dijo–. Estás maravillosa, Susie. Sinceramente, me has dejado sin respiración.

Susie sonrió al oírle, pero fue el deseo incontenible de sus ojos el que terminó de convencerla.

–Ven aquí –susurró Mack con un ligero temblor en la voz.

–Preferiría que vinieras tú.

–No sé si voy a poder levantarme.

Susie le miró con expresión escéptica.

–¿Lo dices en serio?

–En serio –le confirmó.

Pero aun así, se levantó con paso vacilante y se dirigió hacia ella.

Susie se sintió flotar entre sus brazos. Sabía que recordaría su mirada durante mucho tiempo. Una mirada que estaba empezando a necesitar como una planta necesitaba el agua para sobrevivir. Le hacía sentirse mujer. No, se corrigió, le hacía sentirse una mujer deseable, y en aquel momento de su vida, no era algo fácil de conseguir. Había días en los que estaba convencida de que no podría volver a sentirse nunca más así. Aquel había sido uno de ellos.

El reconocerlo le hizo pensar de nuevo en Kristen, la mujer que, intencionadamente o no, la había hecho sentirse incompleta. La había hecho sentirse inferior.

–Mack, siento cómo me he comportado con Kristen en la cafetería. Debería haber sido más amable.

–A mí me parece que has reaccionado sorprendentemente bien.

–Es solo que ella es tan...

–Shh... –musitó Mack contra su mejilla–. No traigas a Kristen a nuestra casa, y menos a nuestro dormitorio. Además, ya no va a causarte ningún problema.

Susie retrocedió sorprendida y le miró a los ojos.

–¿La has despedido?

–No –contestó.

Continuaba intentando distraerla besándole el cuello.

–¿Ha renunciado ella al trabajo? –eso sí que sería sorprendente.

Y maravilloso, reconoció con sinceridad. Si Kristen dejaba voluntariamente su trabajo, Mack no se sentiría culpable.

–No –hundió los labios en el valle de sus senos.

Susie contuvo la respiración, pero todavía no estaba dispuesta a abandonar el tema.

–Mack, aclárame qué pretendías decir.

–Luke se va a encargar de arreglarlo todo.

Susie retrocedió tan rápido que estuvo a punto de caerse. Mack la agarró para impedirlo.

–¿Has metido a mi hermano en esto?

–En realidad, se ha ofrecido él voluntariamente.

–¿Para hacer qué exactamente?

–No se lo he preguntado, pero creo que la seducción juega un papel importante en el plan.

–¿Pero si ni siquiera la conoce! Me ha pedido que se la presente y le he dicho que no.

Mack sonrió.

–Supongo que por eso me lo ha pedido después a mí. Y, al parecer, ha adivinado que la presencia de Kristen te hace sentirte insegura, porque ha formulado su petición como una forma de proteger tu honor y nuestro matrimonio.

Susie se le quedó mirando fijamente.

–¿Y le has dejado?

–¿Eh, a mí me va bien, si de esa forma recuperas la seguridad en ti misma y Kristen deja de pensar en mí!

–Entonces, ¿admites que todavía le gustas? ¡Gracias a Dios! Estaba empezando a pensar que eras uno de esos hombres que terminan dejándose seducir por culpa de una disfunción cerebral.

–Mí cerebro funciona perfectamente –replicó Mack, sintiéndose ofendido.

Susie sacudió la cabeza.

–Pues yo no lo tengo tan claro, si has dejado que sea Luke el que se haga cargo de esto. Es un niño, Mack.

Mack sacudió la cabeza.

–Confía en mí, no tanto.

–Esa mujer le destrozará el corazón –predijo Susie–. Y como lo haga, no te lo perdonaré en mi vida.

–Luke es un hombre adulto. Ha sido él el que ha querido hacer esto. No sé si estaba pensando con las hormonas o con la cabeza, pero confío en que pueda manejar a Kristen. Al principio, cuando me lo ha dicho, me ha parecido imposible, pero después he visto algo en él que creo que hemos pasado por alto. Ha madurado, posiblemente sea mucho más maduro de lo que éramos

Matthew o yo a su edad. Dice que ha aprendido viendo nuestros errores. La verdad es que me ha sorprendido, puesto que, al menos yo, no creo haber tenido demasiados problemas.

–Espero que tengas razón –dijo Susie sin mucha convicción–. No quiero que Luke sufra.

–Y él no quiere que sufras tú. Está haciendo esto por ti, aunque tenga también motivos más egoístas. Y me parece muy generoso por su parte que quiera convertirse en tu caballero andante.

¿Generoso? A Susie se le ocurrían otras muchas palabras para describirlo. «Locura» era la primera.

–¿Crees que podríamos olvidarnos por un momento de tu hermano y de Kristen? –preguntó Mack con añoranza–. Tengo a una rubia desconocida entre mis brazos y estoy deseando llevármela a la cama.

Susie le miró a los ojos.

–Así que una desconocida, ¿eh? ¿Haces este tipo de cosas a menudo?

–¿Estás de broma? Si mi mujer se enterara, me mataría.

Susie le sonrió.

–Procura no olvidarlo.

Le rodeó la cintura con las piernas, le cubrió los labios con los suyos y después se permitió perderse en aquella fantasía.

Capítulo 21

El domingo, en cuanto cruzó la puerta de la casa de Mick, Susie advirtió la tensión que se respiraba en el ambiente.

–¿Qué pasa? –le susurró a Abby, que era la persona que tenía más cerca.

–Trace acaba de enterarse de que su hermana está saliendo con Matthew –contestó Abby en voz baja–. Todos estamos esperando a que estalle.

–¿Ha venido Laila con Matthew? –preguntó Susie, sin intentar siquiera disimular su sorpresa–. Yo pensaba que pretendían seguir manteniendo su relación en secreto.

Abby se volvió bruscamente hacia ella.

–¿Tú lo sabías?

Susie esbozó una mueca ante la reacción de estupefacción de su prima.

–Desde hace muy poco. Y solo porque insistí en que invitara a cenar a casa a la chica con la que estaba saliendo. Cuando apareció Laila, pensé que se trataba de una coincidencia.

Abby la condujo hacia el porche.

–¿Y? –le preguntó–. ¿Es otra de las aventuras de Matthew? Trace le matará si no pretende ir en serio. Ya sabes lo protector que es con su hermana.

–En realidad, creo que Matthew está enamorado de ella. Por lo que tengo entendido, ya llevan algún tiempo saliendo. Se separaron a petición de Laila, pero la ruptura no duró mucho. Eso me dice que los sentimientos son mútuos y que la relación es cada vez más fuerte.

Abby no salía de su asombro.

–Será mejor que vuelva dentro e intente evitar que mi marido desfigure el bonito rostro de Matthew de un puñetazo.

Susie sonrió.

–Todos te lo agradeceríamos.

Siguió a su prima al interior de la casa, por si acaso necesitaba ayuda, pero para su sorpresa, Laila parecía tenerlo todo bajo control. En aquel momento estaba justo enfrente de su hermano.

–Tú no tienes que tomar ese tipo de decisiones por mí –estaba diciéndole, clavándole el dedo en el pecho–. Soy una mujer adulta.

–Una mujer que, aparentemente, ha perdido el juicio. Matthew no es mal tipo, pero tiene todo un historial con las mujeres, Laila, y eso no es bueno.

Laila le miró disgustada.

–¿Y crees que no lo sé? ¿Crees que no he pensado en ello? No soy ninguna estúpida, Trace. Y tampoco tengo ningún instinto autodestructivo.

Matthew dio un paso adelante y posó la mano en su hombro, un gesto que hizo fruncir el ceño a Trace.

–Laila, no te preocupes –la tranquilizó Matthew–. A lo mejor tu hermano y yo deberíamos salir fuera para hablar de todo esto en privado. Es posible que necesite saber hasta qué punto me tomo en serio nuestra relación.

Susie no habría podido decir a quién le había impactado más aquella intervención, si a Laila o

a Trace. Ella también estaba bastante sorprendida. Estaba segura de que la palabra «serio» jamás había salido de los labios de su hermano, y menos para referirse a su relación con una mujer.

–¿Has dicho «en serio»? –preguntó Laila.

Matthew la miró con incredulidad.

–¿No te lo he dicho cientos de veces?

–Sí, pero pensaba que me lo decías para poder acostarte conmigo.

Trace estuvo a punto de atragantarse. Los ojos le relampagueaban.

–Te juro por Dios... –comenzó a decir.

Pero en aquella ocasión fue Abby la que le contuvo.

–Déjale hablar –le ordenó.

–Laila, te quiero –confesó Matthew con pasión. Miró después a su alrededor con expresión desafiante–. Ya está, lo he dicho delante de todos estos testigos, que te aseguro que me harán responder de mis palabras.

–Desde luego –dijo Trace con calor, pero otra caricia de Abby pareció aplacarle–. De acuerdo, no diré nada más, pero, que el cielo me ayude, porque como...

–Sí, ya lo sé –le interrumpió Matthew con una sonrisa–, me destrozará la cabeza o algo peor. Créeme, sé por lo que estás pasando. Yo dije lo mismo bastante a menudo cuando Mack comenzó a salir con Susie.

Susie miró a su alrededor, buscando a su marido. Había entrado antes que ella, pero parecía haber desaparecido.

Justo en aquel momento, se acercó Shanna con expresión preocupada. Se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

–¿Tienes idea de lo que está pasando aquí?

Susie la miró sin comprender.

–¿Además del hecho de que Matthew y Laila son ahora pareja?

Shanna asintió.

–Es lo único de lo que me he enterado –admitió Susie–. ¿Quieres decir que hay otro problema?

–Pues sí. Luke está en la cocina con Kristen. A Mack se le ve muy preocupado. Y Nell tiene todas las antenas puestas.

–¡Dios mío! ¿En qué demonios estará pensando mi hermano?

Estaba ya a medio camino de la cocina cuando salió Mack caminando a grandes zancadas, la agarró en silencio del brazo y le hizo dirigirse en la dirección contraria.

–Creo que ahora mismo no te gustaría entrar en la cocina –le advirtió muy tenso.

–¿Lo dices por Luke y por Kristen? –preguntó con dulzura.

Mack abrió los ojos como platos.

–¿Ya te has enterado? –preguntó. Casi inmediatamente gimió–. Claro que lo sabes. Seguro que Shanna ha ido a buscarte en cuanto ha salido de la cocina.

–Exacto. ¿Tan terrible es?

–Tu abuela es una santa. Estoy seguro de que está deseando hacer miles de preguntas, y casi todas dirigidas a mí, pero está consiguiendo reprimirse. Lo único que me ha dicho ha sido que a lo mejor debería ir a buscarte –la miró esperanzado–. Estaba pensando que deberíamos marcharnos. Creo que ya no puedo soportar más tensiones por hoy, ¿qué me dices?

–Creo que si nos vamos, será evidente lo mucho que he dejado que llegue a importarme esa mujer –respondió Susie–. Así que nos quedamos –miró a Mack con dureza–. Y después mataré a mi hermano por tener menos cerebro que un mosquito.

Afortunadamente para Mack, una vez se sentaron a la mesa, el caos fue tal que apenas se vieron la una a la otra y ni siquiera tuvieron que cruzar una sola palabra. Luke también estaba a una prudente distancia de Susie. En cualquier caso, Laila y Matthew se habían convertido en el centro de atención. Nadie parecía entender cómo habían podido llegar a convertirse en pareja.

A lo largo de la comida, Mack estuvo en todo momento pendiente de su esposa. Estaba ligeramente pálida. Él lo atribuía al tratamiento, pero también podía deberse a la innegable tensión que se respiraba en el ambiente. En cuanto terminaron el postre, apareció Jo al lado de Susie y se la llevó, lo que indicaba que también ella había notado la tensión en el rostro de su hija.

Will se reunió con Mack.

–Un día interesante, ¿verdad?

–Ha sido un infierno.

–¿Cómo lo lleva Susie?

–Lo está intentando, pero estar en la misma habitación que Kristen le está resultando más difícil de lo que yo imaginaba. No parece importarle que esté con Luke.

Will se echó a reír.

–¿Cómo han llegado a estar juntos, por cierto?

–Es una larga historia –contestó Mack, mirando hacia su cuñado.

En aquel momento estaba susurrándole algo a Kristen al oído. No podía decir si la expresión divertida de esta se debía a lo que Luke le estaba diciendo o a que encontraba graciosa aquella situación. Conociendo a Kristen, seguramente tenía sus propios motivos para seguirle a Luke la corriente, pero Mack ni siquiera quería pensar cuáles eran.

Jo apareció de pronto a su lado.

–Mack, creo que Susie necesita ir a descansar a casa –le dijo con voz queda.

Mack miró alarmado a su suegra.

–¿Se encuentra bien?

–Solo un poco cansada, creo. Y supongo que también está preocupada por la prueba que le van a hacer mañana.

Mack miró a Jo sin comprender.

–¿Prueba? ¿Qué clase de prueba tiene mañana?

Jo le miró sorprendida.

–¿No te ha dicho lo de la tomología? Quieren comprobar si ha habido alguna mejora con el tratamiento. Es una prueba muy importante, Mack.

Mack se sintió como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago.

–No me ha dicho una sola palabra.

–Dios mío. Estoy segura de que no quería preocuparte –la disculpó Jo, sintiéndose culpable–. Sabe que tienes demasiadas preocupaciones.

–Ahora mismo no hay nada que me importe más que su salud –contestó con vehemencia–. Gracias, Jo.

Mientras iba a buscar a su esposa, intentó controlar su genio. ¿Cómo era posible que Susie le hubiera ocultado una información tan importante? Y tampoco era la primera vez que lo hacía. En un primer momento, incluso había intentado ocultarle su enfermedad. ¿Todavía no se había dado cuenta de que podía confiar y apoyarse en él?

Claro que estaba ocupado, y a lo mejor Susie pensaba que estaba siendo considerada con él, ¿pero qué decía de su matrimonio el hecho de que pensara que podría no querer saber algo de su enfermedad? ¿Acaso no se merecía estar informado? Por primera vez desde su precipitada boda,

Mack se preguntó si no habrían cometido un error. Era evidente que, en lo que se refería a los aspectos más importantes de la vida, y en lo relativo a la confianza y la comunicación, estaban más distanciados que nunca.

Al final a Susie le habían podido los nervios. Para cuando terminó la comida estaba tan cansada que necesitó de todas sus fuerzas para levantarse y alejarse de la mesa. Mack no se había dado cuenta, pero, gracias a Dios, su madre lo había notado y la había llevado a una de las habitaciones de invitados para que pudiera tumbarse durante unos minutos. Si se hubiera derrumbado delante de la familia, no habría pasado nada, pero su orgullo no habría soportado la humillación de hundirse delante de Kristen.

Cuando se abrió la puerta y Mack entró en la habitación en la que estaba reposando, se sentó sobresaltada.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Me lo ha dicho tu madre. Y también me ha dicho que ya va siendo hora de que te lleve a casa.

Había algo nuevo en su tono de voz, un cierto distanciamiento. ¿O a lo mejor estaba intentando dominar el enfado?

—Mack, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien —contestó, aunque no parecía muy convencido—. ¿Puedes andar o quieres que te lleve en brazos? Podemos salir por la cocina.

—Iré andando —contestó, estudiando su expresión sombría.

Consideró la posibilidad de presionar para pedirle una explicación para aquel humor tan extraño, pero no estaba segura de que estuviera preparada para oír la respuesta.

Condujeron en silencio hasta su casa.

Una vez en el interior del piso, Mack le ordenó:

—Ve a acostarte. Ahora te llevo un té.

Susie asintió.

—Gracias.

Pero antes de que Susie pudiera alejarse, añadió:

—Y después tenemos que hablar.

—¿Sobre qué?

—Hablabamos cuando te lleve el té —contestó.

Si Susie no hubiera estado tan cansada, podría haber protestado, pero la tensión del día la había dejado sin fuerzas. Se desnudó, se puso su camisón favorito y se deslizó entre las sábanas. En el instante en el que apoyó la cabeza en la almohada, se quedó dormida.

Cuando se despertó, la habitación estaba envuelta en sombras y Mack estaba sentado a un lado de la cama con expresión insondable.

—Se te ha enfriado el té —le dijo—. Voy a prepararte otra taza.

—No —susurró Susie—. Es evidente que estás enfadado por algo. Me gustaría que habláramos de ello.

Mack vaciló un instante antes de preguntar:

—¿Estás segura de que estás en condiciones de hablar?

—Sí, estoy bien. La siesta me ha ayudado a descansar.

Mack se reclinó en su silla y la miró con una mezcla de frustración y resignación.

—¿Qué clase de matrimonio tenemos, Susie?

Al oír aquella pregunta, al percibir la desesperación de su voz, el corazón de Susie comenzó a latir violentamente.

–Hemos pasado por unos cuantos baches, pero creo que tenemos una buena relación, especialmente si tenemos en cuenta todo a lo que hemos tenido que enfrentarnos.

–Yo habría dicho lo mismo hasta que he hablado antes con tu madre.

–¿Y qué te ha dicho mi madre para que puedas cuestionarte ahora nuestro matrimonio? –preguntó Susie, sinceramente confundida.

–Me ha dicho que mañana van a hacerte una tomografía, algo que, por cierto, ni siquiera se te ha ocurrido mencionarme –la miró desconcertado–. ¿Cómo es posible que me hayas ocultado una cosa así?

–No es ningún secreto –contestó Susie–. No pretendía mantenerte al margen. Pero últimamente has estado muy ocupado y mañana es la fiesta de lanzamiento del periódico. No quería que volvieras a retrasarla por mi culpa, ni que empezaras a preocuparte otra vez por mí. No es una prueba tan importante y mi madre se había ofrecido a acompañarme.

–¿Que no es importante? –repitió Mack, sin poder contener apenas su enfado–. Esa prueba nos dirá si la quimioterapia ha funcionado, ¿no? ¿Y dices que no es importante?

Susie esbozó una mueca al oír su tono.

–Lo que son importantes son los resultados, no la prueba –intentó explicarse–. Y no me los van a decir en el momento. Por supuesto que quiero que estés allí cuando me den los resultados.

–¿De verdad? ¿Y por qué se supone que tengo que creerte? Yo pensaba que estábamos juntos en esto, Susie. En todo momento.

–Y lo estamos –respondió Susie con voz queda.

Comprendía la profundidad del error que había cometido. Había dejado a Mack al margen de algo que podía ser crucial para su futuro. Ya fueran buenos o malos, esos resultados determinarían la clase de vida que les esperaba.

–Lo siento, Mack. Pensaba que estaba haciendo lo que debía.

Mack sacudió la cabeza.

–No tienes que protegerme, Susie, ni ocultarme nada, ni tomar decisiones por mí. Quiero poder decidir si algo es importante o no en todo lo relativo a nuestra relación y a tu salud. Y estoy aquí para decirte que no hay nada que para mí no tenga importancia, que no hay nada que pueda resultar un inconveniente. Estaré a tu lado durante la prueba –sus palabras tenían el tono de un desafío.

–De acuerdo.

–Y, por favor, no olvides que te quiero –añadió con énfasis–. Y que me importa muy poco una estúpida fiesta. ¿A qué hora tienen que hacerte la prueba?

–A las ocho –admitió, sintiéndose todavía más ridícula.

–¿De la noche? –preguntó Mack perplejo.

Susie sacudió la cabeza.

–No, de la mañana.

Mack la miró entonces estupefacto.

–¿Y pensabas que por culpa de una prueba que es a las ocho de la mañana iba a cambiar la fecha de una fiesta que está programada para las seis de la tarde?

Susie esbozó una mueca.

–Cuando lo dices de esa forma, no tiene mucho sentido. Es solo que no quería que te preocuparas.

–Pues estoy preocupado, y no precisamente por la prueba, sino por nosotros. ¿Has hecho esto

porque continúas pensando que voy a salir corriendo si se pone difícil la situación?

¿Sería por eso?, se preguntó Susie. ¿Continuaría preocupándole que Mack, que nunca había tenido una relación estable, pudiera dejarla? No, absolutamente no, se contestó a sí misma. Sabía que Mack no la abandonaría. Le había visto demostrar una lealtad inmerecida hacia su madre. Jamás se había apartado de su lado cuando le había necesitado.

¿O tenía miedo quizá de que, si las noticias no eran buenas, permaneciera junto a ella por compasión y no por verdadero amor? Quizá fuera así, pensó con un suspiro de pesar. Sin embargo, admitir sus inseguridades en aquel momento no era una opción.

—Mack, has sido la roca en la que me he apoyado durante todo este tiempo. Por favor, no pienses ni por un momento que no entiendo lo duro que ha sido todo esto para ti.

—La dureza no es el problema, Susie —respondió Mack, sosteniéndole la mirada—. Puedo enfrentarme a lo más duro. Pero no soporto que me dejes fuera de tu vida.

—No volverá a ocurrir —le prometió.

A pesar de su promesa, Mack permaneció sentado durante tanto tiempo en silencio que Susie llegó a pensar que no iba a perdonarla nunca su falta de sensibilidad, su falta de fe en él. Sin embargo, al final, Mack suspiró y le pidió:

—Prométeme una cosa Susie, y quiero que sea una promesa hecha con el corazón.

—Lo que quieras.

—A partir de ahora, estaremos juntos en lo bueno y en lo malo. De lo contrario, nuestra relación no tendrá ninguna posibilidad.

Susie advirtió la solemnidad que había detrás de sus palabras y se asustó terriblemente.

—Te lo prometo —susurró.

Mack se tumbó entonces en la cama y la abrazó.

—No soporto discutir contigo —musitó.

—Y a mí no me gusta que te enfades conmigo —respondió Susie, apoyando la cabeza en su hombro—. Pero probablemente volvamos a hacerlo.

Sintió la sonrisa de Mack contra su mejilla.

—Sí, más que probablemente.

—Pero seguiremos juntos —añadió Susie con certeza.

—Claro que seguiremos juntos —confirmó Mack—. Siempre.

Susie sabía que, al igual que a otras muchas parejas, la vida les pondría a prueba. Y probablemente más de una vez. Lo único que tenía que hacer era intentar aferrarse a las palabras de Mack cuando llegaran los momentos difíciles.

Laila tuvo por fin el primer respiro de toda la tarde y lo aprovechó para enfrentarse a Matthew.

—Ha sido muy divertido, Matthew —dijo con sarcasmo—. Tengo el estómago hecho un nudo. ¿Y tú cómo estás?

Matthew la miró con ironía.

—Piénsalo de esta manera: no tendremos que volver a repetirlo.

—¿Piensas marcharte del pueblo?

—Quiero decir que no tendremos que volver a hacerlo por primera vez. Ahora todo el mundo está al corriente de lo nuestro. Tardarán algún tiempo en digerirlo y supongo que tendremos que enfrentarnos a docenas de consejos. Pero al final, todo se calmará.

Laila le miró con expresión incrédula.

–Perdona, ¿pero de verdad conoces a tu familia? O a la mía, por cierto.

Justo mientras lo decía, sonó el teléfono. Al ver que era su hermano, volvió a guardar el teléfono en el bolso.

–¿Quién era? –preguntó Matthew.

–Trace.

–¿Y no se enfadará si no contestas?

–Probablemente.

–¿Y no te importa?

–En este momento, no.

Cuando volvió a sonar el teléfono, ni siquiera lo sacó del bolso. Sin embargo, a la tercera llamada, lo sacó y contestó bruscamente:

–¿Qué quieres?

Al oír la voz de su madre esbozó una mueca.

–Lo siento, mamá. Pensaba que era otra persona.

–Seguramente tu hermano –dijo su madre.

–Sí, y supongo que te ha puesto al tanto de los acontecimientos del día –adelantó Laila, resignada a recibir una regañina.

–Los acontecimientos del día no me interesan. Sin embargo, estoy muy interesada en conocer esa relación que has estado teniendo durante meses delante de mis narices. Cariño, ¿en qué estás pensando? Matthew es suficientemente joven como para ser... –se interrumpió.

–¿Para ser qué? –preguntó Laila, mirando al hombre en cuestión–. ¿Mi hijo? No creo. Te aseguro que es mayor de edad.

–Claro que es mayor de edad. Ya sé que no eres ninguna estúpida, cariño.

–Gracias por decírmelo. Supongo.

–¿Y cuándo vas a traerle a casa para que tu padre y yo podamos conocerle?

–Mamá, conoces a Matthew de toda la vida.

–Pero no como tu pareja –la contradijo su madre–. Yo te sugeriría que lo hicieras pronto, porque tu padre no para de vociferar diciendo que cuando la noticia corra por el pueblo, esto va a hacerle mucho daño al banco.

Laila miró a Matthew sombría. Ya había imaginado que ocurriría algo así. En cualquier caso, ella ya había sufrido su parte de humillaciones y preguntas a manos de los O'Brien y de su hermano. Así que aquel era el turno de Matthew.

–No hay mejor momento que el presente –dijo con determinación–. Estaremos allí dentro de diez minutos.

Colgó y descubrió a Matthew mirándola con recelo.

–¿Dónde tenemos que estar dentro de diez minutos? Aunque supongo que no hace falta ni que lo pregunte.

–A mis padres les gustaría que nos pasáramos por allí –contestó Laila con dulzura–. Y si tienes la esperanza de que te prestaran un solo centavo en este pueblo en algún momento de tu vida, te sugeriría que no ofendieras más a mi padre.

Matthew frunció el ceño ante aquella sugerencia.

–¿Por qué he ofendido a tu padre?

–Estás saliendo con su adorada hija –le recordó–. Eso ya es suficiente ofensa. Ahora tienes que hacerle creer que nuestra relación va en serio.

–Y lo haré sin ningún problema. De hecho, ya os he dicho a ti y a todo el mundo que vamos en

serio.

–Ni siquiera yo sé si creerte, y te aseguro que mi padre va a ser mucho más duro.

–¿Más duro que Trace? –le preguntó Mack.

–Mi hermano ha sido prácticamente el representante de un comité de bienvenida al lado de lo que puede ser mi padre.

Matthew esbozó una mueca.

–Vaya, ahora sí que estoy deseando enfrentarme a ese encuentro.

Laila asintió satisfecha.

–Me alegro. Ahora ya sabes cómo me he sentido al entrar en casa de Mick y de Megan esta mañana.

–¿Entonces esto es una venganza?

Laila sonrió con dulzura.

–Algo así.

–Eres una mujer perversa.

–Gracias.

–No sé si lo he dicho en el buen sentido.

–No importa. Me ha levantado el ánimo –contestó Laila feliz.

Cuando llegaron al camino de entrada de la casa familiar, Matthew estaba ligeramente pálido. Y tardó algunos segundos en apagar el motor del coche. Laila salió y rodeó el vehículo para abrir la puerta del conductor.

–Vamos, sal, yo te protegeré.

Matthew la miró con el ceño fruncido mientras salía del coche.

–Esto no tiene ninguna gracia.

–Yo pensaba que era muy divertido –respondió Laila con una sonrisa.

La impresionante puerta de la casa se abrió mientras se acercaban. Salió a recibirlos la madre de Laila, vestida con un caro traje de lana, zapatos de tacón bajo y ni un solo pelo fuera de su sitio. Todo lo informal que cabía esperar de un domingo en casa de los Riley, pensó Laila con ironía, recordando la mezcolanza de estilos de los O'Brien y el caos que reinaba en su casa. Aunque Carrie y Caitlyn tenían el campo libre en casa de los Riley, hasta las indomables gemelas de Abby parecían comprender que aquella era una casa seria.

–Hola, cariño –la saludó su madre con un beso en la mejilla–. Matthew, me alegro mucho de verte. Hace tiempo que no te veía. ¿Estás de vacaciones en la universidad?

Laila le dirigió a su madre una mirada asesina.

–¡Mamá!

–Es mi hermano pequeño, Luke, el que está todavía en la universidad –respondió Matthew, más divertido que ofendido.

–¡Oh, claro! Tonta de mí. Vamos al salón. El señor Riley está leyendo los periódicos del domingo.

Laila elevó los ojos al cielo. ¡El señor Riley! Su madre parecía estar sacando a relucir sus maneras sureñas y todas las referencias señoriales para la ocasión.

–Mira quién está aquí, querido –anunció la madre de Laila cuando entraron en el que denominaban el salón familiar, para distinguirlo de otro más elegante en el que raras veces entraban.

Lawrence Riley dejó el periódico que estaba leyendo y se levantó. Frunció el ceño mientras le estrechaba la mano a Matthew y después le dio un frío abrazo a su hija.

–¿Qué es eso que he oído decir de que estáis montando un espectáculo? –preguntó directamente.

–Vaya, papá, ¿no vas a preguntarme cómo estoy? ¿Ni siquiera vas a decirme que te alegras de verme?

–Creo que ya he ido directamente al grano. Esto es una tontería que no puede continuar.

Entonces fue Matthew el que frunció el ceño.

–¿A qué tontería se refiere, señor?

–Mi hija y tú estáis haciendo el ridículo. Esto no nos va a traer nada bueno. Mi hija se convertirá en el hazmerreír del pueblo. Vuestra relación demostrará su falta de sentido común y eso repercutirá en el banco.

Matthew parecía a punto de explotar. Pero antes de que pudiera decir nada, intervino Laila.

–Muchas gracias por tu apoyo, papá. Como siempre, ha sido un placer. Ahora nos vamos.

–¡Espera un momento! –le ordenó–. No vas a dejarme aquí plantado. ¡Soy tu jefe!

–¡Ah! Perdóname por haber pensado que en esta casa eres mi padre –replicó–. Si quieres que abordemos este tema en tu condición de jefe, nos veremos mañana en el banco –vaciló un instante antes de añadir–: O a lo mejor no. A lo mejor es preferible que renuncie ahora a mi trabajo. Así me ahorraré la humillación.

–¡Laila! –protestó su madre, atónita.

–Vamos, Matthew –dijo Laila, ignorándola–. Salgamos de aquí.

–Si sales de casa en este momento, no te molestes en ir a trabajar mañana –gritó su padre tras ella.

–¿Es que no me has oído? Renuncio a mi trabajo –gritó Laila en respuesta.

Matthew se detuvo en el vestíbulo y la miró preocupado.

–Laila, vamos –intentó tranquilizarla–, serénate. Estoy seguro de que no quieres quedarte sin trabajo.

–Claro que quiero –le contradijo–. Enfrentémonos a ello, mi padre no ha querido nunca que hiciera este trabajo y ahora mismo acabo de darle la excusa perfecta para despedirme. En realidad le he dado una alegría.

–Pero a ti te encanta tu trabajo. Ese banco es un negocio familiar. No permitas que te obligue a dejarlo por culpa de nuestra relación. Solo necesita un poco de tiempo para hacerse a la idea.

–¿Por qué te importa tanto que renuncie? ¿Te preocupa que pueda acusarte de haberme destrozado la vida? ¿O lo que te preocupa es tener que casarte conmigo y hacerte cargo de mí? Porque no va a ser así. En realidad, hoy me estoy liberando.

Matthew no terminaba de creérselo.

–Mira, si de verdad quieres dejar tu trabajo, te apoyo completamente, pero no te precipites. Piénsatelo bien.

–Hace mucho tiempo que venía venir este momento –respondió–. En realidad, no debería haber aceptado nunca este trabajo. Mi padre quería que este puesto fuera para Trace, pero mi hermano le convenció de que me lo diera a mí. Pero por buena que sea en mi trabajo, y te aseguro que lo soy, nunca ha creído que fuera la persona idónea para el puesto.

Mientras hablaban, Laila podía oír a su madre intentando convencer a su padre de que reconsiderara su despido.

–¿No les oyes? ¿Por qué voy a querer un trabajo que he conseguido gracias a mi hermano y que ahora solo podría conservar gracias a las súplicas de mi madre? Hay otros bancos.

–Mañana te arrepentirás de esto –pronosticó Matthew.

Laila pensó en ello y concluyó que se equivocaba. Hacía meses que no se sentía tan libre. Por

supuesto, adoraba el banco y siempre había esperado poder llegar a asumir la dirección algún día. Pero había otros bancos en los que apreciarían su talento y su experiencia. Y en los que les importaría muy poco la relación que pudiera tener con Matthew.

Miró a Matthew a los ojos y sonrió.

–No –le aseguró–. No me arrepentiré en absoluto. De hecho, creo que me gustaría celebrarlo. Y como en casa de tus tíos apenas he sido capaz de probar bocado, podrías invitarme a cenar en el Brady’s.

Matthew se echó a reír.

–No paras de sorprenderme.

–Ahora mismo, me estoy sorprendiendo a mí misma –contestó–. ¿Y sabes una cosa? Me siento maravillosamente bien.

Capítulo 22

Susie se sentía como una estrella del cine cuando fue a hacerse la tomografía el lunes por la mañana. No solo la habían acompañado su madre y Mack, sino que en el último momento habían aparecido también su padre y su abuela. Cuando Matthew entró en la sala de espera, Susie le miró con el ceño fruncido.

–Esto es una locura –le dijo–. No necesito que estéis todos aquí. Además, no me van a decir nada cuando terminen la prueba.

–¿Y quién te ha dicho que hemos venido por ti? –preguntó Matthew–. A lo mejor yo también necesito el apoyo de la familia esta mañana.

Susie le miró preocupada.

–¿Laila ha vuelto a romper contigo? Desde luego, después de lo de ayer, yo lo comprendería.

–No, seguimos siendo una pareja muy sólida –contestó Matthew–. Pero ayer por la noche renunció a su trabajo.

–¿Y por qué demonios ha hecho una cosa así?

–Ayer por la tarde nos pasamos por casa de sus padres, a petición de su madre, por cierto. Y fue prácticamente una emboscada. Su padre no se ha tomado muy bien que esté saliendo conmigo. Le soltó toda una diatriba sobre las consecuencias que tendría en el banco nuestra relación y Laila se hartó. Intenté decirle que era una decisión precipitada, pero ella explotó, renunció a su trabajo y nos marchamos.

–¡Oh, Dios mío! –intervino Nell–. Pero ese viejo estirado se lo merece.

–Estoy de acuerdo –añadió Jeff–. Es Lawrence Riley el que va a arruinar el banco con esa mentalidad tan conservadora. Laila es lo mejor que le ha pasado al banco en mucho tiempo.

Susie se volvió hacia Mack, que parecía apesadumbrado.

–¿Qué te pasa?

–¿Crees que Lawrence puede denegarme el crédito? Al fin y al cabo, fue Laila la que apostó por mí.

–¡Por supuesto que no! –respondió Jeff–. El crédito ya está aprobado. Siempre y cuando pagues todos los meses, Lawrence no puede hacer nada, por lo menos, sin montar un escándalo. Todo el pueblo te apoya, Mack. Todas las personas con las que he hablado son conscientes de la importancia de tener un periódico local.

–Mi padre tiene razón –le aseguró Susie.

–¿Por qué no intentamos concentrarnos en el verdadero problema? –intervino Matthew–. ¿Qué se supone que tengo que hacer con Laila? Sé que actuó en un impulso, pero todo esto es culpa mía. Me negaba a hacerle caso cuando me decía que la gente podría reaccionar negativamente al vernos juntos.

Nell sacudió la cabeza.

–Laila es una mujer que sabe lo que quiere. Está enamorada de ti y tú estás enamorado de ella, así que no hay nada malo en vuestra relación –le miró con dureza–. Aunque, personalmente, me sentiría mucho mejor si viera una sortija en su dedo. Y creo que eso le bajaría también los humos

a su padre.

–Creo que en eso todos estamos de acuerdo –se sumó Susie, principalmente por el placer de ver ruborizarse a su hermano–. ¿Qué dices, Matthew? ¿Estás dispuesto a hacer de Laila una mujer honesta?

Matthew le dirigió una mirada asesina.

–Lo dices como si pensaras que jamás se me habría cruzado por la cabeza casarme con ella. Yo me casaría ahora mismo, pero no creo que ella esté dispuesta a dar ese paso. Probablemente me rechazaría, sobre todo en este momento. La verdad es que yo lo tenía todo planeado, pero ahora mismo, esto ha dado al traste con todos mis planes.

Susie miró a su hermano con curiosidad. Jamás le había considerado capaz de pensar más allá de la inmediatez del momento.

–¿Qué clase de planes?

–Ya sabes que todos hemos estado hablando de hacer un viaje a Irlanda cuando termines el tratamiento, ¿verdad?

–Sí, estamos pensando en hacer el viaje en Navidad –confirmó Susie–. Será nuestra luna de miel.

Matthew elevó los ojos al cielo.

–Solo a ti se te ocurriría invitar a toda una multitud a tu luna de miel.

Susie sonrió.

–Eso fue lo primero que dijo Mack, pero ahora ya se va haciendo a la idea, ¿verdad, cariño?

Mack negó con la cabeza.

–Digamos que me he resignado.

–El caso es que había pensado en invitar a Laila a que viniera y pedirle matrimonio allí. De hecho, había pensado hacerlo la víspera de Navidad.

–Sería maravilloso –dijo Nell con los ojos llenos de lágrimas–. Estando así las cosas, no puedo pedirte que lo adelantes.

Justo en ese momento, salió una enfermera y llamó a Susie.

Por unos momentos, Susie había estado tan absorta en las preocupaciones de su hermano que casi se había olvidado de las razones por las que estaba todo el mundo reunido en la sala de espera.

Mack le apretó la mano con fuerza.

–Todo va a salir bien –le aseguró.

Susie asintió. Era incapaz de hablar con el nudo que tenía en la garganta. Oyó apenas las palabras de ánimo de su familia y se marchó con la enfermera.

Lo que estaba a punto de ocurrir tenía el poder de cambiarlo todo, de ofrecerle un futuro o de arrancárselo para siempre de las manos.

Tal como esperaban, salieron del hospital sin tener ninguna información de los médicos o de los radiólogos. Mack le dio a Susie un beso de despedida mientras ella se iba a trabajar con su padre a la agencia. Después, se dirigió al periódico, donde encontró a Jess y a su equipo preparando todo para la fiesta. Habían apartado las mesas para crear un espacio abierto en el que pudieran mezclarse los invitados. Era evidente que durante aquel día apenas iban a poder trabajar en la oficina.

En cuanto Jess le vio llegar, dejó todo lo que estaba haciendo y cruzó la habitación.

–¿Cómo ha ido la prueba? –le preguntó con auténtica preocupación.

–No hay noticias nuevas –contestó Mack–. Es posible que tarden un par de días en entregarnos el informe.

Jess frunció el ceño.

–No entiendo por qué lo hacen. Saben perfectamente lo asustada que está la gente después de hacerse una prueba de ese tipo. Debería estar alguien presente para interpretar inmediatamente los resultados.

–Estoy completamente de acuerdo contigo –dijo Mack.

Pensaba en el pánico que había visto acechando la mirada de Susie cuando salían del hospital. Había intentado mostrarse valiente, pero cualquier que la conociera podía darse cuenta de lo asustada que estaba.

–Prefiero no hablar ahora de ello. ¿Qué tal va todo por aquí?

–Como la seda –contestó Jess con evidente orgullo–. Bree traerá las flores dentro de un par de horas. Entonces se verá todo mucho mejor. Y Gail está controlando la comida en la posada. Tendremos que traerlo todo para las cinco y media, antes de que lleguen los invitados. El champán ya está enfriándose.

–¿Y también el champán sin alcohol? –preguntó Mack, pensando en Susie.

–Por supuesto.

–¿Necesitas que haga algo? –preguntó.

Se sentía extrañamente ocioso y no le gustaba. Al tener demasiado tiempo libre no podía dejar de pensar en aquella maldita prueba, justo como Jess había dicho.

–No. ¿Por qué no invitas a Susie a comer o algo así?

–Probablemente estará mejor trabajando. Así no pensará en los resultados.

Jess elevó los ojos al cielo.

–No creo que haya nada que pueda impedir que piense en ello. Y tú estás en la misma situación, así que os vendría bien distraeros el uno al otro. Algo me dice que si te lo propusieras, podrías hacer un buen trabajo.

Mack sonrió.

–Gracias por el voto de confianza.

Se le ocurrió entonces una idea y llamó a Matthew, que le confirmó que, efectivamente, habían removido ya el terreno de la casa de Beach Lane y estaban comenzando a poner los cimientos.

–Jess, ¿crees que Gail tendría tiempo de preparar una cesta de picnic para Susie y para mí?

A Jess se le iluminó la mirada.

–Claro que sí. Ahora mismo la llamaré y para cuando vayas a la posada, la tendrás lista. Siempre tiene ingredientes de primera a mano por si nuestros huéspedes quieren pasar el día en la playa. Y en esta época del año, hay pocos valientes que se aventuren a dar un paseo por la playa.

–Dile que llegaré dentro de media hora y, por favor, llama a Bree y pídele que me prepare un ramo de flores que le pueda gustar a Susie. Iré a buscarlo de camino al despacho de Susie.

Jess le dio un beso en la mejilla.

–Me encanta verte tan romántico. Seguro que Will te ha asesorado.

Mack se echó a reír, pensando en los consejos que tanto él como todo el pueblo le habían dado a Will cuando estaba cortejando a Jess.

–Sí, claro que sí.

Se dirigió a su casa para buscar una bolsa y después fue a recoger una cesta rebosante de bocados apetitosos junto a una botella de burbujeante sidra. Bree le había preparado un pequeño

centro de flores que era perfecto para pasar un día en la playa. Mack lo escondió todo en la camioneta y después fue a buscar a Susie a la agencia inmobiliaria.

Susie alzó la cabeza al oírle entrar y le miró preocupada.

–¿Qué ocurre? –preguntó inmediatamente. El miedo se reflejaba en su voz–. ¿Te ha llamado el médico?

–No, no sé absolutamente nada. He venido a distraerte.

–¡Pero si acabo de llegar! –protestó Susie–. Todavía tengo mucho trabajo que hacer.

–¿Y crees que vas a ser capaz de concentrarte?

–No –admitió–. Llevo una hora mirando el mismo contrato.

–Entonces no vas a perderte nada. ¿Quieres que hable con tu padre?

–Mi padre ni siquiera está aquí.

–Muy bien, en ese caso, no tenemos que pasar ningún control. Vamos.

Aunque Susie continuaba insegura, agarró el bolso, le siguió y cerró la puerta tras ella.

–¿Adónde vamos? –preguntó.

–Ya lo verás. Vamos a un lugar muy especial.

Cuando giró hacia Beach Lane varios minutos después, Susie le miró boquiabierta. Los sonidos de la obra eran audibles incluso antes de que llegaran al final de la carretera.

–¡Nuestra casa! –exclamó emocionada.

–Sí, ya han empezado a construirla –le confirmó–. Y hoy vamos a comer por primera vez en ella.

Susie le miró con los ojos brillantes.

–¿En serio?

–¿Cómo voy a bromear sobre un momento tan especial?

Aparcó la camioneta bajo un roble gigante que estaba empezando a quedarse sin hojas.

–Me encantaría comer justo donde están construyendo la casa, pero probablemente sea más seguro que nos acerquemos a la playa –le dijo a Susie–. Y he traído un jersey más por si tienes frío.

–Al sol la temperatura es perfecta –contestó Susie, abriendo los ojos como platos mientras contemplaba el bullicio de la obra–. Me encantaría poder subirme a un árbol y verlo todo desde allí. Desde este ángulo me resulta difícil ver cuánto han avanzado hasta ahora.

–Las habitaciones todavía no se pueden identificar –todavía no habían comenzado a levantar el armazón–. Pero según tu hermano, están progresando muy rápido. Antes me ha dicho que se ha dejado caer esta mañana por aquí y que todo va según el calendario previsto. Un par de semanas más y comenzará a parecer una casa.

–Estoy deseándolo –contestó Susie.

Se agarró a su brazo mientras pasaban por delante de las enormes pilas de materiales de construcción.

Cuando llegaron a la playa, situada a unos veinte metros de la que sería la fachada principal, el ruido cesó de pronto.

–Matthew les ha pedido que se tomen un descanso de una hora para que podamos disfrutar tranquilamente de la comida –le explicó Mack.

Entonces, encendió el reproductor de CD que había agarrado en el último momento. Comenzó a sonar un disco de Jimmy Buffet, perfecto para disfrutar de unas horas de tranquilidad en la playa, incluso un día de primavera tan frío como aquel.

–Has pensado en todo, ¿verdad? –preguntó Susie complacida.

–Como siempre –contestó Mack mientras extendía la manta sobre la arena.

Cuando Mack dejó las flores en el suelo, Susie sonrió.

–Seguro que lo ha hecho Bree. Sabe lo mucho que me gustan las margaritas.

–Y yo también. Sé que te recuerdan al sol. Me lo dijiste en una ocasión.

Susie alargó la mano con entusiasmo hacia la cesta de picnic.

–¡Y esto ha sido cosa de Gail! Pero no nos lo podremos acabar en la vida –sacó la tarta de chocolate–. Esto lo primero.

Mack soltó una carcajada.

–Así que eres una defensora de la filosofía del postre.

Susie asintió.

–Absolutamente. Esta tarta es demasiado exquisita como para no saborear cada bocado.

–Me gusta ver cómo lo saboreas todo –dijo Mack con voz queda.

Por un momento, Susie se quedó callada.

–Y creo que ahora lo saboreo más que nunca porque no sé durante cuánto tiempo podré disfrutarlo. ¿Por qué no seremos capaces de acordarnos siempre de que debemos vivir el presente? Nadie sabe cuánto tiempo vivirá, la única diferencia es que yo he tenido que enfrentarme a mi propia mortalidad.

–A veces eso es lo que hace falta para aprender a disfrutar de la vida –dijo Mack.

–Pero no debería ser así.

Al mirarla a los ojos y ver su capacidad de disfrutar de hasta el último detalle del paisaje, de la comida y de las flores, Mack asintió.

–No, no debería ser así. Deberíamos sentirnos agradecidos cada día, no solo el día de Acción de Gracias o cuando pretendemos negociar con Dios.

Susie le miró con curiosidad.

–¿Lo haces a menudo? Me refiero a eso de negociar con Dios. Heather me comentó que Connor lo hacía cuando ella tuvo el accidente.

–Entiendo perfectamente lo que tuvo que pasar Connor –admitió Mack–. Y sí, yo también he tenido unas cuantas conversaciones con Dios últimamente.

–Y yo –reconoció Susie.

Mack la estrechó contra su pecho.

–Tu abuela está segura de que nos escucha.

Susie asintió.

–Yo también lo creo. No me queda otro remedio.

–En ese caso, estoy seguro de que todo va a salir bien –le prometió Mack, con más confianza de la que sentía habitualmente.

Sencillamente, no podía ser de otra manera.

Aquella fue la tarde más maravillosa de la vida de Susie. Mack la llevó de nuevo a casa para que se preparara para la fiesta del periódico, él se cambió de ropa y se fue a toda velocidad. Hasta que no estuvo sola en el apartamento, Susie no volvió a pensar en los resultados de la prueba.

Cuando sonó el teléfono, ni siquiera estaba pensando en ellos. Sin embargo, era el doctor Kinneer el que estaba al otro lado de la línea. Susie se sentó en el borde de la cama para recibir la noticia.

–Ya están los resultados de las pruebas –aventuró.

Era incapaz de reprimir el miedo que reflejaba su voz.

–Sí, y tengo buenas noticias, Susie. La quimioterapia ha funcionado casi tan bien como esperábamos. Tenemos el cáncer bajo control.

El ánimo de Susie ascendió y descendió en cuestión de segundos.

–¿Qué significa que está bajo control? ¿Ha remitido o no?

–Hay un par de zonas que todavía nos preocupan, pero la cosa tiene muy buen aspecto. Queremos esperar un poco, dejar que te recuperes y después someterte a otra ronda de quimioterapia.

–Entonces, ¿el cáncer no ha desaparecido? –preguntó decepcionada.

A pesar de todas las precauciones que había expresado en voz alta, se había permitido a sí misma sentirse esperanzada.

–No, no ha desaparecido, pero tenemos motivos para ser optimistas –contestó el ginecólogo–. El oncólogo dice que es sorprendente que la primera ronda de tratamientos haya ido tan bien.

Susie pensó en las náuseas y en los otros efectos colaterales de la quimioterapia. ¿Sería capaz de pasar por ello otra vez? Irguió la espalda y pensó en todo lo que estaba en juego. Claro que pasaría por ello. Si gracias a eso podía seguir viviendo junto a Mack, soportaría lo que hiciera falta.

–Gracias por decírmelo –le dijo al médico.

–Pásate por aquí la semana que viene y prepararemos un calendario –le pidió el doctor Kinnear–. Esto son buenas noticias, Susie. Posiblemente no sea lo que esperábamos, pero son resultados muy positivos.

Susie intentó recordárselo mientras se vestía para la fiesta. Se puso el vestido despampanante que Shanna le había ayudado a encontrar, se colocó la peluca rubia, se maquilló y se miró en el espejo. ¿Qué demonios?, pensó, se quitó la peluca y la tiró. No iba a engañar a nadie y se sentía orgullosa de haber superado la primera ronda de quimioterapia con el ánimo intacto.

Se acarició la pelusilla que comenzaba a crecerle en la cabeza y sonrió. Era como una recién nacida, decidió, pensando que la comparación era de lo más acertado. Aunque no hubiera superado la enfermedad, tenía un buen pronóstico. Y eso era casi como volver a nacer. Era una de esas bendiciones de las que Mack y ella habían estado hablando durante la hora del almuerzo, un momento que saborear antes de que comenzara de nuevo el trabajo duro.

Mack miró a su alrededor, contemplando a todas las personas que se habían reunido en la redacción del periódico para desearle lo mejor y sintió en los ojos un escozor sospechosamente parecido al de las lágrimas. Aquellas personas, muchas de las cuales le habían dado por perdido en otra época de su vida, estaban allí porque había conseguido algo importante, porque su periódico iba a suponer una significativa contribución para Chesapeake Shores, un pueblo que le había permitido vivir rodeado de afecto y en el que había encontrado al amor de su vida.

Miró a su alrededor, buscando a Susie, pero, al parecer, todavía no había llegado. Kristen se acercó a su lado y le agarró del brazo.

–¡Lo hemos conseguido, Mack! El periódico y la web se han convertido en la comidilla del pueblo. La noticia ha llegado incluso al mundo de la prensa. Hoy he recibido algunas llamadas de otros periódicos que me pedían ideas para integrar las ediciones digitales y en papel.

Mack la miró con los ojos brillantes y sonrió.

–¿Vas a dejarme para montar una consultoría por tu cuenta?

Kristen frunció el ceño ante aquella sugerencia.

–¿Es eso lo que quieres que haga?

–No. Te necesito aquí, pero sé que esta situación no te está resultando nada cómoda.

Kristen le dirigió una sonrisa teñida por la tristeza.

–Las cosas van mejorando.

Mack la miró con curiosidad.

–¿Gracias a Luke?

Kristen se echó a reír.

–Con Luke solo me divierto, nada más.

–¿Él es consciente de ello?

–Por supuesto. Sé que sale conmigo para defender el terreno de su hermana. Es un acuerdo que nos conviene a los dos. Por lo menos por ahora.

Mack desvió la mirada y vio que Jess se dirigía hacia ellos. Con delicadeza, le hizo apartar a Kristen el brazo antes de que llegara hasta ellos. Kristen se echó a reír.

–¡Ah, aquí viene el ángel vengador! –exclamó.

–¿No tienes que ir a ninguna parte? –le preguntó Jess con abierta hostilidad.

Kristen permaneció donde estaba.

–Hasta hace unos minutos, seguía trabajando aquí.

–Eso podría cambiar –Jess le dirigió a Mack una mirada cargada de intención–, ¿verdad?

Mack alzó la mano.

–Intentad tranquilizaos. Se supone que esto es una fiesta.

Jess le miró como si tuviera otra idea muy diferente en la cabeza, pero miró después a su alrededor.

–¿Dónde está Susie?

–Todavía no la he visto –admitió Mack–. Debería llamar a casa para asegurarme de que está bien.

–Yo lo haré –le ofreció Jess–. Tú deberías estar atendiendo a tus invitados –miró a Kristen–. Y tú también, pero por separado.

Mack observó a Kristen mientras comenzaba a circular por la fiesta y miró a Jess divertido.

–No hacía falta que intervinieras. Entre Kristen y yo no va a pasar nada.

–Con las mujeres como Kristen siempre puede pasar algo.

–Pero si ya la viste en casa de tus padres. Estaba con Luke.

Jess elevó los ojos al cielo.

–¡Oh, por favor! Estaba jugando con él. O él con ella. Nadie se lo tragó. Y ahora, ve a atender a tus invitados. Yo voy a buscar a Susie.

Mack se alejó de ella con desgana.

Media hora después, vio por fin a Susie intentando abrirse paso entre la multitud. Parecía retraída y muy sola. Al parecer, ninguno de los O'Brien la había visto todavía.

Deseando compartir el éxito de aquella noche con ella, Mack intentó ir a su encuentro, pero le detenían a cada paso para felicitarle o para hacer un brindis, lo que le obligaba a avanzar muy lentamente.

Cuando volvió a alzar la mirada, Susie había desaparecido. Sin embargo, Jess estaba cerca de él.

–Estaba intentando localizar a Susie, pero ha vuelto a desaparecer. ¿Tienes idea de dónde

puede estar?

Jess señaló la mesa del buffet, donde estaban Shanna y Kevin.

–¿Has podido hablar con ella desde que ha llegado?

–Lo he intentado, pero no he conseguido alcanzarla.

–Creo que esta noche le pasa algo –comentó Jess.

Mack frunció el ceño.

–He visto algo en sus ojos. Estaba muy triste. Ya sé que no soy ninguna experta en Susie, pero me preocupa. Mack, ve a buscarla. Intenta llegar al fondo de este asunto. Si no puedes estar con ella unos minutos, le diré a Will que intente hablar con Susie.

Mack sacudió la cabeza.

–Yo me ocuparé de ello. Gracias, Jess.

Pero estaba a punto de ponerse en camino cuando el fotógrafo del periódico, Jerry Hasting, arrastró a Kristen hasta él e insistió en hacerles una fotografía.

–El siguiente número no estaría completo sin esto. Y Kristen también querrá la fotografía para la web.

–Claro –contestó Mack, aunque estaba impaciente por llegar hasta su esposa.

–Creo que la ocasión se merece un beso de celebración –exclamó Jerry mientras disparaba.

Kristen miró a Jerry con un gesto de ironía. Mack se encogió de hombros. En cuanto fue a darle a Kristen un beso en la mejilla, ella giró la cabeza para que el beso aterrizara en sus labios. Fue un beso que no duró ni una décima de segundo, pero en el instante en el que acabó, Mack supo que acababa de cometer un terrible error. Desvió la mirada hacia el último lugar en el que había visto a Susie. Pero tal como temía, había desaparecido. Recorrió rápidamente la habitación con la mirada, pero no había señal de Susie por ninguna parte.

–¡Maldita sea! –musitó.

Pero seguramente Susie sabía que aquel beso no significaba nada. Era una de esas cosas a las que obligaban las relaciones públicas.

Incluso mientras intentaba convencerse a sí mismo de que no tenía ninguna importancia, podía imaginar lo ocurrido desde la perspectiva de Susie. Un beso en la mejilla podía haber parecido una cuestión de protocolo, pero Kristen había intentado convertirlo en otra cosa de forma deliberada. Peor aún, probablemente aparecería en la primera plana de la edición del periódico, a no ser que hiciera algo para evitarlo. Por supuesto, una decisión como esa daría lugar a toda clase de comentarios. La gente se preguntaría por el motivo de tanta vehemencia.

–¿Susie se ha ido? –preguntó Kristen, y no parecía muy disgustada con aquella posibilidad.

–¿En qué demonios estabas pensando? –preguntó Mack furioso–. No solo era un beso inadecuado para este momento porque insinúa que puede haber algo entre nosotros, sino que has cruzado una línea muy peligrosa, Kristen. Sabes lo que está sufriendo Susie y has hecho algo deliberadamente que sabías que podía hacerle daño.

Por un instante fugaz, creyó detectar vergüenza en su mirada, pero después, Kristen se encogió de hombros.

–No ha sido para tanto –insistió–. Y si ella quiere darle más importancia, no puedo hacer nada para evitarlo.

–Si de verdad crees lo que estás diciendo, entonces no eres la clase de mujer que siempre he pensado que eras.

–Salías conmigo porque soy una mujer atractiva y sexy, Mack. Mis estándares morales no tenían nada que ver con nuestra relación.

–Te equivocas, Kristen. Para mí no solo era cuestión de sexo. A pesar de todos mis defectos, nunca me he acostado con nadie solo porque sea fácil.

Kristen pareció momentáneamente sorprendida.

–Tengo que ir a buscar a mi esposa.

–¡No puedes irte ahora! –parecía muy alterada–. Esta fiesta es una obligación profesional.

–Pero tengo obligaciones personales que son más importantes. Asegúrate de que nuestros invitados se diviertan.

Desgraciadamente, Susie no volvió a aparecer por ninguna parte.

Capítulo 23

En el mismo instante en el que comenzó a abandonar la sede del periódico, Susie comprendió que estaba cometiendo un terrible error, pero el orgullo no le permitió dar media vuelta y volver.

Aquel beso público de Kristen y Mack había sido humillante. Aunque sabía, sin ningún género de dudas, que Mack no sentía nada por Kristen, probablemente no había nadie más en aquella habitación que lo creyera.

Una mujer más valiente, una mujer a la que acabaran de anunciarle que su enfermedad estaba remitiendo, por ejemplo, habría cruzado la habitación con la cabeza bien alta y habría reclamado la atención de su marido. Pero ella no era esa mujer. Al menos aquella noche. Aquella noche se estaba enfrentando a toda una carga de inseguridades.

Jamás había tenido que luchar con tanta fuerza por nada a lo largo de su vida. Jess tenía razón al señalar que para ella las cosas siempre habían sido fáciles. Al menos hasta que se había enamorado de Mack. Y aquello había sido coser y cantar comparado con lo del cáncer. En aquel momento, estaba librando la batalla de su vida. Estaba luchando por su vida. Era en lo único que tenía que concentrarse. Nada más importaba.

Como cada vez que tenía el ánimo por los suelos, corrió a casa de Nell. Todos los adultos de la familia tenían llaves de la cabaña. Aquel lugar se había convertido en un refugio, tanto si estaba Nell allí como si no. Aquella noche, por supuesto, Nell estaba en la fiesta junto al resto de la familia.

Susie se metió en la cabaña, se preparó una taza de té y se sentó en el sofá, pensando en otra noche como aquella, en la que también se había refugiado allí para escapar de una dolorosa verdad, del saber que no confiaba en que Mack estuviera dispuesto a permanecer a su lado. Por supuesto, le había dicho a Mack todo lo contrario. Incluso se había convencido a sí misma durante algún tiempo y había dejado que Will la convenciera de que Mack era un hombre en el que se podía confiar a pesar de la trayectoria que tenía con las mujeres.

Aunque aquella era una agradable noche de primavera, se estremeció ante aquellos oscuros pensamientos y se envolvió en la manta.

No tardó mucho en abrirse la puerta de la cabaña para dar paso a una Nell con expresión preocupada.

—He pensado que podría encontrarte aquí. Has causado bastante revuelo al irte de la fiesta sin hablar siquiera con tu esposo.

—Mi esposo parecía estar ocupado con otras cosas —replicó.

Nell le dirigió una dura mirada.

—¡Oh, por favor! Sabes perfectamente que eso no es cierto. Solo hay una mujer en esta tierra que le importe a Mack Franklin, y esa mujer eres tú.

Susie no encontró consuelo en la certeza de su abuela. Estaba demasiado ensimismada en su propia tristeza como para ser racional.

—Las cosas cambian.

Nell la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ha cambiado? Desde luego, los sentimientos de Mack, no. De eso estoy segura. Y tampoco los tuyos.

Susie tomó aire y estalló.

—El cáncer no ha remitido —sintió que las lágrimas comenzaban a descender por sus mejillas—. ¡Estaba segura de que podría combatirlo, abuela! No sabes cuánto he rezado para curarme.

Nell se sentó inmediatamente a su lado y la abrazó.

—Pero mi niña, eso no significa que hayas perdido la guerra. Lo único que quiere decir es que habrá que seguir luchando.

—Lo sé, y estoy deseando hacer todo lo que me sugieran los médicos, ¿pero cómo voy a seguir arrastrando a Mack en todo este proceso? Necesito dejarle marchar.

Pero incluso cuando anunciaba aquel sacrificio, mientras pronunciaba aquellas palabras supuestamente nobles y generosas, sabía que no lo haría. Le necesitaba más que nunca. Quizá fuera egoísmo. O quizá fuera por la profundidad de su amor, pero no estaba dispuesta a dejarle marchar.

Nell se reclinó en su asiento y sacudió la cabeza al oír las palabras de Susie.

—Desde luego, esto es lo más absurdo que he oído en mi vida. Mack no va a ir a ninguna parte.

—Tanto tú como yo sabemos la fe que tenía Mack en que la quimioterapia me curaría.

—Esperaba que te curara y rezaba para que así fuera, todos lo hemos hecho. Pero eso no significa que ahora vayamos a abandonarte para dedicarnos a otras cosas, a otra gente. En realidad, todo esto no es más que un ejercicio de autocompasión, ¿verdad? ¿Esto lo han provocado Kristen y su beso?

Al oír las palabras de su abuela, Susie se sentó y dejó que la indignación fluyera por sus venas.

—¿Pero tú has visto a esa mujer? ¡Es una mujerzuela! No me importa lo importante que pueda ser para el periódico. ¿Y qué me dices de Luke? Ha besado a mi marido delante de él. Es cierto que Luke solo quería salir con ella para que yo estuviera tranquila, para alejarla de Mack, pero ¿y si se ha enamorado de ella?

Nell la miró divertida.

—No creo que le haya roto el corazón a Luke. Y el tuyo debería estar perfectamente. Ese beso ha sido un acto desesperado por su parte. Para Mack no ha significado nada. En todo caso, le habrá demostrado la clase de mujer que es.

Pero, aunque en el fondo de su corazón Susie sabía que era cierto, todavía no estaba preparada para dejar pasar aquel incidente.

—Pues no he visto que Mack la apartara.

—Porque tu marido sabía que montar una escena solo serviría para empeorar las cosas. Pero después le ha dicho todo lo que tenía que decirle. Nunca le había visto tan enfadado.

Susie sintió por un instante el inmenso alivio provocado por aquellas palabras, pero después se encogió de hombros.

—Eso es lo de menos. En realidad, Kristen no es el problema. Por supuesto, sé que es una alternativa más sana que yo, pero sé que Mack no la quiere.

—Si eres capaz de entenderlo, entonces, no sé dónde ves el problema —contestó Nell—. Por favor, no te conviertas en una de esas personas que terminan separándose de su pareja porque creen que le están haciendo un favor. Susie, Mack también tiene algo que decir sobre tu futuro, y no es la clase de hombre capaz de huir de algo por el mero hecho de que sea duro o difícil. Lo de esta noche solo ha sido un pequeño incidente. Una insignificancia que no tiene importancia ninguna y que no puede servir para separar a dos personas. Si permites que ese beso, o el cáncer incluso, tenga algún poder sobre ti, es que no eres la O'Brien que yo pensaba que eras.

Susie consiguió sonreír.

–Siempre has pensado que los O’Brien son más fuertes que otros mortales.

Nell sonrió.

–Porque es cierto. Ahora tienes que reconciliarte con Mack. Quiero ir a Irlanda en Navidad y tú vas a estar allí conmigo, disfrutando de las fiestas a mi lado. No pienso permitir que sea de otra forma –le dirigió a Susie una mirada traviesa–. Además, me lo prometiste.

Susie apoyó la cabeza en el hombro de su abuela, sintiéndose mejor por aquel amor incondicional que no le permitiría cometer ninguna imprudencia por culpa de un momento de autocompasión.

–Entonces, supongo que tendré que cumplir mi promesa, ¿verdad?

–Cuento con ello –respondió Nell con absoluta certeza.

Laila había visto salir a Susie de la fiesta con expresión estoica, pero las lágrimas que brillaban en sus ojos le habían indicado hasta qué punto le había herido el beso que Kristen le había dado a Mack.

–¿Qué demonios os pasa a los hombres? –le preguntó a Matthew enfadada.

–¡Eh, que yo no he hecho nada malo! –replicó él–. En cuanto a Mack, no tiene ninguna culpa de ese beso –miró a su alrededor–. Por cierto, ¿has visto a Luke? Probablemente debería ir a ver cómo se lo ha tomado él.

–Olvídate de Luke. Ahora mismo, de la única que tenemos que preocuparnos es de tu hermana.

La expresión de Matthew se ensombreció.

–¿Susie lo ha visto? Pensaba que no había aparecido todavía.

–Sí, estaba aquí. Y le ha dolido mucho, Matthew.

Matthew suspiró.

–¿Por qué no vas a buscarla? Yo voy a ver cómo está Luke. Y después podríamos ir a decirle a Kristen lo que pensamos.

–Por muchas ganas que tenga de enfrentarme a esa mujer, ahora mismo es mejor que nos concentremos en Susie.

Después de recorrer toda la sala sin éxito, Jess le informó de que Susie se había ido y de que Mack había ido a buscarla.

–Supongo que es lo mejor –valoró Laila–. Espero que pueda arreglar las cosas.

–Lo hará –contestó Jess confiada–. Y ahora será mejor que intentemos dar por terminada la fiesta sin montar una escena. Quiero ir a casa de mis padres. Toda la familia piensa ir hacia allí para ver si Mack consigue hacer entrar a Susie en razón. ¿Vosotros también iréis?

Laila no estaba segura de que fuera una buena idea, pero Matthew se apresuró a decir:

–Por supuesto.

Jess asintió.

–En ese caso, nos veremos allí. Intentad ir echando a la gente con diplomacia. Y evitad por todos los medios que Kristen se entere de que vamos a reunirnos en casa de mis padres.

En cuanto Jess se alejó de ellos, Laila miró a Matthew con curiosidad.

–¿Estás seguro de que quieres que vaya a casa de tus padres?

Matthew la miró con impaciencia.

–Estamos juntos, ¿no? ¿Por qué no voy a querer que vayas?

La tensión que Laila sentía en el pecho desapareció ante la determinación de su voz.

–¿Entonces es verdad que lo nuestro se está convirtiendo en una relación seria?

Mack sonrió, haciendo que a Laila le diera un vuelco el corazón.

–Ya te dije que sí.

–Pero estoy sin trabajo –le advirtió.

Matthew soltó una carcajada.

–Como si eso me importara. El que trabajes o no es cosa tuya. Y, personalmente, me gusta la idea de que puedas estar esperándome en tu casa si decido presentarme allí en medio del día.

Laila le miró con sincero asombro.

–Lo dices en serio, ¿verdad?

–Sí.

–Pues bien, da la casualidad de que me gusta trabajar. Me encantaba trabajar en el banco y en el mismo instante en el que me llamen de cualquiera de esos bancos en los que he solicitado trabajo, voy a dejar de estar a tu disposición –sonrió–. Pero hasta entonces, supongo que podremos intentar aprovechar al máximo mi disponibilidad.

–Me alegro de que seas capaz de apreciar los obvios beneficios de nuestra situación –respondió Matthew con solemnidad.

–A lo mejor deberías considerar la posibilidad de empezar a trabajar desde casa –le sugirió Laila.

Por un instante, Matthew pareció sobresaltarse, pero después la levantó y giró con ella en brazos.

–Veo que estamos comenzando a entendernos. Siempre he sabido que en el fondo tenías una naturaleza indomable y salvaje.

Laila midió aquellas palabras «indomable y salvaje» y las añadió a la colección que iba guardando en su corazón. No podía decir que con Matthew se estuviera convirtiendo en una persona a la que no conocía. Sencillamente, la estaba ayudando a desvelar nuevas facetas de su personalidad, a convertirse en la persona equilibrada y al mismo tiempo emocionante que siempre había querido ser. ¿Cómo no iba a quererle por eso?

A diferencia de la otra vez que Susie desapareció, en aquella segunda ocasión, Mack sabía dónde encontrarla. Al igual que el resto de la familia, Susie buscaba en Nell no solo un refugio seguro, sino también consejo.

Con el corazón latiéndole violentamente en el pecho y tras asegurarse de que Susie no estaba en el periódico, abandonó la fiesta y condujo directamente hasta casa de Nell.

Durante el trayecto, no podía evitar pensar en la última vez que había hecho aquel recorrido para ir a buscar a Susie. Se había encontrado entonces con la peor noticia posible: Susie tenía cáncer. Y en aquel momento era muy probable que las noticias no fueran mejores. Temía que Susie le dijera que su matrimonio había terminado. Y le bastaba pensar en ello para enloquecer. No podía permitir que eso ocurriera. No podía perderla.

Antes de llegar a casa de Nell ya se había hecho de noche. Había luz en las ventanas y salía fuego por la chimenea. Solo la falta de un árbol de Navidad diferenciaba aquella imagen de la que se había encontrado la última vez que había llegado hasta allí decidido a demostrarle a Susie que la amaba.

Nell abrió la puerta y, al verle, su alivio fue más que patente.

–Gracias a Dios –musitó, y le abrazó con fuerza.

–¿Está bien?

–Está hundida –respondió Nell–. Pero en cuanto te vea, eso cambiará –alargó la mano hacia el abrigo que tenía colgado en la puerta–. Voy a casa de mi hijo. Creo que pasaré la noche allí. Susie está en la cocina, a no ser que haya oído tu voz y se haya ido corriendo a la habitación de invitados. No dejes que se separe de ti, Mack. Sé que va a intentarlo. Piensa que quieres volver a ser un hombre libre, o que te lo mereces, o alguna tontería de ese tipo. Ahora mismo no puedo decir mucho a favor de su capacidad de lógica. Pero te diga lo que te diga, no olvides que te quiere.

Mack se aferró a ese pensamiento, se despidió de Nell dándole un beso en la mejilla y fue a buscar a su esposa.

Como era de prever, encontró a Susie en la cocina, con las manos alrededor de una taza de té y expresión insondable.

–Vete, Mack. No creo que haya nada que decir. Por lo menos esta noche. Necesito tiempo para pensar.

Mack consiguió mantener a raya su genio.

–Creo que, en estas circunstancias, no es fácil pensar. Y si quieres saber mi opinión, hay muchas cosas que decir –la contradijo–. Aunque no me hayas dicho una sola palabra antes de irte de la fiesta. Y puesto que tú no tienes ganas de hablar, empezaré yo.

Susie parpadeó ante la determinación de su tono, pero no hizo ningún comentario.

–De acuerdo, entonces –dijo Mack–. Ahora sé que traer a Kristen aquí fue un error. A lo mejor, en otro momento no lo habría sido, pero su presencia ha sido una molestia para ti desde el día que llegó.

Cuando Susie abrió la boca para decir algo, Mack la interrumpió.

–Déjame terminar. Pensaba que nuestra relación era suficientemente fuerte como para soportar la presencia de una mujer que para mí no significa nada, pero me equivoqué. En otras circunstancias, creo que podríamos haberlo superado –la miró muy serio–. Sabes lo que siento por ti, Susie. Siempre lo has sabido, aunque la presencia de Kristen te haya hecho pensar que no podías confiar en nuestros sentimientos. O a lo mejor todo lo ha dificultado el hecho de que no estés segura de que puedes combatir el cáncer, o de que pienses que puedo estar contigo por compasión, ¿quién sabe? En cualquier caso, esta noche he decidido que Kristen tiene que marcharse. Se lo diré mañana por la mañana. No he querido decírselo antes de irme de la fiesta porque alguien tenía que quedarse allí para tener a todo el mundo contento.

Por fin Susie alzó la cabeza y le miró a los ojos.

–Pero el periódico la necesita –dijo, sintiéndose culpable.

–No tanto como yo a ti. Y no quiero que vuelvas a tener ninguna duda al respecto, Susie. Ni por un segundo. Tú eres mi inspiración, mi principal motivación y mi alma.

Vio en ella un alivio apenas disimulado y una débil esperanza.

–Me han dado los resultados de la prueba –dijo Susie suavemente.

Mack sintió que se le paralizaba el corazón.

–¿Y?

–El cáncer no ha remitido del todo. Tengo que recibir más tratamientos, Mack. Y no sé si puedo pedirte que vuelvas a pasar por todo eso.

–Eres tú la que va a recibir los tratamientos, Susie. Eres tú la que tiene que soportar lo más duro. Yo solo soy un animador. Me comprometí a estar a tu lado y no voy a renunciar ahora.

–¿Cómo puedes enfrentarte a todo eso otra vez? –le preguntó Susie.

–Mira, siento que la noticia no sea la que esperábamos, pero si tú eres capaz de enfrentarte a ello, yo también –insistió–. Sobre todo si eso significa que voy a poder estar más tiempo a tu lado. Vas a vencer la enfermedad, Susie. No hay otra opción.

Susie escrutó su rostro durante lo que a Mack le pareció una eternidad antes de arrojarse a sus brazos y enterrar la cara en su cuello.

–No quiero dejarte, ¿sabes? En el fondo, de un forma un poco retorcida, quería darte la oportunidad de disfrutar de un futuro que temía yo no iba a poder ofrecerte. Pero mientras te lo decía, rezaba para que no me dejaras. Supongo que en el fondo no soy tan generosa como me gustaría. Y quiero disfrutar de cada segundo que podamos pasar juntos.

Mack cerró los ojos y sintió una lágrima deslizarse por su mejilla.

–El único futuro que me importa es el que puedo disfrutar contigo –le aseguró. Las lágrimas de Susie se fundían con las suyas–. Y vamos a tener un futuro maravilloso.

Susie asintió.

–Sí, el mejor.

Mack buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un sobre que había llevado por si necesitaba munición para hacer volver a Susie a su lado. Después de cómo había ido todo, quizá fuera una manera de darle esperanza, de darle un motivo para esperar.

–¿Qué es eso? –preguntó Susie con un brillo de curiosidad en la mirada.

–Abre el sobre y lo verás por ti misma –le dijo–. Pretendía que fuera el soborno final para mantenerte a mi lado.

Cuando Susie vio los billetes de avión, sonrió feliz.

–¡Nuestra luna de miel! ¡La luna de miel que me habías prometido! –exclamó.

–Iremos a Irlanda esta Navidad. Míralos bien.

–¡Dios mío! ¡Hay billetes para mi abuela, para mis padres, para Matthew y para Luke!

–Y Mick y Thomas han comprado billetes para todos los demás –respondió–. Nos ha costado mucho mantenerlo en secreto. A los O’Brien no se les da nada bien eso de mantener la boca cerrada. Ha sido una suerte que últimamente hayas estado tan distraída. Porque habría hecho falta un milagro para que ninguno dijera nada.

–Has hecho todo esto por mí –susurró Susie.

–Y por Nell. Ella ha sido mi gran apoyo últimamente. Me siento en deuda con ella.

–Debe de estar contentísima –dijo Susie–. Cuando he hablado antes con ella, me ha recordado que le había prometido este viaje y me ha dicho que no iba a decepcionarla.

–Jamás podrás decepcionarla. Ni a mí. Me has dado todo lo que siempre había soñado.

–¿Una mujer enferma que no puede formar una familia? –preguntó con ironía.

–Una mujer preciosa y adorable que es mi familia –la corrigió–. Cuando venía hacia aquí, he recibido una llamada de Jess. Por lo visto el resto de la familia se ha reunido en casa de Mick. Están esperando a ver si conseguimos solucionar las cosas. ¿Quieres que vayamos con ellos?

Susie posó la mano en su mejilla.

–No, todavía no. Creo que tenemos algo que celebrar a solas. Te quiero, Mack.

–Ni una décima parte de lo que yo te quiero a ti –respondió–. Quererte me ha convertido en un hombre completo. A pesar de que no tengamos hijos, e incluso en el caso de que no podamos llegar a tenerlos nunca, me has dado una familia, Susie.

Por un instante, una sombra oscureció la mirada de Susie. Mack la tomó por la barbilla y la hizo mirarle a los ojos.

–Lo digo en serio, Susie. Estamos rodeados de una familia maravillosa. Y si decidimos que

queremos tener hijos, los tendremos. Connor nos tiene preparado el teléfono de una persona especialista en adopciones –le acarició la mejilla–. No hay absolutamente nada que no podamos hacer.

Susie sonrió ligeramente.

–Todavía no eres capaz de hacer el asado de mi abuela sin quemarlo. Y no sabes cuánto me gustaría que llegaras a conseguirlo.

–Pero tú si, lo cual demuestra que tengo razón. Cuando estamos juntos, no hay nada que se nos resista. Estamos hechos el uno para el otro. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Y Susie daba las gracias por ello.

Epílogo

La casa de Beach Lane estuvo terminada para el final del verano. Mick todavía no se había acostumbrado a regresar cada día a una verdadera casa, donde le estaba esperando la mujer a la que amaba. Las habitaciones espaciosas, las vistas espectaculares y un mobiliario acogedor que había seleccionado Susie personalmente no tenían nada que ver con el piso abarrotado y diminuto en el que había crecido.

Cuando llegó el viernes después del trabajo a la que habían decretado como «noche de cita», encontró a Susie en la cocina rodeada de cajas de comida para llevar. Cuando le vio, alzó bruscamente la cabeza con expresión culpable.

–¡Ay! Ahora ya has descubierto mi secreto.

–¿Te refieres al hecho de que Jess haya tenido a Gail en la cocina preparando estas cenas que has estado haciendo pasar por tuyas? –bromeó.

Susie se irguió inmediatamente, irradiando indignación.

–Eso no es verdad.

–¿Ah, no? –preguntó Mack, mirando los recipientes vacíos–. Si fuera abogado, yo diría que esas cajas son las pruebas del delito.

–Pero las cosas no siempre son lo que parecen –replicó Susie–. Esta comida viene de la posada, pero la he preparado yo, bajo la mirada vigilante de Gail.

Mack cruzó la cocina y echó un vistazo a la comida. Tenía un aspecto realmente apetitoso.

–¿La has hecho tú? –preguntó con recelo.

Susie le dio un codazo en las costillas.

–Ya basta. Llevas semanas comiendo comida cocinada por mí y has sobrevivido.

Mack pensó en aquellas comidas, la mayor parte de ellas muy sencillas, pero definitivamente, mucho más sabrosas que cualquier cosa que hubiera sido capaz de cocinar Susie meses atrás. Y estaba convencido de que eso había que agradecerse a Jess y a Gail. Y también a Nell, por supuesto. Abrazó a Susie.

–Has estado yendo a clases de cocina –dijo, extrañamente complacido de que se hubiera tomado tantas molestias por él–. Es increíble.

Susie se volvió en sus brazos para poder mirarle a los ojos.

–Quería que las noches de los viernes fueran algo especial. Mi repertorio todavía es bastante limitado, pero ya he conseguido algo. Gail y mi abuela me han estado ayudando.

–Ya decía yo que había detectado la mano de tu abuela en algunos platos.

–En la carne guisada, en el pollo y en la tarta de manzana –confirmó Susie.

Mack la estudió con atención, aprovechando que la tenía entre sus brazos. El pelo había comenzado a crecerle, rojo como antes y, para su desesperación, más rizado todavía. Aquella noche, le pareció percibir un brillo especial en sus ojos.

–¿Va a pasar algo especial esta noche? –le preguntó a Susie.

–¿Te refieres aparte de la maravillosa cena de la que estamos a punto de disfrutar en el porche?

–Sí, aparte de eso.

Susie sonrió.

–Tendrás que esperar para verlo. Es una sorpresa para después de la cena.

Mack le dio un beso en la mejilla, otro en la frente y un tercero en el cuello.

–Apuesto a que consigo sonsacarte algo –musitó contra su piel ardiente.

–¡Ya basta! –le ordenó Susie riéndose mientras le empujaba.

–Te veo muy rara esta noche...

Se interrumpió de pronto y miró el calendario que tenían en la pared. Inmediatamente lo comprendió.

–¡El médico! ¡Hoy has ido al médico!

Aunque parecía un poco decepcionada porque lo había adivinado, Susie asintió.

–¿Y? –preguntó.

Apenas se atrevía a esperar que por fin hubiera terminado el terrible proceso de la quimioterapia, que por fin se hubiera liberado del cáncer. Habría querido estar a su lado, pero Susie había insistido en que quería oír la noticia a solas, y tanto si era buena como si era mala, tener tiempo para digerirla.

Asomó a los labios de Susie una sonrisa que no tardó en alcanzar su mirada.

–Estoy limpia –anunció con un ligero temblor en la voz–. Ya no tengo cáncer, Mack.

Mack respiró profundamente con la sensación de hacerlo por primera vez desde hacía meses. Los ojos se le llenaron de lágrimas que comenzaron a rodar por sus mejillas.

–¿Estás segura? –preguntó, sin atreverse todavía a creerlo.

Susie asintió.

–Todo lo segura que puedo estar. Tendrán que controlarme de cerca, pero tenemos una oportunidad, Mack, una verdadera oportunidad de disfrutar del futuro que queremos.

Mack la abrazó y dejó que las lágrimas fluyeran libremente mientras apoyaba la barbilla en su hombro.

–Yo ya tengo el futuro que quiero –musitó–. Está ahora mismo en mis brazos. Susie, eres lo único que realmente necesito.

Susie era su pasado, su presente y, gracias a Dios, también su futuro. Un futuro que por fin había dejado de sentir como si tuviera una fecha de caducidad.

–¿Tienes idea de lo mucho que te quiero? –susurró Susie.

–No creo que puedas quererme más de lo que te quiero yo –respondió Mack mientras la besaba.

Se olvidó por completo de cenar en el porche disfrutando de la puesta de sol. Lo único que realmente importaba lo tenía en aquel momento entre sus brazos.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com